



EL JOVEN SAMURAI

EL CAMINO DEL GUERRERO



CHRIS BRADFORD Lectulandia

Un barco inglés del siglo XVII naufraga en las costas de Japón. El único tripulante que sobrevive al ataque de unos guerreros ninja es el joven Jack, quien antes de desmayarse presencia la muerte de su padre a manos de uno de ellos.

Lectulandia

Chris Bradford

El joven samurai:

el camino del guerrero

ePUB v1.0

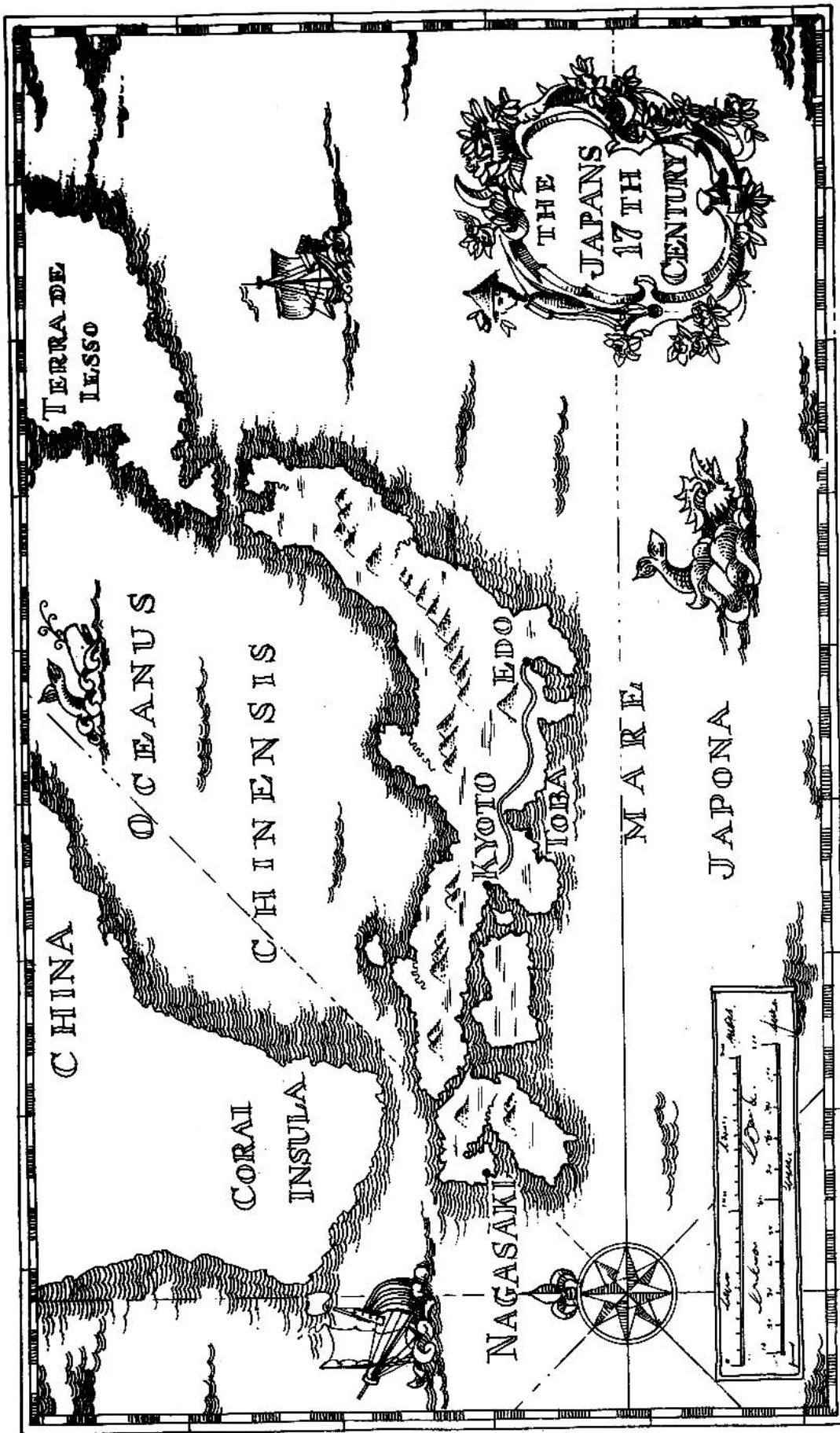
adruki 06.09.11

más libros en lectulandia.com

Nota: *El joven samurái* es una obra de ficción que, a pesar de estar inspirada en figuras, acontecimientos y hechos históricos, no pretende reflejarlos con total exactitud. Es más un eco de los tiempos que una recreación de la historia.

Advertencia: No intenten reproducir ninguna de las técnicas descritas en este libro sin la supervisión de un instructor de artes marciales cualificado. Se trata de llaves muy peligrosas que pueden causar heridas fatales. El autor no se hace responsable de los daños que pueda acarrear la puesta en práctica de estas técnicas.

A mi padre



TOKKAIDO ROAD

Prólogo

Masamoto Tenno

Kioto, Japón, agosto de 1609

El muchacho despertó de repente y agarró rápidamente la espada.

Tenno apenas se atrevía a respirar: sentía que había alguien más en la habitación. Sus ojos trataban de acostumbrarse a la oscuridad mientras se afanaban en encontrar signos de movimiento. Pero no conseguían distinguir nada, sólo sombras dentro de sombras. Tal vez se había equivocado... Sin embargo, sus conocimientos de samurái le advertían de lo contrario.

Tenno escuchó con atención pendiente de cualquier sonido que pudiera desvelar la presencia de un intruso. Pero no oyó nada fuera de lo normal: llegaba desde el jardín el susurro de los cerezos en flor agitados por la suave brisa, y el tintineo del agua de la fuente al caer al estanque acompañaba la persistente canción que un grillo cercano entonaba cada noche. El resto de la casa estaba en silencio.

Sin duda debía de estar exagerando. No era más que uno de esos malos espíritus *kami* que había decidido perturbar sus sueños, pensó.

Todos los miembros de la familia Masamoto se habían pasado el mes con los nervios de punta. Los rumores de guerra no cesaban y ya se hablaba de posibles rebeliones. De hecho, el propio padre de Tenno había sido requerido para ayudar a sofocar cualquier alzamiento potencial. La paz de la que Japón había disfrutado durante los últimos doce años de repente se veía amenazada, y la gente temía que estallase de nuevo otra guerra. No era extraño que estuviera inquieto.

Tenno bajó la guardia y se dispuso a seguir durmiendo en su futón. El grillo nocturno cantó de pronto un poco más fuerte y la mano del muchacho agarró instintivamente con más fuerza la empuñadura de su espada. Su padre le había dicho una vez: «Un samurái siempre debe obedecer a sus instintos», y sus instintos le decían que algo iba mal.

Se incorporó en la cama para levantarse a investigar.

De repente una estrella de plata apareció girando de la oscuridad.

Tenno se hizo a un lado, pero su reacción llegó un segundo demasiado tarde.

El *shuriken* le cortó la mejilla y fue a clavarse en el futón, justo donde antes había estado reposando su cabeza. Mientras rodaba por el suelo, el muchacho sintió la

sangre caliente corriéndole por el rostro. Y entonces oyó que un segundo *shuriken* se clavaba con un golpe seco en el tatami. Tenno se puso en pie con un movimiento fluido alzando la espada para protegerse.

Una figura espectral vestida de negro de la cabeza a los pies se movió en las sombras.

«¡Ninja!» El asesino japonés de la noche.

Con lentitud medida, el ninja desenvainó de su saya una espada de aspecto ominoso. A diferencia de la catana curva de Tenno, la *tanto* era corta, recta, ideal para apuñalar.

El ninja avanzó un paso silencioso y alzó la *tanto*: era como una cobra humana preparándose para atacar.

Dispuesto a anticiparse al ataque, Tenno levantó la espada para asestarle un buen golpe al asesino que se aproximaba. Pero el ninja esquivó con destreza la catana del muchacho, y giró sobre sí mismo para darle una patada en el pecho.

Impelido hacia atrás, Tenno atravesó de un salto el fino papel de la puerta *shoji* de su habitación y se adentró de golpe en la noche. Aterrizó pesadamente en medio el jardín interior, desorientado y luchando por controlar su respiración.

El ninja pasó al otro lado de la abertura y se posó de un salto ante él, como un gato.

Tenno trató de plantarle cara y de defenderse, pero sus piernas cedieron. Se habían vuelto pesadas e inútiles. El pánico se apoderó de él: trató de gritar, de pedir ayuda, pero la garganta se le había cerrado. Le ardía como si estuviera en llamas y sus gritos eran puñaladas asfixiantes en busca de aire.

El ninja apareció y desapareció ante su vista hasta que de pronto se desvaneció en un remolino de humo negro.

Mientras su visión se nublaba, el muchacho advirtió que el *shuriken* que le había lanzado el ninja estaba empapado en veneno. Su cuerpo sucumbía a sus letales poderes, se iba paralizando miembro a miembro, y él quedaba a merced de su asesino.

Cegado, Tenno intentó escuchar, pero sólo pudo oír el canturreo del grillo. Recordó que su padre había mencionado que los ninjas usaban el ruido que emitían los insectos para disfrazar el sonido de sus propios movimientos. ¡Así había conseguido su atacante pasar desapercibido entre los guardias!

Tenno recuperó brevemente la visión y, bajo la pálida luz de la luna, distinguió un rostro enmascarado flotando hacia él. El ninja se le acercó tanto que el muchacho

pudo oler el caliente aliento del asesino, agrio y rancio como el sake barato. A través de la rendija de su *shinobi shozoko*, Tenno vio un único ojo verde esmeralda encendido por el odio.

—Esto es un mensaje para tu padre —susurró el ninja.

Tenno sintió la presión fría de la punta de la *tanto* sobre su corazón.

Un solo movimiento y todo su cuerpo fue presa de un dolor lacerante...

Luego, nada...

Masamoto Tenno había pasado al Gran Vacío.

1

Bola de fuego

Océano Pacífico, agosto de 1611

El muchacho despertó de repente.

—¡He dicho: «Todos a cubierta»! —gritó el conrmaestre—. ¡Eso también te incluye a ti, Jack!

El rostro ajado del conrmaestre asomó en la oscuridad y clavó la mirada en el muchacho, que abandonó rápidamente la bamboleante hamaca para plantarse de un salto en el suelo de madera de la cubierta central del barco.

Jack Fletcher tenía sólo doce años, pero, en los dos años que había vivido en el mar, se había convertido en un muchacho alto, esbelto y musculoso. Tenía los ojos de un azul profundo, y su mirada, oculta bajo la maraña de pelo rubio que había heredado de su madre, brillaba con una fuerza y una determinación poco habituales en su edad.

Los tripulantes del *Alexandria*, cansados tras el largo viaje, saltaron de sus camastros y se precipitaron a toda prisa hacia la cubierta principal, dejando atrás a Jack. El muchacho le dirigió al conrmaestre una triste mirada de disculpa.

—¡Vamos, muchacho, adelante! —rugió el conrmaestre.

De pronto, se produjo una fuerte sacudida. Todas las maderas del barco crujieron, y Jack perdió el equilibrio. La lamparilla de aceite que colgaba de la viga central de la oscura sentina se agitó salvajemente mientras su llama chisporroteaba.

Jack fue a aterrizar entre un montón de toneles vacíos, que acabaron rodando por los tablones combados del suelo. Mientras intentaba incorporarse, un atajo de hombres de aspecto mugriento y famélico pasaron a toda prisa junto a él en la oscuridad. Una mano lo agarró por el cuello de la camisa y lo puso en pie.

Era Ginsel.

El holandés, un hombre bajito, pero fornido, le sonrió mostrándole esos dientes rotos e irregulares a los que debía su aspecto de gran tiburón blanco. A pesar de su dura apariencia, el marinero siempre había tratado a Jack con amabilidad.

—Ginsel, ¿qué demonios está pasando? —preguntó Jack.

—¡Nos ha alcanzado otra tormenta, Jack! ¡Se diría que el Infierno ha abierto aquí sus puertas! —respondió Ginsel—. Será mejor que subas a cubierta antes de que el contraataca te corte la piel a tiras.

Jack se apresuró a seguir a Ginsel y el resto de la tripulación escaleras arriba, y todos salieron al corazón de la tormenta.

Amenazadoras nubes negras surcaban los cielos y las quejas y los gruñidos de los marineros quedaron inmediatamente ahogadas por el implacable viento que sacudía el velamen del barco. El olor a sal marina golpeó la nariz de Jack y una lluvia helada le abofeteó la cara, picoteándolo como un millar de agujas diminutas. Y, antes de que tuviera tiempo de situarse, una ola gigantesca alcanzó el barco.

La cubierta se cubrió de agua y espuma y Jack quedó calado hasta los huesos. El agua caía a cántaros por los imbornales, y cuando Jack abrió la boca dispuesto a tomar aire, otra ola, aún más fuerte que la anterior, barrió la cubierta. Jack perdió el equilibrio y consiguió a duras penas agarrarse a la amura para no caer por la borda.

En cuanto Jack logró ponerse en pie de nuevo, la irregular línea de un relámpago se abrió paso por el cielo nocturno y alcanzó el palo mayor. Durante un breve instante, todo el navío quedó iluminado por una luz espectral. El barco mercante de tres palos, el *Alexandria*, se hallaba sumido en el caos. La tripulación yacía desperdigada por las cubiertas como restos de madera a la deriva. En lo alto del penol de la verga, un grupo de marineros batallaba contra los elementos, tratando de soltar la vela mayor antes de que el viento la rasgara o acabara haciendo volcar el barco.

En el alcázar, el tercer oficial, un gigante de más de dos metros con una rebelde barba roja, luchaba con el timón. Junto a él, el rostro severo del capitán Wallace gritaba órdenes a la tripulación, pero todos sus esfuerzos eran en vano: el viento se llevaba sus palabras antes de que nadie pudiera oírlas.

Había en el alcázar un tercer hombre: era un marino alto y poderoso que llevaba sus cabellos castaño oscuro recogidos en una coleta. Este hombre era John Fletcher, padre de Jack y piloto del *Alexandria*, y no apartaba ni un segundo los ojos del horizonte, como si esperara taladrar la tormenta y alcanzar la seguridad de las tierras que se extendían más allá.

—¡Vosotros! —ordenó el contraataca señalando a Jack, Ginsel y otros tres marineros—. ¡Poneos en marcha y soltad esa gavia! ¡Deprisa!

Los cinco marineros se dirigieron a toda prisa a la proa del barco, pero cuando

cruzaban la cubierta principal en dirección al palo del trinquete, una bola de fuego apareció de la nada... y fue derecha hacia Jack.

—¡Cuidado! —gritó uno de los marineros.

Jack, que en ese viaje ya había vivido en sus carnes algunos de los ataques de sus enemigos portugueses, se hizo a un lado instintivamente. Sintió la vaharada de aire caliente y el zumbido de la bola de fuego pasó junto a él, y se precipitó sin pensarlo a la cubierta. El sonido del impacto de ese proyectil, sin embargo, nada tuvo que ver con el de los cañonazos: no se produjo el habitual y temible crujido del hierro contra la madera. Fue más bien un golpe sordo y sin vida, como una bola de tela. Los ojos de Jack se posaron en el objeto que tenía ahora a sus pies.

Se quedó horrorizado.

No era una bola de fuego.

Era el cadáver ardiente de uno de los marineros de la tripulación: el rayo lo había matado.

Jack se quedó inmóvil. Una desconcertante sensación de asco le subía de la boca de su estómago hacia el fondo de su garganta. El rostro del hombre mostraba un gesto de agonía y estaba tan desfigurado por el fuego que Jack ni siquiera pudo reconocerlo.

—Santa María, Madre de Dios —exclamó Ginsel—, ¡incluso los cielos están contra nosotros!

Pero antes de que pudiera murmurar otra palabra, una ola barrió la amura y se llevó el cuerpo al mar.

—¡Jack, tú quédate conmigo! —le dijo Ginsel, al ver la expresión de espanto del rostro del muchacho. Lo agarró por el brazo y lo empujó hacia el palo del trinquete.

Pero Jack permaneció clavado en su sitio. Todavía podía oler la carne calcinada del marinero muerto, como un cerdo quemado en una espeta.

No era el primer muerto que veía en el viaje y sabía que no iba a ser el último. Sin embargo, eso no ayudaba a que la experiencia le resultara menos dolorosa. Su padre le había advertido que cruzar el Atlántico y el Pacífico era un viaje lleno de peligros y Jack ya había visto morir a hombres de congelación, escorbuto, fiebre tropical, heridas de cuchillo y balas de cañón. Esa familiaridad con la muerte, no obstante, no lo hacía inmune al horror.

—Vamos, Jack... —instó Ginsel.

—Estoy diciendo una oración por él —respondió al fin Jack, intentando

desesperadamente sofocar el pánico. Sabía que su deber era seguir a Ginsel y el resto de la tripulación, pero la necesidad de estar con su padre en este momento fue más fuerte que su compromiso con el deber.

—¿Adónde vas? —chilló Ginsel, mientras Jack corría hacia el alcázar situado en la otra punta del navío—. ¡Te necesitamos aquí!

Jack, sin embargo, se perdió en la tormenta, enzarzado en una lucha caótica por alcanzar a su padre mientras el barco se sacudía de un lado a otro.

Apenas había conseguido llegar al palo de mesana cuando otra ola colosal golpeó el *Alexandria*. Fue tan potente que Jack perdió pie y fue barrido por la cubierta hasta la amura de babor.

El barco se estremeció de nuevo y Jack cayó por la borda. En ese mismo instante supo que había llegado el final. Escupido por la tormenta, iba a ser devorado por el oscuro océano que se rebullía allí abajo...

2

El gaviero

Jack se preparó para el impacto final, pero su cuerpo se elevó inesperadamente: de pronto se encontró colgando del borde del navío, mientras el mar se agitaba violentamente a sus pies.

Jack alzó la cabeza y vio un brazo tatuado que lo agarraba firmemente por la muñeca.

—¡No te preocupes, chaval, te tengo! —gruñó su salvador, mientras una nueva ola se elevaba hacia Jack, tratando de volver a arrastrarlo hacia el fondo. El ancla que el hombre llevaba tatuada en el antebrazo pareció doblarse bajo la tensión y Jack tuvo la sensación de que el brazo se le iba a salir de la cuenca mientras el marinero seguía tirando de su muñeca para llevarlo de vuelta a bordo.

Jack se desplomó a los pies del marinero, escupiendo agua.

—Vivirás. Eres un marino nato, como tu padre, aunque con un poco más de agua en los pulmones —sonrió el contramaestre—. ¡Ahora respóndeme, chaval! ¿Qué demonios creías que estabas haciendo?

—Yo... Le llevaba un mensaje a mi padre, contramaestre.

—No es eso lo que te había ordenado —le gritó el contramaestre a la cara—. ¡Puede que seas el hijo del piloto, pero eso no va a impedir que te haga azotar por desobediencia! ¡Ahora sube ahí arriba o me veré obligado a hacerte probar el *gato*!

—Que Dios le bendiga, contramaestre —murmuró Jack, y rápidamente volvió al palo del trinquete, consciente de que había tenido una suerte extraordinaria. El *gato de nueve colas* no era ninguna amenaza baldía: el contramaestre había azotado a otros marineros por cosas mucho menos graves que la desobediencia de una orden.

De todas formas, cuando llegó a la proa, Jack vaciló. El palo del trinquete era más alto que la torre de una iglesia, y se agitaba salvajemente con la tormenta. Los dedos de Jack, entumecidos ya por el frío, ni siquiera podían sentir los cabos, y sus ropas, ahora empapadas por completo, resultaban pesadas y engorrosas. El problema era que cuanto más se retrasara, más frío tendría y sus miembros no tardarían en estar demasiado entumecidos para salvarle en caso de que tuviera problemas.

«Vamos —se dijo—. Demuéstrales que tienes agallas...»

Sin embargo, en el fondo, sabía que no era así. De hecho, estaba verdaderamente aterrado. Durante el largo viaje desde Inglaterra a las Islas de las Especias se había ganado la fama de ser uno de los «monos gavieros» más diestro. Sin embargo, su habilidad para trepar a los mástiles, reparar las velas y soltar los cabos que se habían estropeado no procedía de la seguridad en sí mismo... sino del puro miedo.

Jack contempló la tormenta. El cielo se había convertido en un frenesí de oscuras nubes empañadas en ocultar una luna incolora. En la penumbra, Jack apenas pudo distinguir a Ginsel y el resto de la tripulación en el velamen. Las sacudidas del mástil eran tan violentas que los hombres se agitaban como manzanas en un árbol.

—No tengas miedo de las tormentas de la vida —le había dicho su padre el día que le encargaron coronar por primera vez el nido del cuervo, la cofa—. Todos tenemos que aprender a navegar nuestro propio navío, ya sea el tiempo bueno o malo.

Jack recordó haber visto cómo todos los nuevos marineros, uno tras otro, intentaban culminar el aterrador ascenso. Y todos habían quedado petrificados por el miedo antes de llegar a la cima, o habían acabado vomitando encima de los marineros que esperaban abajo. Todos menos uno. Cuando le tocó el turno a Jack, el viento soplaba con tanta fuerza que las jarcias se sacudían casi tan frenéticamente como sus propias piernas.

Jack miró a su padre con miedo en los ojos.

—Creo en ti, hijo. Puedes hacerlo —le dijo su padre, cogiéndolo del hombro con firmeza y cariño.

Convencido por la fe que su padre demostraba tener en él, Jack se lanzó a las jarcias y no miró abajo hasta que llegó a la seguridad de la cofa. Exhausto, pero jubiloso, el muchacho le dedicó un grito de deleite a su padre, que le observaba desde la lejana cubierta, diminuto, como una hormiga. El miedo lo había impulsado hasta la cima. Bajar fue otro cantar...

Jack se agarró a las jarcias y empezó a escalar. Pronto adquirió el ritmo habitual, consolado por la costumbre. Mano sobre mano, fue ganando rápidamente altura, hasta que vio las crestas blancas de las olas que azotaban el navío. Pero la mayor amenaza no eran ya las olas, sino el implacable viento. Un continuo de ráfagas despiadadas hacía todo lo posible para empujar a Jack hacia la noche, pero su cuerpo reaccionaba instintivamente y seguía subiendo. Poco después se encontró junto a Ginsel en el penol superior.

—¡Jack! —gritó Ginsel, que parecía peligrosamente agotado, los ojos inyectados

en sangre y hundidos—. Una de las drizas se ha atascado. La vela no cae. Tienes que ir a soltarla.

Jack miró hacia arriba y vio una gruesa maroma enganchada en la verga superior del penol, donde el aparejo de poleas se agitaba peligrosamente.

—¿Estás de broma?! ¿Por qué yo? ¿Por qué no van ellos? —exclamó Jack, señalando con la cabeza a los dos marineros aterrados que se aferraban con uñas y dientes a cada lado del peñol.

—Lo siento, Jack, eres el mejor gaviero que tenemos.

—Pero es un suicidio... —protestó Jack.

—¡También lo era dar la vuelta al mundo, y lo hemos hecho! —replicó Ginsel, esforzándose por esbozar una sonrisa tranquilizadora mientras mostraba sus dientes de tiburón con aire maniático—. Sin esa gavia, el capitán no podrá salvar el barco. Hay que hacerlo y tú eres el gaviero encargado.

—Muy bien —dijo Jack, consciente de que tenía pocas opciones—. ¡Pero será mejor que estés preparado para cogerme!

—Confía en mí, muchacho, no querría perderte. Átate esta cuerda a la cintura y entonces podré agarrarte. Será mejor que te lleves también mi cuchillo. Lo necesitarás para cortar esa driza.

Jack se aseguró la cuerda y se colocó entre los dientes la hoja mal afilada. Entonces subió el mástil hasta el juanete más alto. Usando el poco cordaje disponible, se fue arrastrando a lo largo de la verga hacia la driza atascada.

El avance era traicioneramente lento, pues el viento lo empujaba malévolamente con un millar de manos invisibles. Al mirar hacia abajo, Jack apenas pudo ver a su padre en el alcázar. Por un instante, sin embargo, le pareció que lo saludaba.

—¡Cuidadooo! —advirtió Ginsel.

Jack se volvió y vio que el aparejo suelto volaba directamente hacia su cabeza. Se lanzó a un lado, esquivándolo, pero en el proceso perdió su asidero y resbaló.

Jack se agarró por instinto al cordaje. Los cabos se le clavaron en las manos, pero, a pesar del dolor desgarrador, consiguió no perder su asidero.

Se quedó allí colgado, agitándose al viento.

El mar. El barco. La vela. El cielo. Todo giraba a su alrededor.

—¡No te preocupes! ¡Te tengo! —oyó que le gritaba Ginsel en medio de la tormenta.

Tiró de la cuerda e izó a Jack hacia el palo. Jack pasó las piernas por el juanete principal y se enderezó. Tardó unos instantes en recuperar el aliento, tratando de tomar aire entre los dientes con los que aún sujetaba el cuchillo de Ginsel.

Cuando el dolor de sus manos remitió, continuó arrastrándose por la verga. Al cabo de un rato, la driza atascada quedó a unas pocas pulgadas de su rostro. Jack se quitó el cuchillo de entre los dientes y empezó a cortar el cabo empapado. Pero el cuchillo estaba mal afilado. Tuvo que intentarlo varias veces antes de que los hilos del cabo empezaran a soltarse. Jack tenía los dedos helados hasta los huesos y las palmas, ensangrentadas: resultaba difícil trabajar con soltura en esas condiciones. Una ráfaga de viento lo alcanzó de costado y, al tratar de sujetarse, soltó el cuchillo. La hoja se fue volando con la tormenta.

—¡Nooooo! —gritó Jack, tratando inútilmente de alcanzarlo.

Agotado por el esfuerzo, se volvió hacia Ginsel.

—¡Sólo he conseguido cortar la mitad del cabo! ¿Y ahora qué?

Ginsel, sujetando la cuerda de seguridad, le indicó que regresara, pero en ese preciso instante otra ráfaga de viento golpeó a Jack con violencia. Habría jurado que el barco había encallado. Todo el mástil se estremeció y la gavia tiró con fuerza de la driza. Debilitado por los cortes de Jack, el cabo chasqueó como un hueso al romperse, la vela se desplegó y, con un poderoso crujido, capturó el viento.

El barco se abalanzó hacia delante.

Ginsel y los otros marineros soltaron un breve grito de júbilo y Jack se sintió momentáneamente exultante por ese inesperado giro de la fortuna.

Pero la alegría duró poco.

La vela, al caer, tiró del aparejo, que, tras un chasquido, se precipitó sobre Jack. Esta vez, sin embargo, el muchacho no tenía a donde ir.

—¡SALTA! —gritó Ginsel.

El Diablo y el profundo mar azul

Jack se soltó de la verga y se apartó del camino del aparejo.

Trazó un arco en el aire mientras Ginsel se esforzaba por sujetar el otro extremo de la cuerda de seguridad. Jack chocó contra las jarcias del otro lado del mástil y enganchó el brazo en los cordajes, sujetándose con todas sus fuerzas para no perder la vida.

El aparejo osciló ahora hacia Ginsel. No lo alcanzó por muy poco, pero golpeó a Sam, que estaba justo tras él. El desdichado marino cayó dando vueltas al mar.

—¡Sam! —gritó Jack mientras bajaba rápidamente por las jarcias.

Una vez en cubierta, corrió hasta la amura, y vio que Sam se debatía contra las olas gigantescas, desapareciendo y volviendo a aparecer, hasta que, tras un último grito desgarrador, la corriente lo arrastró definitivamente hacia el fondo.

Jack se volvió hacia el contramaestre, que se había reunido con él en la amura.

—No hay nada que puedas hacer, muchacho. Ya le llorarás por la mañana... Si conseguimos sobrevivir.

Al advertir la expresión de desesperación del rostro de Jack, el contramaestre suavizó un poco su postura.

—Has hecho un buen trabajo ahí arriba. Ahora ve a ver a tu padre: está en su camarote con el capitán.

Jack corrió hacia la escalera de la cámara y se dirigió bajo cubierta, contento de poder escapar de la terrible tempestad. Dentro del vientre del barco, la tormenta parecía menos amenazante, y su furia desatada no parecía allí abajo más que un aullido apagado. Jack se abrió paso hasta el camarote de su padre, situado en la popa, y entró en silencio en el cuarto pequeño y de techo bajo.

Su padre estaba inclinado sobre una mesa, estudiando con atención un montón de cartas marinas junto al capitán.

—¡Piloto, en sus manos está sacarnos de aquí! —ladró el capitán golpeando la mesa con el puño—. ¡Dijo que conocía estas aguas! ¡Dijo que veríamos tierra hace dos semanas! ¡Hace dos semanas! ¡Por Dios bendito, puedo capitanear este barco en cualquier tormenta, pero tengo que saber dónde demonios voy! Tal vez ese Japón no

existe, ¿no? Todo podría ser una leyenda. Un maldito engaño portugués diseñado para acabar con nosotros.

Jack, como los demás marineros del barco, había oído hablar de la leyenda de las islas de Japón, repletas de riquezas incalculables y de exóticas especias. Un intercambio comercial con los japoneses sin duda los haría ricos a todos, pero hasta entonces los únicos que habían puesto los pies en Japón eran los portugueses, y al parecer estaban resueltos a mantener la ruta en secreto —Japón existe, capitán— dijo John Fletcher tranquilamente abriendo un gran cuaderno con tapas de cuero—. Mi cuaderno de ruta dice que se encuentra entre las latitudes treinta y cuarenta norte. Según mis cálculos, sólo nos hallamos a unas pocas leguas de la costa. Mire aquí.

John señaló un tosco mapa dibujado en una de las páginas de su cuaderno.

—Estamos ya cerca del puerto de Toba... Aquí, capitán. Nos encontramos a unos cientos de leguas de nuestro destino, Nagasaki. Ya lo ve, capitán, la tormenta nos ha desviado de nuestra ruta. Pero éste no es nuestro único problema: me han dicho que toda esta costa está repleta de piratas. Toba no es un puerto amistoso, así que probablemente creerán que también somos piratas. Aún peor, oí decir a otro piloto en Bantam que los jesuitas portugueses han erigido una iglesia católica allí. Habrán envenenado las mentes de los lugareños. ¡Aunque llegemos a la costa, nos matarán como a herejes protestantes si desembarcamos allí!

Un impacto sacudió la nave y todas las maderas crujieron: una enorme ola había golpeado el costado del *Alexandria*.

—Con una tormenta como ésta, piloto, las posibilidades de desembarcar son pocas. ¡Puede que tengamos que elegir entre el diablo y el profundo mar azul, John, pero prefiero correr el riesgo con un diablo jesuita!

—Capitán, tengo otra sugerencia. Según indica el cuaderno de ruta, a dos millas al sur de Toba hay un par de bahías al socaire. Sin duda el lugar es más seguro, pero acceder a ellas resultará más peligroso debido a estos arrecifes.

Jack vio que su padre señalaba una pequeña serie de líneas irregulares marcadas en el mapa.

El capitán miró a John directamente a los ojos y le preguntó con gravedad:

—¿Cree que podrá hacernos pasar?

—Tal vez... Si Dios está de nuestra parte —respondió John dejando reposar la mano sobre su cuaderno.

Cuando el capitán se dio la vuelta para marcharse, reparó en Jack.

—Será mejor que tu padre tenga razón, Jack: la vida de este barco y su tripulación

está en sus manos.

El capitán se marchó, dejando a Jack y su padre a solas.

John envolvió con cuidado el cuaderno de ruta en una tela protectora y se dirigió al camastro que tenía en un rincón del camarote. Alzó el fino colchón y retiró un compartimento oculto, donde guardó el cuaderno de ruta. Luego lo cerró con llave.

—Recuérdalo, Jack, es nuestro pequeño secreto —le dijo a su hijo con un guiño conspirador mientras volvía a aplanar el colchón—. Este cuaderno de ruta es demasiado valioso para que esté por ahí. En cuanto alguien se entere de que hemos llegado a Japón, sabrá que hay uno a bordo.

Como Jack no contestó, John estudió a su hijo con preocupación.

—¿Cómo te encuentras?

—No vamos a conseguirlo, ¿verdad? —dijo Jack bruscamente.

—Pues claro que sí, hijo —respondió su padre, atrayéndolo hacia sí—. Lograste bajar la vela. Con marineros como tú, no podemos fracasar.

Jack trató de devolverle la sonrisa a su padre, pero estaba verdaderamente asustado. El *Alexandria* había ido de tormenta en tormenta, y a pesar de que su padre aseguraba que ya estaban cerca de su destino, Jack tenía la sensación de que nunca volvería a poner los pies en tierra. El miedo que lo invadía era más sombrío que el que había sentido en las jarcias, o en ningún otro momento de su vida. Su padre se inclinó para mirarlo a los ojos.

—No desesperes, Jack. La mar es una dama tempestuosa, pero he capeado tormentas mucho peores que ésta y he sobrevivido. Y sobreviviremos a ésta.

Mientras regresaban al alcázar, Jack se mantuvo cerca de su padre. De algún modo, en su presencia, se sentía protegido de lo peor de la tormenta, pues la tranquila seguridad de su padre le daba esperanzas donde no parecía haber ninguna.

—No hay nada como una buena tormenta para baldear las cubiertas, ¿eh? —bromeó su padre con el tercer oficial, que aún luchaba valientemente con el timón; el esfuerzo le había dado a su rostro el mismo tono rojizo de su barba—. Fija rumbo norte noroeste. Pero ten presente que hay arrecifes, así que advierte a los vigías para que estén ojo avizor.

A pesar de la fe de su padre en el rumbo que seguían, el océano se extendía infinito, y las olas golpeaban una tras otra el casco *del Alexandria*. La confianza empezó a menguar como la arena del reloj de la bitácora.

La arena del reloj de la bitácora tuvo que agotarse dos veces para que por fin se

oyera el grito de:

—¡Tierra a la vista!

Una oleada de satisfacción y alivio palpable recorrió a toda la tripulación. Llevaban luchando contra la tormenta casi la mitad de la noche. Ahora había un atisbo de esperanza, una leve posibilidad de poder llegar a la seguridad de tierra firme y capear la tormenta tras una punta o al socaire de alguna bahía.

Pero casi con la misma rapidez con que se reforzaron sus esperanzas, se desvanecieron con el segundo grito del vigía.

—¡Arrecifes por la banda de estribor!

Y apenas un minuto después:

—¡Arrecifes por la banda de babor!

El padre de Jack empezó a gritarle órdenes al tercer oficial.

—¡Todo a estribor!... Sigue el rumbo... Sigue... Sigue... ¡A babor treinta grados!

El *Alexandria* se alzaba, y caía sobre las olas revueltas, sorteando arrecifes mientras se dirigía hacia la oscura masa de tierra que se intuía en la distancia. Desde su puesto de observación en el alcázar, Jack podía ver las rocas afiladas como cuchillas que asomaban en el océano. Acorralaban al barco por ambos lados.

Su padre dirigió la nave por entre el laberinto de terribles rocas: el *Alexandria* gemía y crujía con cada virada, y sus jarcias se tensaban hasta casi romperse.

—¡TODO A babor! —gritó su padre, lanzando todo su peso sobre el timón.

La pala del timón se hundió en el mar revuelto. La cubierta se escoró terriblemente y el barco dio un bandazo hacia el otro lado... Pero el giro llegó demasiado tarde. El *Alexandria* chocó contra el arrecife. Una driza del racel se rompió y el debilitado mástil se resquebrajó, se desmoronó y cayó.

—¡CORTAD LOS APAREJOS! —ordenó el capitán mientras el barco se escoraba peligrosamente por la fuerza del palo.

Los hombres de cubierta atacaron con hachas los cordajes. Cortaron, liberando el mástil, pero el barco seguía sin responder. Estaba claro que la quilla se había quebrado.

¡El *Alexandria* se estaba hundiendo!

El país del sol naciente

A pesar de que todo esfuerzo parecía inútil, la tripulación había luchado toda la noche para mantener el barco a flote. El agua había inundado los pantoques y Jack había trabajado frenéticamente junto con los demás hombres para achicarla. El nivel del agua, sin embargo, no tardó en alcanzarle el pecho y había tenido que luchar desesperadamente para controlar su pánico. Morir ahogado era la peor pesadilla del marinero: una tumba de agua donde los cangrejos se arrastraban sobre tu cuerpo hinchado y picoteaban tus fríos ojos sin vida.

Jack vomitó por la borda del *Alexandria* por cuarta vez esa mañana, al recordar el modo en que las oscuras aguas le habían lamido la barbilla. Conteniendo la respiración, continuó bombeando. Pero ¿acaso tenían otra elección? O salvaban el barco o morían intentándolo.

La fortuna estuvo de su parte. Alcanzaron la seguridad de una cala. El océano se calmó de repente, y cuando *el Alexandria* dejó de sacudirse, el nivel de las aguas bajó rápidamente. Cuando tuvo la cabeza fuera de la superficie y oyó el pesado golpe del ancla, el aire rancio de los pantoques le pareció a Jack tan dulce como el de las montañas.

Mientras se recuperaba en el alcázar de popa, saboreó el puro aire marino y su estómago empezó a apaciguarse.

Jack contempló el mar: las olas lamían ahora suavemente la cubierta y el rugido de la tempestad había sido sustituido por las llamadas matutinas de las aves marinas y el ocasional crujido de las jarcias. Se dejó llevar por la paz que le rodeaba. Al cabo de unos minutos, un glorioso sol escarlata se alzó sobre el océano para descubrir una visión espectacular.

El *Alexandria* se encontraba en el centro de una curiosa cala en la que una elevada lengua de tierra, cubierta de tupidos cedros verdes y pinos rojos, se internaba en el océano formando una bahía que encerraba una gloriosa playa dorada en su interior. Las aguas verde esmeralda de la cala estaban llenas de peces de todos los colores del arco iris.

Jack vio en la península algo que brillaba, y sacó el catalejo de su padre. Entre los árboles se alzaba un exquisito edificio que parecía haber surgido de la misma roca.

Jack nunca había visto nada parecido.

En lo alto de un enorme pedestal de piedra había una serie de columnas hechas de madera roja. Cada columna estaba minuciosamente tallada con imágenes doradas que parecían dragones y signos exóticos y retorcidos. Apoyados en las columnas había tejados inclinados que se alzaban hacia el cielo, y en la misma cima del tejado más alto había una fina torre de círculos dorados concéntricos que se elevaba más allá de las copas de los árboles. Delante del edificio, y dominando la bahía, una gran piedra sobresalía del suelo. También estaba grabada con los mismos símbolos.

Cuando Jack intentaba averiguar cuáles eran aquellos símbolos, atisbo movimiento.

Oculto tras la piedra erecta había un gran caballo blanco, y a su sombra, sin llegar apenas a la altura de la silla, distinguió una delgada muchacha de cabellos oscuros. Parecía tan efímera como un espíritu. Su piel era blanca como la nieve, y su pelo, negro y misterioso como el azabache, le caía en cascada hasta más allá de la cintura. Llevaba un vestido rojo sangre que titilaba con la bruma de las primeras luces de la mañana.

Jack se quedó absorto. Incluso en la distancia, pudo sentir que ella lo miraba. Alzó la mano, vacilante, para saludarla. La muchacha permaneció inmóvil. Jack volvió a saludar. Tal vez ella no lo había visto. Esta vez la muchacha inclinó levemente la cabeza.

—¡Oh, maravilloso día! —exclamó una voz tras él—. ¡Y mucho más ahora que ha pasado la tormenta!

Jack se dio media vuelta y vio a su padre admirando el disco de rubí del sol, que seguía ascendiendo sobre el océano.

—¡Padre, mira! —exclamó, señalando a la muchacha de la península.

John alzó la cabeza y escrutó el promontorio.

—¡Te lo dije, hijo! Esta tierra está repleta de oro —dijo, jubiloso, acercándose a Jack—. Incluso construyen templos con él...

—No, no el edificio, padre, la chica y...

Pero la muchacha y el caballo habían desaparecido. Sólo quedaba la piedra erecta. Era como si se la hubiera llevado la brisa.

—¿Qué chica? Has pasado demasiado tiempo en la mar, Jack —respondió su padre esbozando una sonrisa experta que desapareció rápidamente, como robada por un recuerdo olvidado—. Demasiado tiempo...

Guardó silencio, contemplando melancólicamente tierra.

—Nunca tendría que haberte traído, Jack. Fue una locura por mi parte.

—Pero yo quise venir —dijo Jack, mirando a su padre a los ojos.

—Tu madre... que Dios la tenga en su seno, nunca lo habría permitido. Habría querido que te quedaras en casa con Jess.

—¡Sí, pero mi madre ni siquiera me permitía caminar por los muelles sin ir cogido de su mano!

—¡Y por buenos motivos, Jack! —respondió su padre, de nuevo con una sonrisa en los labios—. Siempre estabas ansioso de aventuras. ¡Probablemente habrías subido a bordo de algún barco con destino a África y no habríamos vuelto a verte!

Jack se sintió de pronto envuelto en uno de los enormes abrazos de oso de su padre.

—Ahora estas aquí en Japón. ¡Y por mi vida, hijo mío, que anoche demostraste tener temple! Un día serás un buen piloto.

El orgullo que su padre sentía por él le caló hasta los huesos. Enterró la cabeza en el pecho de su padre, como si no quisiera salir nunca de ahí.

—Jack, si de verdad has visto a alguien en tierra, entonces será mejor que estemos en guardia —continuó su padre cogiéndole a Jack el catalejo—. Los *wako* infestan estas aguas y nunca se es demasiado cauteloso.

—¿Qué son los *wako*? —preguntó Jack, echando atrás la cabeza.

—Son piratas, hijo. Pero no piratas corrientes. Son piratas japoneses. Desesperados, astutos y despiadados —explicó su padre, escrutando el horizonte—. Son temidos en todas partes y no vacilan en matar a españoles, holandeses, portugueses e ingleses por igual. Son los diablos de estos mares.

—Y son el motivo —interrumpió el capitán desde atrás— por el que debemos apresurarnos a reparar el *Alexandria*, jovencito. ¿Hizo el tercer oficial el recuento de daños?

—Sí, capitán —repuso John, mientras se dirigía al timón con el capitán Wallace—. La situación es tan mala como nos temíamos.

Jack los siguió de cerca, tratando de escuchar lo que decían mientras buscaba con la mirada algún signo de la misteriosa muchacha.

—Me temo que el *Alexandria* ha recibido una buena paliza... —decía su padre.

—... Al menos dos semanas para que vuelva a navegar...

—... Quiero que esté listo cuando llegue la luna nueva.

—... Eso es apenas dentro de una semana... —protestaba su padre.

—Turnos dobles, piloto, si queremos salvarnos del destino del *Clove*...

—Murió hasta el último hombre. Decapitados... Todos y cada uno de ellos.

La noticia del turno doble no cayó bien entre los hombres, pero le tenían demasiado miedo al contramaestre y su gato de nueve colas como para quejarse. Durante los siete días siguientes, Jack y el resto de la tripulación trabajaron como esclavos, sudando la gota gorda bajo el caliente sol japonés.

Mientras reparaba el trinquete con varios tripulantes más, Jack no apartaba la mirada del templo que titilaba en la bruma producida por el calor: parecía flotar por encima del macizo de tierra. Cada día se levantaba esperando volver a ver a la muchacha de aquella primera mañana... Pero estaba empezando a pensar que había sido producto de su imaginación.

Tal vez su padre tenía razón. Tal vez había pasado demasiado tiempo en la mar.

—Esto no me gusta. No me gusta nada de nada —se quejó Ginsel, sacando a Jack de su ensimismamiento—. Somos un barco mercante sin vela. Llevamos un cargamento de tela, brasilere y armas. ¡Cualquier pirata que conozca su oficio sabrá que somos un bocado apetecible!

—Pero somos más de cien, señor, y tenemos cañones —dijo Christian, un chaval holandés de doce años, tímido y menudo como un ratón—. ¿Cómo podrían derrotarnos?

—Pero bueno, ¿acaso no sabes nada, erizo de mar? —escupió Pipa, un hombrecillo huesudo cuya piel le colgaba de los huesos como papel de pergamino—. Estamos en Japón. Los japoneses no son indígenas indefensos y desnudos. Son luchadores. ¡Asesinos! ¿Has oído hablar de los samuráis?

Christian negó con la cabeza sin siquiera despegar los labios.

—Se dice que los samuráis son los guerreros más mortíferos, sañudos y malignos que han pisado nunca la faz de la tierra. ¡Te matarán en cuanto te vean!

Christian abrió los ojos, horrorizado, e incluso Jack, que conocía bien la reputación de charlatán de Pipa, se sintió sorprendido por su terrible descripción.

El anciano hizo una pausa para encender su pipa y la chupó lánguidamente. Otros marineros se habían unido a ellos y se apretujaban a su alrededor.

—Los samuráis trabajan para el mismísimo diablo. ¡He oído que te cortan la cabeza si no te inclinas ante ellos como si fueras un esclavo!

Christian se estremeció, y algunos de los hombres se echaron a reír.

—Así que si alguna vez os encontráis con un samurái, inclinaos. ¡Inclinaos bien inclinados!

—¡Ya está bien, Pipa! ¡Ya basta de meterle miedo a la gente! —intervino el contramaestre, que había acudido a ver qué distraía a los hombres de su trabajo—. Vamos, poned este barco a punto de una vez... ¡Tenemos que zarpar mañana al amanecer!

—A la orden, señor —canturrearon todos los hombres, volviendo a toda prisa a su trabajo.

Esa noche la inquietud creció entre la tripulación. La historia de Pipa sobre los samuráis y la revelación de Jack sobre los *wako* habían corrido como la pólvora y los vigías habían empezado a ver sombras negras moviéndose en el bosque.

Al día siguiente, nadie apartaba los ojos de la orilla y, a pesar de que no se veía un alma, todos trabajaban esa mañana dominados por una febril ansiedad.

Casi había anochecido cuando el *Alexandria* quedó listo para zarpar. El contramaestre llamó a todos los hombres a cubierta y Jack esperó ansiosamente a oír las órdenes del capitán.

—Caballeros, han hecho ustedes un buen trabajo —anunció el capitán Wallace—. Si el viento es favorable, al amanecer zarparemos hacia Nagasaki. ¡Todos se han ganado una ración extra de cerveza!

Toda la tripulación dejó escapar un aplauso entusiasta. No era nada habitual que el capitán se mostrara tan generoso. Sin embargo, cuando los vítores se apagaron, se oyó gritar al vigía desde la cofa:

—¡Barco a la vista! ¡Barco a la vista!

Todos se volvieron como un solo hombre hacia el mar.

Allí, en la distancia, se distinguía el ominoso contorno de un barco... Con la bandera roja de los *waco*.

Sombras de las noche

La noche era negra como la brea, la vieja luna había desaparecido, y el barco *wako* pronto quedó envuelto en una oscuridad absoluta.

El capitán, consciente de la posibilidad de un ataque, había doblado la guardia en cubierta. Mientras, en el interior del buque, los marineros fuera de servicio se susurraban unos a otros sus temores. Agotado, Jack yacía silencioso en su camastro, contemplando el chisporroteo de la lámpara de aceite, a cuya luz los rostros de los hombres aparecían descarnados y espectrales.

Jack debió de quedarse adormilado, porque cuando volvió a abrir los ojos la lámpara de aceite se había apagado. ¿Qué lo había despertado? Reinaba un silencio absoluto, salvo por los ronquidos de algunos de los marineros, pero a pesar de ello se sintió inquieto.

Jack saltó de su camastro y subió las escaleras. No había luz en cubierta. Ni una sola estrella brillaba en el firmamento, y esa oscuridad absoluta le resultó preocupante. Cruzó la cubierta, palpando su camino. Parecía no haber nadie cerca y esto incrementó aún más su sensación de intranquilidad.

Entonces, sin aviso previo, chocó contra un vigilante.

—¡Demonios! —exclamó el marinero—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento, Pipa —dijo Jack, viendo la pequeña pipa de barro entre los labios del hombre—. Pero ¿por qué están apagadas todas las mechas?

—Para que los *wako* no puedan vernos, estúpido —susurró Pipa, y luego sorbió su pipa apagada—. ¿Qué estás haciendo en cubierta? He estado a punto de rebanarte el pescuezo.

—Esto... No podía dormir.

—Bien. Pero éste no es sitio para dar paseos de medianoche. Vamos armados con pistolas y espadas por si los *wako* atacan, así que vuelve abajo. No querrás estropear esa linda carita tuya, ¿no?

Pipa le dedicó a Jack una amplia sonrisa mellada y alzó una hoja de aspecto oxidado ante su cara. Jack no estaba seguro de si Pipa hablaba en serio, pero no iba a

quedarse ahí para averiguarlo.

Se retiró a la escalera.

Cuando se disponía a bajar, le dirigió una última mirada al marinero, que estaba junto a la amura, encendiendo su pipa. El brillo rojo del tabaco resaltó como un ascua en la oscuridad.

De repente, el brillo desapareció, como si una sombra lo hubiera engullido. Jack oyó entonces una leve exhalación de aire y el golpeteo de la pipa al caer contra la cubierta, y vio el cuerpo del marinero desmoronándose silenciosamente en el suelo. La sombra voló por los aires y desapareció en los aparejos.

Jack se quedó demasiado aturdido para poder gritar. ¿Qué acababa de ver? ¿Había llegado a ver algo? Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y le pareció distinguir sombras arrastrándose en silencio por todo el barco. Otros dos vigilantes de la cubierta de proa fueron tragados por las sombras y se desplomaron. Lo extraño de todo aquello era el silencio sepulcral en el que se producía el ataque. Y eso era, advirtió Jack: un ataque.

Jack bajó entonces a toda prisa las escaleras y se lanzó hacia el camarote de su padre.

—¡Padre! —gritó—. ¡Nos atacan!

John Fletcher saltó de su camastro y agarró la espada, el cuchillo y las dos pistolas que tenía preparadas sobre la mesa. Estaba completamente vestido, como si esperara problemas, y rápidamente se envainó la espada y se colocó las pistolas y el cuchillo en el cinturón.

—¿Por qué no ha alertado la guardia? —preguntó.

—No hay guardia, padre. ¡Están todos muertos!

John se detuvo en seco y se dio media vuelta, incrédulo. Pero una mirada al rostro ceniciento de su hijo le convenció. Se sacó el cuchillo del cinturón y se lo entregó a Jack junto con la llave del camarote.

—No salgas de este camarote. ¿Me oyes? Pase lo que pase, no salgas —ordenó.

Jack asintió, obediente: estaba demasiado aturdido como para discutir.

Nunca había visto así a su padre. Juntos habían sobrevivido a los ataques de los barcos portugueses mientras navegaban por aguas suramericanas y atravesaban el difícil Estrecho de Magallanes. Pero hasta entonces su padre nunca le había mandado que se quedase en el camarote. Siempre había luchado codo con codo junto a su padre, aunque sólo fuera recargándole la pistola.

—Echa la llave... Y espera mi regreso —ordenó su padre mientras cerraba la puerta tras él.

Jack lo oyó desaparecer por el pasillo, congregando a los hombres.

—¡Todos a cubierta! ¡A las armas! ¡Nos abordan!

Jack cerró la puerta del camarote. Sin saber qué otra cosa hacer, se sentó en el camastro. Pudo oír el sonido de los pies descalzos de los hombres que acudían a toda prisa a la llamada de su padre. Y cuando subieron a cubierta, sólo hubo gritos y chillidos.

Luego, silencio.

Jack escuchó con atención. Lo único que podía oír era el crujido de las tablas mientras los hombres se movían con cautela. Parecía haber cierta confusión.

—¿Dónde está el enemigo? —exclamó uno de los marineros.

—No hay ningún ataque... —dijo otro.

—¡Silencio! —ordenó su padre, y los hombres se callaron.

La gravedad del silencio era enervante.

—¡Venid aquí! —exclamó Ginsel—. Pipa está muerto.

De repente, pareció que el infierno se desencadenaba. Se oyó la detonación de una pistola, seguida de más disparos. Los hombres gritaron.

—¡ESTÁN EN LOS APAREJOS! —chilló alguien.

—¡Mi brazo! ¡Mi brazo! —exclamaba otro, y sus gritos de angustia fueron cortados pronto ominosamente.

Las espadas entorchocaron. Los pies corrieron por cubierta. Jack pudo oír los gruñidos e imprecaciones del combate a brazo partido. No supo qué hacer. Estaba aterrado, capturado entre dos miedos: luchar o esconderse.

Los sonidos de la batalla remitían, sustituidos por los gemidos de los moribundos, pero todavía pudo oír a su padre animando a los hombres en la cubierta. ¡Al menos su padre estaba vivo!

Entonces algo chocó contra la puerta del camarote. Jack saltó de la cama, sobresaltado. El picaporte se sacudía frenéticamente arriba y abajo, pero la cerradura aguantaba.

—¡Socorro! ¡Por favor, socorro! ¡Déjenme entrar!—suplicaba una voz desesperada al otro lado.

Era Christian. Sus manos golpeaban la puerta cerrada.

—¡No! ¡No! Te lo suplico...

Hubo un frenético roce. Un suave golpe de carne seguido por un gemido doloroso.

Jack corrió hacia la puerta. Mientras manoseaba la llave, se le cayó antes de poder meterla en la cerradura. Ahogado por el pánico, volvió a cogerla, la hizo girar y abrió la puerta, cuchillo en mano, dispuesto a defenderse.

Christian cayó hacia el interior de la habitación, con un cuchillo clavado en el estómago. La sangre manchó las tablas del suelo y Jack sintió su tacto cálido y pegajoso bajo sus pies.

Los ojos de Christian se le quedaron mirando, aterrorizados y suplicantes.

Jack arrastró a su amigo al interior del camarote y cogió una de las sábanas del camastro de su padre para detener la hemorragia. De pronto, oyó los gritos desesperados de su padre y, tras dedicarle una mirada de dolor a Christian, salió al pasillo para enfrentarse a lo que se ocultaba en la oscuridad.

6

Fiebre

Jack gritó lleno de agonía.

Todavía era de noche, pero una cegadora luz blanca quebró la oscuridad.

Voces extrañas lo rodeaban, extrañas y confusas.

Jack pudo distinguir el rostro de un hombre flotando sobre él. Un lado estaba horriblemente marcado, como derretido. Curiosamente, los ojos del hombre mostraban gran preocupación.

El hombre extendió la mano para tocarlo.

De pronto el brazo le ardió al rojo vivo y perlas de sudor corrieron por su frente enfebrecida. Jadeando, Jack trató de huir del agudo dolor, pero la oscuridad lo envolvió de nuevo...

Perdió el sentido y volvió a recuperarlo... Y oscuros recuerdos se apoderaron de él...

Jack estaba en cubierta.

Podía oír gritar a su padre. Los hombres yacían muertos o moribundos, los cuerpos apilados unos encima de otros. Su padre, todavía en pie, pero cubierto de sangre, estaba rodeado por cinco sombras. John Fletcher hacía girar un arpeo por encima de su cabeza, combatiendo con la ferocidad de un león. Las sombras (vestidas de negro de la cabeza a los pies, con una sola rendija para los ojos) no podían acercarse.

Una se abalanzó hacia él.

Su padre descargó violentamente el arpeo, alcanzando a su atacante en la sien con un golpe terrible. La sombra se desplomó en el suelo...

—¡Vamos! —rugió su padre—. ¡Parecéis fantasmas, pero seguís muriendo como hombres!

Dos de los guerreros sombra atacaron. Uno iba armado con una hoja de terrible aspecto unida a una cadena, mientras que el otro hacía girar rápidamente dos pequeñas guadañas. Ninguno pudo acercarse. El grupo rodeaba al padre de Jack, intentando cansarlo.

Jack no consiguió moverse: el miedo clavaba sus pies a la cubierta.

Una de las sombras arrojó una estrella centelleante...

Todo era deslumbrantemente brillante. Jack entrecerró los ojos ante la luz del día. Se sentía acalorado y la cabeza le martilleaba. Un dolor sordo latía en su brazo izquierdo. Permaneció allí tendido, incapaz de moverse, mirando un techo de cedro pulido. Eso no era el barco...

Su padre no lo vio venir, pero Jack sí.

El *shuriken* lo alcanzó en el brazo. John Fletcher gruñó de dolor, y luego se arrancó con disgusto la estrella de metal. Un fino hilillo de sangre manó de la herida. Su padre se ríe de la patética arma.

Pero el *shuriken* no pretendía matar: simplemente era una distracción. Una sombra bajó silenciosamente por los cordajes tras su padre, como una araña que saltaba sobre su presa.

Jack quiso gritar una advertencia, pero su voz quedó ahogada por el pánico.

La sombra pasó un garrote por delante de la garganta de su padre y tiró con fuerza hacia atrás. Jack se sintió completamente inútil. Había demasiados. Él no era más que un muchacho. ¿Cómo podía salvar a su padre?

Llevado por la desesperación, Jack gritó y se lanzó al ataque empuñando el cuchillo de su padre...

Desorientado, volvió la cabeza, con los músculos del cuello entumecidos y doloridos.

Allí, arrodillada en silencio junto a él, había una mujer pequeña. Le resultaba familiar, pero no podía estar seguro: todo estaba desenfocado.

—¿Madre? —preguntó Jack.

La mujer se acercó. Tenía que ser ella. Siempre lo cuidaba cuando estaba enfermo, pero ¿cómo podía estar allí?

—*Yasunde, gaijinsan* —respondió ella amablemente, leve como el fluir de un arroyuelo.

La figura iba vestida completamente de blanco. Su largo pelo negro le rozó la mejilla cuando le colocó un paño fresco en la frente. Su suave contacto le recordó a Jack a su hermana pequeña. El pelo de Jess era igual de suave... Pero Jess estaba en Inglaterra... Esa mujer... No, era una muchacha. Parecía un ángel todo de blanco... ¿Estaba en el cielo? Un velo de oscuridad lo envolvió de nuevo...

El guerrero sombra miró directamente a Jack.

Un único ojo verde lo retó con vengativo placer. La sombra lo había cogido por el cuello y le estaba quitando lentamente la vida.

Jack soltó el cuchillo, que cayó a cubierta con un golpe.

—¿El cuaderno de ruta? —siseó la sombra del ojo verde, volviéndose hacia el padre de Jack.

John Fletcher dejó de debatirse contra el garrote, desconcertado ante la súbita demanda.

—¿El cuaderno de ruta? —repitió la sombra del ojo verde, desenvainando la espada que llevaba a la espalda y apuntando con su afilada punta al corazón de Jack.

—¡Déjalo, no es más que un niño! —gritó su padre, dispuesto a atacar.

Los ojos de John Fletcher ardían de ira. Se retorció tratando de liberarse del garrote, intentando alcanzar a su hijo, pero fue inútil. La sombra tiró hacia atrás con fuerza. John se ahogó y las fuerzas fueron abandonándolo poco a poco. Derrotado, se quedó flácido como una muñeca de trapo.

—En mi camarote... En mi escritorio... —gimió, sacándose una llavecita del bolsillo y arrojándola a la cubierta.

El guerrero del ojo verde no pareció comprender.

—En mi camarote... En mi escritorio... —repitió John Fletcher, señalando primero la llave y luego la dirección donde se encontraba su camarote.

La sombra asintió a uno de sus hombres, que recogió la llave y desapareció rápidamente bajo cubierta.

—Ahora suelta a mi hijo —suplicó el padre de Jack.

La sombra del ojo verde soltó una risotada, y echó atrás la espada para descargar el golpe de gracia...

Jack gritó y abrió los ojos. El corazón le latía desbocado. Miró frenéticamente a su alrededor. Una vela aleteaba en el rincón de la habitación vacía.

Una puerta se deslizó para abrirse y la muchacha se le acercó y se arrodilló junto a él.

—*Aku rei. Yasunde, gaijinsan* —dijo la muchacha, con la misma voz amable que Jack había oído antes.

Colocó una vez más el frío paño en su frente y le hizo acostarse.

—¿Qué? Yo... no entiendo —tartamudeó Jack—. ¿Quién eres? ¿Dónde está mi

padre?

La risotada continuó.

El padre de Jack explotó de ira cuando advirtió que la sombra pretendía matar a Jack.

John Fletcher echó atrás la cabeza, golpeando a su captor en la cara y rompiéndole la nariz. El garrote se aflojó y cayó al suelo. John se lanzó hacia el cuchillo que había caído en cubierta y, con un último y desesperado intento para salvar a su hijo, agarró la hoja y la clavó en la pierna de la sombra del ojo verde.

La sombra gruñó de dolor antes de descargar el golpe mortal y Jack, libre de la mano que lo ahogaba, se desplomó, casi inconsciente. Haciendo girar su espada, la sombra corrió hacia su atacante.

Tras soltar su grito de batalla, «¡KIAI!», la sombra del ojo verde dejó caer su arma contra el pecho de John.

Samurái

Inmaculadamente limpio, el suelo de la pequeña habitación sin adornos estaba cubierto con una pauta geométrica de suaves esterillas de paja. Las paredes eran cuadrados de papel transparente que suavizaban la luz del día, creando en la habitación una atmósfera mágica.

Jack yacía en un grueso futón, cubierto con una colcha de seda. Nunca hasta entonces había sentido el contacto de la seda sobre su piel y le pareció como la caricia de un millar de alas de mariposa.

Después de tanto tiempo en la mar, la cabeza le daba vueltas en la mareante inmovilidad del suelo. Trató de sujetarse, pero una brusca lanzada de dolor le corrió por todo el brazo.

Se examinó con cautela. Tenía el brazo izquierdo hinchado y descolorido. Le pareció que estaba roto, pero alguien se lo había asegurado con una tablilla de madera. Con esfuerzo, trató de recordar lo que había sucedido. La fiebre había remitido, y las imágenes inconexas que hasta entonces habían ido ocupando momentáneamente su mente adquirieron de pronto una dimensión dolorosamente real.

Christian muriendo en la puerta. Las sombras en la oscuridad. La tripulación del *Alexandria* masacrada. Su padre muriendo, con un garrote presionándole la garganta. El guerrero sombra clavándole su espada...

Jack pudo recordar que había permanecido tendido en cubierta lo que le había parecido una eternidad. Las sombras, creyendo que había muerto, habían dejado el alcázar para saquear el barco. Luego, como si surgiera de una profunda sima, oyó hablar a su padre.

—Jack... Jack... Hijo mío... —susurró débilmente.

Jack se sacudió la parálisis y se arrastró hacia su padre moribundo.

—Jack... Estás vivo —dijo, y una leve sonrisa asomó en sus labios ensangrentados—. El cuaderno de ruta... A casa... Te llevará a casa...

Entonces la luz abandonó los ojos de su padre y John exhaló su último suspiro.

Jack ese abrazó a su padre, tratando de calmar sus sollozos. Se aferró a él como si

fuera un marinero que busca una cuerda de seguridad para no ahogarse.

Cuando su llanto finalmente remitió, Jack se dio cuenta de que estaba completamente solo, aislado en una tierra extranjera. Su única esperanza para regresar a casa era el cuaderno de ruta.

Corrió hacia las cubiertas inferiores. Los *wako*, ocupados en cargar las armas, el oro y el brasilere en su propio barco, no se fijaron en él. Bajo cubierta, Jack dejó atrás cadáver tras cadáver hasta que consiguió entrar en el camarote de su padre, donde encontró el cuerpo sin vida de Christian.

Habían saqueado el camarote, el escritorio estaba volcado y las cartas esparcidas por todas partes. Jack corrió al camastro y levantó el colchón. Apretó el resorte oculto y, para su alivio, vio el cuaderno de ruta, envuelto en su tela protectora.

Se lo metió debajo de la camisa y salió corriendo del camarote. Casi había llegado a las escaleras cuando una mano apareció de pronto en medio de la oscuridad y lo agarró por el cuello de la camisa.

Un rostro ennegrecido apareció ante sus ojos.

Sonreía con una mueca enloquecida, revelando una hilera de dientes de tiburón.

—¡Caiga la peste sobre ellos! No nos han derrotado —susurró Ginsel con los ojos desencajados—. Le he prendido fuego a la santabárbara. ¡BUUM!

Ginsel extendió los brazos, para indicar el gran alcance de la explosión. Se rio brevemente, y de pronto una expresión de sorpresa se apoderó de su rostro. Jack lo vio entonces desplomarse ante él con un gran cuchillo sujeto a una cadena asomándole por la espalda.

Jack alzó la mirada y vio la siniestra figura de un ninja surgiendo de las sombras. Un único ojo verde lo miró a los ojos y luego reparó en el cuaderno de ruta que Jack llevaba guardado debajo de la camisa. La sombra tiró de la cadena, devolviendo el cuchillo a su mano. Jack giró sobre sus talones y corrió escaleras arriba, rezando para poder llegar a tiempo a la amura.

Antes de que el cuchillo del ninja lo alcanzara, Jack salió despedido por la fuerza de la explosión y acabó cayendo al océano con el resto del naufragio...

Luego... Luego la nada...

Un dolor terrible. Oscuridad.

Una luz cegadora.

El rostro cubierto de cicatrices de un hombre...

Extrañas voces desconocidas...

Jack fue súbitamente consciente de que podía oír esas mismas voces ahora, hablando fuera de la habitación. Durante un momento, no se atrevió a respirar.

¿Eran *wako*? Pero entonces ¿por qué estaba vivo?

Jack divisó su camisa y sus calzones, perfectamente doblados en un rincón de la habitación, pero no vio ni rastro del cuaderno de ruta. Se puso en pie a duras penas y se vistió apresuradamente. Cruzó la habitación en busca de la puerta, pero sólo halló una parrilla ininterrumpida de paneles.

Se sintió perdido. Ni siquiera había una aldaba.

Entonces recordó uno de sus sueños febriles: la muchacha había entrado en la habitación a través de una puerta corredera. Jack agarró una de las tablillas de madera para empujar, pero, al no estar aún habituado a la firmeza de la tierra firme, se tambaleó y atravesó con la mano la puerta de fino papel. La conversación al otro lado de la puerta *shoji* cesó bruscamente.

El panel se deslizó y Jack retrocedió tambaleándose, avergonzado por su torpeza.

Una mujer de mediana edad de rostro redondo y un joven fornido de oscuros ojos almendrados se lo quedaron mirando. La expresión del hombre era feroz. De su cintura colgaban dos espadas, una parecida a una daga, la otra, larga y levemente curvada. Dio un paso adelante, sujetando con la mano la empuñadura de la hoja más larga.

—¿*Naniwoshiteru, gaijin?* —dijo el hombre desafiante.

—Lo siento. Yo... No comprendo —dijo Jack, retirándose asustado.

La mujer le habló al hombre con firmeza, pero él no retiró la mano de la espada.

Jack temió que fuera a usarla contra él. Aterrorizado, escrutó la habitación con la mirada en busca de una salida, pero aquel hombre le barró el paso y empezó a tirar de la empuñadura de la espada. Jack clavó sus ojos en el brillo cegador de la afilada hoja. Y entonces recordó las palabras de Pipa: «Si alguna vez os encontráis a un samurái, inclinaos. ¡Inclinaos bien inclinados!»

Aunque Jack nunca había visto, y mucho menos conocido, a un samurái, aquel hombre terrible parecía serlo. Llevaba una túnica en forma de T de crujiente seda blanca y anchos pantalones negros adornados con puntos dorados. Se había afeitado la cabeza, y la parte posterior y los lados del pelo negro restante los llevaba recogidos en un tenso nudo en lo alto. Su rostro era severo e impenetrable: era el rostro de un guerrero. El hombre tenía el aspecto de alguien que podía matar a Jack con la misma tranquilidad del que pisa a una hormiga.

El cuerpo de Jack estaba magullado y le dolían todos los músculos, pero se obligó a inclinarse a pesar del dolor. Al hacerlo, el hombre dio asombrado un paso atrás.

Entonces empezó a reírse, una risa de diversión que acabó por convertirse en un profundo rugido.

8

Ofuro

Jack debió de haber gritado en sueños, porque cuando se dio la vuelta la mujer del rostro redondo estaba arrodillada junto a su cama.

Como el samurái del día anterior, llevaba una túnica de seda, pero la suya era de un azul oscuro y estaba elaboradamente decorada con imágenes de mariposas blancas. La mujer le sonrió amablemente y le ofreció a Jack un poco de agua. El muchacho cogió el pequeño cuenco y apuró el líquido. Era dulce y fresco.

—Gracias. ¿Puedo pedirle un poco más?

Ella frunció el ceño.

—¿Puedo beber un poco más de agua? —dijo Jack, señalando el pequeño cuenco que tenía en la mano y haciendo sonidos de succión.

Tras comprender, ella sonrió e inclinó la cabeza. Desapareció a través de la puerta corredera, que ya habían reparado, y regresó con una bandeja lacada de color escarlata con tres cuencos pequeños. Uno contenía agua, otro una fina sopa humeante de pescado, y el tercero un montoncito de arroz blanco con pepinillos.

Jack se tomó el agua y luego la sopa. Aunque no le gustó el sabor picante, la sopa lo calentó. Entonces se metió ansiosamente el arroz en la boca, con los dedos. Jack ya había visto arroz en otra ocasión, cuando su padre les había traído un poco de Italia. Le parecía insípido, pero como llevaba varios días sin comer, no le importó. Se lamió los dedos para limpiárselos y le dedicó a la mujer una amplia sonrisa con ánimo de mostrarle su agradecimiento por la comida.

La mujer pareció completamente escandalizada.

—Esto... Gracias. Muchas gracias.

Jack no supo qué más decir.

Claramente molesta, la mujer recogió los boles vacíos y salió de la habitación.

¿Qué había hecho Jack? ¿Tal vez debería haberle ofrecido algo de comer también?

Al cabo de unos instantes, el panel de la pared se abrió y la mujer regresó con una túnica blanca y la colocó sobre la cama.

—*Kimono wo kite choudai...* —dijo, indicándole a Jack con gestos que se lo

pusiera.

Jack, súbitamente consciente de que estaba desnudo bajo la colcha, se negó.

La mujer parecía perpleja. Volvió a señalar la túnica.

Frustrado por su incapacidad de comunicarse, Jack le indicó que atravesara el panel deslizante. Aunque claramente asombrada por la petición, ella inclinó la cabeza y salió de la habitación.

Jack se levantó tan rápidamente como se lo permitió su cuerpo dolorido y, cuidando de su brazo en cabestrillo, se puso la túnica de seda.

Tras dirigirse a la puerta, la abrió, procurando no estropearla de nuevo. La mujer esperaba en un porche de madera que rodeaba la casa. Un grupito de escalones conducía a un gran jardín rodeado por una tapia alta. El jardín no se parecía a ninguno de los que Jack había visto jamás.

Un puente pequeño cruzaba un estanque lleno de nenúfares rosa. Senderos de guijarros se abrían paso entre coloridas flores y matorrales verdes y grandes piedras adornadas. Una cascada caía a un arroyo que rodeaba primero un glorioso cerezo y luego volvía al estanque.

Todo en el jardín era perfecto, pacífico, pensó Jack. Cuánto le habría gustado a su madre. No tenía nada que ver con los embarrados parches de hierbas, verduras y setos que se extendían por toda Inglaterra.

—Es como el Jardín del Edén —dijo Jack.

La mujer le indicó que se pusiera unas sandalias de madera, y avanzó por el camino dando pasos cortitos, indicándole con la mano que la siguiera.

Al otro lado del estanque había un anciano huesudo, sin duda el jardinero, que atendía una zona ya perfecta con un rastrillo. Al pasar, hizo una profunda reverencia. La mujer le devolvió una ligera inclinación de cabeza y Jack la imitó. Parecía que inclinarse era lo que había que hacer en todo momento.

Entraron en un pequeño edificio de madera al otro lado del jardín. La habitación era agradablemente cálida y en su interior había un gran banco de piedra y una gran bañera cuadrada de madera llena de agua humeante. Para horror de Jack, la mujer le indicó que se desnudara.

—¿Qué? No esperará que me meta ahí dentro, ¿no? —exclamó Jack, apartándose del baño.

Sonriendo, ella se tapó la nariz, señaló a Jack, y luego al baño.

—*O furo.*

—¡Yo no apesto! —dijo Jack—. Me bañé hace apenas un mes.

¿Acaso no sabían esas gentes que bañarse era peligroso? Su madre le había dicho un millón de veces que uno podía pillar una diarrea, ¡o incluso cosas peores!

—¡*Ofuro haitte!* —repitió ella, dando una palmada en la bañera—. ¡*Anata ni nomiga tsuite iru wa yo!*

Jack no entendió una palabra, ni tampoco le importó: no iba a meterse en aquella bañera, y punto.

—¡*Uekiya! ¡Chiro! ¡Kocchi ni hite!* —gritó la mujer, intentando coger a Jack.

Jack rodeó la bañera y se dirigió a la puerta a toda prisa, pero el jardinero había acudido atraído por los gritos y le bloqueaba el paso. Llegó una criada joven y lo agarró. La mujer le quitó la túnica y empezó a frotarlo con agua fría.

—¡Basta! ¡Está helada!—exclamó Jack—. ¡Le exijo que me deje en paz!

—*Dame, Oruro no jikan yo, ohkina agachan ne* —dijo la mujer, y la criada se echó a reír.

Jack se debatió y pataleó tanto que el jardinero tuvo que acudir a sujetarlo también, aunque el anciano tuvo mucho cuidado con su brazo roto.

Jack se sintió como un bebé cuando lo frotaron y lo metieron, todavía protestando, en el humeante baño. El calor era casi insoportable, pero cada vez que intentaba salir de allí la mujer volvía a empujarlo hacia dentro.

Al cabo de un rato lo dejaron salir, pero sólo para volver a lavarlo, esta vez con agua jabonosa y tibia. A esas alturas, Jack estaba demasiado cansado para resistirse y se resignó a la indignidad de todo aquello. ¡Lo peor era que el agua estaba perfumada! Olía como una «chica».

Luego volvieron a meterlo en la bañera: tenía la piel rojiza por el calor. Al cabo de un rato, le indicaron que saliera y lo sometieron a una dosis final de agua fría antes de secarlo y vestirlo con una túnica nueva.

Agotado, lo condujeron de vuelta a su habitación, donde se desplomó sobre su colchón y se quedó inmediatamente sumido en un profundo sueño.

Quimonos y palillos

—*Ofuro* —dijo la mujer

—Me bañé ayer... —se quejó Jack.

—¡*Ofuro!*—reprendió ella.

Jack, advirtiendo que era inútil resistirse, se puso la bata limpia y se abrió paso por el pintoresco jardín hasta el baño. Esta vez, casi disfrutó de la experiencia.

Aparte del dolor en el brazo y la cabeza, tuvo que admitir que el baño le había sentado bien. Estaba más descansado y, una vez eliminada el agua marina y los piojos, el cuero cabelludo ya no le picaba.

Cuando regresó a su habitación, observó que sobre la cama le habían dejado ropas similares a las del samurái. ¿Qué quería esa gente de él? Lo alimentaban, lo lavaban y lo vestían, pero mantenían siempre las distancias y evitaban todo contacto innecesario.

La mujer del rostro redondo entró en la habitación.

—¡Chiro! —exclamó, y la criada llegó corriendo.

La criada era joven, de unos dieciocho años, pero a Jack le resultaba difícil juzgarlo, pues su piel era perfectamente lisa. Tenía los ojos pequeños y oscuros y una corta melena de cabello negro. Su rostro poseía los delicados rasgos de una muñeca de porcelana y, aunque era hermosa, su belleza no podía compararse a la de la muchacha que lo había atendido durante su fiebre.

¿Dónde estaba, por cierto? Y, ya puestos, ¿dónde estaba el hombre del rostro cubierto de cicatrices? Sólo había visto a otros dos hombres en la casa: el viejo jardinero, a quien la mujer llamaba Uekiya, y el samurái de aspecto fiero... Y ninguno de los dos tenía cicatrices. Tal vez la muchacha y el hombre de las cicatrices eran ambos producto de su imaginación, como la muchacha que había creído ver en tierra.

—*Goshujin kimono* —dijo la mujer, señalando las ropas.

Jack comprendió que la mujer pretendía que se pusiera aquella ropa, pero al mirar el sorprendente conjunto de piezas, se preguntó por dónde demonios tenía que empezar. Cogió un par de curiosos calcetines de dedos hendidos. Al menos era evidente dónde iban, pero sus pies eran demasiado grandes. La criada comprendió su apuro y se rio suavemente, cubriéndose la boca con la mano.

—Bueno, ¿y cómo se supone que debo ponerme estas ropas absurdas? —dijo Jack irritado.

La criada dejó de reírse, se puso de rodillas e inclinó la cabeza pidiendo disculpas. La mujer dio un paso adelante.

Jack soltó los calcetines y aceptó a regañadientes que la mujer y la joven criada lo ayudaran a vestirse. Primero le pusieron los blancos calcetines *tabi*, que afortunadamente cedieron un poco. Entonces, para alivio de Jack, le dieron una ropa interior llamada *juban*: una camisa blanca de algodón y una falda. Luego lo envolvieron en una túnica de seda, y las mujeres se aseguraron con cuidado de que el lazo izquierdo de la túnica se solapara con el derecho antes de atarlo todo desde atrás con un ancho fajín rojo llamado *obi*.

Al salir al porche, Jack se sintió incómodo con su nuevo atuendo. Estaba acostumbrado a calzones y camisas varoniles, no a «vestidos» y «faldas». Cuando se movía, el kimono dejaba pasar el aire por todas partes, pero tuvo que admitir que la suave seda era mucho más agradable que el tejido rígido de sus calzones y el áspero cáñamo de su camisa de marinero.

La criada desapareció en otra habitación mientras la mujer lo conducía por el porche hasta otra *shoji*. Entraron en una habitación pequeña similar a la suya... Excepto que en el interior de ésta había una mesa baja y alargada y cuatro cojines planos dispuestos a cada lado. En la pared del fondo colgaban dos magníficas espadas, con empuñaduras de un tono rojo oscuro y brillantes vainas negras repujadas de madreperla. Bajo estas armas había un pequeño altar donde ardían dos velas y una vara de incienso que perfumaba el aire con un ligero olor a jazmín.

Un niño pequeño estaba sentado con las piernas cruzadas en uno de los cojines, y miraba a Jack, rubio y de ojos azules, lleno de asombro.

La mujer le indicó a Jack que se sentara junto al niño mientras ella ocupaba el sitio opuesto.

Se produjo un embarazoso silencio.

Jack advirtió que el cuarto cojín estaba desocupado y supuso que debían de estar esperando a alguien. El niño pequeño continuó mirando a Jack.

—Soy Jack Fletcher —le dijo al niño, intentando romper el silencio—. ¿Cómo te llamas?

El niño estalló en carcajadas al oír hablar a Jack.

La mujer le habló con brusquedad y el niño guardó silencio. Jack miró a la mujer.

—Soy Jack Fletcher —dijo el muchacho, señalándose el pecho—. ¿Y usted? —

añadió, señalando a la mujer.

Jack repitió el gesto varias veces. Ella seguía sin parecer comprender, manteniendo en sus labios la misma sonrisa enervante. Jack estaba a punto de darse por vencido cuando el niño pequeño intervino.

—Jaku Furecha —dijo, y luego se señaló la nariz—. Jiro.

—Jiro. Sí, sí, mi nombre es Jack.

—¡Jaku! ¡Jiro! ¡Jaku! ¡Jiro! —exclamó el niño, encantado, señalando alternativamente a Jack y luego a sí mismo.

La mujer, comprendiendo, inclinó la cabeza

—*Watashi wa Dâte Hiroko. Hi-ro-ko.*

—Hi-ro-ko —repitió Jack lentamente, devolviendo la inclinación de cabeza. Al menos ahora sabía sus nombres.

Una *shoji* lateral se deslizó para abrirse y entró Chiro, la criada, con una bandeja y seis pequeños cuencos lacados. Mientras los colocaba sobre la mesa, Jack se dio cuenta de pronto de lo hambriento que estaba. Había sopa de pescado, arroz, tiras de extrañas verduras sin cocer, lo que parecían ser densas gachas de trigo y pequeños trocitos de pescado crudo. La criada se inclinó y se marchó.

Jack se preguntó dónde estaba el resto de la comida. La mesita estaba adornada con cuenquecitos de comida, pero ¿era suficiente para todos? ¿Dónde estaba la carne? ¿La salsa? ¿Aunque sólo fuera un trozo de pan con manteca? ¡Por el amor de Dios, el pescado ni siquiera estaba cocido! Temiendo ofender de nuevo a sus anfitriones, esperó a ser servido. Se produjo un largo silencio, y entonces Hiroko cogió dos palillos que había junto a su cuenco.

Jiro hizo lo mismo.

A continuación, para asombro de Jack, sujetando los palillos con una sola mano, empezaron a coger pequeñas cantidades de comida y se las introdujeron con destreza en la boca sin dejar ni un instante de observar atentamente a Jack.

Jack ni siquiera se había fijado en que tenía un par de palillos junto a su cuenco. Examinó los pedazos de madera, finos como lápices. ¿Cómo demonios se suponía que iba a comer con eso?

Jiro le sonrió con la boca llena.

—*Hashi* —dijo, señalándolos.

Jiro abrió la mano para enseñarle a Jack a sujetar correctamente los palillos.

Aunque consiguió imitar el movimiento de tijera de Jiro, no logró sujetar ni el pescado ni la verdura tiempo suficiente para levantarlos del cuenco.

Cuanta más comida se le caía, más frustrado se sentía. Pero no era de los que se rinden fácilmente, así que lo intentó de nuevo, con una mueca. Esta vez se concentró en el arroz. Esto tenía que ser más fácil: había más. Pero la mitad de la cantidad volvió a caer inmediatamente en el cuenco. La otra mitad se esparció por la mesa. Para cuando llegó a la boca de Jack, todo lo que quedaba era un granito de arroz.

Satisfecho de haberlo conseguido, Jack masticó el único grano y se frotó la barriga fingiendo que estaba saciado.

Jiro se echó a reír.

Al pequeño podría haberle gustado la broma, pensó Jack, pero si no aprendía a utilizar pronto estos *hashi*, iba a morir de hambre. ¡Y eso no era cosa de risa!

10

¡Abuncai!

Jack se aclimató a la cómoda rutina de bañarse, comer y dormir.

Su cuerpo fue recuperándose gradualmente de la fiebre, el brazo se le curó y pudo dar paseos regulares por el jardín. La mayor parte de los días se sentaba bajo el cerezo y contemplaba como Uekiya, el jardinero, arrancaba hierbas del lecho de flores o recortaba los arbolitos con infinito cuidado. Uekiya reconocía la presencia de Jack con una breve inclinación de cabeza, pero como Jack no entendía ni palabra de su extraño lenguaje, entre ambos había poca relación.

Jack empezó a inquietarse. Su mundo se reducía a una monotonía de habitaciones indistinguibles, a bañarse diariamente y a un jardín sin mácula. Se sentía atrapado, como un canario encerrado en una jaula dorada. ¿Qué quería esa gente de él? Estaban constantemente observándolo, pero nadie le dirigía nunca la palabra. Le permitían pasearse por la casa y el jardín, pero nunca le dejaban dar un paso más allá. ¿Estaban decidiendo su destino? ¿O acaso esperaban a la persona que iba a decidirlo?

Jack estaba desesperado por saber qué había detrás de las tapias de aquel jardín. Sin duda tenía que haber alguien que entendiera el inglés y pudiera ayudarle a volver a casa, o tal vez encontraría un barco con destino a un puerto extranjero. Quizá podría colarse a bordo con la esperanza de que en su siguiente recalada pudiera encontrar pasaje de vuelta a Inglaterra y a su hermana, la única familia que le quedaba. Fuera lo que fuese, tenía que ser mejor que estar sentado bajo un árbol sin hacer nada.

Jack decidió escapar.

El joven samurái, Taka-san, que parecía ser el guardián de la casa de Hiroko, entraba y salía cada día por una puertecita que había en la tapia del jardín. Ésa sería su ruta de escape. Era absurdo preguntarle a esa gente si podía salir: era prisionero del lenguaje y de las circunstancias. Ellos simplemente se inclinaban y respondían «*Gomennasai, wakarimasen*» a todo lo que les decía, y, a juzgar por la expresión de sus rostros y el tono de su voz, Jack suponía que querían decir algo así como «Lo siento, no comprendo».

Tras el ahora predecible desayuno de arroz, verduras sazonadas y gachas de trigo, Jack se dispuso a dar su acostumbrado paseo por el jardín. Cuando Uekiya se agachó para atender un ya immaculado adorno de flores, Jack se dirigió en silencio hacia la puerta.

Comprobó que Jiro e Hiroko estaban en la casa antes de tirar de la aldaba. Por suerte, la llave no estaba echada. Salió en silencio. La puerta se cerró con un chasquido casi imperceptible, pero Uekiya lo oyó y salió gritando tras él.

—¡Iye! ¡Abunai! ¡Abunai!

Jack echó a correr.

Sin preocuparse de adonde se dirigía, bajó corriendo por un camino de tierra que serpenteaba entre edificios hasta que perdió la casa de vista.

Tras echar un rápido vistazo a sus inmediaciones, Jack comprendió que la aldea se encontraba en la hondonada de una gran bahía natural desde la que se divisaban montañas elevándose en la distancia. Alrededor de la bahía había unas doscientas viviendas, muchas con techos de paja, otras con tejados rojos. Alrededor de la aldea había incontables terrenos escalonados en los que algunos granjeros atendían los campos de arroz. A pesar de que le dolía el brazo, Jack corrió entre los aturridos aldeanos colina abajo, hacia el mar.

Dobló una esquina y se encontró de pronto en medio de una plaza. La plaza conducía a un gran malecón de piedra donde hombres y mujeres limpiaban pescado y reparaban redes. En la bahía, un puñado de barcos de pesca salpicaba las aguas. Mujeres vestidas con finas ropas blancas se lanzaban al agua desde los barcos, para desaparecer y volver a aparecer con bolsas llenas de algas marinas, marisco y ostras. Una pequeña isla arenosa se alzaba en el centro de la bahía, y un portal de madera roja dominaba su playa.

El silencio se apoderó de la plaza y Jack fue consciente de que cientos de ojos lo estudiaban. Toda la aldea parecía detenida en el tiempo. Las mujeres vestidas con quimonos de vibrantes colores se quedaron arrodilladas inmóviles en mitad de la compra; los pescados, medio abiertos en las manos de los pescadores, brillaron al sol; y un samurái, como una estatua, se le quedó mirando pétreo.

Tras un momento de vacilación, Jack inclinó la cabeza, vacilante. El samurái apenas reconoció el saludo, pero continuó su camino, ignorándolo. Unas cuantas mujeres le devolvieron la inclinación de cabeza, con una sonrisa brillando en sus ojos, y los aldeanos reemprendieron sus actividades cotidianas. Sin saber qué hacer a continuación, Jack se recuperó, cruzó la plaza hacia el malecón, y se dirigió a una playa pequeña.

Escrutó los barcos buscando desesperadamente un buque extranjero. Pero no tuvo suerte: todos los navíos eran japoneses y estaban tripulados por japoneses. Desesperado, Jack se sentó junto a un bote y miró el mar.

Inglaterra estaba a dos años y cuatro mil leguas de distancia. El único hogar que

conocía, y Jess, la única familia que le quedaba, estaban en el otro lado del mundo. ¿Qué esperanza le quedaba de volver a verla? ¿Qué sentido tenía tratar de escapar? No había ningún sitio adonde ir. No tenía dinero. Ni cuaderno de ruta. ¡Ni siquiera sus propias ropas! Con su pelo rubio, destacaba como un dedo hinchado entre los japoneses de pelo negro.

Jack contempló los barcos que fondeaban en la bahía, sin saber qué hacer a continuación. Y entonces apareció ella, surgiendo de las aguas como una sirena. Su piel era tan inmaculada y el negro de su cabello tan puro como el de la muchacha que había visto en el templo.

Jack la vio emerger del mar y subir a uno de los botes más cercanos a la orilla. Un pescador recogió su bolsa, cargada de ostras, y, mientras ella se incorporaba y se secaba, el hombre se dispuso a abrir las ostras en busca de perlas. Ella se pasó las manos por el pelo. El agua de mar cayó en cascada, reflejando la luz de la mañana como un millar de estrellas diminutas.

Mientras el pescador remaba para cruzar la bahía, la muchacha permaneció completamente al compás del bamboleo del barco, moviendo su esbelto cuerpo con la gracia de un sauce, de modo que parecía flotar sobre las aguas. Cuando se acercó al malecón, Jack pudo distinguir claramente sus rasgos. No era mucho mayor que él. Bendecida con una piel suave y pura, sus ojos de media luna tenían el color del ébano y bajo su nariz pequeña y redonda asomaba la flor de su boca, con labios como pétalos de rosa. Si Jack hubiera imaginado alguna vez una princesa de cuento de hadas, se habría parecido a ésta.

—¡*GAIJIN!*

Jack salió bruscamente de su ensimismamiento y vio acercarse a dos japoneses vestidos con sencillos quimonos y zapatillas de cuerda. Uno era bajo, con la cabeza redonda y la nariz chata, y el otro, delgado como un palillo y con los ojos muy juntos.

—¿*Nani wo shiteru, gaijin?* —dijo Nariz Chata desafiante.

El hombre delgado se asomó por encima de los hombros de su amigo y golpeó con su bastón el pecho de Jack.

—¿*Eh, gaijin?* —dijo su voz aflautada en tono de burla.

Jack trató de retroceder, pero no tenía adonde ir.

—¿*Onushi ittai doko kara kitanoda, gaijin?* —exigió Nariz Chata, tirando del pelo rubio de Jack.

—¿*Eh, gaijin?* —coreó el hombre delgado, golpeando los dedos de Jack con su

bastón.

Jack retiró la mano.

—No comprendo... —tartamudeó, y empezó desesperadamente a buscar un modo de escapar.

Nariz Chata agarró a Jack por el cuello del quimono y lo alzó hasta tenerle frente a frente.

—¿*Nani?* —dijo, y le escupió a la cara.

—¡*YAME!*

Jack apenas oyó la resonante orden, pero vio, sin embargo, que a Nariz Chata casi se le salían los ojos de las órbitas cuando una mano le asestó un golpe en el cogote. Nariz Chata se desplomó en la arena y se quedó allí, inmóvil, mientras lo cubrían las olas.

Taka-san, el joven samurái de la casa de Jack, había aparecido de la nada y, con la ferocidad de un tigre, había golpeado a Nariz Chata. Se volvió ahora hacia el otro atacante de Jack, desenvainando su espada con un fluido movimiento. El hombre delgado se arrojó al suelo, pidiendo disculpas ardientemente.

La espada cortó el aire y trazó un arco hacia el hombre postrado.

—¡*Iye! Taka-san. Dôzo* —ordenó otra voz, y Taka-san detuvo la espada apenas a una pulgada del cuello expuesto.

Jack reconoció al instante la amable voz.

—*Konnichiwa* —dijo ella, acercándose a él y haciéndole una amable reverencia—. *Watashi wa Dâte Akiko.*

La muchacha del promontorio, la misma muchacha de sus sueños febriles, era Akiko.

11

Sencha

Esa noche, cuando llamaron a Jack para cenar, Hiroko y su hijo Jiro se sentaron en sus sitios habituales, pero el cuarto cojín estaba ocupado por Akiko. Detrás de Akiko colgaban las dos brillantes espadas samuráis.

La presencia de la muchacha hacía que Jack se sintiera encantado y torpe al mismo tiempo. Ella tenía la delicadeza de una dama de clase, y, sin embargo, poseía un aura de autoridad que Jack no había visto nunca en una chica. El samurái Taka-san obedecía cada una de sus palabras y los criados se inclinaban profundamente en su presencia.

Jack se quedó algo sorprendido al ver que no pensaban castigarlo por su huida. De hecho, los criados parecían más preocupados que furiosos, sobre todo Uekiya el jardinero, y Jack se sintió culpable por haber preocupado al anciano.

Concluida la cena, Akiko condujo a Jack al porche, donde se sentaron en mullidos cojines a la luz del crepúsculo. El silencio se había posado sobre la aldea como una suave manta y Jack pudo oír los vacilantes chirridos de los grillos y el suave tintineo del arroyo que serpenteaba a través del immaculado jardín de Uekiya.

Akiko permaneció allí sentada absorbiendo la paz y por primera vez en días Jack se permitió bajar la guardia.

Entonces advirtió a Taka-san de pie en las sombras, silencioso, con la mano apoyada en la espada. Jack se tensó al instante. Al parecer a partir de ahora le estarían vigilando.

Una *shoji* se abrió y Chiro trajo una bandeja lacada con una tetera hermosamente decorada y dos tacitas. Colocó la bandeja en el suelo y, con suma delicadeza, sirvió un líquido caliente de un color verde. A Jack le recordó al «té», una bebida de moda que los comerciantes holandeses habían empezado a importar a Holanda desde China.

Con ambas manos, Chiro le pasó una taza a Akiko, quien entonces se la ofreció a Jack.

Jack cogió la taza y esperó a que Akiko recogiera la suya, pero ella le indicó que bebiera primero. Vacilante, Jack sorbió la bebida humeante. Sabía a hierba hervida y tuvo que reprimir una mueca ante su sorprendente amargura. Akiko bebió entonces de su propia taza. Una expresión de tranquila satisfacción se adueñó de su rostro.

Tras varios momentos de silencio, Jack acumuló el valor para hablar.

Señalando el té verde que evidentemente tanto le gustaba a ella, preguntó:

—¿Cómo se llama esta bebida?

Hubo una breve pausa, y cuando Akiko pareció haber comprendido la pregunta, respondió:

—*Sencha*.

—*Sencha* —repitió Jack, paladeando la palabra en la boca y guardándola en la memoria. Advirtió que tendría que acostumbrarse al *sencha* en el futuro—. ¿Y esto? —dijo, indicando la taza.

—*Chaman* —respondió ella.

—*Chawan* —repitió Jack.

Akiko aplaudió amablemente y luego empezó a señalar otros objetos y a decirle sus nombres en japonés. Parecía encantada con enseñarle el idioma y Jack se sintió aliviado, porque era la primera vez que alguien intentaba realmente comunicarse con él. Jack siguió preguntando palabras nuevas hasta que su cabeza no logró contenerlas y llegó la hora de irse a la cama.

Taka-san lo acompañó a su habitación y cerró la puerta *shoji* tras él.

Jack se acostó en su futón, pero no logró dormirse. La cabeza le daba vueltas, llena de palabras japonesas y emociones confusas. Mientras yacía en la oscuridad, permitió que una rendija de esperanza entrara en su corazón. Si podía aprender el idioma, tal vez podría sobrevivir en esta extraña tierra y encontrar trabajo con una tripulación japonesa, llegar a un puerto donde estuvieran sus compatriotas, y, desde allí, regresar a Inglaterra. Tal vez Akiko era la clave. ¿Podría ella ayudarlo a volver a casa?

Jack vio pasar una sombra al otro lado de la pared de papel y comprendió que Taka-san estaba todavía allí fuera, vigilándolo.

Cuando Jack completaba su paseo matutino por el jardín, Jiro acudió corriendo desde el otro lado del porche.

—¡*Kinasai!* —gritó, arrastrando a Jack a la entrada frontal de la casa.

Jack apenas pudo seguirle.

Fuera estaban esperando Akiko y Taka-san. Akiko llevaba un resplandeciente quimono de color marfil, bordado con la imagen de una grulla en vuelo. Como remate, sostenía un parasol de color carmesí sobre la cabeza.

—*Ohayô—gozaimasu*, Jack —dijo, inclinando la cabeza.

—*Ohayô—gozaimasu, Akiko* —repitió Jack, saludándola del mismo modo.

Ella pareció complacida con su respuesta y se dirigieron a la bahía siguiendo el camino de tierra.

En el malecón, subieron al bote del pescador de perlas de Akiko, quien los llevó remando hasta la islita situada en el centro de la bahía. Cuando estuvieron más cerca, Jack se sorprendió al ver la enorme multitud que se había congregado en la amplia playa dorada que se extendía delante de la puerta de madera roja.

—*Ise jingu Torii* —dijo Akiko señalando la estructura.

Jack asintió, comprendiendo. El *torii* era del color del fuego nocturno y tenía la altura de una casa de dos pisos. Estaba construido sobre dos pilares y cruzado por dos grandes arcos horizontales, el más alto de los cuales tenía un estrecho tejado de losas de jade verde. La barquita atracó en el extremo sur de la isla y Jack y Akiko se unieron a la turba de aldeanos, mujeres ataviadas con quimonos de brillantes colores y samuráis armados con espadas. La multitud había formado un ordenado semicírculo, pero todos los aldeanos se inclinaron y se apartaron para dejar paso a Akiko y su séquito, que se dirigieron al frente para reunirse con un gran grupo de samuráis.

Los guerreros reconocieron de inmediato la llegada de Akiko inclinando la cabeza. Tras devolverles el saludo, Akiko empezó a conversar con un joven samurái de ojos almendrados que llevaba el pelo de punta y parecía tener la edad de Jack. El muchacho le dirigió a Jack una mirada desdeñosa y a partir de entonces lo ignoró por completo.

Los aldeanos, sin embargo, se quedaron asombrados ante la presencia de Jack. Se mantenían a distancia y se susurraban comentarios unos a otros mientras se cubrían la boca con las manos. A Jack, sin embargo, no le importó que no se le acercaran, porque así pudo ver claramente lo que ocurría en la cancha improvisada.

Había bajo el *torii* un samurái solitario, como un dios antiguo.

El guerrero lucía un quimono negro y dorado con el símbolo circular de cuatro relámpagos en cruz en el pecho, las mangas y la espalda. Iba peinado al estilo tradicional samurái: con la cabeza afeitada y un copete de pelo negro recogido hacia delante. Ese samurái, sin embargo, llevaba además una gruesa banda de tela blanca alrededor de la cabeza. Fornido, poderoso, y de mirada amenazadora, el guerrero le recordó a Jack a un gran bulldog preparado para la lucha.

Aquel samurái empuñaba la espada más grande que Jack había visto en su vida. La hoja medía más de metro y medio de longitud y, con la empuñadura, su longitud era superior a la altura de Jack. Sin apartar ni un instante la mirada de la lejana orilla

de la bahía, el guerrero se movió con impaciencia y su espada captó la luz del sol. Durante un instante resplandeció como un relámpago. Al ver la expresión de asombro del rostro de Jack, Akiko le susurró al oído el nombre del arma:

—*Nodachi*.

El guerrero se encontraba solo en el coso y Jack se preguntó dónde debía de estar su oponente. Nadie salvo ese hombre parecía preparado para el combate. Mientras Jack estudiaba la multitud, advirtió que un grupo armado de samuráis llevaba en sus quimonos el mismo emblema de los cuatro relámpagos. Se fijó entonces en que los samuráis que tenía más cerca lucían, en cambio, el símbolo redondo de un fénix.

¿Dónde estaba su campeón?

Jack calculó que debía de haber pasado una hora desde que habían llegado a la orilla, pues el sol había cubierto unos quince grados del claro cielo azul. El calor había aumentado y los aldeanos se estaban inquietando. El samurái bajo el *torii* se mostraba cada vez más impaciente y recorría la playa como un tigre enjaulado.

Pasó otra hora.

El calor resultaba cada vez más insoportable y los murmullos de la multitud empezaban a subir de tono. Jack agradeció ir vestido con un quimono ligero y fresco. No quiso ni imaginar cómo se habría sentido con su antigua camisa y sus calzones.

Entonces, justo cuando el sol alcanzaba su cénit, una barquita zarpó del malecón.

La inquieta multitud se animó al instante. Jack pudo ver a un pescador remando sin prisa a través de la bahía en compañía de un hombre con actitud de Buda.

La barquita se acercó. La multitud vitoreó y empezó a cantar.

—¡Masamoto! ¡Masamoto! ¡Masamoto!

Akiko, Taka-san y Jiro se unieron al atronador cántico del nombre del samurái.

El grupo de samuráis que llevaba el símbolo del relámpago respondieron inmediatamente al desafío animando a su propio campeón.

—¡Godai! ¡Godai! ¡Godai!

El guerrero avanzó alzando su *nodachi* en el aire. Sus seguidores rugieron aún más fuerte.

La barquita se detuvo en la orilla. El pescador recogió los remos y esperó pacientemente a que su acompañante desembarcara. La multitud irrumpió en nuevos vítores cuando el hombre se levantó y bajó descalzo a la playa.

Jack dejó escapar una exclamación de sorpresa involuntaria. Su campeón,

Masamoto, era el hombre del rostro cubierto de cicatrices.

12

El duelo

Una masa de piel seca y marcas enrojecidas se desplegaban como lava fundida por encima de su ojo izquierdo, por su mejilla y por la línea de su mandíbula. Sus rasgos restantes eran por lo demás regulares y bien definidos. Tenía la constitución recia y musculosa de un buey, y sus ojos eran del color del ámbar. Su quimono marrón oscuro y crema lucía el emblema circular de un fénix y, al igual que Godai, llevaba una cinta en la cabeza, pero la suya era de un rojo escarlata.

A diferencia de Godai, Masamoto llevaba la cabeza completamente afeitada, pero se había dejado algo de barba, una barba fina y muy cuidada. A Jack, Masamoto le parecía más un monje que un guerrero.

Masamoto observó la escena antes de sacar sus espadas de la barquita. Las guardó, junto con sus *sayas* protectoras, en el *obi* de su quimono. Primero sacó la espada corta *wakizashi*, y luego la más larga, la catana, con su aguzado filo vuelto hacia arriba. Tomándose su tiempo, empezó a caminar lentamente por la playa hacia el *torii*.

Furioso por la llegada tardía y poco respetuosa de su oponente, Godai lo insultó a gritos.

Imperturbable, Masamoto mantuvo su estoico paso, incluso deteniéndose a responder al saludo de sus samuráis. Por fin se encontró cara a cara con Godai y se inclinó ceremoniosamente ante él. Godai se enfureció aún más. Ciego de ira, cargó contra Masamoto en un intento de pillarlo desprevenido antes de que la competición comenzara oficialmente.

Sin embargo, Masamoto estaba preparado para semejante ofensiva. Esquivó a Godai, pero faltó poco para que la enorme *nodachi* lo alcanzara. Con un solo movimiento, Masamoto desenvainó sus dos espadas de sus *sayas*, alzando al cielo la catana con la mano derecha y colocándose con la izquierda la *wakizashi* sobre el pecho para protegerse de cualquier contraataque.

Godai preparó su *nodachi* para un segundo ataque, trazando un arco con la espada a velocidad cegadora y dirigiéndola a la cabeza de Masamoto. Éste cambió su pose, ladeando su catana para desviar el golpe a la izquierda. Las espadas entrecocaron y la *nodachi* resbaló a lo largo de la hoja de Masamoto.

Masamoto aguantó el golpe aplastante y con su *wakizashi* cortó el torso de Godai. La espada sesgó el quimono de Godai, pero no llegó a alcanzar la carne. Godai giró

para evitar que Masamoto extendiera su golpe y consiguiera hacerle sangrar.

Masamoto persiguió a Godai hasta el mar, haciendo girar sus espadas a toda velocidad, pero no tardó en detenerse ante el avance de la *nodachi* y casi le faltó tiempo para saltar y ponerse fuera de su alcance.

Jack se sorprendió ante la habilidad y la agilidad de esos dos guerreros. Combatían con la gracia propia de los bailarines, haciendo piruetas en una danza exquisita, pero letal. Cada golpe era ejecutado con total precisión y entrega. No era extraño que sus compañeros de tripulación hubieran sido masacrados con tanta facilidad: no tenían ninguna posibilidad contra un enemigo tan diestro en las artes de la lucha.

Godai hizo retroceder a Masamoto playa arriba, mientras sus samuráis lo animaban.

A pesar del obvio peso y la longitud de la *nodachi*, Godai era devastadoramente diestro en su manejo. La empleaba con facilidad, como si no fuera más que una vara de bambú. Godai continuó haciendo retroceder a Masamoto hacia el grupo de espectadores, justo donde se encontraba Jack.

Godai amagó un golpe a la derecha y luego cambió su ataque y se lanzó contra el brazo expuesto de su oponente. Masamoto consiguió evitar el golpe, pero el inmenso esfuerzo de Godai por alcanzarlo empujó su pesada espada hacia la multitud.

Llenos de pánico, los aldeanos se dispersaron, pero Jack permaneció inmóvil en su sitio, paralizado por la mortal intención de los ojos de Godai. Descubrió en ellos la misma ira cruel que había visto arder en el único ojo verde del asesino de su padre: una inequívoca determinación de matar.

En ese mismo instante, Taka-san apartó a Jack, pero el aldeano que tenía detrás no fue tan afortunado. El hombrecillo trató de protegerse, pero la *nodachi* le cortó la mano que había alzado con los dedos extendidos.

Godai, haciendo caso omiso de los gritos del aldeano, sacudió la sangre de su espada y emprendió otro ataque contra Masamoto, que se retiraba.

Jack advirtió con asombro que no se trataba de una competición de práctica. Era un duelo a muerte.

Dos de los samuráis de Masamoto se llevaron al aldeano herido mientras la multitud se abalanzaba hacia adelante, ansiosa por no perderse la acción, aplastando bajo un mar de pies los dedos amputados.

Preocupada al ver el rostro ceniciento de Jack, Akiko le preguntó por señas si se encontraba bien.

—Estoy bien —replicó Jack, forzando una sonrisa, aunque en realidad se sentía asqueado.

Se tragó la amarga sorpresa de lo que acababa de presenciar. ¿Cómo podía ser tan bárbaro un pueblo que dedicaba su tiempo a crear jardines exquisitos y decorar quimonos con imágenes de mariposas?

Devolvió su atención al combate para evitar la inquisitiva mirada de Akiko. Los dos samuráis se habían separado y jadeaban entrecortadamente por el esfuerzo. Caminaron rodeándose el uno al otro esperando el siguiente movimiento. Godai fingió un avance y la multitud se replegó, desesperada por evitar ser pillada de nuevo en el ataque.

Masamoto, familiarizado ahora con la táctica de Godai, se situó en su lado ciego, deteniendo la *nodachi* con su espada corta y contraatacando con la catana. La catana se dirigió a la cabeza de Godai. Éste la esquivó y la espada rozó su coronilla.

Los dos guerreros giraron el uno alrededor del otro y se detuvieron. La multitud contuvo la respiración. Entonces el moño de Godai se deslizó por su cabeza y cayó flácido a la arena. Masamoto sonrió ante la desgracia pública de Godai, y sus samuráis del fénix empezaron a canturrear:

—¡Masamoto! ¡Masamoto! ¡Masamoto!

Encendido por la humillación de haber perdido su moño, Godai gritó un *kiai* y atacó con más ferocidad que antes. Su *nodachi* golpeó de arriba abajo y a continuación, como un águila que asciende después de cernirse sobre su presa, voló inmediatamente hacia arriba en un ángulo que derrotó la catana de Masamoto.

Masamoto, doblándose hacia atrás para esquivar el golpe, alzó su *wakizashi* para desviar la hoja de su cuello, pero se vio obligado a soltar la catana y la punta de la *nodachi* se clavó en su hombro derecho. Masamoto gimió de dolor. Cayó de espaldas y rodó en un intento de distanciarse de Godai. Después de varias vueltas controladas, volvió a ponerse en pie.

Ahora eran los samuráis de Godai los que vitoreaban.

Godai estaba seguro de su victoria: Masamoto había perdido su catana y la corta *wakizashi* no era rival para una poderosa *nodachi*. Los samuráis de Masamoto advirtieron que su campeón tenía pocas posibilidades de superar semejante desventaja. Por primera vez en su vida, el legendario manejo de las dos espadas de Masamoto no había resistido el ataque de una *nodachi*.

Masamoto se retiró playa abajo, dirigiéndose hacia la barquita del pescador en la

que había llegado. Godai sonreía, casi saboreando la victoria, y se interpuso de un salto entre Masamoto y el barco de madera, cortando su huida.

Masamoto parecía derrotado. La sangre manaba del corte en su hombro. Bajó débilmente su *wakizashi*. La multitud dejó escapar un gemido de abatimiento. Godai sonreía de oreja a oreja cuando alzó su arma para descargar el golpe final.

Ése era el momento que Masamoto había estado esperando.

Con un brusco movimiento con la muñeca, Masamoto lanzó la *wakizashi* girando por el aire. Sorprendido, Godai retrocedió para evitar la hoja y perdió el equilibrio en la arena.

Convertido en poco más que un destello, Masamoto pasó de largo ante Godai y se dirigió a la barca. Godai, poniéndose en pie, le gritó a su oponente.

Pero Masamoto no pretendía escapar: cogió el largo remo de madera de la barca y se dio la vuelta para enfrentarse a Godai. Ahora Masamoto poseía un arma de igual longitud.

Godai atacó inmediatamente a Masamoto, que detuvo sus golpes con el remo. Trozos de madera volaron por los aires. Godai golpeó entonces por abajo, intentando cortar las piernas a Masamoto.

Masamoto saltó por encima de la *nodachi* y descargó el remo contra la cabeza de Godai. El remo encontró su objetivo y las piernas de Godai cedieron bajo la fuerza del golpe. Se desplomó hacia atrás como un árbol talado.

Los samuráis de Masamoto vitorearon y la multitud empezó a canturrear, instándolo a matar a Godai. Pero Masamoto se apartó del cuerpo caído. Su victoria era clara y decisiva, no tenía ningún motivo para matar.

Cuando se acercó a la multitud, todos guardaron silencio y cayeron de rodillas, inclinando la cabeza sobre la arena. Incluso Akiko, Jiro y Taka-san los imitaron.

Sólo Jack permaneció en pie, sin saber qué hacer. No era uno de ellos, pero Masamoto emanaba una autoridad y un poder tan absoluto que Jack se inclinó por instinto. Mientras miraba la arena, sintió que Masamoto se le acercaba.

Los pies descalzos del hombre de las cicatrices se pararon directamente delante de él.

El padre Lucius

—*Você fala o Português?* —le preguntó a Jack el sacerdote.

Estaba arrodillado en el suelo delante de Masamoto, que se había sentado en una plataforma elevada en la habitación principal de la casa.

—*Parlez-vous Français?*

El sacerdote, un hombre de pelo oscuro, gran nariz ganchuda y mirada dura y vidriosa, llevaba la sotana y la capa distintivas de los jesuitas portugueses y, en la cabeza, un birrete sin adornos. Examinó a Jack con desconfianza.

—¿Habla español? *Do you speak English?* —preguntó, lleno de frustración.

—*Falo um pouco. Oui, un petit peu. Sí, un poco* —respondió Jack con fluidez—. Pero prefiero mi propia lengua, el inglés. Mi madre era maestra, y siempre me hizo aprender nuevas lenguas. ¡Incluso la suya!

—¡Maldito muchacho! Más te vale no hacerte más enemigo mío de lo que ya eres. Claramente eres el retoño de un hereje y no eres bienvenido en estas tierras... Empezó a toser entrecortadamente y se secó con un pañuelo la baba amarilla oscura que se le había depositado encima de los labios.

«Y no hay duda de que está usted enfermo», pensó Jack.

—El único motivo por el que sigues vivo —continuó el sacerdote— es porque eres un niño.

Jack ya había pensado que podía darse por muerto cuando Masamoto se plantó ante él en la playa. Pero el samurái simplemente pretendía ordenarle que le acompañaran de vuelta a tierra firme, donde Hiroko los esperaba para escoltarlos hasta la casa.

—¿*Doushita? ¿Karewa doko kara kitanoda?* —preguntó Masamoto.

Le habían vendado el hombro y ahora llevaba puesto un kimono celeste con un bordado de hojas de arce blancas. Bebía tranquilamente una taza de *sencha*. Jack no podía creer que fuera el mismo hombre que hacía apenas un par de horas había estado luchando por su vida.

Lo flanqueaban dos samuráis armados. A su izquierda estaba arrodillada Akiko y, junto a ella, se encontraba el muchacho con el que había estado hablando antes de que empezara el duelo. Desde el momento en que Jack entró en la habitación, el

muchacho lo había mirado con una expresión tan distante y a la vez tan amenazadora como una nube de tormenta.

—*Sumimasen*, Masamoto-sama —se disculpó el sacerdote, guardando su pañuelo.

El sacerdote, que estaba arrodillado en el suelo junto a Jack, se inclinó con considerable deferencia ante Masamoto, y la cruz de madera oscura que colgaba de su cuello rozó suavemente el tatami.

—Su alteza Masamoto Takeshi quiere saber quién eres, de dónde vienes y cómo has llegado aquí —dijo, volviéndose hacia Jack.

Jack sintió que lo estaban juzgando. Lo habían convocado a esa sala sólo para tener que enfrentarse a ese cura jesuita amargado y sañudo. Su padre ya le había advertido acerca de esos hombres. Los portugueses, como los españoles, habían estado en guerra con Inglaterra durante casi veinte años, y, aunque el conflicto ahora estaba oficialmente concluido, ambas naciones todavía sentían por la otra un profundo odio. Y los jesuitas seguían siendo los peores enemigos de Inglaterra: fanáticos católicos que celebraban juicios inquisitoriales y por herejía supuestamente en nombre de Dios. Jack, como protestante inglés, se hallaba en serios problemas.

—Me llamo Jack Fletcher. Soy de Inglaterra. Llegué a bordo de un barco mercante...

—Inconcebible: no hay ingleses en estas aguas. Eres un pirata, así que no nos hagas perder el tiempo con tus mentiras, ni a mí, ni a su alteza. Me han llamado para que traduzca tu engaño.

—*¿Douka shimashita ka?* —intervino Masamoto.

—*Nani no nai*, Masamoto-sama... —empezó a responder el sacerdote, pero Masamoto lo cortó inmediatamente con lo que a Jack le pareció una orden—. *Moushiwake arimasen*, Masamoto-sama —dijo entonces el sacerdote en tono de disculpa, y se inclinó cubriéndose la boca con el pañuelo mientras tosía con fuerza. A continuación se volvió hacia Jack y prosiguió—: Muchacho, te lo volveré a preguntar: ¿cómo has llegado hasta aquí? ¡Y por la sangre de Cristo, será mejor que digas la verdad!

—Acabo de decírsela. Llegué en el *Alexandria*, uno de los barcos de una flota mercante de la Compañía Oriental de las Indias Holandesas. Mi padre era el piloto. Hemos navegado durante casi dos años para llegar a Japón...

El sacerdote había ido traduciendo las palabras de Jack, pero en ese punto le interrumpió:

—¿Por qué ruta habéis llegado?

—Por el sur, a través del Estrecho de Magallanes...

—Imposible. El Estrecho de Magallanes es secreto.

—Mi padre lo conocía.

—Sólo nosotros, los portugueses, los dignos, sabemos cuál es el paso seguro —replicó el sacerdote, indignado—. Está bien protegido contra herejes protestantes como tu padre.

—Vuestros barcos de guerra no fueron rival para mi padre. Los dejó atrás en un día —dijo Jack, y una profunda sensación de orgullo se apoderó de él cuando el sacerdote, a regañadientes, informó a Masamoto de esa humillación portuguesa.

Jack miró al sacerdote con cautela.

—Por cierto, ¿quién es usted? —le preguntó.

—Soy el padre Lucius, hermano de la Sociedad de Jesús, protectorado de la Iglesia católica, y su único misionero aquí, en el puerto de Toba —respondió el sacerdote con fervor persignándose y besando a continuación el talismán de madera que llevaba colgado del cuello—. Yo sólo doy cuentas a Dios y a mi superior, el padre Diego Bobadilla, en Osaka. Soy sus ojos y sus oídos aquí.

—¿Y entonces qué cargo ocupa el samurái? —preguntó Jack—. Y si es usted tan importante, ¿por qué se inclina ante él?

—Muchacho, en el futuro yo que tú sería más prudente con las palabras... Si es que quieres vivir. El samurái exige respeto.

Inclinándose de nuevo profundamente, el sacerdote continuó.

—Éste es Masamoto Takeshi, señor de Shima y mano derecha de Takatomi Hideaki, *daimyo* de la provincia de Kioto...

—¿Qué es un *daimyo*? —interrumpió Jack.

—Un señor feudal. Gobierna la provincia en nombre del emperador. Los samuráis, incluyendo a Masamoto aquí presente, son sus vasallos.

—¿Vasallos...? ¿Quiere decir esclavos?

—No, los campesinos, los aldeanos que has visto, son más parecidos a los esclavos. Los samuráis son miembros de la casta guerrera, igual que vuestros caballeros ingleses de antaño, pero considerablemente más dotados. —El padre

Lucius tosió y volvió a limpiarse la bilis amarilla de los labios—. Masamoto es un experto espadachín, invicto. ¡Y también es el hombre responsable de haberte sacado del océano, medio ahogado, y de haberte curado el brazo que tenías roto, así que muéstrale el debido respeto!

Jack estaba anonadado. Sabía por el señor Diggins, el médico del *Alexandria*, que tal capacidad médica era inaudita en Europa. Un miembro roto en el mar significaba una muerte lenta por gangrena o una amputación dolorosa y arriesgada. En efecto, había tenido mucha suerte de que Masamoto lo hubiera encontrado.

—¿Puede usted, por favor, darle las gracias por haberme salvado la vida?

—Puedes hacerlo tú mismo. *Arigato* significa gracias en japonés.

—*Arigato* repitió Jack, señalando su brazo roto, e inclinándose tanto como el brazo pudo permitirle. Esto pareció complacer a Masamoto, quien reconoció el respeto mostrado con una leve inclinación de cabeza.

—¿Entonces ésta es la casa de Masamoto?

—No, es la casa de su hermana Hiroko. Vive aquí con su hija Akiko. —El sacerdote empezó a toser de nuevo violentamente y tardó unos instantes en recuperarse—. ¡Ya basta de preguntas por tu parte, muchacho! ¿Qué hay del resto de tu tripulación?

—Están muertos.

—¿Muertos? ¿Todos ellos? No te creo.

—Una tormenta nos desvió de nuestro rumbo. Nos vimos obligados a buscar socaire en una cala, pero el *Alexandria* rozó un escollo. Tuvimos que hacer reparaciones, pero fuimos atacados por... No estoy seguro... Una especie de sombras.

Mientras el sacerdote traducía la historia de Jack, el interés de Masamoto aumentó.

—Describe esas sombras —le pidió el padre Lucius traduciendo las palabras de Masamoto.

—Creo que eran hombres... Vestidos de negro. Sólo pude verles los ojos. Tenían espadas, cadenas, cuchillos que arrojaban... Mi padre pensaba que eran *wako*.

—*Ninja* susurró Masamoto.

—¡Fueran lo que fuesen, uno de ellos mató a mi padre! —exclamó Jack con la voz cargada de emoción y el recuerdo de aquella noche quemándole el pecho—. ¡Un

ninja con un único ojo verde!

Masamoto se inclinó hacia delante, tenso y claramente perturbado por la traducción que el padre Lucius había hecho del estallido de furia de Jack.

—Repite exactamente lo que acabas de decir —le exigió el padre Lucius de parte de Masamoto.

Jack reprimió las lágrimas: la imagen del rostro encapuchado del ninja y la muerte de su padre habían vuelto a formarse en su cabeza. Deglutió con dificultad antes de continuar.

—El ninja que asesinó a mi padre tenía un solo ojo. Verde como el de una serpiente. Nunca lo olvidaré.

—*Dokugan Ryu* —escupió Masamoto, como si hubiera tragado veneno.

Los guardias samuráis se envararon visiblemente ante sus palabras. El rostro del chico de pelo negro se ensombreció por el miedo. Akiko se volvió hacia Jack con los ojos llenos de pesar.

—¿Doku qué? —preguntó Jack, sin comprender lo que había dicho Masamoto.

—*Dokugan Ryu*. Significa Ojo de Dragón —explicó el padre Lucius—. *Dokugan Ryu* fue el ninja responsable del asesinato de Tenno, el hijo mayor de Masamoto. De eso hace dos años. Masamoto-sama había frustrado un atentado que pretendía acabar con la vida de su *daimyo*, e iba tras los responsables. Enviaron a *Dokugan Ryu* a asesinar a su hijo como advertencia para que detuviera su búsqueda. No se ha vuelto a ver al ninja desde entonces.

Masamoto le habló a Lucius gravemente.

—Masamoto quiere saber el paradero del resto de tu familia. ¿Qué hay de tu madre? ¿Iba a bordo?

—No, murió cuando yo tenía diez años. Neumonía. —Jack miró significativamente al padre Lucius, reconociendo en la tos del sacerdote el síntoma de lo que era—. Por eso yo iba en el barco. Mi padre dejó a mi hermana pequeña, Jess, al cuidado de una vecina, la señora Winters, pero la mujer era demasiado mayor y su casa demasiado pequeña para poder hacerse cargo también de mí. Por eso yo iba a bordo. Además, yo ya era lo bastante mayor para trabajar, así que mi padre me consiguió un puesto de gaviero a bordo del *Alexandria*.

—Has sufrido mucho. Lamento la muerte de tu madre. Y la de tu padre —dijo el padre Lucius, con evidente sinceridad.

Entonces le contó la historia de Jack a Masamoto, quien escuchó solemnemente.

Masamoto le indicó a Akiko que le sirviera un poco más de *sencha*. Estudió la taza antes de sorber lentamente su contenido.

Nadie rompió el silencio.

Masamoto depositó la taza y se dirigió a la sala. Mientras hablaba, el color fue desapareciendo del rostro ya pálido del sacerdote. El chico del pelo negro se quedó rígido como una piedra y su expresión se ensombreció con malicia apenas contenida.

Con un leve temblor en la voz, el padre Lucius tradujo las palabras del samurái.

—El señor Masamoto considera que tú, Jack Fletcher, debes quedar a su cuidado hasta que «cumplas la edad». Siendo éste el segundo aniversario de la muerte de su hijo, considera que eres un «regalo de los dioses». Y ambos habéis sufrido el azote de la mano de Dokugan Ryu. Por tanto, ocuparás junto a Masamoto el lugar que había ocupado Tenno y, a partir de ahora, serás tratado como uno de los suyos.

Jack estaba aturdido. Ante la idea de ser adoptado por un señor samurái no sabía si reír o llorar. Pero antes de que tuviera oportunidad de responder, Masamoto solicitó la presencia de Taka-san en la habitación. Taka-san llevaba un paquete envuelto en tela de arpillera, y lo colocó a los pies de Jack.

Masamoto se dirigió a Jack. El padre Lucius fue traduciendo las palabras del samurái.

—Masamoto-sama te encontró agarrando esto cuando te sacó del mar. Ahora que te has recuperado, te devuelve tus legítimas pertenencias.

Masamoto le indicó a Jack que desarrollara el objeto rectangular. Jack tiró de los lazos y la tela cayó para revelar un paquete envuelto en una tela oscura. Toda la sala esperó con interés. El padre Lucius se acercó.

Jack sabía exactamente qué era antes de retirar la tela: era el cuaderno de ruta de su padre.

Toda la habitación giró a su alrededor y de repente Jack vio claramente el rostro de su padre. Yacía en cubierta, con la cabeza ladeada y la sangre manándole de la boca, y le miraba fijamente a los ojos.

—Jack... El cuaderno de ruta... Cógelo... A casa... Te llevará a casa...

Entonces exhaló su último suspiro.

—¿Jack? ¿Te encuentras bien? —preguntó el padre Lucius, devolviéndolo al presente.

—Sí —respondió Jack, recuperándose rápidamente—. Estoy un poco trastornado. Esto pertenecía a mi padre.

—Comprendo. ¿Son quizá las cartas de tu padre? —dijo con aire despreocupado el padre Lucius, sin apartar, sin embargo, su mirada codiciosa del libro.

—No... No... Es el diario de mi padre —mintió Jack, agarrando el cuaderno de ruta.

El padre Lucius no pareció convencido, pero no insistió.

Tras la devolución del libro, Masamoto dio por terminada la reunión y se puso en pie. Todos se inclinaron cuando se puso a hablar.

—Masamoto-sama te ha ordenado descansar —tradujo el sacerdote—. Se reunirá de nuevo contigo mañana.

Todos volvieron a inclinarse y Masamoto salió de la habitación, seguido por sus dos guardias y el silencioso muchacho del pelo negro.

El padre Lucius se levantó también para marcharse, pero un violento ataque de tos se lo impidió. Cuando la tos por fin remitió, se secó el sudor de la frente y se volvió hacia Jack.

—Una advertencia, Jack Fletcher. Nunca olvides que tu salvador es un samurái. Los samuráis son brillantes, pero completamente despiadados. Apártate del camino y te cortará en ocho pedazos.

La convocatoria

Jack se pasó la tarde en el jardín.

Jack no podía quitarse de la cabeza que había sido adoptado por un samurái. Suponía que debía estar agradecido. Tenía comida, refugio y el personal de la casa ya no lo trataba como si fuera un perro extraviado. Jack se sentía ahora como un huésped de honor. ¡Taka-san incluso se había inclinado ante él!

Sin embargo, él no encajaba allí. Era un extraño en una tierra de guerreros, quimonos y *sencha*. La cuestión era: ¿adónde pertenecía?

Sus padres habían fallecido, y ya no le quedaba ningún sitio que pudiera considerar su hogar. Su hermana estaba viviendo con la señora Winters, pero ¿qué sucedería cuando a la pobre mujer se le acabara el dinero que su padre le había entregado? ¿O cuando la anciana falleciera? Jack tenía que encontrar un modo de regresar a casa para hacerse cargo de su hermana. Pero Inglaterra estaba al otro lado del mundo y era imposible que un chico de doce años pudiera navegar hasta tan lejos, aunque tuviera el cuaderno de ruta de su padre.

A pesar del calor del día, Jack se estremeció: se sentía totalmente indefenso ante la situación. Estaría atrapado en Japón hasta que encontrara un barco con destino a Inglaterra, o hasta que fuera lo bastante mayor para marcharse.

Quedarse no era una elección, sino una cuestión de supervivencia.

Jack se sentó bajo el cerezo en flor, al abrigo del sol, y contempló durante un buen rato la frágil esperanza que le ofrecía el cuaderno de ruta de su padre.

Jack recordaba claramente la intensidad de la emoción que había sentido cuando su padre le mostró por primera vez el cuaderno de ruta. El libro parecía repleto de conocimientos y secretos, y cuando lo abrió, sintió el aroma del océano en sus páginas.

El libro contenía intrincados mapas dibujados a mano; brújulas magnéticas entre puertos y penínsulas; observaciones sobre la profundidad y la naturaleza del lecho marino, y los colores del océano; informes detallados de viajes de éxito; indicaciones de los lugares donde había amigos, y los puertos donde había enemigos. Los arrecifes estaban marcados con puntos; las mareas, con cruces; los refugios, con círculos; y en cada página había números cifrados secretos que protegían de ojos enemigos el conocimiento de las rutas seguras.

—Para un piloto, el cuaderno de ruta es como la Biblia para un sacerdote —le había informado su padre.

Jack había escuchado embelesado las explicaciones de su padre. Era fácil calcular la latitud por la posición de las estrellas, le había dicho, pero resultaba imposible determinar con certeza la longitud. Esto significaba que cuando un barco dejaba de avistar tierra, estaba perdido en todos los sentidos. Cualquier viaje por mar era por tanto un peligro seguro. A menos...

—¡A menos que tengas un cuaderno de ruta! —exclamó su padre—. Este libro, hijo mío, contiene todo el conocimiento que necesitarás para guiar un barco por los mares. En estas preciosas páginas encontrarás las observaciones personales de un gran piloto que surcó todos los mares conocidos antes que yo. Para conseguir este libro se perdieron vidas y muchos hombres resultaron heridos. Ahora, cada vez que completo una singladura, añado mis propias observaciones. ¡Este cuaderno de ruta no tiene precio, te lo aseguro! Pueden contarse con los dedos de una mano los cuadernos verdaderamente precisos. ¡Quien tenga este libro, hijo mío, dominará los mares! Por eso nuestros enemigos, los españoles y portugueses, darían cualquier cosa por conseguir un cuaderno de ruta como éste... Cualquier cosa...

Y ahora era suyo.

El cuaderno de ruta era el único eslabón que lo conectaba con su vida anterior. Con su padre. De hecho, era su única esperanza de volver a casa, un tenue hilillo de direcciones que recorría el mundo por los mares.

Mientras hojeaba sus páginas, un trozo de pergamino suelto cayó al suelo. Jack lo recogió. Se quebraba por el efecto de la sal marina y tenía los bordes ajados y rotos por haber sido manipulado infinitas veces. Jack lo desplegó, y el pergamino reveló un dibujo infantil que representaba a cuatro figuras en un pequeño jardín con una casa cuadrada. Jack reconoció inmediatamente las figuras.

Eran su padre, alto y con el pelo negro y agitado por el viento, él mismo, con la cabeza enorme y una maraña de pelo amarilla, su hermana pequeña, con su vestido y saludando con una mano, mientras sujetaba con la otra la mano de Jack, y, en el centro del dibujo, su madre, ataviada con alas de ángel.

Jess había hecho aquel dibujo y se lo había entregado a su padre el día en que zarparon de Inglaterra hacia Japón. Jack reprimió las lágrimas, tratando de no llorar. ¿Cómo se sentiría Jess cuando supiera que su padre había muerto también?

Jack alzó la cabeza, súbitamente consciente de que lo estaban mirando. El chico del pelo negro lo observaba desde la casa. «¿Cuánto tiempo debe de llevar ahí?»

Jack se secó los ojos y lo saludó con una breve inclinación de cabeza. Era lo educado. El chico ignoró el saludo de Jack.

¿Qué tenía ese chico contra él?, pensó Jack. Sin duda disfrutaba de cierta posición, pues había llegado con Masamoto, pero aún no se había presentado y desde un principio se había mostrado muy hostil con Jack.

Akiko rodeó entonces la casa con Jiro, que agitaba emocionado un papel, y el chico del pelo negro cerró en silencio la *sho-ji*. Jack dobló el dibujo de su hermana y lo colocó con cuidado dentro del cuaderno de ruta.

Akiko se inclinó ante Jack, y a continuación cogió el papel que sostenía Jiro y se lo entregó respetuosamente con ambas manos.

—*Arigatô* —dijo Jack, dándole las gracias.

—*Domo* —respondió ella.

Jack se sentía frustrado por no poder comunicarse más con ella. Había muchas cosas que quería decir, preguntas que necesitaban respuesta. Estaba rodeado por extraños amables, pero se sentía completamente aislado por el idioma. La lección improvisada que Akiko le había dado la tarde anterior había sido el intercambio de palabras más parecido a una conversación que había tenido desde que se había recuperado de sus fiebres hacía dos semanas.

Jack abrió la nota y leyó el mensaje.

Se solicita tu presencia. Por favor, ven a verme directamente después del desayuno mañana. Vivo en la cuarta casa a la izquierda del malecón.

Padre Lucius

Jack se apoyó contra el árbol. ¿Qué podía querer de él el padre Lucius?

15

Yamato

La casa del padre Lucius era un edificio pequeño, apartado del camino principal. Taka-san, el samurái de la casa de Jack, llamó a la campana que colgaba de la puerta y esperó una respuesta.

Jack oyó pasos y la puerta se abrió. Tras ella apareció el padre Lucius, con los ojos hinchados y sin parar de toser.

—Bienvenido a mi humilde hogar, hereje. Pasa.

Jack atravesó la puerta y entró en un pequeño jardín que guardaba poco parecido con el paraíso de Uekiya. Había una parcela de verduras y hierbas, y un manzano solitario con unos pocos frutos en un extremo. Jack no vio ni adornos ni hermosos arroyuelos: sin duda era un jardín para cultivar, no para reflexionar.

Tras haber escoltado a Jack, Taka-san se inclinó y se marchó.

El padre Lucius condujo a Jack a una habitación pequeña amueblada escuetamente con una mesa, dos sillas y un altar improvisado. Un gran crucifijo de madera adornaba la pared del fondo.

—Toma asiento —instruyó el padre Lucius mientras se sentaba en la silla al otro lado de la mesa.

Tosía esporádicamente cubriéndose la boca con un pañuelo.

—¿Cómo está hoy el joven samurái? —dijo el sacerdote en tono de burla.

—¿Por qué me ha llamado? —repuso Jack, haciendo caso omiso del sarcasmo del padre Lucius.

—Tengo que enseñarte japonés.

—¿Por qué? —preguntó Jack desconcertado—. No parecía muy dispuesto a ayudarme ayer.

—Es aconsejable hacer lo que pide Masamoto —respondió el sacerdote mirando a Jack a los ojos—. Comenzaremos a esta hora cada mañana. Harás lo que yo te diga, cuando yo lo diga. Tal vez incluso pueda salvarte.

—No necesito que me «salven». Enséñeme japonés, pero no me dé sermones.

—¡Basta ya de insolencias! —exclamó el padre Lucius golpeando la mesa con la palma de la mano—. Que Dios te proteja de tu ignorancia. Empezaremos. ¡Cuanto antes aprendas su idioma, más pronto podrás colgarte tú solo con tu lengua!

Se limpió la baba de la boca, y luego continuó.

—La clave de los japoneses es su idioma. Tiene un vocabulario y una estructura gramatical propios. En una palabra, es único. Refleja toda su forma de pensar. Comprende el japonés, y comprenderás a los japoneses. ¿Me sigues?

—Sí. Tengo que pensar como un japonés para hablarlo.

—Excelente. Veo que tu madre al menos te enseñó a escuchar.

El padre Lucius se volvió y deslizó un pequeño panel que reveló un armario. El sacerdote cogió un grueso libro, unos papeles, tinta y pluma, y tras colocarlo todo sobre la mesa, comenzó la lección.

—Comparado con otros idiomas, el japonés es relativamente sencillo de hablar. En la superficie, es menos complejo que el inglés. No hay artículos que precedan a los nombres, nada de «un», «uno», «una», «el», «la», «los», «las». La palabra *hon* puede significar libro, el libro, un libro, libros o los libros.

Jack ya estaba empezando a pensar que un sermón jesuita habría sido menos pesado que aprender japonés.

—No hay conjugaciones ni infinitivos de verbos... —El padre Lucius se detuvo bruscamente—. ¿Por qué no anotas todo esto? Creía que eras inteligente.

A regañadientes, Jack cogió la pluma, la mojó en el tintero y empezó a escribir.

Cuando Taka-san regresó para recogerle, Jack tenía la cabeza hecha un amasijo de verbos e idiosincrasias japonesas. Sin embargo, reacio a mostrarse anonadado por la ofensiva de enseñanza dictatorial del padre Lucius, saludó a Taka-san en un entrecortado japonés.

Taka-san lo miró con asombro, parpadeó y, cuando por fin comprendió el precario japonés de Jack, sonrió.

Regresaron a la casa, e inmediatamente después del almuerzo Jack fue convocado a la habitación de Masamoto.

Masamoto estaba sentado en la plataforma elevada, dominando la habitación como el dios de un templo en su altar sagrado, y el inevitable samurái armado montaba guardia ceremonial. El chico del pelo negro también estaba allí, silencioso y meditabundo.

Para desazón de Jack, el padre Lucius entró por la otra *sho-ji* y se arrodilló frente

a él. Afortunadamente, sólo lo habían llamado para que hiciera de intérprete.

—¿Cómo ha ido tu lección con el padre Lucius? —preguntó Masamoto, a través del sacerdote.

—*Iu desu yo, arigatôgozaimasu* —respondió Jack, esperando haber pronunciado correctamente: Muy bien, muchas gracias.

Masamoto asintió, apreciando su respuesta.

—Jack, aprendes rápido. Esto es bueno —continuó Masamoto a través del padre Lucius—. Tengo que regresar a Kioto. Debo atender mi escuela. Permanecerás aquí en Toba hasta que tu brazo haya sanado. Estás en buenas manos. Mi hermana, Hiroko, cuidará bien de ti. El padre Lucius continuará sus enseñanzas y espero que a mi regreso hables fluidamente el japonés.

—*Hai*, Masamoto-sama —respondió Jack cuando el padre Lucius terminó de traducir.

—Mi intención es regresar a Toba antes de que llegue el invierno. Hasta entonces, te presento a mi hijo menor, Yamato. Se quedará aquí contigo. Todo muchacho necesita un amigo... Y tú serás su amigo. Aunque lo cierto es que ahora sois hermanos.

Yamato inclinó brevemente la cabeza, clavando en Jack su mirada dura y desafiante. No había duda de que le estaba transmitiendo un mensaje: Jack nunca sería digno de sustituir a su hermano Tenno y él no tenía ninguna intención de ser amigo suyo... Ni entonces ni nunca.

El bokken

El cerezo que ocupaba el centro del jardín le iba indicando a Jack el tiempo que llevaba en Japón. A su llegada, el árbol era tupido y verde. Un refugio fresco donde se había protegido del caluroso sol del verano. Ahora, tres meses más tarde y con el brazo completamente curado, las hojas del cerezo se habían vuelto de un marrón dorado y empezaban a desprenderse de las ramas.

El árbol era el santuario de Jack. Se había sentado allí con el cuaderno de ruta de su padre, examinando las constelaciones meticulosamente representadas, repasando los perfiles de las costas y esforzándose por descifrar en cada página los códigos secretos que protegían los misterios de los mares de los ojos enemigos. Un día, le había prometido su padre, le revelaría la clave para comprender todos esos códigos. Pero ahora que su padre había muerto, Jack no podía contar más que con su ingenio para desvelarlos y, con cada código que conseguía desentrañar, más cerca se sentía de su padre.

Sin embargo, el árbol era también un puente simbólico, un enlace que le había permitido ir comprendiendo poco a poco la cultura japonesa. Pues era ahí donde prácticamente todas las tardes se reunía con Akiko para practicar su idioma.

Tres días después de que Masamoto se marchara a Kioto, Akiko había sorprendido a Jack debatiéndose para lograr pronunciar una frase en japonés que el padre Lucius le había ordenado memorizar, y la muchacha se ofreció para ayudarle.

—*Arigatô*, Akiko —respondió él, y luego repitió la frase varias veces para grabarla en su memoria.

Así habían comenzado sus tardes en compañía de Akiko. Combinadas con las lecciones del padre Lucius, permitieron que su japonés mejorara rápidamente. Akiko había sido para él una cuerda de seguridad. Cada semana que pasaba, Jack hablaba con más fluidez, tanto con Akiko como con el resto de la casa.

Por otro lado, Yamato, a pesar del mandato de su padre, se había mantenido a una gélida distancia de Jack. Estaba claro que para Yamato, Jack podía haber sido invisible.

—¿Por qué no me habla Yamato? —le preguntó a Akiko un día—. ¿Me he comportado en algo mal con él?

—No, Jack —respondió ella con deliberada cortesía—. Es tu amigo.

—Todo el mundo es mi amigo, pero sólo porque Masamoto lo ordena —replicó Jack.

—A mí no me lo ha ordenado —dijo ella, con una pincelada de dolor en los ojos.

Jack advirtió que había sido innecesariamente brusco con ella y buscó vanamente en su reducido japonés las palabras adecuadas para pedir disculpas.

El padre Lucius le había explicado a Jack que ser capaz de disculparse era considerado una virtud en Japón. Así como los europeos entienden la disculpa como la admisión de la culpa y el fracaso, los japoneses prefieren verla como la aceptación de la responsabilidad por las propias acciones y el deseo de evitar echarles la culpa a los demás. Si uno se disculpa y muestra remordimiento, los japoneses están dispuestos a perdonar y no mantener ninguna enemistad.

—Lo siento mucho, Akiko —acabó por decir—. Has sido muy amable conmigo.

Ella inclinó la cabeza aceptando su disculpa y continuaron la conversación, olvidando por completo la molesta observación de Jack.

Hoy, mientras se acercaba a su rincón de estudio, Jack advirtió que el cerezo había perdido más hojas: una alfombra dorada se extendía bajo sus ramas. Uekiya, el jardinero, las estaba retirando e iba guardando en su saco las hojas muertas.

Jack se dispuso a coger un rastrillo para ayudar al anciano en su tarea.

—Esto no es trabajo para un samurái —dijo el jardinero amablemente, quitándole el rastrillo de las manos.

En ese momento Akiko acababa de cruzar el puente y, con pasitos cortos y delicados, se dirigía al cerezo. Jack se fijó en que esa tarde llevaba un quimono lila con flores de marfil, atado con un *obi* de un amarillo dorado. Jack no lograba acostumbrarse a lo inmaculadamente arregladas que iban siempre las mujeres japonesas.

Jack y Akiko se sentaron bajo el árbol, y Uekiya, tras inclinar la cabeza, se marchó para atender uno de sus setos ya perfectos. Comenzaron la lección de la tarde, pero, cuando sólo habían transcurrido unos minutos, Jack le preguntó a Akiko por el extraño comentario que le había hecho el jardinero.

—¿Cómo puedo ser samurái? Ni siquiera tengo espada.

—Ser samurái no es sólo empuñar una espada, Jack. Cierto, los samurái son guerreros, pues nosotros somos *bushi*, la casta guerrera. Por tanto, como hijo adoptivo de Masamoto, ahora tú también eres samurái. Y samurái significa «servir». La lealtad de un samurái va dirigida primero al emperador y luego a su *daimyo*. Es

una cuestión de deber. Y tu deber es para Masamoto. No para el jardín.

—Sigo sin comprender.

¿Qué obligaciones le impondría Masamoto? ¿Se debería a ese samurái para siempre?

—Ya comprenderás. Ser samurái es una actitud de la mente. Masamoto te enseñará.

Mientras Jack trataba de entender lo que quería decir Akiko, Yamato salió de la casa con una vara de madera oscura en la mano. La vara tenía más o menos la longitud de su brazo; un tercio lo ocupaba un recio mango, y los otros dos, una larga hoja que se curvaba levemente hacia la punta.

—¿Qué es lo que lleva? —preguntó Jack.

—Un *bokken*. Un sable de madera.

Yamato los vio, hizo una envarada reverencia y se dirigió a una zona despejada del jardín.

—¿Qué? ¿Un sable de juguete? —rió Jack, mientras Yamato levantaba el *bokken* por encima de su cabeza y ejecutaba un sañudo golpe contra un enemigo imaginario.

—¿Juguete? No, un *bokken* no es ningún juguete —dijo Akiko muy seria—. Puede matar a un hombre. El propio Masamoto-sama ha derrotado a más de treinta samuráis usando un *bokken* contra sus espadas.

—Entonces ¿qué está haciendo Yamato ahora? Parece que juegue.

Yamato había repetido el golpe y siguió con una serie de tajos y bloqueos.

—*Kata*. Son pautas de movimientos que ayudan al samurái a perfeccionar sus habilidades marciales. Yamato está aprendiendo el arte de luchar con la espada.

—Bueno, si yo soy samurái, será mejor que aprenda también a luchar, ¿no crees? —dijo Jack, alisando su quimono.

Haciendo caso omiso de las protestas de Akiko, Jack se acercó a Yamato, que seguía practicando sus golpes. Jack se quedó observándolo con interés, estudiando sus movimientos y su técnica. Yamato lo ignoró a conciencia y continuó practicando, esquivando y atacando a su oponente imaginario.

—¿Puedo intentarlo? —preguntó Jack, cuando Yamato hubo decapitado a su atacante con un poderoso tajo cruzado.

Yamato volvió a guardar el *bokken* en su *obi* con notable precisión e inspeccionó a Jack como si fuera un recluta novato. Por un instante, Jack creyó que el chico se

negaría para demostrarle su autoridad.

—¿Por qué no, *gaijin*? —dijo, con una risita arrogante—. Será bueno tener un blanco con quien practicar. ¡Jiro, tráeme un *bokken* para el *gaijin*!

El niño pequeño salió corriendo de la casa con una segunda espada de madera en las manos. Tras cargar con dificultades con un objeto más largo que él, Jiro le entregó el arma a Yamato, quien, inclinando la cabeza con las dos manos extendidas, le ofreció el *bokken* a Jack.

Jack dio un paso adelante para recogerlo.

—¡NO! Debes inclinarte cuando se te ofrece el honor de usar la espada de otro —ordenó Yamato.

A Jack no le gustó el tono imperativo de sus palabras, pero obedeció. Quería coger el arma. Deseaba saber utilizarla tal como Masamoto había empuñado sus dos espadas en la playa.

—Y cógela con las dos manos —instruyó Yamato, como si Jack fuera un niño pequeño.

Al sujetarla con las dos manos, Jack descubrió que la espada de madera era engañosamente pesada. Entonces comprendió por qué un arma semejante podía causar daños lo bastante devastadores como para matar.

—¡NO! La hoja hacia abajo —corrigió Yamato, mientras Jack sostenía el *bokken* ante él, tal como le había visto hacer hacía unos instantes.

Yamato colocó entonces adecuadamente el *bokken* en las manos de Jack.

—¡No dejes caer la *kissaki*! —exclamó Yamato desbordado por la ignorancia de Jack.

—¿*Kissaki*? —preguntó Jack.

—La punta del *bokken*. Mantenía en línea con la garganta de tu oponente. Un pie hacia delante. Un pie atrás. Más separados. Debes plantarte bien en el suelo.

Disfrutando de su papel de maestro, Yamato caminó lentamente alrededor de Jack, ajustando con cierto fastidio su pose hasta quedar satisfecho.

—Esto tendrá que valer. Primero, practicaremos *kihon*... Lo básico. Simplemente parar y golpear.

Yamato se colocó frente a Jack y alineó su *kissaki* con la suya. Un instante después, golpeó el *bokken* de Jack. El arma se estremeció en las manos del muchacho, y una oleada de dolor recorrió su brazo obligándolo a soltarla. La hoja de Yamato cayó desde arriba y se detuvo a un pelo de la garganta de Jack. Yamato lo

miró con desdén, desafiándolo a moverse.

—¿No te enseñan a luchar en el sitio de donde vienes? Lo sujetas como una niña —reprendió Yamato—. Recógelo. No lo sujetes con el pulgar y el índice la próxima vez. Es una presa débil y puede romperse fácilmente. Mira la mía. Coloca el dedo meñique de tu mano izquierda alrededor de la base del mango. Luego coge el resto de la empuñadura con los demás dedos: haz fuerza con los dos dedos inferiores, y con el índice y el pulgar sujeta sólo levemente. Tu mano derecha debería estar justo debajo de la guardia, y sujetarla del mismo modo que tu izquierda. Esto es el *tenouchi* correcto.

Yamato parecía disfrutar del espectáculo que estaba representando delante de Akiko y Jiro. Obviamente le gustaba la sensación de superioridad que le proporcionaba poner a Jack en evidencia, tanto que no llegó a advertir, o la ignoró a propósito, la reacción mortificada de Akiko ante su conducta.

«No importa», pensó Jack. Pronto aprendería a usar el *bokken* y entonces podría darle a Yamato una lección o dos.

Cuando Jack dominó la forma de sujetar el arma, Yamato repitió el ataque. Esta vez, Jack consiguió no soltar el *bokken*.

—Bien. Ahora inténtalo tú.

Al principio a Jack le pareció incómodo el movimiento del golpe. Era difícil conseguir suficiente fuerza tras la parada, pero Yamato le hizo repetir el movimiento hasta que empezó a dominar la técnica.

Continuaron practicando durante toda la tarde. Yamato le enseñó a Jack otros tres movimientos *kihon*: un tajo básico, una maniobra evasiva y un sencillo bloqueo defensivo. El entrenamiento de *kata* era sorprendentemente duro y, al cabo de un rato, Jack, que llevaba tres meses sin hacer prácticamente ejercicio físico, empezó a cansarse. El *bokken* parecía de plomo. Yamato estaba claramente encantado de verlo flaquear.

—¿Quieres intentar un poco de *randori* ahora? —le propuso Yamato desafiante.

—¿Qué es eso?—dijo Jack, respirando entrecortadamente.

—Entrenamiento libre. Tú intentas atacarme. Yo intento atacarte. ¿Al mejor de tres?

—Discúlpame, Yamato —interrumpió Akiko, esperando evitar el problema que preveía—. ¿Puedo sugerir que ambos os unáis a mí para el *sencha*. Habéis practicado mucho y deberíais descansar.

—No, gracias, Akiko. No tengo sed. Pero Jack parece que necesita descanso.

Jack sabía muy bien lo que Yamato pretendía. Lo había visto en el *Alexandria*. Los hombres que no aguantaban a pie firme la primera semana eran los últimos en la cola para comer, los que tenían que contentarse con las hamacas cercanas a los pantoques, los que acababan encargándose de los peores trabajos, como limpiar los imbornales donde la tripulación hacía sus necesidades. Si daba marcha atrás ahora, siempre estaría intentando recuperar terreno.

—No, gracias, Akiko. Yo tampoco estoy cansado.

—Pero ¿y tu brazo? —insistió ella—. No es aconsejable...

—Estaré bien —respondió Jack, cortándola amablemente antes de volverse hacia Yamato—. *Randori*, ¿eh? ¿Al mejor de tres? ¿Por qué no?

Se plantaron uno ante el otro con las *kissaki* tocándose.

Jack tenía las manos empapadas en sudor. Trató de recordar los movimientos: la colocación de los pies, la parada, el bloqueo, el golpe. Se preparó, pero Yamato golpeó primero. Apartó el *bokken* de Jack y golpeó con el suyo los dedos expuestos del muchacho. Jack dejó escapar un grito de sorpresa y dolor, y soltó su *bokken*.

—Demasiado lento —dijo Yamato dejando que una sonrisa sádica se extendiera por su rostro—. Te he visto «pensar» el movimiento antes de ejecutarlo.

Jack se agachó para recoger su arma. Los dedos le latían de dolor y tuvo dificultades para cerrarlos en torno al *bokken*. Apretó los dientes y alineó su *kissaki*.

Esta vez, vio el *bokken* de Yamato retorcerse y dio un paso atrás evadiendo el primer tajo. Yamato blandió su *bokken* por segunda vez y Jack, más por instinto que por intención, bloqueó su golpe. Yamato se enfureció y lanzó un golpe malicioso que Jack sólo pudo evitar girando sobre sí mismo. Yamato golpeó a Jack en la espalda. El golpe lo hizo caer de rodillas: los riñones le ardían de dolor y tenía la sensación de que los pulmones se le habían desplomado.

—Dos... a cero —se burló Yamato, mientras Jack se retorció de agonía en el suelo—. Un pequeño consejo: nunca des la espalda a tu oponente.

—Basta, Yamato —interrumpió Akiko, inquieta por esa innecesaria crueldad—. Aún no sabe luchar con un *bokken*. ¡No puede defenderse!

Sin aliento y con el cuerpo abotargado por el dolor, Jack se puso en pie usando el *bokken* como muleta. Se negó a darse por vencido. Era el momento en que tenía que demostrar su temple. Siempre supo que no podía ganar, pero era él quien tenía que trazar la línea donde detenerse, no Yamato. Con esfuerzo, alzó su espada.

Yamato parecía aturdido.

—No seas estúpido. El mejor de tres. He ganado.

—¿Qué? ¿Tienes miedo de que pueda derrotarte?

El desafío directo acicateó a Yamato a la acción e inmediatamente asumió la posición defensiva.

Consciente de que Yamato estaba esperando los signos delatores de su primer movimiento, Jack fingió golpear a la izquierda como había hecho el guerrero Godai con el *nodachi* en la playa. Yamato se dispuso a bloquear el golpe y Jack cambió la ofensiva, haciendo girar su *bokken* a la derecha.

Yamato fue pillado desprevenido y tuvo que bloquear torpemente el golpe, de modo que la espada de Jack rozó su mano derecha. Inflamado por el inesperado contacto, Yamato contraatacó con un aluvión de golpes. Jack consiguió evitar los dos primeros y milagrosamente bloqueó el tercero, pero el cuarto le alcanzó en la cara.

Fue como si alguien hubiera cortado la conexión entre su cerebro y el resto de su cuerpo. Las piernas dejaron de sostenerle y se desplomó en el suelo. La cabeza le resonaba de dolor y pequeños destellos de luz chisporroteaban en su visión. Se sintió mareado y su nariz empezó a sangrar, manchando su quimono.

Akiko acudió al instante a su lado, llamando a Chiro para que trajera agua y toallas. Jiro tiraba de la manga de Jack, asustado por la inesperada violencia. Incluso Taka-san había aparecido y estaba inclinado sobre Jack, con aspecto preocupado.

Jack pudo ver a Yamato allí solo, con una expresión contrariada en el rostro mientras todo el mundo despreciaba su victoria. Quizá Jack había sido derrotado en la lucha, pero había conseguido la auténtica victoria.

17

Gaijin

—¿Qué te ha pasado? —gimió el padre Lucius desde su lecho.

—Tuve una pelea —contestó Jack a la defensiva, incapaz de ocultar los cardenales que rodeaban sus ojos.

—Parece más bien que has perdido una. Te advertí que los samuráis podían ser implacables.

El padre Lucius se incorporó para toser en su pañuelo. En las últimas semanas el sacerdote había sucumbido cada vez más a la enfermedad. La tos y el esputo amarillo iban ahora acompañados de fiebre y temblores. El padre Lucius, consciente del edicto de Masamoto, todavía insistía en que Jack recibiera sus lecciones, pero después de sólo unas cuantas frases tuvieron que dejarlo.

—Jack, me temo que esta enfermedad me está derrotando a pesar de todos los tés, hierbas y ungüentos que puede administrar el médico local. Ni siquiera sus artes pueden con esto...

El sacerdote empezó a toser; el dolor asoló su rostro y se llevó la mano al pecho. Lentamente, la tos remitió para ser sustituida por una respiración entrecortada y silbante.

—Lo siento, padre —dijo Jack, sin saber qué más decir.

—No es necesario que me compadezcas, Jack. He cumplido con mi deber en esta tierra y pronto seré recompensado en el cielo —dijo el sacerdote persignándose—. Estaré mejor mañana, pero hoy debes practicar tú solo. Por favor, pásame mi libro.

Jack extendió la mano y cogió el grueso libro de notas que el sacerdote tenía encima de la mesa.

—Ésta es la obra de mi vida —dijo, acariciando cuidadosamente la suave encuadernación de cuero—. Un diccionario japonés-portugués. Es una guía para su lenguaje y su forma de pensar. Llevo recopilando información para este libro desde que llegué a Japón hace más de diez años. Es la clave para desentrañar su lenguaje para todos los portugueses. Luego podremos traer la Palabra del Señor a todas las islas de Japón.

El fervor religioso brillaba en los ojos reumáticos del padre Lucius.

—Es el único que existe, Jack —dijo, dirigiéndole una grave mirada.

Estudió al muchacho durante unos instantes y finalmente le ofreció el libro con mano temblorosa.

—¿Quieres cuidarlo por mí, y si muero, asegurarte de que llegue a manos de su Eminencia, el padre Diego Bobadilla, en Osaka?

—Sí, padre —prometió Jack, incapaz de negarse al deseo del moribundo—. Sería un honor.

—No, sería mío. Has sido un buen alumno, a pesar de tus creencias. Tu madre debe de haber sido una buena maestra. Con la ayuda continuada de Akiko, hablarás con la fluidez de cualquier japonés antes de que termine el año.

Le sonrió amablemente, y luego continuó hablando con tono desacostumbradamente almibarado.

—¿Serías quizá tan amable de dejarme echar un vistazo al diario de tu padre a cambio? Temo que mis días en esta tierra se acortan y me causaría gran placer leer las aventuras mundanas de otro.

Jack se envaró de inmediato. ¿Había sido el ofrecimiento del diccionario una treta?

Jack recordó el modo en que los ojos del jesuita brillaron al ver el cuaderno la primera vez que Masamoto lo presentó. Desde aquel día el padre había ido haciendo referencias ocasionales al diario de su padre durante las lecciones: ¿Estaba a salvo? ¿Le importaría ofrecerle una de las historias de su padre? ¿Le mostraría una página del diario? El padre Lucius quería ver el cuaderno de ruta, y no tanto por interés propio, sino por el de su Hermandad.

Jack se sintió ligeramente irritado por la petición del padre Lucius, y se preguntó si el cambio de actitud del sacerdote había sido auténtico, o respondía más bien a un plan para hacerse con el precioso cuaderno de ruta de su padre.

—Lo siento, padre Lucius —repuso Jack—, pero, como usted sabe, es privado y es la única posesión que me queda de mi amado padre.

—Lo sé, lo sé. No importa. —El padre parecía demasiado cansado para insistir en el tema—. ¿Volveré a verte mañana?

—Sí, padre. Por supuesto.

Esa tarde, bajo el cerezo, Jack hojeó las páginas del diccionario. El padre Lucius tenía razón al hablar tan orgullosamente de su obra. Contenía listas de palabras japonesas junto a sus traducciones al portugués, notas detalladas sobre gramática,

indicaciones para pronunciar correctamente, y guías sobre la etiqueta adecuada. Era en efecto su *magnum opus*.

—Discúlpame, Jack —dijo Akiko, acercándose por el puentecito—. Espero no molestarte.

—No, en absoluto —dijo Jack, soltando el diccionario—. Agradezco que vengas a verme, pero creía que hoy ibas a pescar perlas.

—No, hoy no —respondió Akiko, algo decepcionada.

—¿Por qué no? Sueles hacerlo, ¿no?

—Sí...

Akiko vaciló unos instantes, sopesando si era o no adecuado confiar en Jack. Luego, tras haberse decidido, se sentó a su lado.

—Mi madre dice que soy demasiado mayor para que se me asocie con esa gente. Dice que ser un *ama* no es adecuado para una dama de la casta samurái, y me lo prohíbe.

—¿No es adecuado? ¿Por qué dice eso?

—Pescar perlas puede ser peligroso, Jack. Los *ama* a veces quedan atrapados por las mareas o son presa de los tiburones. Por eso sólo los aldeanos de las castas inferiores se dedican a ese trabajo.

—¿Y entonces por qué lo haces también tú? —preguntó Jack, algo sorprendido por su confidencia.

—Me gusta —recalcó Akiko con la mirada iluminada—. Allí abajo se ven mariscos, pulpos, erizos y a veces tiburones. Bajo el agua, puedo ir donde quiero. Hacer lo que quiero. Soy libre... Y eso es una sensación gloriosa.

—Conozco exactamente lo que quieres decir —reconoció Jack—. A mí me pasaba lo mismo cuando el *Alexandria* surcaba el mar a toda vela y me permitían quedarme en la proa. ¡Era como si cabalgara en la cresta de las olas y pudiera conquistar el mundo!

Los dos guardaron silencio, contemplando las hojas marrones del cerezo mientras la luz del sol bañaba sus rostros.

—¿Te sientes mejor hoy? —preguntó Akiko al cabo de un rato.

—Estoy perfectamente, gracias. Yamato tampoco me golpeó tan fuerte —respondió él haciéndose el duro.

Akiko le dirigió una mirada perpleja.

—Bueno, la nariz me duele una barbaridad —admitió Jack finalmente—, y todavía me duele la cabeza, pero estoy mucho mejor.

—Yo soy responsable. No debería haberte permitido que te involucraras —dijo Akiko, inclinando la cabeza—. Pido disculpas con todo mi corazón por la conducta de ayer de Yamato. No debería haber actuado como lo hizo.

—¿Por qué te disculpas? Tú no hiciste nada.

—Porque sucedió en mi casa. Estoy segura de que Yamato no pretendía hacerte daño. Simplemente se dejó llevar por el calor del momento.

—¡Bueno, pues no me gustaría ver a Yamato luchando en serio! —exclamó Jack.

—Lo siento mucho. Debes comprender, Jack, que Yamato está sometido a una gran presión por parte de su padre. Desde que mataron a Tenno, Masamoto espera que Yamato sea un samurái tan hábil como lo era su hermano, a pesar de ser más joven. Pero eso no excusa sus acciones, ni tampoco que te llamase *gaijin*. Lo siento mucho.

—¿Quieres dejar de disculparte por él? —dijo Jack, algo exasperado—. ¿Y qué importa que me llamase *gaijin*?

—*Gaijin* significa bárbaro. Es el nombre que damos a los extranjeros no civilizados. No es muy agradable, y ahora que eres miembro de su familia, Yamato no hace bien al usar un término tan irrespetuoso. Es un insulto hacia ti.

En ese momento, Yamato salió de la casa con el *bokken* guardado en el *obi*. Pasó junto al cerezo e inclinó la cabeza en dirección a Akiko, ignorando por completo la presencia de Jack.

Jack vio que Yamato iniciaba su rutina de *kata* y entonces decidió su propio curso de acción. Guardó el diccionario del padre Lucius y se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó Akiko, preocupada.

—A seguir practicando —dijo Jack acercándose a Yamato, que ya había comenzado su segunda *kata*.

—¿Vuelves a por más? —preguntó Yamato algo perplejo sin interrumpir su entrenamiento.

—¿Por qué no? No puede irme peor que ayer.

—Desde luego, hay que reconocer que para ser *gaijin* tienes arrojo —dijo Yamato esbozando una sonrisa.

Jack insistió, decidido a no perder la oportunidad de aprender más de su rival.

Yamato llamó entonces a Jiro para que volviera a traer un *bokken* de la casa.

—Repite lo que yo hago. Exactamente —dijo Yamato, una vez Jack tuvo su propia arma.

Yamato se plantó en el suelo con los pies juntos. Había guardado el *bokken* en su *obi* sujetando el arma por la empuñadura y manteniéndolo firmemente en su sitio, junto a la cadera, en el lado izquierdo.

—El otro lado hacia arriba —dijo, señalando el *bokken* de Jack—. El filo de la hoja debe mirar hacia el cielo, de modo que cuando desenvaines la espada puedas cortar inmediatamente.

Jack volvió la hoja de modo que el filo curvo apuntara hacia arriba.

—Bien. Ahora obsérvame.

Yamato pasó la mano derecha por delante de su cintura y agarró el mango del arma. Su pierna derecha se deslizó hacia delante y, simultáneamente, desenvainó su *bokken* agarrándolo con ambas manos y dio un tajo hacia abajo. Avanzó otro paso, alzando la *kissaki* hacia la garganta de su víctima imaginaria. Completado el ataque, retorció entonces el *bokken* realizando con la mano derecha un rápido giro y se apartó entonces con cuidado para volver a envainar su arma.

—Ahora, tu turno.

Jack se dispuso a imitar los movimientos de Yamato, pero todavía no había agarrado el mango cuando fue interrumpido.

—¡No! Tu mano debe quedar cerca de tu cuerpo. Si la pones ahí, tu enemigo te la cortará.

Jack empezó de nuevo. A cada paso, Yamato lo detenía y corregía sus movimientos. Jack empezó a desanimarse. Había muchas cosas que tener en cuenta y Yamato era inflexible en sus críticas.

—¿Para qué es ese último movimiento? —preguntó Jack, irritado.

—Ese movimiento se llama *chiburi* —replicó Yamato, dirigiéndole una sonrisa sádica—. Desprende de la hoja la sangre de tu enemigo.

Se pasaron toda la tarde repitiendo esa única *kata* una y otra vez. Poco a poco, Jack fue aprendiendo cada paso de la secuencia hasta que consiguió ejecutar la *kata* en un movimiento completo. No lo hizo con fluidez, pero ahora ya conocía la técnica. El sol empezaba a ponerse y Yamato dio la sesión por concluida.

—*Arigatô*, Yamato —dijo Jack, inclinándose cortésmente.

—*Domô*, *gaijin*.

—Me llamo Jack.

Y sostuvo la imperiosa mirada de Yamato, desafiándolo a mostrar el respeto debido.

—Te llamas *gaijin* hasta que demuestres lo contrario —dijo Yamato, volviendo a envainar su *bokken*.

Yamato giró entonces sobre sus talones y, sin devolverle el saludo a Jack, desapareció dentro de la casa.

El mejor de tres

Al día siguiente, Jack llegó temprano al jardín para practicar la *kata* antes de que apareciera Yamato. Éste no hizo ningún comentario al respecto, pero sin duda la intención de Jack le quedó clara: no pensaba quedarse atrás en la práctica del *bokken*, por muy irrespetuosa que fuera la actitud de Yamato.

Yamato se colocó junto a Jack y empezó a sincronizar su entrenamiento con el suyo.

Yamato no era en modo alguno un artista marcial hábil. Era unos seis meses más joven que Jack, así que no llevaba más de un año de entrenamiento. Pero había heredado parte de la habilidad de su padre con el arma y sabía lo suficiente para enseñarle a Jack las bases del *kenjutsu*: el arte de la espada.

Cuando el otoño dio por fin paso al invierno, Jack había mejorado claramente. Los movimientos *kata*, al principio torpes y recios, empezaron a fluir, y el *bokken* se convirtió en una extensión natural de sus brazos. Ni siquiera Yamato podía negar sus progresos. Su *randori* se fue haciendo más igualado y a Yamato le resultó cada vez más difícil derrotar a Jack.

Akiko, sin embargo, no aprobaba la decisión de Jack de entrenarse con Yamato, a pesar de sus mejoras, y no se cansaba de sugerirle que al regreso de Masamoto éste podría entrenarlo adecuadamente en el arte del *bokken* sin que resultara herido cada dos por tres. Akiko, no obstante, comprendió finalmente que Jack no se dejaría disuadir y se resignó a administrar ungüentos medicinales para sanar los numerosos cortes y magulladuras que recibió durante el *randori*.

A cambio Akiko había insistido en que, además de entrenarse en las artes marciales del samurái, Jack debía conocer también los aspectos más elegantes y refinados de lo que significaba ser un samurái, sobre todo la formal etiqueta japonesa. Le recordó que Masamoto esperaba que él, su hijo adoptivo, estuviera bien versado en sus costumbres, y Jack no podía decepcionarlo.

Akiko le enseñó las formas aceptadas de mostrar respeto, así como el modo adecuado de sentarse y levantarse en presencia de un samurái y señor de la casa. Le enseñó la manera correcta de ofrecer y recibir regalos, usando ambas manos. Ayudó a Jack a perfeccionar su japonés, detallando las formas correctas de dirigirse a personas de diferente estatus y relación.

Jack creía que la cabeza le iba a explotar durante las sesiones de etiqueta con Akiko. Había tantas costumbres y códigos de conducta que casi se quedaba paralizado e inactivo por miedo a ofender a alguien.

Tal vez por eso disfrutaba de la lucha cuando se entrenaba con Yamato en el *randori*: se sentía libre y dueño de su propio destino.

—¿Al mejor de tres? —propuso Jack un día, cuando los primeros copos de nieve se posaban sobre el jardín.

—¿Por qué no, *gaijin*? —dijo Yamato, adoptando su pose de lucha.

Akiko, que estaba enseñando a Jiro a marcar en la nieve *kan-ji*, la forma de escribir japonesa, les dirigió su habitual mirada reprobatoria antes de continuar con los estudios de Jiro.

Jack comprobó su postura, ajustó su tenaza y alzó su *kissaki*. Yamato golpeó inmediatamente, deteniendo el *bokken* de Jack y empujando. Jack ladeó el cuerpo, esquivando la hoja, y lanzó su propia arma contra Yamato.

Yamato bloqueó sin esfuerzo y contraatacó con un golpe cortante hacia arriba. Jack saltó hacia atrás, mientras la *kissaki* casi le rozaba la barbilla. Oyó a Akiko dejar escapar un suspiro de preocupación.

Yamato avanzó y alcanzó a Jack en el hombro con un golpe hacia abajo. Jack gimió.

—Uno para mí —dijo Yamato, saboreando la evidente victoria.

Continuaron.

Jack no cometió el mismo error esta vez y arremetió directamente contra su contrincante. Apartó el *bokken* de Yamato, empujando la *kissaki* ante la cara de su oponente. Yamato retrocedió tambaleándose, buscando a la desesperada evitar ser golpeado. Atacó salvajemente con su *bokken* y Jack tuvo que retirarse para evitar ser alcanzado por el remolino de golpes.

Jack lo engañó bajando su *kissaki*. Yamato divisó la abertura y, alzando su *bokken*, golpeó la cabeza expuesta de Jack. Este esquivó a Yamato y le descargó un tajo en el estómago. Yamato se desplomó, derrotado por la inesperada maniobra.

Jiro, que había perdido interés en la lección de *kanji* de Akiko en cuanto comenzó el *randori*, dejó escapar un grito.

—¡Ha ganado Jack! ¡La primera vez! ¡Ha ganado Jack!

—Iguales a uno, creo —dijo Jack, mientras ayudaba a Yamato a ponerse en pie.

—Un golpe de suerte, *gaijin* —susurró Yamato sin aliento quitándose de encima la mano de Jack.

Encendido por su error, Yamato rompió con la etiqueta del combate y atacó a Jack sin esperar a igualar las guardias.

Golpeó rápidamente el *bokken* de Jack y le descargó un golpe contra el cuello. Jack consiguió a duras penas mantenerse fuera de su alcance, retrocediendo para crear distancia entre ambos. Yamato se lanzó a los pies de Jack, obligándolo a saltar para esquivar la hoja. Jack perdió el equilibrio, pero de algún modo bloqueó el nuevo golpe que Yamato le lanzaba al estómago.

—¡Yamato...! —gritó Akiko, pero él hizo caso omiso y continuó su ataque.

Yamato colocó su *bokken* bajo el de Jack, arrancándoselo de las manos y lanzándolo al aire. Entonces le dio una fuerte patada en el pecho, empujándolo de espaldas contra el cerezo.

Siguiendo con su ataque, Yamato le lanzó a Jack el arma directamente a la cabeza. En el último segundo, más por instinto que por conocimiento, Jack la esquivó y sintió el temblor del árbol al recibir el azote del *bokken* contra el tronco y la lluvia de nieve que caía de sus ramas.

«Esto va en serio», pensó Jack, y atacó con todas sus fuerzas, golpeando con el hombro la barriga de Yamato. Su adversario cayó hacia atrás y los dos aterrizaron sobre la nieve hechos un ovillo.

—¡Basta! ¡Basta! —suplicaba Akiko, mientras Jiro saltaba de emoción ante el claro empate.

Jack rodó por el suelo, buscando desesperadamente su *bokken*. Lo vio al pie del puente y se abalanzó sobre él para recuperarlo. Yamato lo persiguió de inmediato, gritando con todas sus fuerzas, y levantando el *bokken* dispuesto para golpear.

Jack agarró su arma e, ignorando las desesperadas súplicas de Akiko para que se calmaran, pasó de largo hacia el puente. Al oír a Yamato tras sus talones, Jack se volvió, arremetiendo con su *bokken* contra la cabeza de Yamato. Las dos armas entrechocaron y las hojas se detuvieron a escasos centímetros de la garganta de cada adversario.

—¡Empate! —gritó Jiro, entusiasmado.

Akiko dejó escapar un tembloroso suspiro de alivio ante el empate y corrió para interceder antes de que el combate continuara. En ese mismo instante apareció Takasan y los dos luchadores bajaron sus *bokken*.

—¡Jack-kun! —exclamó acercándose—. El padre Lucius requiere tu presencia.

Es urgente.

Jack supo que eso sólo podía significar una cosa.

Se despidió de Yamato y Akiko inclinando la cabeza y luego corrió detrás de Taka-san.

Al entrar en el cuarto del padre Lucius, Jack notó el abrumador hedor del vómito, el sudor rancio y la orina. Apestaba a mortalidad.

Una única vela solitaria chisporroteaba débilmente, iluminando la penumbra. En un rincón, pudo escuchar la respiración entrecortada del sacerdote.

—¿Padre Lucius?

Jack se acercó a la figura en sombras tendida en el futón. Tropezó con algo y, al bajar la mirada, distinguió en la oscuridad un pequeño cubo rebosante de vómito. Jack se obligó a continuar y se inclinó junto al lecho del sacerdote.

La vela chisporroteó y Jack vio entonces el rostro hueco y demacrado del padre Lucius.

La piel del sacerdote era de un azul pálido y estaba empapada en sudor. El poco cabello que le quedaba, gris y flácido, se le pegaba en los huecos que formaban sus mejillas hundidas. Gotas de sangre moteaban sus labios resquebrajados y bajo sus ojos se extendían oscuras sombras.

—¿Padre Lucius? —dijo Jack, casi deseando que el sacerdote estuviera ya muerto para que no tuviera que seguir sufriendo ese tormento.

—¿Jack? —croó el padre Lucius, pasando una lengua pálida por sus labios entrecortados.

—¿Sí, padre?

—Debo pedirte perdón...

—¿Por qué...?

—Lo siento, Jack... Aunque eres hijo de herejes... Tienes valor... Hablaba de manera entrecortada, inspirando profundamente entre cada murmullo. Jack escuchó, entristecido por el penoso estado del sacerdote. Era el último eslabón con el otro lado del mundo y, a pesar de sus constantes prédicas, había aprendido a respetarlo. También el sacerdote parecía haber llegado a apreciarlo, aunque se negara a dejarse convertir.

—Te juzgué mal... Disfruté de tus lecciones... Ojalá pudiera haberte salvado...

—No se preocupe por mí, padre —repuso Jack para consolarle—. Mi propio Dios

cuidará de mí. Igual que el suyo.

El padre Lucius dejó escapar un pequeño sollozo.

—Lo siento mucho... Tuve que decírselo... Era mi deber... —susurró con lágrimas en los ojos.

—¿Decirle qué a quién? —preguntó Jack.

—Por favor, comprende... No sabía que estarían dispuestos a matar por él... Que Dios tenga piedad de mi alma...

—¿Qué dice? —instó Jack.

El sacerdote continuó moviendo los labios, tratando de decir algo más, pero sus palabras no fueron audibles.

Con una débil tos, el padre Lucius exhaló su último suspiro y murió.

El regreso de Masamoto

El cerezo había perdido ya todas sus hojas y, con sus ramas peladas cargadas de nieve, parecía un esqueleto recortado contra el cielo. Jack caminó por el jardín hasta detenerse a la sombra de su árbol. La muerte parecía flotar en el ambiente. ¿Qué había querido decir el padre Lucius? «No sabía que estarían dispuestos a matar por él.» ¿Estaba hablando del cuaderno de ruta? Si era así, eso debía de significar que corría peligro.

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por una suave voz.

—Lamento mucho la muerte del padre Lucius. Debes de estar muy triste.

Akiko llevaba un sencillo kimono blanco, y parecía un copo de nieve en un mundo todo blanco.

—Gracias —dijo, inclinando la cabeza—, pero no creo que fuera amigo mío.

—¿Por qué dices eso? —susurró Akiko, sorprendida por la frialdad de sus sentimientos.

Jack tomó aliento antes de responder. ¿Podía confiar en ella? ¿Podía confiar en alguien allí? Pero Akiko era lo más parecido que tenía a una amiga. No tenía nadie más a quien recurrir.

—Cuando el padre Lucius murió, dijo algo muy extraño. Dio a entender que alguien querría matarme, y luego murió llorando y suplicando el perdón de Dios.

—¿Por qué querría nadie matarte, Jack? —preguntó Akiko, arrugando la nariz en gesto de sorpresa.

Jack la estudió. ¿Podía extender su confianza y revelar el secreto del cuaderno de su padre? No, pensó, no podía contarle toda la verdad. Al menos, todavía no. El cuaderno de ruta de su padre era la única posesión de valor que tenía. Lo único que podía suponer era que ellos querían, pero como no sabía quiénes eran esos ellos, cuanto menos se supiera acerca de sus auténticas intenciones, mejor.

—No lo sé. ¿Tal vez alguien a quien no le gustan los *gaijin*? —mintió.

—¿Quién?

—No lo sé. El padre Lucius murió inmediatamente después de decirme eso.

—Deberíamos contárselo a alguien.

—¡No! ¿Quién iba a creerme? Dirían que fueron los desvaríos de un moribundo.

—Pero tú pareces creerlo —dijo Akiko, mirándolo con atención. Sabía que no se lo estaba contando todo. No tenía un pelo de tonta, pero Jack sabía también que la cortesía japonesa le impedía presionar en busca de una respuesta.

Jack se encogió de hombros.

—Tal vez lo oí mal. No estoy seguro de lo que dijo.

—Probablemente —respondió ella, dejando correr el tema—. Pero por si acaso oíste bien, deberíamos estar más vigilantes. Guarda tu *bokken* junto a tu cama por las noches. Le pediré a mi madre que deje una lámpara encendida. Le diré que tengo pesadillas. Así, cualquier intruso creerá que alguien está siempre levantado.

—Gracias, Akiko. Pero estoy seguro de que no será nada —dijo Jack sin creerse sus propias palabras.

Pero Jack tenía razón. No sucedió nada.

El padre Lucius fue enterrado según sus costumbres y Jack regresó a la rutina de estudiar japonés con Akiko y *kenjutsu* con Yamato.

Al cabo de unos cuantos días, un samurái llegó a caballo con una carta en la que se anunciaba el regreso de Masamoto a Toba. Tardaría en llegar una semana.

La casa se convirtió en un hervidero de actividad. Hiroko visitó personalmente el mercado para asegurarse de que los alimentos favoritos de Masamoto estuvieran en la casa y contrató ayuda adicional para que el cocinero preparara el almuerzo de celebración. Chiro fregó los suelos, lavó las sábanas y los quimonos, y preparó la habitación de Masamoto. Uekiya barrió los caminos y logró que el jardín pareciera precioso, incluso en medio del frío invierno.

La noche antes de la llegada de Masamoto, todos se acostaron temprano: querían estar frescos para el día siguiente. Jiro estaba tan excitado que estuvo a punto de derribar las paredes de papel y Akiko tuvo que intentar calmarlo varias veces.

El estado de ánimo de Yamato, por otro lado, se había ensombrecido con la inminente llegada de su padre y practicó su *kata* hasta bien entrada la noche, consciente de que tendría que impresionar a su progenitor para ganar su favor.

Jack permanecía acostado en su futón, contemplando el brillo apagado de la lámpara a través de la *shoji*. La cabeza no paraba de darle vueltas. No tenía ni idea de lo que podía esperar durante su audiencia con Masamoto. ¿Tendría que demostrarle su valía, como Yamato? ¿Tendría que luchar? ¿Tendría que pasar una prueba para

mostrar su dominio de la lengua japonesa? ¿O las tres cosas? ¿Y si causaba alguna seria ofensa por un simple error de etiqueta?

Masamoto era claramente un hombre que no esperaba ser cuestionado y un profundo instinto asesino corría por sus venas. Era austero y brusco y las cicatrices que cruzaban su rostro ponían a Jack en guardia. ¿Qué había sucedido en su vida para desfigurar tanto a un hombre?

Sin embargo, todos los que rodeaban a Masamoto lo honraban y Akiko también consideraba que era «uno de los samuráis más grandes que han vivido jamás». Había ordenado atender el brazo roto de Jack, una habilidad que superaba a la mayoría de los cirujanos ingleses experimentados. Jack era consciente de que Masamoto era mucho más que un rostro cubierto de cicatrices y una espada rápida y letal.

Una sombra pasó ante la lámpara, oscureciendo por un instante la habitación de Jack. El muchacho se tensó instintivamente, pero parecía que fuera no había nadie. Ni siquiera se había oído ruido de pasos.

Cerró los ojos y, como cada noche, se imaginó a sí mismo en la proa del *Alexandria*, regresando a Inglaterra, triunfal, con su padre pilotando el buque y la bodega repleta de oro, seda y exóticas especias de Oriente, mientras Jess los saludaba desde el puerto...

Otra sombra pasó ante la habitación.

Jack abrió los ojos: había percibido que la habitación había vuelto a oscurecerse. Entonces oyó que la *shoji* se deslizaba suavemente.

Nadie entraba nunca en su habitación durante la noche. Muy despacio, Jack echó mano a su *bokken*, que reposaba al borde del futón. Contuvo la respiración y escuchó con atención.

Oyó el inconfundible crujido de la madera del porche y el levísimo roce de un paso al detenerse en el tatami cuando alguien entró en la habitación.

Jack saltó de su futón y chocó contra una rodilla al tiempo que levantaba el *bokken* para defenderse. Un destello de plata pasó ante sus ojos y un *shuriken* se clavó en la viga de madera que tenía a su lado.

Jack se quedó inmóvil.

Agazapado delante de él estaba el Guerrero Sombra mirándolo fijamente con su único ojo verde.

—Dokugan Ryu —murmuró Jack asombrado.

20

AKIKO

Ojo de Dragón vaciló momentáneamente ante la mención de su nombre.

Jack aprovechó la ocasión. Era imposible que pudiera derrotar al ninja, pero existía la posibilidad de que pudiera volver a escapar.

Se lanzó con todas sus fuerzas contra la pared de su habitación. Los finos marcos de madera se quebraron y los frágiles recuadros de papel se desintegraron cuando su cuerpo atravesó la pared.

Medio aturdido por la colisión, Jack se puso en pie, agarró su *bokken* y, sin mirar hacia atrás, corrió por el porche.

Jack vio dos sombras que cruzaban el jardín y otra que entraba en la casa.

¡Akiko! Tenía que advertirla.

El ruido de la *shoji* al romperse había despertado a toda la casa, y el cocinero salió al porche para ver qué sucedía. Todavía medio dormido, se quedó pasmado al ver al joven *gaijin* corriendo hacia él, y Jack tuvo que hacerse rápidamente a un lado para evitar chocar con él.

Un segundo *shuriken* voló entonces por encima del hombro de Jack y fue a clavarse en el cuello del cocinero. El hombre se quedó tan conmocionado que ni siquiera sintió el dolor del arma que ahora tenía clavada en el cuello. Masculló algo indescifrable y se desplomó en el suelo.

Jack siguió corriendo. Ojo de Dragón lo persiguió.

Jack cambió de dirección y atravesó una *shoji* abierta justo cuando Taka-san salía empuñando sus dos espadas.

Ojo de Dragón no esperaba la súbita aparición de Taka-san, que había calibrado la situación con sólo una mirada. Taka-san hizo silbar una de las espadas hacia la cabeza del ninja, pero Ojo de Dragón eludió el golpe, doblándose sin esfuerzo como la hierba en la brisa: la catana de Taka-san cortó el aire rozando el rostro del ninja.

Ojo de Dragón se retorció entonces rápidamente y lanzó una veloz patada contra el torso de Taka-san, que empujó al samurái contra una columna cercana.

Ojo de Dragón desenvainó su propia espada de la *saya* que llevaba a la espalda y

avanzó hacia Taka-san.

La *ninjatô* tenía la típica *tsuba* cuadrada de los ninja, la guardia del mango, y una hoja más recta y más corta que la catana de los samuráis, pero no por ello era menos mortífera. Ojo de Dragón atacó sin piedad.

Taka-san mantuvo a raya al samurái con su propia descarga de golpes letales y lo hizo retroceder a lo largo del porche.

Mientras, Jack entró en otra habitación, donde se encontró con un segundo ninja. Afortunadamente, el ninja estaba de espaldas, concentrado en la lucha con otro oponente que lo mantenía frenéticamente a raya. Pero la víctima del ninja perdió de pronto el equilibrio y cayó al suelo. Jack atisbo el rostro de Yamato, que miraba fijamente a su atacante blanco de miedo. El ninja alzó su *ninjatô* para descargar sobre Yamato el golpe fatal.

—¡Nooooo! —gritó Jack.

Toda la confusión, el miedo, el dolor y la furia que había sufrido desde el asesinato de su padre le sobrevinieron de pronto con la fuerza de un volcán.

Los ninjas eran responsables de la muerte de su padre, de sus amigos, de su tripulación, y ahora atacaban a la única familia que conocía. Jack se dejó llevar por un impulso agresivo y, sin pensárselo dos veces, atacó al ninja.

Sorprendido, el ninja se dio media vuelta y levantó la *ninjatô* dispuesto para atacar, pero Jack descargó el *bokken* con todas sus fuerzas contra el brazo derecho de su enemigo. La muñeca del ninja se quebró con un crujido terrible y el hombre dejó escapar un aullido de dolor.

Jack preparó su arma para un segundo ataque, tratando de recordar todo lo que Yamato le había enseñado. Apuntó a la cabeza del ninja.

El ninja esquivó el golpe milagrosamente, y se lanzó al suelo para recoger con la mano izquierda la espada que había dejado caer. El ninja miró fijamente a Jack y le soltó un gruñido. Su muñeca rota colgaba inútil junto a su costado.

Jack retrocedió: de pronto se había dado cuenta del peligro que corría. ¡Estaba intentando luchar contra un ninja!

El ninja cogió con fuerza la espada y Jack advirtió que su oponente no se sentía muy cómodo usando el brazo izquierdo. Consciente de que sólo podría intentar un golpe, Jack rezó para que esta pequeña ventaja le diera la ocasión que necesitaba. Pero ¿dónde debía golpear? Cada vez que se movía, el ninja se disponía inmediatamente a contrarrestarlo.

Entonces el duelo de Masamoto destelló ante sus ojos... El farol que había hecho

que Godai se confiara y que le había dado a Masamoto la victoria.

Jack dejó caer su *kissaki*, fingiéndose derrotado, exactamente tal como lo había hecho Masamoto.

El ninja, creyendo que tenía la batalla ganada, sonrió y avanzó. Bajó el arma para cercenarle a Jack la cabeza con un revés. En el último segundo, Jack enderezó su *bokken* y le asestó a su oponente un golpe en el estómago. El ninja cayó al suelo como un jabalí abatido. Jack giró sobre sus talones y descargó con fuerza su *bokken* contra la nuca del hombre. Con un golpe sordo, el ninja quedó inconsciente en el tatami.

Jack se alzó sobre el cuerpo caído, sorprendido de su propia fuerza, con el *bokken* temblando descontroladamente en sus manos y la adrenalina corriendo por sus venas.

—¿Dónde has aprendido ese movimiento? —preguntó Yamato, poniéndose rápidamente en pie.

—Vi a tu padre hacerlo —respondió, sin aliento, con la boca seca y pastosa.

—*Arigatô, gaij...* Jack —dijo Yamato, corrigiéndose deliberadamente y haciendo una breve pero respetuosa inclinación. Sus ojos se cruzaron y, durante un segundo, un silencioso lazo de camaradería les unió.

—Tenemos que encontrar a Akiko —dijo Jack con urgencia, rompiendo el momento.

—¡*Hai*, sígueme!

Y Yamato salió corriendo al porche y corrió hacia la habitación de Akiko seguido de cerca por Jack.

Todavía podía oírse a Taka-san luchando con Ojo de Dragón. Jack miró por encima de su hombro y vio que el samurái expulsaba al ninja hacia el pequeño puente.

—Escucha —susurró Yamato.

Pero desde el exterior la habitación de Akiko parecía ominosamente silenciosa.

Yamato descorrió la *shoji* y descubrió el cuerpo inerte de una muchacha cuya sangre se esparcía en un gran charco rojo por todo el tatami.

—¡NO! ¡Akiko! —gritó Jack.

Yacía boca abajo en el suelo, con los brazos extendidos como si tratara en vano de escapar a la muerte. Jack se arrodilló junto al cadáver con los ojos anegados en lágrimas. Extendió la mano y le retiró cuidadosamente el pelo de la cara, para descubrir los rasgos de porcelana de Chiro, su criada.

Jack miró ansiosamente a Yamato. ¿Dónde estaba Akiko?

Entonces oyeron movimientos en la habitación de al lado. Abrieron la *shoji* interior y vieron a Akiko enfrentándose no a uno, sino a dos ninjas armados. Empuñaba una vara corta en una mano y su *ohi* desplegado en la otra.

Uno de los ninjas iba armado con un corto *tanto* y el otro, con una *ninjatô*. Atacaron simultáneamente.

Akiko no vaciló. Lanzó la larga banda de su *ohi* contra los ojos del ninja de la espada. El arma chasqueó como un látigo contra su cara, cegándolo momentáneamente. El ninja del *tanto* se abalanzó contra Akiko e intentó acuchillarle la cara. Con un rápido movimiento, Akiko lo bloqueó con su vara, se interpuso entre los dos ninjas, y descargó la mano del *ohi* contra el cuello de su atacante. El ninja, aturdido por el golpe, soltó su *tanto* y retrocedió tambaleándose hacia la pared del fondo.

El otro ninja emitió un siseo venenoso y corrió hacia Akiko espada en mano. Ella se volvió hacia su atacante y, haciendo retroceder rápidamente su *obi*, lo envolvió alrededor del brazo extendido del ninja. Al tirar del *obi*, sin embargo, Akiko se acercó al rostro el arma enemiga.

Jack gritó inmediatamente una advertencia. Pero Akiko eludió hábilmente la hoja y la guió resueltamente hacia el otro ninja. Su atacante perdió el equilibrio y, al no poder detener su impulso hacia delante, clavó la espada en el pecho de su camarada.

Akiko había sido tan rápida que, en cuanto Jack y Yamato habían entrado en la habitación, todo había prácticamente terminado. El ninja retiró su espada, pero ya era demasiado tarde. Su camarada, ahogándose en sangre, se desplomó muerto sobre el tatami.

Al volverse, el ninja se enfrentó a los tres muchachos: ¡un chico, una chica y un *gaijin*! Los muchachos defendieron su terreno alzando sus armas como uno solo. Impresionado por su arrojo, el ninja miró a su camarada caído y escapó.

—¿Cómo... cómo has hecho eso? —tartamudeó Jack, asombrado por la habilidad de Akiko.

—Las mujeres japonesas no sólo llevan quimonos, Jack —respondió ella, indignada ante su incredulidad.

En el exterior, oyeron gritar a Taka-san.

—¡Rápido! Taka-san necesita nuestra ayuda —ordenó Akiko.

Salieron corriendo al jardín justo a tiempo de ver a Ojo de Dragón atravesando a

Taka-san con su espada. Los tres gritaron con toda la fuerza de sus pulmones y atacaron a Ojo de Dragón como un solo hombre.

Ojo de Dragón abandonó al derrotado Taka-san y, tras retirar su espada, se volvió para enfrentarse a los tres chicos. Taka-san se desplomó al pie del puente, agarrándose el estómago herido y escupiendo sangre. Jack, Akiko y Yamato formaron un anillo protector en torno a su amigo caído.

—¡Jóvenes samuráis! ¡Qué novedoso! —exclamó Ojo de Dragón echándose a reír ante la absurda visión de tres chicos empuñando armas—. Pero no demasiado jóvenes para morir —añadió, con siniestra maldad.

De la oscuridad surgieron otros dos ninjas, con las armas preparadas. Jack advirtió que uno de ellos se sujetaba contra el pecho la muñeca rota. «Está claro que no lo he golpeado lo bastante fuerte», pensó con amargura.

—El cuaderno de ruta —susurró Ojo de Dragón, clavando su único ojo en Jack—. ¿Dónde está?

Niten Ichi Ryû

—No sé... —dijo Jack de rodillas tratando de encontrar una respuesta—. El padre Lucius lo cogió.

Akiko y Yamato intercambiaron una mirada de desconcierto: ¿era Jack la razón de que los atacasen?

—¡Mientes! —replicó Ojo de Dragón—. No estaríamos aquí si ellos no hubieran sabido que eres tú quien lo tiene.

De repente se oyó un agudo silbido en el aire y un sonido sordo: el ninja de la muñeca rota cayó de bruces al suelo, con una flecha temblando en su espalda.

—¡Masamoto! —exclamó con odio Ojo de Dragón.

Masamoto, con ambas espadas desenvainadas, entró a la carga en el jardín acompañado por cuatro samuráis más. Otros tres samuráis corrían por el porche, cargando sus arcos con flechas nuevas.

—Volveremos a vernos, *gaijin* —aseguró Ojo de Dragón antes de huir por el puente con los demás ninjas.

Las flechas de los samuráis empezaron a volar por los aires, y Yamato tiró con fuerza de Akiko y Jack para que se echaran al suelo. La primera flecha alcanzó al último ninja en la pierna. La segunda le atravesó la garganta. La tercera apuntaba a Ojo de Dragón, pero el ninja saltó como un gato hacia el cerezo y la flecha fue a clavarse en el tronco. Ojo de Dragón se colgó de la rama inferior y se lanzó ágilmente por encima de la tapia para desaparecer en la oscuridad de la noche.

—¡Por Akuma! ¿Quién era ése? —preguntó Masamoto cuando alcanzó a los muchachos.

—Ojo de Dragón —respondió Jack poniéndose en pie.

—¿Dokugan Ryu? —repitió Masamoto desconcertado gritándole tras unos instantes al samurái más cercano—: ¡Capitán! ¡Desplegaos! Asegurad la casa. Llamad a todos nuestros samuráis de la aldea. ¡Por la memoria de mi hijo Tenno, encontrad a ese Dragón y destruidlo!

El capitán repitió las órdenes a su grupo de samuráis y todos desaparecieron en la noche. Masamoto le indicó a Hiroko y a un fornido samurái que se acercaran desde la

casa y, volviéndose hacia Jack, Akiko y Yamato, que seguían arrodillados junto a Taka-san, intentando coger en brazos al herido, dijo:

—Kuma-san cuidará de vosotros. Es uno de mis samuráis más leales. No te preocupes por Taka-san, Akiko —añadió, advirtiendo la preocupación en la mirada de la muchacha—. Haré que lo atiendan adecuadamente. ¡Ahora, marchaos!

Al día siguiente, Jack, Akiko y Yamato fueron convocados a los aposentos de Masamoto.

—Sentaos —les ordenó, cortante.

Masamoto estaba sentado en su lugar habitual, en la plataforma elevada, pero esa mañana le pareció a Jack menos compuesto que en ocasiones anteriores. Sus cicatrices estaban más inflamadas y su voz era tensa y ronca.

Hiroko le sirvió *sencha*.

—No se ha encontrado a Dokugan Ryu —dijo con brusquedad, claramente insatisfecho por el fracaso de sus samuráis—. Mis exploradores habían avistado a ninjas de la aldea Matsuzaka, a diez *ri* de aquí. Vinimos tan rápido como pudimos. Sin embargo, nuestros caballos no fueron lo bastante veloces para salvar a Chiro.

—Masamoto-sama, ¿puedo preguntarte cómo está Taka-san? —inquirió Akiko.

—Está bien, Akiko-chan. Su herida es profunda, pero me han dicho que se recuperará con el tiempo. Dokugan Ryu es un enemigo formidable y Taka-san luchó con valor.

Masamoto los estudió a los tres.

—Sin embargo, tuvo suerte de poder contar con vosotros tres. Actuasteis con verdadero *bushido*. ¿Sabes lo que es eso, Jack-kun?

—No, Masamoto-sama —respondió Jack inclinando la cabeza como le había enseñado Akiko.

—*Bushido* significa «Camino del Guerrero», Jack-kun. Es nuestro código de conducta samurái. No está escrito, ni se dice. Es nuestra forma de vida. El *bushido* sólo se conoce a través de la acción.

Masamoto dio un profundo sorbo a su *sencha* y prosiguió.

—Las siete virtudes del *bushido* son Lealtad, Honestidad, Benevolencia, Respeto, Honor, Integridad y Valor. Anoche, Yamato, Akiko y tú demostrasteis tener estas virtudes a través de vuestras acciones.

Dejó que el peso de sus palabras colgara en el aire. Los tres se inclinaron profundamente para mostrar su agradecimiento.

—Sin embargo, tengo una pregunta. Me sorprende que Dokugan Ryu asome de nuevo la cabeza por aquí. No puedo creer que siga a las órdenes de los enemigos de mi *daimyo*. Esa amenaza ha pasado. Los hombres responsables de ese intento de asesinato están todos muertos, por mi propia mano. Sólo puedo suponer que tiene una nueva misión, pero no sé por qué mi familia está involucrada. ¿Dio alguna indicación de por qué se atrevió a atacar el santuario de este hogar?

Jack permaneció en silencio, sintiéndose acalorado e incómodo. Podía sentir los ojos de Masamoto sobre él. ¿Debería revelar la verdad sobre el cuaderno de ruta? Su padre le había ordenado estrictamente que lo mantuviera en secreto. Y hasta que Jack no supiera quién lo quería, no podía revelar el verdadero propósito del diario a nadie, ni siquiera a Masamoto.

—Jack... —empezó a decir Yamato.

Pero Akiko miró a Yamato, declarando claramente con los ojos que era deber de Jack, y no de Yamato, decírselo a Masamoto.

—¿Sí, Yamato?

—Jack... —empezó a decir Yamato vacilante— me salvó la vida. Derrotó a un ninja con su *bokken*.

—Jack-kun, ¿tienes habilidad con las armas? Vaya, has superado mis expectativas —dijo Masamoto, con expresión satisfecha, al parecer olvidando sus preguntas sobre Dokugan Ryu—. La primera vez que te vi ya sentí que poseías fuerza de carácter. De hecho, la esencia del espíritu *bushido*.

—Fue el entrenamiento de Yamato el que lo hizo posible, Masamoto-sama —respondió Jack, ansioso por dar a Yamato el crédito debido para impresionar a su padre. También esperó que eso desviara la conversación del cuaderno de ruta.

—Excelente. Pero él no es ningún maestro —declaró Masamoto sin malicia ni mala intención, pero hiriendo el orgullo de Yamato.

A Jack le supo mal por el muchacho: nada de lo que hacía parecía merecer el respeto de Masamoto. El padre de Jack, en cambio, siempre había estado dispuesto a reconocer sus logros. De pronto, una punzada de pesar atravesó su corazón: qué orgulloso se habría sentido su padre de él. ¡Había derrotado a un ninja!

—Jack-kun. Has demostrado ser digno de seguir el Camino del Guerrero. Decreto por tanto que debes entrenarte con Yamato en la *Niten Ichi Ryû*, mi «Escuela de los Dos Cielos». Mañana partiremos para Kioto.

El camino de Tokaido

Cuando apenas había amanecido, Jack se despertó con el ruido de cascos de caballos y el cortante grito de un samurái que ordenaba a sus tropas que se detuvieran ante la casa.

Jack reunió las pocas pertenencias que tenía: su otro quimono, su *obi*, sus *tabi*, un par de sandalias, el *bokken* que ahora era suyo y, lo más importante, el cuaderno de ruta de su padre. Cogió el diccionario del sacerdote, dispuesto a cumplir con su promesa y entregárselo al padre Bobadilla en Osaka cuando se presentara la ocasión, y lo guardó en una mochila. Después se aseguró de colocar el cuaderno en el fondo, a salvo de ojos espías, y salió al porche.

Una fina bruma anaranjada se alzaba sobre el cielo de invierno y Jack apenas pudo distinguir la silueta del cerezo, con sus ramas recortadas contra el prístino paisaje blanco. La flecha del samurái aún seguía clavada en el tronco, como un recordatorio letal de que Ojo de Dragón estaba ahí afuera, en alguna parte, dispuesto a apoderarse del cuaderno de ruta. Jack se estremeció al pensarlo.

—Buenos días, Jack-kun.

Uekiya el jardinero se había acercado y presentaba sus respetos.

—Buenos días, Uekiya-san. ¿Qué haces levantado tan temprano?

—Jack-kun, por favor, acepta este humilde regalo.

El anciano le entregó una cajita de madera y, al retirar la tapa, Jack descubrió una planta diminuta en su interior.

—¿Qué es? —preguntó.

—Es un bonsái —explicó Uekiya—. Un diminuto *sakura*, un cerezo, como el de este jardín, junto al que sueles sentarte.

Jack examinó la pequeña planta. Era un árbol perfecto, pero sólo algo más grande que su mano abierta.

—El *sakura* florece en abril —explicó Uekiya con ternura—. La flor es breve, pero hermosa. Como la vida.

—*Arigatô*, Uekiya-san. Pero yo no tengo nada que darte a cambio.

—Eso no es necesario. Me ha producido un gran placer verte disfrutar en mi jardín. Es todo lo que un viejo jardinero puede desear.

—¡Jack-kun! ¡Jack-kun! —gritó Hiroko saliendo de la casa—. Debes darte prisa. Es hora de partir.

—Cuando estés en Kioto, cuida de este *bonsái* y recuerda al viejo Uekiya y su jardín, ¿quieres?

—Lo haré —dijo Jack, inclinándose para mostrarle su gratitud, y entonces se dio cuenta de que echaría mucho de menos el solaz que había descubierto bajo el cerezo.

Hiroko lo dirigió a la parte delantera de la casa. Jack miró por encima de su hombro una última vez y vio al anciano todavía inclinado, mostrándole su respeto. Estaba tan quieto que parecía formar parte del propio jardín.

—¿Cómo debo cuidar el *bonsái*? —le preguntó Jack alzando la voz.

Uekiya alzó la cabeza.

—Riégalo un poco cada día, pero no demasiado... —empezó a decir, pero el resto de sus palabras se perdieron cuando Jack dobló la esquina.

Hiroko lo condujo a través de la puerta principal, donde un grupo de samuráis esperaban con sus caballos. Estaban haciendo los últimos preparativos para el viaje y, a la cabeza de la columna, iba Yamato.

—Un momento, Jack-kun —dijo Hiroko, y, tras desaparecer en la casa, regresó casi de inmediato con un quimono perfectamente doblado. Jack se dio cuenta enseguida de que era de seda, de un color burdeos oscuro, y estaba decorado con la insignia del fénix de Masamoto.

—Lo necesitarás para las ceremonias y festivales. Lleva el *mon* del fénix, el símbolo familiar de Masamoto —dijo Hiroko, los ojos llenos de lágrimas por su partida—. Estarás más seguro bajo el ojo protector de Masamoto-sama que aquí.

—*Arigatô*, Hiroko-san —dijo Jack, aceptando el regalo con ambas manos y admirándolo—. Es magnífico.

Un fornido samurái de oscuras cejas tupidas y bigote que parecía crecerle directamente de los agujeros de la nariz se acercó a caballo. Iba vestido con un quimono marrón oscuro y un chaleco de montar. Jack lo reconoció: era el samurái de confianza de Masamoto, Kuma-san.

—Jack-kun, tienes que cabalgar conmigo —ordenó, dando una palmada en la grupa del caballo.

Jack colocó con cuidado el quimono dentro de su mochila, junto con el *bonsái*, y

lo guardó todo en una alforja vacía. Kuma-san le ofreció la mano y Jack montó. El samurái le entregó entonces una gruesa capa para que se protegiera del frío.

—¡Y acuérdate de bañarte! —le aconsejó Hiroko, dirigiéndole a Jack una sonrisa triste.

Mientras trotaban a la cabeza de la marcha, Jack notó que los ojos le ardían de repente y contuvo las lágrimas. Le entristecía dejar Toba. Ese lugar había sido su hogar durante los seis últimos meses. No tenía ni idea de cuándo regresaría, ni siquiera si lo haría alguna vez. Se despidió de Hiroko, que le devolvió el saludo inclinando la cabeza. Entonces Jack se dio cuenta de que no había visto a Akiko. ¿Dónde estaba? Tenía que despedirse de ella. Jack miró desesperadamente a su alrededor, incapaz de bajar del caballo.

Al cabo de un rato, la divisó detrás de un grupo de samuráis a caballo. Cabalgaba su propio corcel blanco, el mismo que Jack había visto su primera mañana en Japón.

—¡Akiko! —gritó Jack—. Me preocupaba no poder decirte adiós.

—¿Adiós? —repuso ella mirándole con expresión perpleja y acercándosele al trote—. Pero Jack, si yo también voy a Kioto.

—¿Qué? Pero si vamos a entrenarnos para ser guerreros samuráis.

—Las mujeres también son samuráis, Jack —dijo Akiko ofendida, y acicateó a su caballo antes de que Jack tuviera tiempo de responder.

Se oyó el grito de «¡*Ikinisai!*!», y la columna de caballos se puso en marcha.

Jack vio que alguien corría junto a su caballo.

—Adiós, adiós, Jack Fwesh. ¡Adiós! —gritó Jiro con entusiasmo.

—Adiós, Jiro —respondió Jack, agitando la mano.

Los samuráis empezaron a subir por la colina dejando al niño perdido en una nube de nieve.

Una vez hubo dejado atrás la bahía, la tropa de samuráis serpenteó a lo largo de los campos de arroz de la colina hasta llegar a una estrecha carretera de tierra. Desde la falda de la colina, Jack contempló el puerto de Toba. Desde allí le parecía muy pequeño y los barcos eran como pétalos en un estanque. El *toril*, que marcaba la entrada a la bahía, ardía como el fuego bajo las luces del alba. Y entonces desapareció, perdido tras la curva de la colina.

Kioto estaba a cuarenta *ri*, unos ciento cuarenta kilómetros de Toba, según le había dicho Kuma-san a Jack. Cabalgarían hasta mediodía, descansarían, y luego pernoctarían en la aldea de Hisai. Desde allí, el día siguiente se dirigirían a

Kameyama y tomarían la carretera de Tokaido, tierra adentro, para acercarse a Kioto desde el extremo sur del lago Biwa. El viaje completo duraría tres días.

La ruta estaba libre de tráfico, aunque por el camino encontraron pequeños brotes de vida: aldeas de pescadores en cuyas orillas fondeaban algunas barcas y en las que se divisaban pescadores reparando sus redes; campos moteados donde granjeros atendían las heladas terrazas de arroz; un mercado de verduras local; una posada junto al camino, abierta a los negocios; perros medio salvajes que ladraban y perseguían a los caballos; un mercader solitario que se dirigía al camino de Tokaido, la espalda cargada de artículos.

Jack advirtió que ante la presencia de Masamoto y su séquito, todos los aldeanos hacían una reverencia de profundo respeto y no volvían a levantar la cabeza hasta que todos habían pasado.

Cuando se detuvieron a almorzar en una posada que había junto al camino, Jack buscó a Akiko y la encontró atendiendo a su caballo.

—Es un hermoso caballo —señaló Jack sin saber muy bien qué decir después del grosero comentario que le había hecho a Akiko esa mañana.

—Sí, Jack. Era de mi padre —respondió ella, sin mirarlo.

—¿De tu padre? ¿Qué le sucedió?

—Mi padre se llamaba Date Kenshin. Fue un gran guerrero, pero murió a manos de sus enemigos. No se le permitió cometer *seppuku*, y fue por tanto avergonzado en la muerte.

—Lo siento. No sabía... —dijo Jack con expresión perpleja—. ¿Qué es *seppuku*?

—Un ritual de suicidio. Habría sido una muerte honorable para mi padre. Pero no te preocupes. Sucedió hace ya mucho tiempo. Yo sólo tenía dos años. Este caballo y las espadas de la casa de mi madre son todo lo que me queda de él.

Jack recordó las espadas roja y negra que colgaban en la pared del comedor de Hiroko. Eso le hizo pensar en la única prueba que poseía de la existencia de su padre: el cuaderno de ruta. Reconoció en los ojos de Akiko la misma amarga sensación de pérdida que él experimentaba cada día.

—Bueno, lo siento de todos modos —dijo, deseando poder consolarla más—. También deseaba pedirte disculpas por lo de esta mañana. Te he molestado. No tenía ni idea de que una mujer pudiera ser samurái. En Inglaterra, son sólo los hombres los que luchan.

—Acepto tus disculpas, Jack —dijo ella, inclinando la cabeza, y su rostro se iluminó—. A veces olvido que no eres japonés.

—¿Cómo es posible? ¿Quién más tiene aquí el pelo rubio y la nariz grande? —dijo él señalando la turba de samuráis de pelo oscuro y rasgos finos que había en la posada. Ambos se rieron con ganas.

Un samurái se acercó, con expresión intrigada en el rostro, y les entregó a cada uno un cuenco de arroz y pescado ahumado.

—Siempre ha habido mujeres samurái, Jack —dijo Akiko, mientras se sentaban a comer—. Hace seiscientos años, en la época de la gran Guerra Gempei, vivió Tomoe Gozen, cuyas valerosas acciones son honradas con un verso en el *Heike Monogatari*.

—¿El *Heike* qué? —preguntó Jack, la boca llena de arroz.

—El *Heike Mono-ga-tari* es el relato épico de la lucha entre los clanes Taira y Minamoto por el control de Japón. Tomoe Gozen fue una generala del poderoso *daimyo* Minamoto Yoshinaka. Cabalgaba y luchaba con la misma valentía y destreza que cualquier samurái varón.

—Por favor, continúa —la animó Jack, cogiendo con los palillos otra porción de pescado ahumado—. ¿Cómo era?

—El *Heike* describe a Tomoe como excepcionalmente hermosa, con piel blanca, largo pelo negro y formas encantadoras. Era una arquera destacada, y una espadachina que valía por mil hombres, siempre dispuesta a enfrentarse a dioses o demonios, ya fuera sobre el caballo o a pie.

—Parece que era una mujer imbatible.

—Para muchos samuráis lo era. Algunos la creían tan poderosa que estaban convencidos que era la reencarnación de una diosa del río.

Akiko soltó su cuenco y miró a Jack a los ojos.

—Podía domar caballos salvajes con habilidad sin par; y podía bajar por montañas escarpadas sin hacerse un rasguño. Cada vez que una batalla era inminente, Yoshinaka la mandaba como su primer capitán. Usaba una catana y un potente arco, y realizaba más acciones valerosas que ninguno de sus otros guerreros.

Jack guardó silencio. En el fervor de Akiko había algo más que simple respeto por los logros de Tomoe Gazen. Akiko tenía claramente algo que demostrar... Como samurái mujer que era.

—¿Qué quiso decir Ojo de Dragón con eso del cuaderno de ruta...? —preguntó Akiko de repente bajando la voz para que los demás samuráis allí presentes no la oyeran.

—Bueno... No lo sé. —La pregunta de Akiko lo había pillado por sorpresa. Jack sabía que su respuesta era insuficiente. Los remordimientos de conciencia le habían acompañado desde que había decidido no hablarle a nadie del cuaderno de ruta.

—Pero Ojo de Dragón te lo exigió. ¿Qué es ese cuaderno?

—No es nada... —Jack hizo ademán de marcharse. No estaba acostumbrado a que Akiko le hiciera preguntas tan directas.

—Jack, tiene que ser una nada muy poderosa para que Ojo de Dragón arriesgue su vida por conseguirla... ¡y para que Chiro pierda la suya! —exclamó indignada.

Había subido tanto la voz que algunos de los samuráis levantaron la cabeza de sus bols para observarlos. Akiko forzó una sonrisa serena e inclinó la cabeza en señal de disculpa y todos siguieron comiendo.

Jack observó a Akiko durante unos instantes. ¿Podía realmente confiar en ella?

Tenía que hacerlo. Era su única amiga.

—Es el diario de mi padre —admitió finalmente.

—¿Un diario?

—Bueno, no exactamente. Es una ruta, una guía de los océanos del mundo. Mi padre me dijo que aquel que lo posea podrá dominar los mares —explicó Jack—. Su conocimiento no tiene precio, y es la única esperanza que tengo de volver alguna vez a casa.

—Pero ¿por qué no se lo dijiste a Masamoto?

—Porque mi padre me hizo jurar que sería un secreto. Cuanta más gente sepa de su existencia, más peligroso será para todos nosotros. No sé en quién puedo confiar.

—Bueno, puedes confiar en mí. Guardé silencio por tu causa... Igual que Yamato. Y puedes estar seguro de que no diré nada.

—¿Y Yamato? ¿Puedo confiar en él de verdad? —preguntó Jack.

La llamada del samurái que encabezaba la columna los interrumpió. Los demás samuráis se reagruparon rápidamente preparando la partida.

—Tenemos que irnos —dijo Akiko, dejando la pregunta sin contestar.

Akiko montó en su corcel y Kuma-san se acercó cabalgando sin dejarle a Jack tiempo de insistir. Luego, en una larga fila de a dos, partieron camino abajo.

Al anochecer, llegaron al pueblo costero de Hisai. La calle principal presumía de tener dos albergues, y Kuma-san reservó alojamiento en el mejor.

Al día siguiente, se levantaron temprano e hicieron rápidos progresos hacia

Kameyana, un bullicioso pueblo situado en el camino principal entre Edo y Kioto. Ése fue el punto donde tomaron el camino de Tokaido.

El camino tenía poco más de unos cuantos metros de ancho, pero estaba atiborrada: había mercaderes, samuráis, viajeros, portadores extenuados que se calentaban junto al fuego. Algunos llevaban sombreros de paja redondos y grandes mochilas cuadradas. Otros avanzaban cargados con bolsas de tela y la cabeza envuelta en grandes pañuelos de cuadros. Los pocos que iban a caballo eran todos samuráis. La escena le pareció a Jack un poco extraña, pues, a diferencia de lo que ocurría en cualquier carretera inglesa, no había carros ni ningún tipo de vehículo tirado por caballos.

A medida que fueron recorriendo el camino, pasaron ante pequeños montículos flanqueados por un árbol a cada lado.

—¿Qué son, Kuma-san? —preguntó Jack, señalando uno.

—Indicadores de distancia. Ahora estamos a diecisiete *ri* de Kioto —explicó Kuma-san.

Cerca de aquellos indicadores acostumbraba a haber siempre algún mercader ocasional dispuesto a vender sus mercancías o algún albergue que ofrecía a los viajeros alojamiento y vituallas. Pasaron ante un mercader muy viejo instalado junto a un árbol del que colgaba una tetera: vendía *sencha* recién preparado a los transeúntes.

Y entonces, en la distancia, el tráfico peatonal empezó a dispersarse. Jack oyó un grito lejano:

—¡Abajo! ¡Abajo!

Y la carretera que se extendía ante ellos se cubrió de pronto de japoneses postrados en el suelo.

— Jack-kun, desmonta e inclínate. ¡Ahora! —le ordenó urgentemente Kuma-san.

Jack hizo lo que le indicaba y Kuma-san se colocó a su lado.

El anciano vendedor de té, sin duda sordo, no había oído el aviso y estaba tan concentrado preparando una infusión que no advirtió el convoy que se acercaba. Todos se habían inclinado en el suelo excepto él.

Jack se incorporó y trató de llamar la atención del anciano, pero Kuma-san lo obligó a agachar la cabeza justo cuando el primer samurái pasaba a caballo; su espada pasó a apenas un pelo de la cabeza de Jack.

El samurái a caballo miró a Jack con mala cara. Entonces, sin romper el ritmo, volvió a alzar su espada y le cercenó la cabeza al viejo mercader.

El contingente de samuráis armados pasó de largo, seguidos de una procesión de samuráis, hombres uniformados y ayudantes que sostenían en alto pintorescos estandartes azules, amarillos y dorados. En medio del convoy viajaba un brillante palanquín lacado, una pequeña silla de sedán de madera con cortinas, transportada por cuatro hombres sudorosos en taparrabos.

Al pasar, Jack atisbó en el interior del palanquín a un hombre de rostro orgulloso que observaba sin interés el cadáver del mercader que yacía en el suelo.

—¿Quién era ése? —susurró Jack conmovido.

—El *Daimyo* Kamakura Katsuro que regresa a Edo —dijo Kuma-san, con desprecio—. Insiste en que se le muestre un respeto absoluto.

La procesión continuó por el camino de Tokaido, dispersando peatones como si fueran hojas humanas.

Butokuden

—¡Jack-kun! ¡Kioto! —exclamó Kuma-san la tarde siguiente, sacando a Jack del sopor en el que lo había sumido el suave balanceo del caballo—. ¡El corazón de Japón, donde vive el gran emperador!

Jack abrió los ojos. El camino de Tokaido terminaba en un magnífico puente de madera bajo el que un ancho río fluía perezosamente. El puente rebosaba de gente que iba y venía en un exótico fluir de color y sonido. Pero en cuanto la multitud vio aproximarse a Masamoto y sus samuráis, se abrió como una ola al chocar contra las rocas y una inclinación uniforme onduló mientras la tropa pasaba.

Una vez cruzado el puente, Jack pudo ver la amplia extensión de Kioto.

Una enorme ciudad de villas, templos, casas, jardines, tiendas y albergues cubría el lecho del valle. Montañas forradas de cedros la rodeaban por tres lados y en sus pendientes se distinguían altares aquí y allá. Al noreste de la ciudad se elevaba el más magnífico de aquellos picos, coronado por los restos de un enorme templo y su complejo.

—El monte Hiei —dijo Akiko acercándose a Jack en el puente en compañía de Yamato—. Era la sede del *Enryakuji*, el monasterio budista más poderoso de Japón.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Jack, sorprendido por los centenares de edificios, templos y estructuras quemadas que cubrían sus faldas.

—El gran general Nobunaga invadió el monasterio hace cuarenta años —dijo Kuma-san—. Prendió fuego a todos los templos y ejecutó a todos los monjes.

—Pero ¿por qué?

—Cuando se fundó Kioto hace casi mil años —respondió Akiko—, el emperador Kammu estableció un monasterio en el monte Hiei para proteger a la ciudad de los espíritus malignos. Los monjes tenían la responsabilidad de proteger Kioto.

—Incluso tenían su propio ejército de *sohei* —añadió Yamato.

—¿*Sohei*?

—Ferozes monjes-guerreros entrenados en las artes marciales —explicó Kuma-san—. Nobunaga desafió su control de Kioto y sus fuerzas asaltaron la montaña y conquistaron a los *sohei*.

—Pero si eran los guardianes de Kioto, ¿por qué los destruyó Nobunaga?

—Nobunaga no fue el destructor de este monasterio —dijo Kuma-san vehementemente—. Los monjes se habían vuelto demasiado ricos, demasiado poderosos, demasiado avariciosos. ¡El destructor del monasterio fue el monasterio mismo!

—¿Entonces qué protege ahora a Kioto de los espíritus malignos?

—Hay muchos otros monasterios, Jack —dijo Akiko—. Kioto es una ciudad de templos. Mira, allí, en aquella pendiente empinada, por encima de los árboles, se ve el templo Kiyomizudera... El Templo del Agua Clara. Protege la fuente del río Kizu, la *Otowa-no-taki*.

—¿Qué es la *Otowa-no-taki*?

—La cascada de «El sonido de las plumas». Dicen que beber de sus aguas cura cualquier enfermedad.

Jack contempló la elevada pagoda del templo hasta que desapareció de la vista.

Mientras serpenteaban por las estrechas calles y callejas de Kioto, Akiko fue señalando los diversos altares y puentes de su ruta. Cada calle parecía tener su propio altar. Finalmente, avanzaron por una calle que desembocó en una gran avenida pavimentada dominada por una magnífica portalada de madera, acabada en un gran tejado curvo recubierto de pan de oro.

—Kioto Gosho —susurró Akiko con total reverencia.

—El Palacio Imperial —explicó Yamato, al ver la mirada de desconcierto de Jack—. Estamos pasando por delante del hogar del emperador de Japón, el Dios Viviente.

Masamoto inclinó brevemente la cabeza en dirección a la portalada y luego se desvió hacia la izquierda siguiendo las murallas del palacio. Ellos lo siguieron por un amplio bulevar de vuelta a las estrechas calles de la ciudad. Poco después, desembocaron ante otro recinto fortificado.

Gruesas murallas blancas se elevaban sobre grandes cimientos de piedra rodeando un castillo de tres plantas con un gran techo curvado. Las fortificaciones desembocaban en un amplio foso y, en cada esquina, imponentes torretas defensivas protegían la puerta principal y las calles de acceso. El castillo exudaba un aire de lugar inexpugnable.

—Hemos llegado —declaró Kuma-san.

—¿Vamos a alojarnos en el castillo? —dijo Jack, asombrado.

—¡No! Ése es el castillo Nijo. Hogar del *daimyo* Takatomi —dijo Kuma-san, y, con inmenso orgullo en la voz, añadió—: Vamos a ir al *butokuden*.

Desmontaron. Jack, tras descargar su mochila, se volvió hacia Akiko.

—¿Qué es el *butokuden*? —le preguntó bajando la voz para no ofender a Kumasán.

—Es el «Salón de las Virtudes de la Guerra». El *butokuden* es el *dojo* de Masamoto, su sala de entrenamientos —le explicó Akiko—. Es el hogar de la *Niten Ichi Ryû*, la mejor escuela de esgrima de Kioto y la única patrocinada por el propio *daimyo* Takatomi. Es el lugar donde nos entrenaremos en el *bushido*, el Camino del Guerrero.

Al otro lado del camino había un gran edificio rectangular coronado por dos filas de tejas de color rojizo. Estaba construido con oscura madera de ciprés y, aunque algunas de las paredes eran de tierra, las habían pintado de un blanco brillante. En el centro del edificio sobresalía una entrada de madera ricamente tallada con un gran *kamon* de un fénix. Masamoto se colocó bajo sus alas llameantes, esperando a que Akiko, Yamato y Jack se reunieran con él.

—Bienvenidos a mi escuela, la *Niten Ichi Ryû*—dijo Masamoto magnánimamente.

Akiko, Yamato, y Jack se inclinaron y Masamoto los guió hacia el interior.

Incluso antes de entrar en el *butokuden*, Jack pudo oír los gritos de «*Kiai*» procedentes del *dojo*.

Un agudo grito de «*Rei*» resonó en el gran salón cuando Masamoto entró, y todo el grupo de guerreros dejaron de entrenarse al instante. En la sala se impuso un silencio absoluto. Lo único que Jack oía era el sonido de su propia respiración. Como un solo hombre, la clase entera se inclinó y mantuvo la postura reverente como muestra de respeto.

—Continuad vuestro entrenamiento —ordenó Masamoto.

—¡ARIGATO GOZAIMASHITA MASAMOTO-sama! —respondieron, y el saludo resonó por todo el *dojo*.

La cuarentena de estudiantes regresó a sus diversas actividades de *kihon*, *kata* y *randori*. El sol de la tarde se filtraba por las estrechas ventanas de papel dando a los movimientos de los guerreros una cualidad casi mística. Mientras entrenaban, sus sombras luchaban al unísono en el suelo de madera de color miel que definía su zona de entrenamiento.

Jack estaba abrumado. El *butokuden* irradiaba un aura de poder supremo, desde sus columnas redondas de madera de ciprés hasta el elevado techo panelado, pasando por el trono ceremonial para el que se había reservado un hueco de techo curvo.

Incluso los estudiantes, arrodillados en ordenadas filas a lo largo del perímetro del *dojo*, exhibían una concentración y determinación absolutas. Eso era en efecto un salón de guerreros en formación.

Lentamente, como el sonido de una tormenta al alejarse, el *dojo* volvió a quedar en silencio. Jack se preguntó quién había entrado esta vez, pero con alarma cada vez mayor se dio cuenta de que los estudiantes habían cesado su entrenamiento para observarle a él: miraban al rubio *gaijin* que había irrumpido en su *dojo* con una mezcla de diversión, incredulidad y abierto desdén.

Masamoto estaba de espaldas, conversando con un samurái de aspecto severo y barba afilada.

Jack podía sentir que las duras miradas de los estudiantes se le clavaban como flechas. Yamato se distanció gradualmente de Jack, pero Akiko permaneció donde estaba.

—¿Por qué os habéis detenido? —exigió Masamoto, como si no fuera consciente de la presencia de Jack—. Continudad con vuestro entrenamiento.

Los estudiantes reemprendieron sus actividades, aunque dirigiéndole a Jack miradas furtivas.

Masamoto se volvió hacia Jack, Akiko y Yamato.

—Venid. El *sensei* Hosokawa os mostrará vuestras habitaciones. Tengo asuntos que atender, así que no os volveré a ver hasta la cena de recepción de esta noche en el *Chô—no-ma*.

Ellos inclinaron la cabeza y todos salieron del *dojo* por una puerta situada en el fondo del *butokuden*. El *sensei* Hosokawa los guió a través de un pequeño patio abierto hasta la *Shisi-no-ma*, la Sala de los Leones, un edificio alargado que albergaba una serie de pequeñas habitaciones. Entraron por una *shoji* lateral y, tras dejar sus sandalias en la puerta, recorrieron un estrecho pasillo.

—Éstos son vuestros dormitorios —dijo *sensei* Hosokawa, mostrándoles varias habitaciones sin ningún adorno en las que apenas cabían tres esterillas *tatami*—. Los baños comunes están al fondo. Os recogeré para la cena cuando os hayáis lavado y cambiado.

Jack entró en su habitación y cerró la *shoji* interior tras él.

Soltó su mochila y colocó con cuidado el *bonsái* en un estrecho estante que había bajo una ventanita que dejaba pasar los últimos rayos de sol de la tarde. Tras mirar a su alrededor, buscó un sitio seguro para esconder el cuaderno de ruta de su padre, pero como no había muebles, su única opción fue guardarlo debajo del futón que

había extendido sobre el suelo. Tras volver a colocar el colchón en su sitio, se desplomó encima.

Mientras yacía allí tendido, agotado tras tres días de duro viaje, una sensación de temor se apoderó de él. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y las manos no dejaban de temblarle. ¿Qué estaba haciendo aquí?

No era ningún samurái.

Era Jack Fletcher, un muchacho inglés que había soñado con ser piloto, como su padre, y explorar las maravillas del Nuevo Mundo, no un aspirante a guerrero samurái, perdido en una tierra extraña, presa de un ninja tuerto.

Jack se sentía como un cordero al que hubieran mandado al matadero. Cada uno de aquellos estudiantes lo había mirado como si quisiera despedazarlo miembro a miembro.

24

Sensei

—¡JÓVENES SAMURÁIS!

La voz de Masamoto resonó en todo la *Chô—no—ma*, la Sala de las Mariposas, una larga cámara resplandeciente con paneles de mariposas y árboles *sakura* exquisitamente pintados.

Masamoto estaba sentado con las piernas cruzadas ante la mesa principal, la negra plancha de cedro lacado que dominaba el extremo de la sala. Alzado sobre un estrado, lo flanqueaban a cada lado cuatro samuráis con quimonos ceremoniales.

—¡El *bushido* es un camino que no hay que tomar a la ligera? Jack, Yamato y Akiko escuchaban junto con los cien aspirantes a guerrero que habían solicitado estudiar a las órdenes de Masamoto Takeshi.

—Para entrenarse en el arte del samurái, hay que conquistar el yo, soportar el dolor de la práctica agotadora, y cultivar la mente para que conserve la tranquilidad ante el peligro —declaró Masamoto—. El camino del guerrero dura toda la vida. Sin embargo, su maestría suele conseguirse simplemente permaneciendo en el camino. [1] Necesitaréis compromiso, disciplina y una mente intrépida.

Tomó un medido sorbo de su taza de *sencha*, dejando que sus palabras calaran en las mentes de los estudiantes que le escuchaban arrodillados en disciplinadas filas.

—También necesitaréis guía. ¡Sin ella, pereceréis! ¡A todos os ciega la ignorancia! ¡Os derrota la inexperiencia! ¡Os deja mudos la incompetencia!

Masamoto se detuvo de nuevo y contempló la sala entera, asegurándose de que su discurso había tenido el efecto pretendido. A pesar de encontrarse al otro extremo de la cámara, Jack sintió sobre él la gravedad de su mirada.

—Pero de cada brote diminuto crece un árbol de muchas ramas —continuó Masamoto, relajando levemente su austero tono—. Todo templo comienza con la colocación de la primera piedra. Todo viaje comienza con sólo un paso. [2] Para ayudaros a dar ese primer paso y los muchos otros que daréis, os presento a vuestros *sensei*. ¡REI!

Todos los estudiantes inclinaron la cabeza hasta tocar el tatami con la frente como muestra del respeto que sentían por sus maestros.

—Primero, el *sensei* Hosokawa Yudai, maestro de *kenjutsu* y el *bokken*.

Masamoto señaló al samurái que tenía a su derecha, el hombre que había conducido a Jack a su habitación horas antes. Hosokawa era un guerrero de aspecto feroz, ojos oscuros y penetrantes, perilla afilada y cabello negro como el azabache que llevaba recogido en el típico moño.

—Junto conmigo, os entrenaré en el «Arte de la Espada» y, si demostráis excelencia, os impartiremos la técnica de los «Dos Cielos».

El *sensei* Hosokawa los miró como si fuera calibrando, estudiante por estudiante, su derecho a estar allí. Entonces inclinó la cabeza, aparentemente satisfecho. Jack se preguntó cuál sería la técnica de los «Dos Cielos», y miró a Akiko para preguntárselo, pero, como todos los demás, ella miraba decididamente en dirección al *sensei*.

—A la derecha del *sensei* Hosokawa está el *sensei* Yamada, vuestro maestro en zen y meditación.

Un hombre calvo con una larga barba gris y rostro arrugado dormitaba en un extremo de la mesa. Era delgado y fibroso, como si estuviera hecho de caña bambú, y Jack calculó que debía de tener al menos setenta años; incluso sus cejas se habían vuelto grises.

—¿*Sensei* Yamada? —dijo Masamoto amablemente.

—¡*Hai!* *Dôzo*, Masamoto-sama. Es bueno tener un final hacia el que viajar —dijo el anciano con considerado cuidado—, pero al final es el viaje lo que cuenta. [3]

—Sabias palabras, *sensei* —respondió Masamoto.

El *sensei* Yamada asintió y pareció volver a dormirse. Jack deseó ser capaz de quedarse dormido tan fácilmente en esa posición. Las rodillas se le estaban entumeciendo y le dolían los pies.

—Por favor, no te muevas —le susurró Akiko, al ver que Jack cambiaba su peso de una rodilla a otra—. Es irrespetuoso.

«Ninguna compasión por su parte —pensó Jack—, ¡tal vez los japoneses nacen de rodillas!» Masamoto se volvió hacia una mujer joven que tenía a su izquierda.

—Ahora os presento a la *sensei* Yosa Hoshi, maestra de *kyujutsu* y equitación.

La *sensei* vestía un titilante quimono rojo sangre y marfil adornado con un *mon* de una luna y dos estrellas. Su pelo negro brillaba a la luz de las numerosas lámparas de las paredes del *Chô-no-ma*, dándole el aspecto de una cascada. Jack olvidó rápidamente el dolor de sus rodillas: como el resto de los estudiantes varones, se había quedado cautivado por la belleza de la *sensei* Yosa.

—Es indudablemente uno de los talentos más prodigiosos en el «Arte del Arco» —explicó Masamoto—. Me atrevería a decir que es la mejor arquera del mundo. Envidio verdaderamente a aquellos que se beneficien de su tutelaje.

Cuando la *sensei* inclinó la cabeza, sus ojos de color avellana no abandonaron a sus estudiantes. Se dirigieron a cada uno de ellos como si calcularan distancia y trayectoria. A Jack le recordó a un halcón cazador, elegante y graciosa, pero al mismo tiempo aguda y letal. Entonces, cuando se sentó, se echó atrás el cabello tras las orejas y reveló una fea cicatriz rojo rubí que le corría por toda la mejilla derecha.

—En último lugar, pero no por ello el menos importante, permitidme que os presente al *sensei* Kyuzo Isamu, maestro de *taijutsu*.

Un hombre diminuto ocupaba el extremo de la mesa, a la izquierda de la *sensei* Yosa. Tenía por ojos dos diminutas motitas negras y, bajo su nariz regordeta y chata, se adivinaba una pelusa que debía de ser el bigote.

—Es vuestra autoridad en todos los asuntos del combate cuerpo a cuerpo: patadas, puñetazos, forcejeos, golpes, bloqueos y lanzamientos. Las habilidades que aprenderéis del *sensei* Kyuzo alimentarán todo lo que hagáis aquí.

Jack se sorprendió. El *sensei* era menudo como un niño y le pareció extraño que lo hubieran elegido como tutor de combates cuerpo a cuerpo. Jack advirtió que los rostros de muchos de los nuevos estudiantes expresaban el mismo desconcierto.

El anciano inclinó la cabeza, irritado. Al hacerlo, Jack advirtió que estaba aplastando nueces con las manos desnudas. Metódicamente y sin prisa, el *sensei* Kyuzo cogía una nuez grande de un cuenco lacado en rojo y la aplastaba entre los dedos hasta que la partía. Luego recogía los pedazos y proseguía con otra nuez.

Terminadas las presentaciones, Masamoto indicó a todos los estudiantes que se inclinaran una vez más en honor a sus nuevos *sensei*.

—Pero el Camino del Guerrero no es sólo artes marciales y meditación —continuó Masamoto—. Significa vivir según el código samurái del honor, el *bushido*, en todo momento. Exige valor y disciplina en todas vuestras empresas. Espero que demostréis integridad, benevolencia y lealtad diariamente. Debéis honraros y respetaros mutuamente. Cada estudiante de la *Niten Ichi Ryûha* sido elegido personalmente por mí, de modo que todo estudiante se merece vuestro respeto.

Jack tuvo la sensación de que él era la razón de ese último comentario y de hecho varios estudiantes volvieron la cabeza para observarlo. Uno de ellos, un joven de aspecto imperioso, pómulos prominentes y ojos oscuros, con la cabeza afeitada y un kimono negro azabache en cuya espalda lucía el *kamon* de un sol rojo, le dirigió una mirada de pura malicia.

—Mañana comenzaréis vuestro entrenamiento formal. Los que sois estudiantes desde hace un curso o más, necesitaréis también refrescar las habilidades adquiridas hasta el momento. No penséis ni por un momento que lo sabéis todo. ¡Sólo habéis dado vuestro primer paso! —proclamó Masamoto, golpeando la mesa con el puño para recalcar su argumento. A continuación, añadió—: Con el tiempo, cualquiera puede dominar lo físico. Con conocimiento, cualquiera puede ser sabio. Sólo los más dedicados guerreros pueden conseguir dominar el auténtico *bushido*.[\[4\]](#) La *Niten Ichi Ryûes* vuestro camino a la excelencia. ¡Por tanto, aprendedlo como si fuerais a vivir para siempre! ¡Vivid como si fuerais a morir mañana!

Masamoto inclinó la cabeza para mostrar respeto a sus estudiantes y todos entonaron un estruendoso vítor.

—¡MASAMOTO! ¡MASAMOTO! ¡MASAMOTO!

Cuando el saludo se apagó, la gran *shoji* de la entrada se descorrió y varios criados entraron en la sala cargados con seis largas mesas lacadas. Todos los estudiantes se levantaron y se hicieron a un lado y los criados colocaron las mesas en dos filas a lo largo de todo el *Chô—no-ma*.

Un sistema de jerarquía no especificado, pero rígido, dictaba la forma de sentarse. Los estudiantes mayores y más avanzados se reunieron más cerca de la cabecera de la mesa, mientras que los reclutas más nuevos se sentaron más cerca de la entrada. Jack, Yamato y Akiko, que vestía un quimono ceremonial verde jade con el *mon* familiar de su padre de una flor de *sakura*, fueron a sentarse con otros diecisiete nuevos reclutas al fondo de todo.

Jack se había vestido con el quimono burdeos que Hiroko le había regalado antes de partir de Toba. De algún modo, llevar el *mon* de la familia de Masamoto le había dado fuerza para controlar sus temores. El *mon* del fénix había actuado como una armadura invisible y desanimó a los otros estudiantes a acercarse o desafiar físicamente su presencia. Simplemente, lo observaron con recelo.

Cuando Jack fue a sentarse, sin embargo, el estudiante con el *mon* del sol lo interrumpió.

—Éste es mi sitio, *gaijin* —le dijo desafiante.

Todos los estudiantes se volvieron interesados en descubrir cuál iba a ser la reacción del *gaijin* del pelo rubio.

Jack se midió con el muchacho.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos que parecieron extenderse hacia el infinito. Entonces Jack sintió en el hombro el suave roce de la mano de Akiko, que

lo apartó con amabilidad.

—Es todo tuyo —le dijo Jack al muchacho—. De todos modos, tampoco me gusta cómo huele por aquí.

El muchacho respondió con una mueca al insulto implícito acerca de su falta de limpieza y les dirigió una mirada terrible a los dos estudiantes que se habían reído ante la respuesta de Jack.

—No deberías ofender así a la gente, Jack —susurró Akiko, guiándolo rápidamente hacia la mesa donde se había sentado Yamato—. No es conveniente que te crees enemigos... No dentro de la *Niten Ichi Ryû*.

El resplandeciente

—No he sido yo quien se ha enfrentado a él —dijo Jack, sentándose con las piernas cruzadas entre Akiko y Yamato.

—No importa —recalcó Akiko—. Todo es cuestión de vergüenza.

—¿De vergüenza? —preguntó Jack, pero antes de que Akiko pudiera responderle llegaron varios criados cargados con bandejas de comida.

Los criados colocaron los platos primorosamente sobre las mesas. Cuencos de sopa de miso, tallarines fritos, verduras salteadas, diferentes tipos de pescado crudo, unos cubitos blancos y blandos que Yamato le dijo que se llamaban tofu, platitos llenos de un oscuro líquido viscoso (salsa de soja para mojar, informó Akiko, servicial), y un montón de platos de humeante arroz hervido. Jack nunca había visto tantos tipos diferentes de comida para elegir. La enorme variedad de platos implicaba que se trataba de un evento altamente prestigioso.

—*Itadakimasu!* —exclamó Masamoto en cuanto el banquete estuvo servido.

—*Itadakimasu!* —respondieron todos los estudiantes, y a continuación empezaron a comer.

Con tanto a la vista, a Jack le resultó difícil saber por dónde empezar. Cogió los *hashi* y se los colocó con cuidado en la mano. Después de seis meses de práctica ya casi se había acostumbrado a los pequeños palillos, pero todavía le resultaba complicado comer los bocados pequeños.

—Estabas diciendo que todo es cuestión de vergüenza —instó.

—Sí. Para un japonés es muy importante no avergonzarse nunca —respondió Akiko.

—¿Cómo puedes avergonzarte?

—No es cuestión de poder o no poder, Jack —explicó Yamato—. La vergüenza es nuestra percepción del estatus de otra persona. Es crucial mantener el respeto. El respeto se traduce en poder e influencia. Si avergüenzas a alguien, pierdes autoridad y respeto.

—Le hiciste pasar vergüenza delante de sus compañeros estudiantes —coincidió

Akiko.

—Vaya, así que pasó vergüenza —dijo Jack, encogiéndose de hombros y señalando con sus *hashi* al chico del *kamon* del sol—. ¿Quién es, por cierto?

El chico miró a Jack, entornando los ojos con agresividad.

—¡No hagas eso! —reprendió Akiko.

—¿Que no haga qué?

—Señalarlo con tus *hashi*. ¿No recuerdas lo que te enseñé? Se considera muy maleducado —dijo Akiko, exasperada por la continua conducta incivilizada de Jack—. ¡No derrames la comida con ellos! ¡No atraigas el plato hacia ti para usarlos! ¡Y nunca dejes los palillos clavados en tu cuenco de arroz!

—Por el amor de Dios, ¿por qué no? —exclamó Jack, retirando de inmediato sus *hashi* del cuenco de arroz en el que acababa de dejarlos. Nunca comprendería la etiqueta japonesa, pensó. Había demasiadas cosas que tener en cuenta por cada acción y ocasión, por insignificantes o absurdas que fueran.

De repente, advirtió que toda la mesa lo estaba mirando. Bajó los ojos hacia el plato que tenía delante y empezó a picotear sus componentes.

—Porque eso significa que alguien ha muerto —dijo Akiko, en voz baja, inclinando la cabeza—. Sólo en un funeral se clavan los *hashi* en el arroz. El cuenco se coloca entonces a la vera del difunto para que no pase hambre en el siguiente mundo.

—¿Cómo demonios iba yo a saber eso? —rezongó Jack entre dientes—. Todo lo que hago lo consideraréis maleducado. Venid a Inglaterra y veréis lo raras que se consideran allí vuestras costumbres. ¡Estoy seguro de que incluso tú podrías ofender a alguien!

—Lo siento, Jack —dijo Akiko tímidamente, inclinando la cabeza—. Pido disculpas. Es culpa mía por no enseñarte adecuadamente.

—¿Quieres dejar de pedir disculpas? —gritó Jack exasperado, sujetándose la cabeza con las manos.

Akiko se quedó muy callada. Jack alzó la cabeza. Los estudiantes de su mesa fingían ignorarlos, pero estaba claro que su tono con Akiko había sido completamente inapropiado. Yamato lo miró con mala cara, pero no dijo nada.

—Lo siento, Akiko —murmuró Jack—. Sólo estás intentando ayudarme. Es tan difícil hablar, pensar y vivir como un japonés todo el tiempo...

—Acepto tus disculpas, Jack. Ahora, por favor, disfruta de la comida —contestó ella llanamente.

Jack continuó picoteando de los diversos cuencos, en rotación, pero de algún modo habían perdido su sabor. Le dolía profundamente haber molestado a Akiko, y aún más haberle gritado delante de otra gente. Estaba seguro de que la había avergonzado con sus acciones. Cuando Jack volvió a levantar la cabeza, el chico del *kamon* del sol estaba todavía mirándolo, con una malévola sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Akiko —dijo Jack, inclinando la cabeza y hablando en voz alta para que todos lo oyeran—. Por favor, acepta mis humildes disculpas por mi conducta. Sigo cansado por el viaje.

—Gracias por tu disculpa, Jack —respondió ella, y con la disculpa aceptada formalmente la atmósfera de la mesa se animó y todo el mundo continuó con sus educadas conversaciones.

—Por favor, ¿quieres decirme quién es ese chico? —preguntó Jack, aliviado por haber conseguido restaurar cierto grado de acuerdo. Tal vez después de todo estaba empezando a comprender los matices de la etiqueta japonesa.

—No lo sé —contestó ella.

—Yo sí —intervino un entusiasta muchacho sentado frente a Jack en la mesa—. Es Oda Kazuki, hijo del *daimyo* Oda Satoshi, primo segundo del Linaje Imperial. Por eso lleva el *kamon* del Sol Imperial. Algunos consideran que la familia Oda es bastante alta y poderosa. Tal vez ése es el motivo por el que su padre lo llamó Kazuki. Significa «Resplandeciente».

Todos se quedaron mirando asombrados al muchacho, mientras él seguía hablando sin parar. Era un chico de aspecto bastante anodino, con un rostro regordete cuyo único rasgo destacado eran las cejas, dos gruesas orugas negras en una permanente expresión de sorpresa.

—Pido disculpas —dijo, inclinándose—. No me he presentado. Me llamo Saburo y soy el tercer hijo de Shimazu Hideo. Nuestro *kamon* muestra dos plumas de halcón: simboliza la rapidez, la gracia y la dignidad del halcón. Mi hermano se llama Taro. Podéis verlo sentado cerca de la mesa principal. Es uno de los mejores estudiantes de *kenjutsu* de la escuela, y este año aprenderá la técnica de los «Dos Cielos»...

—Es un honor conocerte —interrumpió Yamato amablemente—. Yo soy Yamato, hijo de Masamoto Taskeshi. Ésta es mi prima, Akiko. Y éste es Jack. Procede del otro lado del mundo.

Todos inclinaron la cabeza por turno mientras Yamato los iba presentando.

—¡Ahh! El *gaijin* al que salvó Masamoto —dijo Saburo, mirando brevemente a Jack e ignorándolo luego en favor de Yamato—. Es un verdadero honor conocerte, Yamato. Me muero de ganas de informar a mi madre de que he cenado frente al hijo superviviente de Masamoto. Lo que le sucedió a Tenno fue trágico. Mi hermano lo conocía. Entrenaron juntos muchas veces...

—¿Y quién es tu amiga? —preguntó Akiko rápidamente, viendo que el ánimo de Yamato se ensombrecía ante la mención de la muerte de su hermano.

Una chica menuda de ojos marrones de ratón y el pelo hasta los hombros estaba sentada a la izquierda de Saburo. Pero antes de que tuviera tiempo de presentarse, lo hizo Saburo por ella.

—Ésta de aquí es Kiku, hija segunda de Imagawa Hiromi, un famoso sacerdote zen. —Todos inclinaron la cabeza mientras Saburo seguía hablando sin parar—. ¿Quién creéis que nos enseñará primero? ¿Creéis que será la *sensei* Yosa? Eso espero. Seguro que es una diosa reencarnada. Nuestra propia Tomoe Gozen, ¿eh?

Jack pudo ver que Akiko se molestaba por los comentarios casuales que Saburo hacía de su ídolo y se apresuró a hacer una pregunta que desviara la conversación.

—Saburo, ¿a qué se refería Masamoto con la técnica de los «Dos Cielos»? —preguntó, sinceramente deseoso de averiguarlo.

—Ah, la técnica de los «Dos Cielos» es el secreto de Masamoto...

Pero antes de que Saburo pudiera seguir dilucidando, Masamoto puso fin a la cena con un grito:

—¡*Gochiso-samakoahita!*

—¡REI SENSEI! —gritaron todos, y la sala entera se incorporó y se inclinó al unísono. Masamoto y sus *sensei* se levantaron, recorrieron el centro del *Chô—no—ma* y salieron a la noche. Los estudiantes fueron abandonando la sala en fila por orden de veteranía.

Jack salió a la noche fría y clara, aliviado por escapar de las constantes miradas que había tenido que soportar en la Sala de las Mariposas. Cada vez que levantaba la cabeza de su cuenco, Kazuki le dirigía una mirada de desprecio mientras los estudiantes que lo rodeaban se reían ante sus comentarios acerca del *gaijin*.

Jack caminó detrás de Akiko, Yamato y Kiku, a los que seguía de cerca el charlatán Saburo, hacia la Sala de los Leones. Miró el cielo lleno de estrellas, tratando de reconocer las constelaciones que su padre le había enseñado. El cinturón de Orion, la Osa Mayor, Bellatrix...

De repente, Kazuki se materializó delante de él, bloqueándole el paso.

—¿Adónde crees que vas, *gaijin*?

—A acostarme, Kazuki. Como todos los demás —respondió Jack, tratando de rodearlo.

—¿Quién te ha dado permiso para usar mi nombre, *gaijin*? —dijo Kazuki, empujando a Jack hacia atrás.

Jack tropezó y cayó contra el muchacho que se había colocado tras él. Rebotó en la impresionante panza del chico.

—Ahora has insultado también a Nobu. Nos debes a ambos una disculpa.

—¿Una disculpa por qué? —dijo Jack, tratando de esquivar sin éxito la barriga de Nobu.

—¡Qué descortés! Y no quiere pedir disculpas. Deberías ser castigado —dijo Kazuki, amenazante.

Jack oyó que Nabu hacía crujir los dedos, como preparándose para golpearlo, pero se mantuvo firme.

—¡No os atreveréis! —gritó, desafiante.

Miró por encima del hombro de Kazuki. Akiko y Yamato, junto con todos los demás, ya habían desaparecido en la Sala de los Leones. Sintió que su bravata perdía consistencia rápidamente.

—Aquí no hay nadie, *gaijin* —se burló Kazuki—. ¿Ves? No estás siempre bajo la protección de Masamoto. Además, ¿quién iba a creer a un *gaijin*?

La mano de Kazuki se disparó y, tras agarrar la muñeca izquierda de Jack, empezó a retorcérsela. El dolor fue instantáneo. El brazo se le dobló y Jack cayó de rodillas tratando desesperadamente de aliviar la agonía.

—Primero, tienes que disculparte por quitarme mi sitio. Segundo, por haberme insultado delante de mis amigos. Tercero, por haberme ofendido señalándome con tus *hashi*. ¡Discúlpate! —dijo Kazuki, haciendo girar cada vez más la muñeca de Jack.

El brazo le ardía de dolor.

—¡Discúlpate, *gaijin*! —volvió a gritar Kazuki.

—¡Vete al infierno! —escupió Jack en inglés.

—¿Qué has dicho? —dijo Kazuki, sorprendido por el extraño sonido de las palabras—. Será mejor que tengas cuidado, *gaijin*. No querrás lesionarte antes de empezar tu entrenamiento, ¿verdad?

Kazuki aplicó aún más presión. El dolor se intensificó aún más y Kazuki le hundió a Jack la cara en el suelo. Jack era incapaz de moverse. Kazuki forzó el brazo de Jack hacia arriba y se lo pegó a la espalda mientras le restregaba con fuerza la cara por la tierra.

—¿Disfrutas de los gusanos, *gaijin*? ¡Es todo lo que te mereces comer! —exclamó Kazuki—. Los *gaijin* no son dignos de aprender nuestros secretos. Nuestras artes marciales. No perteneces aquí. ¡Márchate, *gaijin*!

Jack sintió que el brazo estaba a punto de rompersele otra vez.

—El entrenamiento puede ser peligroso y podrías lesionarte fácilmente. De manera permanente.

Le retorció un poco más el brazo y a Jack le pareció incluso oírlo crujir.

—¡*Sensei*! —exclamó entonces Nobu.

Kazuki se puso en pie de un salto, liberando su tenaza.

—¡Volveremos a vernos, *gaijin*!

Entonces Kazuki y Nobu se marcharon corriendo, hasta perderse tras la esquina del *Chô—no-ma*.

Jack se quedó allí tirado, sujetándose el brazo contra el pecho. Cuando el dolor remitió, lo examinó con atención. No estaba roto, pero sí dañado, y luchó por contener las lágrimas. Jack se estremeció al recordar las últimas palabras de Kazuki («¡Volveremos a vernos, *gaijin*!»), que repetían ominosamente la amenaza de Ojo de Dragón.

Mientras Jack yacía allí frotándose el brazo dolorido, el *sensei* Yamada se acercó. El *sensei* se apoyaba en un bastón de bambú y miró a Jack como si estuviera inspeccionando a un insecto con el ala rota.

—Para que te pisen, tienes que estar en el suelo [5] —dijo casualmente, antes de proseguir tranquilamente su camino hacia los dormitorios.

—¿Y eso qué se supone que significa? —gritó Jack, pero el *sensei* no respondió. La única respuesta fue el eco del golpeteo del bastón, que fue desvaneciéndose en el patio de piedra.

Derrotar la espada

Jack se frotó la espinilla y entró cojeando en el *butokuden*. Dejó su *bokken* al filo de la entrada, junto con las armas de los otros estudiantes, y luego se arrodilló torpemente junto a Yamato.

Akiko entró con Kiku poco después. Saburo corría tras ellas.

—¡Ayyyyyy! —gimió Saburo.

También él entró cojeando y se puso en fila, mordiéndose los labios por el dolor.

El *sensei* Hosokawa estaba junto a la entrada blandiendo una *shinai*, una espada de bambú. Escrutó al resto de los nuevos estudiantes que cruzaban el patio en dirección al *butokuden* para su primera clase del día: una sesión matutina de *kenjutsu*. Tres más fueron golpeados en las espinillas al entrar.

—¡Las artes marciales no empiezan ni terminan en la puerta del *dojo*! —tronó el *sensei* Hosokawa cuando el último estudiante se unió a la nerviosa fila de chicos y chicas arrodillados—. Inclinaos siempre con la espalda bien alzada cuando entréis en el *dojo*. ¡A todo el que pille arrastrando los pies, andando desgarrado o no prestando atención sentirá el filo de mi *shinai*!

Toda la fila se enderezó al instante para evitar tener una imagen desgarrada. El *sensei* Hosokawa recorrió la sala, inspeccionando cada uno de los proyectos de samurái. Cuando llegó junto a Jack, se detuvo.

—He oído decir al *sensei* Masamoto que combatiste contra un ninja y lo derrotaste con un *bokken*. ¿Es cierto?

—Um... *Hai*... Más o men...

—¡*Hai*, *SENSEI*! —tronó Hosokawa.

Jack se disculpó rápidamente e inclinó la cabeza. ¡Idiota! Había olvidado la etiqueta debida cuando se dirigía a una persona de estatus superior.

—*Hai*, *sensei*. Estaba ayudando a Yamato...

—Excelente —dijo el *sensei*, interrumpiéndolo—. ¿Tuviste miedo?

Jack no sabía qué respuesta esperaba Hosokawa. Miró la fila de estudiantes que le miraba a su vez. ¿Debería admitir que se sintió aterrado? ¿Qué pensaba que el ninja

iba a atravesarlo con su espada, o a estrangularlo como había hecho con su padre?

Jack vio que Kazuki le miraba con aire burlón, ansioso por oír al *gaijin* admitir su debilidad ante todos. Entonces captó la mirada de Akiko, que le asentía en silencio: «Di la verdad.»

—*Hai, sensei* —respondió con cautela.

—Absolutamente —reconoció Hosokawa—. Hay que tener miedo cuando se enfrenta uno a un ninja.

Jack dejó escapar un suspiro de alivio mientras el *sensei* continuaba caminando por la fila.

—El valor no es la ausencia del miedo, sino más bien el juicio de que otra cosa es más importante que el miedo. Jack, aquí presente, valoró su lealtad hacia Yamato por encima del miedo. Un ideal digno de un samurái.[6] Jack se hinchó de orgullo ante el inesperado cumplido y le lanzó una mirada a Kazuki, que parecía completamente fastidiado por las alabanzas del *sensei*.

Hosokawa continuó:

—Jack mostró valor, conquistó el miedo y por eso derrotó a su oponente. Una buena lección para empezar vuestra formación en el camino del...

Hosokawa se detuvo a mitad de la frase. Nobu cruzaba trabajosamente el patio: llegaba tarde a la lección. Se estaba abrochando el quimono mientras andaba y llevaba su *bokken* sujeto torpemente bajo la axila. El *sensei* se acercó a la puerta y esperó.

Todos los estudiantes supieron exactamente lo que iba a suceder. Nobu siguió corriendo, ajeno a su inexorable castigo.

—¡Ayyyyy!

El *shinai* del *sensei* Hosokawa golpeó las espinillas de Nobu con tanta fuerza que el chico perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo. Su *bokken* resbaló castañeteando por el suelo de madera. Los demás estudiantes sofocaron una risita antes de que el *sensei* Hosokawa los hiciera callar con una mirada severa.

—¡Levántate! ¡Y no vuelvas a llegar tarde a mi clase nunca más! —ordenó Hosokawa, dándole a Nabu una firme patada en el trasero—. ¡Ni vuelvas a presentarte así en mi *dojo*!

Nobu se puso en pie. Parecía que estaba a punto de estallar de vergüenza, y pasó de largo, inclinándose y rozando el suelo.

—Bien, ahora que estamos todos, podemos empezar vuestro entrenamiento.

Recoged vuestros *bokken* y alineaos en tres filas. Daos espacio suficiente para blandir vuestras armas.

Todos inclinaron la cabeza y se pusieron en pie. Torpemente, formaron en tres filas.

—¿Qué es esto? —gritó Hosokawa—. ¡Todo el mundo, a hacer diez flexiones! ¡Kazuki, ve contando!

Toda la clase se tiró al suelo y empezó a cumplir su castigo.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco!

—¡La próxima vez que diga «alineaos», espero que corráis! ¡Y formad filas ordenadas!

Los brazos de Jack temblaron un poco por el esfuerzo, pero, a pesar de la tortura de la noche pasada, dos años de subir a las jarcias le habían dado fuerzas suficientes para enfrentarse a ese castigo sin siquiera sudar. Algunos de los estudiantes, sin embargo, empezaron a equivocarse al seguir el ritmo y otros se rindieron por completo. Kazuki siguió contando, sin perder el aliento.

—¡Ocho! ¡Nueve! ¡Diez!

—¡Ahora, alineaos!

Todos se pusieron en pie y corrieron a colocarse.

—Mejor. Primero, quiero que sostengáis simplemente vuestros *bokken* en la mano.

Jack ajustó su sable de madera hasta colocarlo exactamente como Yamato le había enseñado allá en Toba.

—¿Dónde está tu *bokken*? —le preguntó de repente Hosokawa a un chico menudo y de aspecto ratonil que estaba en la fila del fondo, al lado de Jack.

—*Sumimasen, sensei*. Lo dejé en el *Shishi-no-ma* —respondió, temiéndose lo peor.

—¿Cómo te llamas?

—Yori, *sensei*.

—Bien, Yori-kun, ¿qué tipo de samurái serás? —preguntó Hosokawa con disgusto.

—No lo sé, *sensei*.

—Yo te lo diré: un samurái muerto. Ahora ve y coge otro *bokken* de la Pared de las Armas.

Yori fue corriendo y cogió un *bokken* de la pared del fondo, donde había paneles de madera repletos de armas: espadas, cuchillos, lanzas, porras y media docena de armas más para las que Jack no tenía nombre.

—Para empezar, clase, quiero que simplemente sintáis el *bokken*. Sostenedlo. Hacedos una idea de su peso, su forma, su equilibrio. Blandidlo... ¡Sin golpear las paredes, el suelo ni a nadie!

Jack sostuvo su *bokken* entre las manos, pasándolo de derecha a izquierda. Probó algunos golpes clásicos, luego giró sobre sí mismo. Lo alzó sobre su cabeza y trazó un gran arco con él. Saburo estaba haciendo lo mismo, pero, como no prestaba suficiente atención, golpeó a otro estudiante en la nuca.

—¡He dicho sin golpear a nadie! —gritó Hosokawa, asestando con su *shinai* otro golpe en las espinillas de Saburo—. La espada es una extensión de vuestro brazo. Debéis saber instintivamente dónde está su *kissaki*, la extensión de su hoja y dónde se encuentra en todo momento en relación con vuestro cuerpo.

Hosokawa alzó rápidamente su *shinai* y lo descargó con la velocidad del rayo contra la cabeza de Yamato, deteniéndose a una pulgada de su nariz. Yamato dio un respingo ante el imprevisto ataque, y tragó saliva presa del pánico.

—¿Para qué sirve el poder, si no hay control? —dijo Hosokawa, dejando caer su arma—. Ahora, sostened vuestros *bokken* ante vosotros, con ambos brazos rectos y el arma descansando en horizontal encima de vuestras manos.

Jack obedeció, sintiendo levemente el peso del *bokken* sobre sus manos estiradas. «No es demasiado difícil», pensó.

—Y mantened la postura hasta que os diga que paréis.

El *sensei* Hosokawa empezó a caminar por la sala, pensativo. Como un ejército de piedra, todos los estudiantes (con los brazos extendidos y el *bokken* encima de las manos) esperaron su orden de parar.

Uno a uno, los brazos empezaron a temblar. Kiku, un alumno situado por delante de Jack, empezó a bajar los brazos.

—¿He dicho que podéis bajar los brazos? —ladró Hosokawa, y Kiku se enderezó al instante. El esfuerzo se notaba en su rostro.

Unos minutos más tarde, una chica al fondo soltó su *bokken*, incapaz de continuar.

—¿Te rindes? —preguntó Hosokawa—. Ve a sentarte a ese lado. ¿Quién será el siguiente?

Varios estudiantes se rindieron inmediatamente, entre ellos Kiku y Yori. Akiko empezaba a notar el esfuerzo. Jack, sin embargo, se sentía aún bastante fresco.

Otros cinco bajaron los brazos, sin aliento por el esfuerzo, y salieron del área de entrenamiento.

—¿Derrotados tan fácilmente? —dijo Hosokawa con claro desdén, mientras Saburo se rendía al mismo tiempo que Nobu.

—¿Discúlpame, *sensei*? —preguntó Saburo con adecuada deferencia, mientras se masajeaba los brazos doloridos.

—¿Sí?

—¿Cuál es el propósito de este ejercicio?

—¿El propósito? —dijo Hosokawa con desconcierto—. Creía que era obvio. Si tu propia espada puede derrotarte en tus propias manos, ¿qué esperanza tienes de derrotar jamás a tu enemigo?

El descubrimiento de la función del ejercicio renovó los esfuerzos de los que todavía aguantaban. Todos estaban ansiosos por impresionar al *sensei* en su primera lección y se sobrepusieron al dolor.

Sin embargo, unos minutos más tarde, otros dos se retiraron, dejando sólo a cinco estudiantes de pie: Jack, Kazuki, Yamato, Akiko y Emi, una muchacha elegante, pero arrogante, que, según le habían contado a Jack, era la hija mayor del *daimyo* Takatomi, el patrocinador de la escuela.

Los brazos de Akiko empezaban a temblar, pero ella parecía decidida a derrotar a la chica restante. Emi, sin embargo, era la más estable de las dos. Miró a Akiko y le dirigió una sonrisa forzada, pero victoriosa. Estaba claro que tampoco quería pasar vergüenza. Akiko empezó a respirar entrecortadamente, para darse fuerzas para continuar. Por el raballo del ojo, Jack vio que Emi empezaba a bajar los brazos. Pero entonces Akiko llegó a su límite físico y soltó su *bokken*.

Apenas un segundo después, los brazos de Emi se desplomaron también.

—Excelente —comentó Hosokawa—. Emi, has demostrado un fuerte espíritu de lucha. Has ganado mi respeto.

Ambas fueron a sentarse. Por el camino, Emi pasó junto a Akiko con una expresión triunfante en su rostro. Jack vio que Akiko dirigía una mirada molesta hacia la arrogante Emi, y evidentemente quería tener la oportunidad de borrar aquella expresión de superioridad del rostro de la otra chica. Akiko, sin embargo, se contuvo y en cambio inclinó amablemente la cabeza.

—Todavía nos quedan tres valientes guerreros —anunció Hosokawa—. *Kobai*, esto ya no es cuestión de fuerza ni resistencia. Es cuestión de fuerza de voluntad. La mente sobre la materia. Es cuestión de probar los propios límites de vuestra capacidad de aguante.

Yamato temblaba como un árbol en una tormenta. Jack sabía que no iba a durar mucho, pero eso no importaba. Estaba decidido a derrotar a Kazuki, no importaba el precio. Kazuki le había vencido ayer, pero hoy Jack lo vencería a él delante de todo el mundo. ¡Kazuki pasaría vergüenza delante del *gaijin*!

Kazuki, sin embargo, parecía firme como una roca.

Los brazos de Yamato le fallaron de pronto y tuvo que unirse a los demás en el perímetro del *dojo*.

Jack y Kazuki continuaron batallando... Y la batalla se lidiaba tanto en sus mentes como entre sí. Los brazos de Kazuki se estremecían, pero él aguantaba.

—¡Kazuki! —gritó Nobu para mostrarle su apoyo, y de inmediato otros estudiantes se unieron a él—. ¡Kazuki! ¡Kazuki! ¡Kazuki!

Animado por el apoyo, Kazuki levantó aún más los brazos. Seguro de su victoria, le dedicó a Jack una sonrisa.

Entonces Saburo estalló:

—¡Vamos, Jack!

Y Akiko, Yamato y Kiku se unieron al coro.

—¡Jack! ¡Jack! ¡Jack!

Los dos muchachos se encontraban en el centro del *butokuden*: eran dos guerreros librando una guerra invisible y cuyos ejércitos entonaban cánticos desde los flancos.

Jack dio gracias a Dios por todas las horas que había pasado como gaviero a bordo del *Alexandria*. Estaba acostumbrado a colgar de sus brazos durante horas, entumecido por el dolor y el frío, ya fuera contra el viento o bajo la lluvia o la nieve.

Sin embargo, también conocía sus límites y no se había subido a las jarcias desde hacía más de seis meses. Ya había empezado a reconocer los signos de que se acercaba al final de su capacidad de aguante. Le quedaba quizás otro minuto: después sus brazos cederían por completo.

Kazuki, no obstante, parecía aún firme como una roca.

Un motivo para entrenarme

Una perla de sudor corrió por la cara de Kazuki y sus brazos empezaron de pronto a temblar.

Ése fue todo el incentivo que Jack necesitaba. Kazuki perdía fuerzas. Y deprisa.

—¡Jack! ¡Jack! ¡Jack!

Los gritos continuaron.

—¡Kazuki! ¡Kazuki! ¡Kazuki!

¡No, no iba permitir que Kazuki lo derrotase! Jack luchó contra el *bokken* que reposaba en sus manos. Vio a Akiko apoyándolo desde el exterior del *dojo*. Jack apretó los dientes, cerró los ojos y convocó la última gota de fuerza que tenía.

De repente, como una ola que rompe, su cuerpo se inundó de una curiosa energía. Experimentó una nada infinita, los brazos parecieron extenderse eternamente, sin peso, casi entumecidos.

Se oyó un fuerte sonido de madera cuando un *bokken* cayó al suelo del *dojo*; luego una explosión de aplausos y vítores, y el sonido de su nombre.

—¡Jack! ¡Jack! ¡Jack!

—Bien hecho, Jack-kun. Has derrotado a la espada —dijo Hosokawa, impresionado.

Jack abrió los ojos y vio a Kazuki malhumorado, con los brazos caídos a los costados, junto al *bokken* que yacía en el suelo.

Con absoluto alivio, Jack bajó los brazos, entumecidos y doloridos. Parecían de plomo, pero había vencido. Había derrotado a Kazuki... Delante de todo el mundo. Saboreando su triunfo público, inclinó la cabeza ante Kazuki.

Kazuki, prisionero de la etiqueta, se vio obligado a reconocer la victoria de Jack e inclinó aún más la suya.

Ese día, a la hora del almuerzo, Akiko, Yamato, Kiku, Saburo y Yori se reunieron en torno a Jack a la mesa situada en el fondo del *Chô-no-ma*. Kazuki estaba arrodillado, rígido, en la mesa opuesta, mirando a Jack con expresión malencarada y haciendo caso omiso de los intentos de Nobu y Emi por animarlo.

—¿Cómo lo has conseguido, Jack? —preguntó Saburo—. Se te estaban cayendo

los brazos. Estabas derrotado. ¡Y entonces, ZAS! Se te han puesto rígidos como una flecha.

—No lo sé —dijo Jack intentando aliviar la tensión que aún le quedaba en los músculos de los hombros—. He recibido una corriente de energía de alguna parte y he sentido como si mis brazos no tuvieran ningún peso.

—¡*Ki!* —exclamó Kiku.

Jack la miró, aturdido.

—*Ki* significa fuerza vital. Mi padre me lo explicó. Es tu energía espiritual. Con entrenamiento, un samurái puede canalizarla en el combate —explicó Kiku.

—¡Claro! —interrumpió Saburo con entusiasmo—. Los monjes *sohei* del monte Hiei eran famosos por poder controlar su *ki*. Al parecer, podían derrotar a sus enemigos sin desenvainar siquiera sus espadas.

Todos le dirigieron a Saburo una mirada de desconfianza.

—¡No, de verdad! —insistió Kiku—. El *sensei* Yamada probablemente nos enseñará a usar nuestro *ki*. Tenemos su clase de zen esta tarde. Todos podríamos derrotar a nuestras espadas.

—No creo que nos sirva de nada —murmuró Jack, más para sí que para ninguno de sus amigos, pero Akiko lo oyó.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó la muchacha.

—Bueno, anoche Kazuki decidió que quería que me disculpara y trató de romperme el brazo.

—¿Por qué no lo has denunciado? —preguntó Akiko, inspeccionándole el brazo con auténtica preocupación.

—¿Para qué? Kazuki se detuvo antes de que pasara nada. Pero sólo porque apareció el *sensei* Yamada. Poco me ayudó, por cierto. No hizo nada más que murmurarme un proverbio sin sentido.

—¿Qué dijo? —preguntó Yamato.

—Para que te pisen, tienes que estar en el suelo. ¡Menudo sabio! ¿Qué ayuda es ésa?

—Disculpadme —dijo una vocecita, y Yori, el chico que había olvidado su *bokken*, asomó la cabeza por detrás de Saburo—. El *sensei* Yamada puede que te estuviera sugiriendo que aprendieras a defenderte.

Jack aún tardó unos instantes en captar el significado de las palabras de Yori, pero

finalmente advirtió que tenía razón. De repente, el proverbio del *sensei* le pareció obvio. Si podía dominar la espada y el *taijutsu*, y ser más fuerte, más rápido y mejor que Kazuki, entonces sería Kazuki quien estaría en el suelo, no él.

¡Con las habilidades adecuadas, podría derrotar a cualquiera, tal vez incluso a Dokugan Ryu!

Ahora había un motivo por el que merecía la pena entrenar.

—¿Te encuentras bien, Jack? —preguntó Akiko, preocupada ante la oscura expresión de determinación que nublaba el rostro de Jack.

—Perfectamente. Estaba pensando en las palabras de Yamada. Ahora tienen sentido. Completo sentido.

Y allí y entonces, tras haber recibido sólo una lección en la *Niten Ichi Ryû*, Jack juró dedicarse al Camino del Guerrero.

El muñeco Daruma

—Pasad. Pasad. ¡*Seiza!* —exclamó el *sensei* Yamada mientras ellos se detenían en la entrada del *butsuden*, el Salón de Buda, situado en el ala este del patio.

El *sensei* Yamada los invitó a entrar. Estaba encaramado en un estrado al fondo del salón, sentado encima de un pequeño cojín *zafu* redondo, que, a su vez, reposaba sobre un *zabuton* más grande y cuadrado. El *sensei* llevaba una sencilla túnica de azul pizarra y verde mar y los esperaba con las piernas cruzadas, las manos colocadas tranquilamente sobre el regazo, y las yemas de los dedos en contacto. A Jack le recordó a un sapo gordo en un nenúfar.

En el salón, la luz de la tarde se abría paso a través de las persianas, revelando columnas de humo de incienso y dándole a la barba gris y rizada del *sensei* Yamada el aspecto de una telaraña finamente tejida. El aire estaba cargado con el olor a jazmín y sándalo, y Jack se sintió inmediatamente relajado al respirarlo.

La clase se fue sentando en los cojines que había dispuestos en el suelo, en hileras semicirculares. Jack encontró un *zabuton* en las primeras filas, junto con Akiko, Yori y Kiku. Mientras se acomodaba, vio entrar a Kazuki y Nobu. Eran de los últimos, y se sentaron al fondo de la clase. Kazuki le dedicó a Jack una mirada venenosa.

—Por favor. Sentaos como lo hago yo —indicó Yamada.

Se produjo un cierto alboroto hasta que los estudiantes consiguieron reproducir la postura del *sensei* Yamada.

—Ésta es la postura del semiloto. Buena para la meditación. Anima la circulación de vuestro *ki*. ¿Todo el mundo está cómodo? —preguntó, y luego inspiró largamente—. Delante de cada uno de vosotros hay un regalo para daros la bienvenida a mi clase de zen.

Jack miró el pequeño objeto de madera que había ante sus pies. Parecía un muñequito en forma de huevo, pero sin brazos ni piernas. Estaba pintado de un rojo vivo, tenía bigote y barba negros y, aunque el blanco de sus ojos carecía de pupila, la expresión del rostro era de sorpresa.

—¿Puede decirme alguien qué es esto? —preguntó Yamada.

Kiku levantó la mano.

—Es un muñeco Daruma. Está basado en Bodhidharma, el fundador del zen. Se

escribe el nombre en la barbilla y se llena uno de sus ojos con tinta negra mientras se pide un deseo. Si el deseo se cumple, coloreas el otro ojo.

—Sí, en efecto, pero es mucho más que eso —dijo Yamada, empujando levemente el muñeco Daruma que tenía delante.

El muñeco se inclinó hacia un lado, se detuvo, luego se inclinó hacia el otro, volvió a detenerse, y siguió repitiendo el mismo movimiento cada vez más lentamente.

La clase esperó pacientemente a que el *sensei* Yamada continuara, pero el anciano parecía haber caído en trance. Hasta que el muñeco no dejó de moverse por completo, el *sensei* Yamada no levantó la mirada, parpadeando, como sorprendido de que todavía estuvieran allí.

—¿Quién puede decirme qué son las Nueve Visiones? —continuó, aparentemente ajeno al hecho de que no había aclarado sus últimas palabras.

Nadie levantó la mano.

El *sensei* Yamada esperó.

Nadie ofreció ninguna respuesta. Pero Yamada siguió esperando, como si la respuesta simplemente necesitara asentarse en las mentes de sus estudiantes, como el polvo en un libro viejo.

Finalmente, vacilante, Kiku levantó la mano.

—¿Sí, Kiku-chan?

—¿Son las nueve reglas para conseguir la iluminación?

—No exactamente, Kiku, pero es un buen resumen —dijo Yamada, obviamente satisfecho con su esfuerzo—. Es una secuencia ascendente de nueve etapas, o visiones, que el samurái necesita atravesar durante la meditación. Comprender adecuadamente las Nueve Visiones conduce al *satori*, la iluminación.

Una sonrisa enigmática apareció en sus labios y sus ojos chispearon como la luz del sol en un arroyo. Jack se sintió atraído hacia la mirada del anciano, como si fuera una hoja flotando en el mismo arroyo.

—Este proceso de meditación se llama *zazen*. El objetivo del *zazen* es sentarse y abrir la mano del pensamiento. Cuando vuestra mente no esté sujeta por sus muchas capas, podréis advertir la verdadera naturaleza de las cosas y conseguir por tanto la iluminación.

La voz del *sensei* Yamada era el sonido de un arroyuelo cantarín, el zumbido de las abejas en verano y la suave ternura de una madre todo en uno. Así que aunque

Jack no entendía realmente lo que quería decir el *sensei*, se dejó llevar sin esfuerzo por el hipnótico flujo y reflujo del habla del anciano.

—Hoy practicaremos *zazen* con el muñeco Daruma. Meditaremos durante un ratito —dijo, encendiendo una corta vara de incienso que mediría el avance de la meditación—. La primera visión —prosiguió— es adoptar la postura meditativa adecuada, como estáis haciendo todos ahora: sentados, las piernas cruzadas, la espalda recta, pero relajada, las manos una encima de la otra, los ojos entrecerrados.

Todos adoptaron esa postura.

—La segunda visión es respirar desde el *hara*. Concentraos justo en el punto situado sobre vuestro ombligo. Ése es vuestro centro. La respiración debe ser lenta, rítmica y tranquila. *Mokuso* —dijo, iniciando la meditación respiratoria.

Jack se concentró en su respiración, pero le resultaba difícil dejar de respirar con el pecho y hacerlo con el estómago.

—Desde el *hara*, Jack-kun. No desde el pecho —dijo Yamada suavemente.

«¿Cómo demonios lo ha notado?», pensó Jack, sorprendido. Se concentró de nuevo en su respiración y trató de sacar el estómago en vez de alzar el pecho.

El *sensei* Yamada dejó que toda la clase frenara su respiración durante varios minutos.

—La tercera visión es para tranquilizar el espíritu. Desprendeos de cualquier pensamiento trivial, emociones que os distraigan o irritaciones mentales. Imaginad que hay nieve en vuestra mente. Dejad que se vaya derritiendo gradualmente.

Jack de pronto fue consciente de que su mente rebosaba de pensamientos. Zumbaban en su cabeza como avispas: Kazuki, el cuaderno de ruta, Ojo de Dragón, Akiko, su casa, Masamoto, su padre, Jess... Trató de calmar su mente, pero cuando apartaba un pensamiento, otro ocupaba inmediatamente su lugar.

—La cuarta visión es la consecución. A medida que vuestros pensamientos mundanos se disipen, empezad a llenar vuestro cuerpo de *ki*. Imaginaos como un recipiente vacío. Verted vuestra energía espiritual como si fuera miel. Que os llene desde la planta de los pies hasta la cabeza.

A Jack, que todavía se esforzaba por despejar su cabeza, le resultó imposible concentrarse en la siguiente etapa. Descubrió que su mente se distraía continuamente con pensamientos aleatorios.

—La quinta visión es la sabiduría natural. Cuando se está en calma, sin preocupaciones, en paz, las cosas pueden verse bajo su verdadera luz. Esto lleva de

manera natural al desarrollo de la sabiduría.

La meliflua voz del *sensei* Yamada continuó arrullando a todo el mundo hasta sumirlos en un estado parecido al sueño. Los dejó flotar un poco más antes de continuar. Jack todavía estaba intentando despejar su mente para poder llenarse de *ki* y experimentó una vez más la energía con la que había tropezado durante la prueba del *bokken*.

—Por hoy, nos quedaremos con esta quinta visión y empezaremos con una *koan* básica, una cuestión a la que debéis responder vosotros mismos. Concentrad vuestra atención en vuestro muñeco Daruma y empezad a mecerlo. Todos sabemos lo que es, pero ¿qué es?

Estaba claro que el *sensei* Yamada no quería que le diesen una respuesta a su *koan*, sino que reflexionaran en su búsqueda. Jack, no obstante, aún era incapaz de concentrarse adecuadamente y no consiguió encontrar ninguna solución. El muñeco Daruma siguió pareciéndole un muñeco Daruma, y sus ojos ciegos resultaban tan blancos como la respuesta de Jack.

Su mente se apartó del muñeco, y sus pensamientos fluctuaron como las sombras proyectadas por una vela hasta que el incienso se consumió y el *sensei* Yamada exclamó:

—¡*Mokuso yame!*

Todos cesaron sus intentos de meditación y soltaron un suspiro de alivio ahora que la tarea había terminado.

—Bien hecho, todos. Acabáis de aprender un ideal importante del *busbido* —dijo, con una sonrisa de satisfacción en el rostro, como si la respuesta a su *koan* estuviera clara como el agua.

Jack seguía sin comprender qué pretendía el *sensei*. Miró a su alrededor y, para su alivio, vio expresiones de confusión en el rostro de muchos de los demás estudiantes. La iluminación no los había alcanzado. Kiku y Yori, sin embargo, parecían bastante satisfechos con sus experiencias.

—Esta noche quiero que todos continuéis meditando ante el muñeco. Ved qué más podéis aprender de él.

El *sensei* Yamada asintió sabiamente, sugiriendo que había muchas más verdades que descubrir del muñeco de madera.

—La clave del arte del zen es la regularidad diaria, así que debéis ser disciplinados y meditar cada mañana y cada noche durante un ratito. Pronto veréis la

vida tal como es.

Inclinó la cabeza, indicando que la lección había terminado. Los estudiantes se pusieron en pie y, tras saludar, se marcharon con sus muñecos Daruma en la mano. Jack sacudió las piernas para que la sangre volviera a correrle y fue a reunirse con Akiko, Kiku y Yamato.

—¡Acordaos de pintarle al muñeco el primer ojo y formular un deseo! —dijo alegremente el *sensei* Yamada, todavía sentado en los cojines, todavía parecido a un sapo en un nenúfar.

Tras salir del oscuro *butsuden* al patio principal, Jack tuvo que protegerse los ojos contra el sol de invierno, que ya estaba bajo en el cielo de la tarde.

—¿De qué iba todo esto? —preguntó Saburo, que bajaba corriendo los escalones del *butsuden* tras ellos.

—No lo sé —respondió Yamato—. ¿Por qué no se lo preguntas a Kiku? Parece que lo sabe todo.

—Se supone que tienes que descubrirlo tú mismo —dijo Kiku, por encima del hombro.

—Sigo sin pillarlo —dijo Saburo—. No es más que un muñeco de los deseos.

—No, no lo es. Es más que eso —respondió Kiku.

—Eso es exactamente lo que ha dicho el *sensei* Yamada. Sólo estás repitiendo sus palabras. Creo que tú tampoco tienes ni idea —repuso Saburo desafiante.

—Sí que la tengo —replicó ella, y se negó a decir nada más.

—¿Quiere alguien decirme cuál es el significado? —suplicó Saburo—. ¿Akiko? ¿Yamato?

Ambos se encogieron de hombros.

—Te lo preguntaría a ti, Jack, pero probablemente ni siquiera sabes lo que es el zen.

Tenía razón. Jack no lo sabía. Esperaba que alguien se lo dijera, pero no se atrevió a preguntarlo por miedo a parecer estúpido.

—Siete veces abajo, ocho veces arriba —dijo una vocecita aflautada.

Todos se volvieron y vieron a Yori que bajaba las escaleras y se dirigía hacia ellos.

—¿Qué?

—Siete veces abajo, ocho veces arriba. No importa cuántas veces te derriben:

levántate e inténtalo de nuevo. Como el muñeco Daruma.

Todos miraron asombrados a Yori.

—El *sensei* Yamada nos ha enseñado una lección vital de *budo*. Nunca te rindas.

—¿Por qué no nos ha dicho eso sin más? —dijo Saburo.

—Ése no es el camino del zen —dijo Kiku, claramente disgustada con Yori por haber revelado la respuesta. Se volvió hacia Jack y, como si le ofreciera la explicación a él, dijo—: El zen recalca la idea de que la verdad definitiva en la vida no debe perseguirse a través del estudio, sino experimentarse de primera mano.

—¿Cómo? —dijo Jack, tratando desesperadamente de entender este concepto inaudito.

—El *sensei* Yamada debe guiarnos, no instruirnos. Hay que descubrir la respuesta por uno mismo. Si el *sensei* Yamada nos hubiera dicho sin más la respuesta, no habrías comprendido su verdadero significado.

—¡Yo lo habría comprendido! —interrumpió Saburo—. ¡Y me habría ahorrado un buen dolor de cabeza!

Esa noche, Jack encendió una varita de incienso en su habitación y se sentó con las piernas cruzadas en la posición del semiloto, ante el muñeco rojo. Lo empujó y lo vio oscilar. Entonces, pacientemente, esperó la iluminación.

La varita se consumió y Jack no pareció haber llegado a ninguna respuesta, así que encendió otra y empujó de nuevo el muñeco. Su suave movimiento empezó a arrullarlo. Lo empujó una vez más y, al no haber nadie que pudiera distraerlo, se sintió vagar. El muñeco continuó oscilando.

Jack relajó la postura... Entrecerró los ojos... Su respiración se volvió más lenta... Su mente se calmó... Sus pensamientos se volvieron menos caóticos... Su cuerpo se llenó gradualmente de un suave y cálido brillo... *Ki*... Y entonces un único pensamiento ardió con pleno brillo en su mente.

Supo lo que tenía que desear.

Jack pintó el primer ojo.

El sensei Kyuzo

Jack voló por el aire.

El suelo acudió a recibirlo. Con un golpe terrible, aterrizó de espaldas, completamente sin respiración. Se quedó allí tumbado, jadeando.

Un segundo después, Yamato pasó volando y se desplomó a su lado, seguido de Saburo, que cayó encima de ambos y los clavó al suelo.

—¡Idiota! —le ladraron los dos a Saburo.

—Lo siento. Sus palabras parecían un poco... increíbles —respondió Saburo, haciéndose a un lado para apartarse de encima de sus compañeros mientras se frotaba el pecho.

—¡Bueno, pues ya sabes que no lo eran! —dijo Yamato, quitándoselo de encima de una patada.

Jack le dirigió a Saburo una mirada de resentimiento. Era culpa suya que estuvieran en esta situación. Cuando, durante su presentación, el *sensei* Kyozu citó sus victorias contra diversos guerreros famosos, Saburo hizo un gesto de incredulidad y el *sensei* se lanzó hacia él.

—¿Qué ha sido eso? ¿Crees que yo mentiría a un *kohai* charlatán? ¿Crees que alguien de mi tamaño no puede derrotar a un guerrero coreano de dos metros? ¡Levántate! Tú, Yamato y el *gaijin* de allí —ordenó señalando a Jack con un dedo retorcido—. Atacadme. Los tres a la vez.

Ellos se colocaron torpemente en el centro del *butokuden* con aspecto de conejos asustados. El anciano era más pequeño que todos ellos, pero parecía tan peligroso como una serpiente de cascabel.

—Vamos. ¡Creí que erais samuráis! —se burló—. Igualaré un poco las cosas. Os prometo que sólo utilizaré el brazo derecho.

La clase se tensó ante este gesto exagerado.

—¡Atacadme ahora! —gritó el *sensei*.

Los tres muchachos se miraron uno al otro y entonces, como un solo hombre, cargaron contra el *sensei* Kyuzo. Jack ni siquiera lo había tocado, y se vio volando por los aires y luego aterrizar con estrépito en el *dojo* momentos antes de que Yamato y Saburo se unieran a él en una pila humillante.

Mientras Jack volvía a arrodillarse en su sitio vio que Kazuki le sonreía con malicia, satisfecho.

—Agradezco a mis padres que me dieran un cuerpo pequeño. Los guerreros me subestiman. Vosotros me subestimáis —dijo el *sensei* Kyuzo, desafiante—. ¿Me crees ya, Saburo-kun?

—*Hai, sensei* —dijo Saburo, inclinándose tan rápidamente que golpeó el suelo con la frente.

Mientras continuaba enseñándoles, el *sensei* Kyuzo golpeó con los dedos un poste de madera. Sus dedos, duros como clavos, hicieron que el poste se estremeciera cada vez que lo golpeaba.

—Para vencer a oponentes más grandes, tuve que llevar mis técnicas a la perfección y entrenarme el doble de duro.

Su voz resonaba en los oídos de los muchachos en estallidos breves, marcando el compás con sus golpes.

—Si mi enemigo entrena una hora, yo entreno dos. Si ellos entrenan dos horas, yo entreno tres. La clave del *taijutsu* es el trabajo duro, el entrenamiento constante y la disciplina. ¿*Hai*?

—*Hai, sensei* —dijeron todos los estudiantes.

—Os he preguntado si comprendéis. Los dioses del cielo necesitan oír vuestra respuesta. ¿*Hai*? —exigió de nuevo el *sensei* Kyuzo.

—¡HAI, SENSEI! —gritaron los muchachos al unísono, y su grito resonó en las paredes.

—Cada vez que atraveséis esa puerta, os enfrentaréis a diez mil enemigos. ¿*Hai*?

—¡HAI, SENSEI!

—Considerad vuestras manos y pies como armas contra ellos. ¿*Hai*?

—¡HAI, SENSEI!

—La victoria de mañana es la práctica de hoy. ¿*Hai*?

—¡HAI, SENSEI!

—Vuestro primer año de *taijutsu* estará dedicado a las *kihon waza*, las técnicas básicas.

El *sensei* Kyuzo continuó golpeando verbalmente el aire con sus palabras mientras golpeaba el poste de madera con su puño.

—Dominad las técnicas básicas. Es todo lo que importa. Haced bien vuestras

poses. Que vuestros movimientos sean precisos. Entonces, podréis luchar. Las técnicas deslumbrantes son para las ferias y para impresionar a las damas. Las básicas son para la batalla.

De repente, dejó de golpear el poste.

—¡Tú, *gaijin!* Ven aquí.

—Me llamo Jack —respondió Jack, envarado, sorprendido por el término despectivo del *sensei*.

—Bien. *Gaijin* Jack, ven aquí —dijo, haciendo con la mano un gesto cortante para que se acercase.

Kazuki dejó escapar una risita, mientras, entre dientes, le susurraba a Nobu: «*Gaijin* Jack.»

—¡Kazuki! —dijo el *sensei* Kyuzo sin apartar los ojos de Jack—. Confío en que vivas para igualar la reputación de tu padre como samurái. ¡Presta atención!

Jack se levantó y se situó frente al *sensei* Kyuzo. No sabía qué esperar: el *sensei* era claramente implacable y desde luego él no iba a volver a subestimarle.

—Antes de empezar con las patadas, los puñetazos o los empujones, debéis poder controlar a vuestro enemigo. Vamos a empezar con *dori* y *kime*, presas y llaves, ya que para vosotros es más fácil sentir las líneas de energía en una presa que en un golpe.

Se plantó ante Jack, mirándole con expresión torva.

—Agárrame la muñeca como si fueras a impedirme que desenvainase la espada. ¡Atácame! —le ordenó.

Jack avanzó y, con precaución, agarró la muñeca del *sensei*. Su propia muñeca ardió instantáneamente de dolor e involuntariamente cayó de rodillas para aliviar la agonía. El *sensei* Kyuzo simplemente había pasado la mano por encima del brazo de Jack y lo había retorcido hacia él, pero el efecto era abrumador.

—Esto es *nikkyô*. Aplica una dolorosa presión nerviosa en la muñeca y el antebrazo —explicó el *sensei*—. Golpéate el muslo con la mano o el suelo cuando se vuelva insoportable.

El *sensei* Kyuzo retorció una vez más la muñeca de Jack y el muchacho quedó cegado por la agonía. Se golpeó frenéticamente el muslo y la técnica terminó. Con los ojos lagrimeando por el dolor, Jack vio que Kazuki disfrutaba de su sufrimiento público.

—Levántate y atácame lo más rápido que puedas —ordenó el *sensei*.

Jack así lo hizo, pero inmediatamente fue impulsado al suelo de nuevo por la insoportable agonía del mismo sencillo movimiento. La mano de Jack golpeó salvajemente contra su muslo y la presión cedió.

—Ved cómo lo suave controla lo duro. Cuanto más fuerte ha intentado atacarme el *gaijin* Jack, más fácil me ha resultado derrotarlo —dijo el *sensei* con una sonrisa implacable en los labios mientras demostraba la técnica varias veces más para beneficio de la clase.

El *sensei* ejecutó luego varias técnicas más con Jack, agitándolo como a una marioneta, usándolo como saco de golpear, empujándolo por tener mala postura. Al final, Jack quedó agotado, magullado, golpeado y dolorido.

—Ahora quiero que todos practiquéis *nikkyô*. Emparejaos. Decidid quién es el *tori*, el que ejecuta la técnica, y quién es el *uke*, el que la recibe. Kazuki, ¿por qué no te entrenas con mi *uke*? Ya debe de estar preparado para ti.

Kazuki sonrió torvamente. Jack gruñó ante la injusticia de todo aquello, pero estaba decidido a no dejar que su frustración se notara delante de Kazuki.

—Como tú eres mi *uke*, Gaijin Jack, yo voy primero —dijo Kazuki con una breve inclinación de cabeza—. Trata de agarrarme el brazo de la espada.

—Recordad todos —advirtió el *sensei* Kyuzo—. Si la técnica se aplica con demasiada severidad, golpead el suelo o vuestro muslo para que vuestro compañero lo sepa. Deben soltaros.

Jack agarró la muñeca de Kazuki, confiando en que la inexperiencia del otro muchacho le impediría aplicar la técnica de manera efectiva. Pero cuando Kazuki ejecutó la *nikkyo*, Jack reparó al instante en su error. Kazuki había practicado la técnica antes. Jack cayó de rodillas, y su cuerpo reaccionó por instinto para evitar el dolor.

Jack se golpeó el muslo.

Kazuki aplicó más presión.

Jack golpeó con más fuerza.

Kazuki retorció el brazo de Jack cuanto pudo. Su agonía era tan grande que las lágrimas le corrían por la cara. Kazuki lo miró, con una expresión vengativa en los ojos.

—Cambiad de compañero —ordenó el *sensei*.

—Es bueno entrenar contigo, Gaijin Jack —dijo Kazuki, soltando la muñeca de

Jack y buscando una nueva víctima.

Jack ardió de furia. Ni siquiera le habían dado la oportunidad de desquitarse.

Cuando terminó la clase, Jack fue el primero en salir.

—¿Te encuentras bien, Jack?

—¡Pues claro que no! ¿Por qué no escogió el *sensei* Kyuzo a otro para hacer su demostración? —contestó, explotando con rabia acumulada—. La tiene tomada conmigo. Es igual que Kazuki. Odia a los *gaijin*.

—No, no es así. El *sensei* Kyuzo probablemente utilizará a otro la próxima vez —dijo ella, tratando de tranquilizarlo—. Además, es bueno ser *uke*. Masamoto me dijo que es la mejor forma de aprender. Así sabrás cómo debe ser la técnica cuando la apliques adecuadamente.

Jack oyó los comentarios burlones que los demás estudiantes hacían sobre Gaijin Jack al salir del *butokuden* para dirigirse al *Chô—no—ma* para almorzar.

—¿Y todas esas burlas de Gaijin Jack? ¡Yo no voy por ahí insultándolos!

—Ignóralos, Jack —dijo Akiko—. No saben comportarse.

«Pues deberían —pensó Jack—. Se supone que todos van a ser samuráis.»

Práctica de tiro

Una mota blanca, no más grande que un ojo, destelló con fuerza al sol de mediodía. El gong de un templo sonó, y su sonido tintineó sobre los tejados de la escuela.

Una veta de plumas surcó el aire con la velocidad de un halcón que se abate sobre su presa y, tras un agudo silbido, se oyó un golpe resonante como el latido de un corazón: la flecha se había clavado en el mismo centro del blanco.

Una segunda flecha se clavó al cabo de un instante junto a la primera, haciendo temblar levemente sus plumas.

Los estudiantes aplaudieron. La *sensei* Yosa Hoshi mantuvo la pose aún unos momentos; la intensidad de su concentración era palpable. Entonces bajó el arco, que era medio metro más alto que ella, y se dirigió a sus alumnos.

—El *kyujutsu* exige del samurái una combinación única de talentos —empezó a decir—. La determinación de un guerrero, la gracia de un bailarín, y la paz espiritual de un monje.

Los estudiantes escuchaban con atención, todos congregados en un extremo del *Nanzen-niwa*, el jardín «Zen del Sur», situado tras el *Butsuden*. Era un jardín de hermosa sencillez, diseñado alrededor de un rectángulo de arena blanca y decorado con monolitos y plantas cuidadosamente cultivadas. Un viejo pino, retorcido y curvado por los elementos, se alzaba en un rincón. Como un anciano frágil, su tronco se apoyaba en una muleta de madera. La diana estaba bajo el árbol, a cincuenta metros de distancia, y no parecía más grande que la cabeza de Jack; su blanco central era casi indetectable en el interior de los dos anillos negros concéntricos.

—El arco es el arma elegida para luchar desde lejos. Pueden dispararlo hombre y mujer, niño y niña con resultados igualmente devastadores.

Jack estaba arrodillado entre Yamato y Akiko, asombrado tanto por la belleza como por la suprema habilidad de la *sensei* Yosa. Les estaba enseñando un ángel mortífero, pensó.

—Todos los *daimyo* han sido entrenados en *kyujutsu*, desde Takatomi Hideaki hasta Kamakura Katsuro, pasando por el propio Masamoto Takeshi. Y, naturalmente, fue el arma que convirtió a Tomoe Gozen en una leyenda.

Akiko se sintió transfigurada por las palabras de la *sensei* Yosa. La mención a Tomoe Gazen la había entusiasmado tanto que Jack pensó que iba a prorrumpir en

aplausos de un momento a otro.

—Contrariamente a la espada, el puño, o el pie, el arco se os resiste. ¡Completamente tenso, el arco está a nueve décimas partes de romperse por la mitad!

Los estudiantes abrieron asombrados la boca. Kazuki, sin embargo, miró a su alrededor, como si estuviera un poco aburrido de todo aquello. Tal vez eso no era lo bastante violento para él, pensó Jack.

—Dominar el Camino del Arco es similar a una pirámide, donde las mejores habilidades se encuentran sobre una base ancha y firme. Debéis tomaros vuestro tiempo para construir una base sólida. Desarrollaremos cada etapa paso a paso en los meses venideros —dijo, acariciando con ternura el astil emplumado de una flecha con el pulgar y el índice—. Hoy, sin embargo, simplemente quiero que todos conozcáis el arco. Si sois capaces, incluso dispararéis una flecha.

Hubo un murmullo de emoción ante la posibilidad de disparar contra el blanco. Akiko se irguió aún más en su postura, dispuesta a saltar a la primera oportunidad.

—Para empezar, por favor, observad con atención para que podáis reproducir luego mis movimientos —dijo la *sensei* Yosa, acercándose a la línea de tiro—. El primer principio del *kyu-jutsu* es que el espíritu, el arco y el cuerpo son uno.

La *sensei* alineó los pies en la dirección del blanco y adoptó la pose adecuada, formando una A con su cuerpo.

—El segundo principio es el equilibrio. El equilibrio es la piedra angular del *kyujutsu*. Imaginad que sois un árbol. Vuestra mitad inferior es el tronco y las raíces, la parte estable y sólida del árbol. Vuestra mitad superior son las ramas, flexibles, pero capaces de conservar su forma y su función. ¡Este equilibrio es lo que os convertirá en grandes *kyudoka*!

La *sensei* Yosa sostuvo la cuerda del arco con la mano derecha y luego colocó la izquierda cuidadosamente en la madera del arco. Lo alzó sobre su cabeza y se preparó para disparar.

—Se produce entre la mente y el cuerpo una lucha constante para controlar el fluir del disparo. Para alcanzar un blanco con cierto grado de precisión, es necesaria una concentración absoluta. Éste es el primer principio. El menor desequilibrio, un error al respirar, cualquier pérdida de concentración provocará un fallo.

La *sensei* bajó el arco, tirando de la cuerda hasta más allá de su pómulo y alineando la flecha con su ojo, de manera que flecha y cuerda enmarcaban su cicatriz.

—Cuando vuestro espíritu y equilibrio sean correctos, la flecha alcanzará su blanco. Vuestro objetivo espiritual es pues entregaros por completo al Camino del

Arco.

La *sensei* completó el disparo con un único y fluido movimiento, y, tras surcar el aire, la flecha alcanzó una vez más el centro del blanco.

—¿A quién le gustaría intentarlo primero? —preguntó.

Akiko alzó la mano rápidamente. Emi, al ver una oportunidad para derrotarla de nuevo, levantó la suya al unísono.

—Bien, empecemos con vosotras dos. Por favor, usad estos dos arcos. Deben ser del tamaño y la tensión adecuados —dijo la *sensei*, indicando los dos arcos de la parte inferior del bastidor que tenía tras ella.

—Buena suerte —le dijo Kiku a Emi, mientras la muchacha se levantaba para ocupar su puesto.

—La suerte es para los ineptos —respondió ella, ignorando a Kiku como si fuera una especie de criada y dirigiéndose a la línea de tiro.

—Señoras, me gustaría que tensarais el arco como os he enseñado, pero no disparéis hasta que yo lo diga.

Emi y Akiko, una junto a otra, alzaron sus armas y apuntaron, encajándose dentro de la curva de sus arcos. Emi era más alta y su cabello, inusitadamente largo y recto, resaltaba su esbelta figura. Su rostro tenía una afilada belleza que la pequeñez de su boca acentuaba aún más. En conjunto, pensó Jack, su imagen era fiel a su *kamon* familiar, la grulla: alta, esbelta y elegante.

—Bien. Ambas mostráis formas aceptables. Apuntad al blanco más cercano y disparad cuando queráis —dijo ella, señalando una de las dianas situada a sólo a diez metros.

Emi disparó, pero la cuerda tropezó con su brazo y la flecha aleteó débilmente por el aire antes de aterrizar a un metro de distancia del blanco.

El disparo de Akiko fue más impresionante. La flecha voló recta, pero tampoco alcanzó el blanco.

—Un buen primer intento —dijo la *sensei* Yosa—. ¿Lo habíais probado antes?

—*Hai, sensei* —admitió Emi, con expresión agria.

—Yo no, *sensei* —dijo Akiko, para gran malestar de Emi.

—Estoy muy impresionada, Akiko-chan —comentó la *sensei*—. Muestras una aptitud natural para el arco.

—Quiero intentarlo de nuevo con mi segunda flecha —exigió Emi, petulante.

La *sensei*, algo sorprendida por el tono arrogante de la muchacha, calibró a ambas chicas antes de responder.

—No estoy en contra de un poco de competición. Anima el talento. Por favor, acercaos ambas a la marca. Veamos si podéis alcanzar el blanco esta vez.

Emi se colocó de nuevo en posición, tensó su arco y disparó limpiamente. La flecha se clavó en el anillo negro exterior del objetivo. Miró con desdén a Akiko, segura de su victoria.

—Muy bien, Emi-chan. Pero veamos si Akiko-chan puede mejorarlo —dijo la *sensei* Yosa amablemente, fijando el desafío.

Akiko se colocó en la línea de tiro.

Jack contuvo la respiración mientras ella buscaba la posición y cogía la cuerda. La vio temblar levemente al coger el arco. Su rostro entonces adoptó una expresión de férrea determinación. Se preparó, alzó el arco por encima de su cabeza y, bajándolo lentamente, tensó la cuerda. A juzgar por la expresión de su rostro, estaba claro que Emi deseaba que Akiko fallara, pensó Jack, y, siendo la diana tan pequeña, ¿cómo iba a conseguir Akiko alcanzarla?

Akiko tensó la cuerda más allá de su mejilla y finalmente la soltó. La flecha surcó el aire y fue a clavarse un palmo más cerca del blanco que la de Emi. Jack dejó escapar un alarido de júbilo e inmediatamente los otros estudiantes lo imitaron. Akiko sonrió con una mezcla de deleite y asombro.

—Excelente, Akiko-chan. Las dos podéis sentaros —dijo la *sensei* Yosa—. ¿Quién quiere ser el siguiente?

Varios estudiantes levantaron inmediatamente la mano, mientras una disgustada Emi y una jubilosa Akiko volvían a arrodillarse en su sitio.

Jack se limitó a observar mientras los estudiantes iban haciendo sus lanzamientos.

Cuando Kazuki y Nobu intervinieron, se decidieron por los arcos más grandes que había en el bastidor haciendo caso omiso de la advertencia de la *sensei* de que serían demasiado potentes. Nobu demostró que ella tenía razón. Perdió el dominio del arco, la cuerda chasqueó y le golpeó con fuerza en la mejilla. Nobu aulló de dolor, para gran placer de todos. Incluso Kazuki se rio de la desgracia de su amigo.

Finalmente, le tocó el turno a Jack.

Se colocó sobre la marca, cargó una flecha y apuntó. Entonces, de la nada, algo le golpeó en la mejilla. Distráido, perdió el control y la flecha se perdió volando.

Golpeó una gran piedra erecta y rebotó de vuelta hacia él. Jack se agachó, y la flecha le pasó por encima de la cabeza. Aterrizó a los pies de la *sensei* Yosa, y golpeó el borde de su tabi.

—¡ALTO! —gritó.

Nadie se movió. Un silencio mortal se extendió por el jardín. Jack pudo oír claramente el roce de la punta de la flecha cuando la *sensei* la recogió del suelo, y luego el crujir de la grava mientras se acercaba.

—Jack-kun —le susurró al oído—, ¿he dicho que podías soltar tu flecha?

—Lo siento, *sensei*, pero no ha sido culpa mía.

—¡Acepta tu responsabilidad! Eres el arco. Tenías control. Ven a verme después de clase para que te imponga tu castigo.

—Discúlpame, *sensei* Yosa —dijo Yori tímidamente.

—¿Qué pasa, Yori-kun?

—No ha sido Jack, *sensei* Yosa. Alguien le ha tirado una piedra.

—¿Es eso cierto? —exigió ella—. ¿Quién ha sido?

—No lo sé —respondió Jack, aunque podía imaginarlo muy bien.

—¿Yori-kun? ¿Quién ha sido responsable?

El chico inclinó la cabeza, temblando de ansiedad, y susurró el nombre de Kazuki.

—¿Qué has dicho, Yori? —preguntó la *sensei*, que no había oído su primer intento.

—Kazuki, *sensei*... —Y se calló.

Los ojos de Kazuki ardieron de furia ante esa clara traición e intentó actuar contra Yori, pero se contuvo asustado cuando la *sensei* gritó:

—¡KAZUKI! Me verás después de la clase para discutir tu castigo. ¡Ahora recoge mis flechas del blanco!

Kazuki se inclinó rápidamente y corrió hacia la diana. Estaba tan asustado por la ira de la *sensei* que se esforzó por desclavar las flechas. Acababa de desclavar la primera cuando una flecha pasó junto a su oreja y empaló la manga de su quimono en el blanco. Se dio la vuelta horrorizado, con los ojos desencajados y la boca abierta.

—¡Despierta a una abeja, Kazuki-kun, y se volverá contra ti con la fuerza de un dragón! —exclamó la *sensei* desde el otro lado del jardín, con voz tranquila, pero resuelta, mientras colocaba otra flecha en su arco—. El *kyujutsu* es muy peligroso

para los estudiantes. No juegues. ¿Comprendes, Kazuki?

Dejó volar la segunda flecha. Kazuki ni siquiera tuvo tiempo de parpadear. La flecha le pasó rozando por encima de la cabeza, le hizo la raya en el cabello y se clavó en el blanco. Kazuki, rebulléndose por escapar como un gusano empalado en un anzuelo, estaba desesperado por poner fin a su humillación.

—*¡Hai, sensei Yosa! ¡Moushiwake arimasen deshita!* —exclamó farfullando la fórmula más elevada de disculpa.

Jack saboreó la situación de su enemigo. Tal vez la próxima vez Kazuki no estaría tan ansioso por acosarle.

Se volvió hacia Yori para expresarle su agradecimiento, pero el chico no le devolvió el saludo. Permaneció allí arrodillado, con los ojos mirando sin ver, mordiendo nervioso el labio inferior.

La guerra de Kazuki

Kazuki no estuvo presente en la cena.

Jack, por primera vez desde su llegada a Kioto, se relajó. Sin duda debía de estar cumpliendo todavía el castigo de la *sensei* Yosa. Su única preocupación era que Yori tampoco había aparecido para cenar. Akiko dijo haberlo visto dirigiéndose al Salón de Buda y creía que tal vez había ido a ver al *sensei* Yamada. Sin embargo, cuando empezó la cena, el *sensei* Yantada llegó solo.

La cena terminó sin que Yori apareciera y Jack empezó a estar convencido de que le había sucedido algo. Se inquietud se intensificó cuando vio salir corriendo a Nobu hacia la puerta.

—Akiko, me preocupa Yori. No ha venido a cenar.

—Seguro que está bien, Jack. Probablemente estará meditando en alguna parte. Lo he visto en su habitación. Medita por la mañana, al mediodía y por la noche. Tiene un incienso de sándalo magnífico. Incluso a veces me presta un poco...

—Hablo en serio, Akiko. Después del *kyujutsu* de hoy, sin duda se ha convertido en enemigo de Kazuki.

—Jack. Kazuki ha sido avergonzado, pero no se atrevería a hacerle nada a Yori. Iría en contra de su honor.

—¿Honor? ¿Qué honor? A mí me ataca sin ningún problema.

—Eso es cierto, pero tú eres... —empezó a decir Akiko sintiéndose de pronto algo incómoda— un *gaijin*..., un extranjero. No te ve como a un igual. Yori, sin embargo, es japonés, de una familia con una historia larga y honorable.

—Pero Masamoto me ha adoptado, así que me merezco el mismo respeto... —dijo Jack.

Akiko, sin embargo, guardó silencio.

Jack pudo verlo en sus ojos. No era un igual. Nunca podría serlo. Ni a los ojos de ella ni a los de Kazuki. Estudió la mesa. Saburo y Kiku evitaron amablemente su mirada. Yamato lo miró con frialdad. Para Jack quedó claro que Yamato seguía tolerándolo sólo porque su padre se lo había ordenado, a pesar de haberle salvado la vida.

—Así que el honor sólo se reserva para los japoneses, ¿no? —dijo Jack,

desafiándolos. El rostro de Akiko se arrugó como un copo de nieve e inclinó la cabeza para evitar su furiosa mirada—. Bien, al menos mantened vuestro honor con Yori y ayúdame a encontrarlo.

—Sí, buena idea —dijo Saburo, tratando de quitar hierro a la situación—. Tal vez Yamato y yo podamos ir a buscarlo al *Niwa*. Akiko y Kiku pueden intentar buscarlo en el *Shishi-no-ma*. Jack, tú puedes mirar en el *butsuden*. Akiko tiene razón, probablemente estará meditando en alguna parte.

Saburo se puso rápidamente en pie y los instó a iniciar la búsqueda. Todos salieron de la *Chô—no-ma*.

Era otra fría noche estrellada y una media luna flotaba en los cielos, iluminando el patio con una luz pálida y espectral. La figura solitaria de Jack subió los peldaños de piedra de la entrada del *butsuden*.

Jack quería gritarle a la luna. Su sentimiento de frustración por estar en Japón era tan intenso que tenía la sensación de que aceite caliente corría bajo su piel. Podía soportarlo casi todo, incluso a Kazuki, pero lo que más le había dolido había sido la reacción de Akiko. De pronto se había dado cuenta de que ella también lo veía como un ser diferente, inferior. Jack había creído que eran amigos. Pero los amigos no se dividen por diferencias. Se unen por ellas.

Jack sonrió tristemente para sí. Empezaba a parecerse al *sensei* Yamada farfullando algún proverbio zen. Se tragó su amargura. Al menos Yori lo había defendido. Esperaba que el chico no se hubiera metido en problemas.

Al llegar al último escalón, se asomó a la penumbra del *butsuden*. La luz helada de la luna cortaba el salón como los barrotes de una celda. Jack estaba a punto de gritar el nombre de Yori cuando oyó voces apagadas, tensas y furiosas.

—He tenido que esparcir por el jardín los residuos de los lavabos —dijo la voz amargamente—. ¡Me he perdido la cena y apesto!

—Lo siento mucho, Kazuki. Pero estuvo mal...

Jack se asomó a la puerta y vio a Kazuki de pie sobre la temblorosa silueta de Yori. Nobu se alzaba detrás, y su sombra se extendía por todo el suelo, gorda y bulbosa. Jack se apretujó contra la pared y, oculto por la oscuridad, se acercó más.

—¿Mal? ¿Y a ti qué te importa? ¡Es un *gaijin!* No es digno de ser uno de nosotros —escupió Kazuki—. ¡No me puedo creer que tú, Yori, hijo primogénito de los Takeda, cuyos antepasados combatieron y derrotaron a los mongoles, defiendas a un simple *gaijin!*

—Pero realmente no es muy distinto de nosotros, Kazuki... —suplicó Yori.

—¿Qué? Tienes mucho que aprender. Somos los descendientes de Amaterasu, la diosa del sol. Los samuráis son los elegidos, los guerreros de los dioses. Los *gaijin* no son nada. Los *gaijin* sólo pueden ser dominados.

Jack estaba asombrado por las ínfulas de importancia de Kazuki. La sangre le hirvió ante la ignorancia del muchacho. No había personas mejores que las demás. Sólo distintas. Kazuki, sin embargo, entendía la diferencia como debilidad, como un defecto, un error. Jack hizo acopio de valor y se dispuso a intervenir. Justo cuando estaba a punto de hacer su movimiento, Kazuki cambió de táctica.

—Pero puedo ser razonable. En reconocimiento a los antepasados de tu familia, Yori —continuó Kazuki en tono conciliador—, te daré una oportunidad para escapar a mi castigo.

Jack se contuvo. «Tal vez Akiko tenía razón —pensó—. Tal vez va a honrar a Yori como samurái.»

Yori parpadeó en la oscuridad, confuso y ansioso.

—Parece que sabes mucho sobre zen. Quiero que respondas a esta *koan*. Es un acertijo que sin duda podrás responder fácilmente. Pero si no lo haces, entonces aceptarás agradecido tu castigo, aunque mañana te cueste un poco de trabajo comer.

Nobu soltó una risotada ante la amenaza, haciendo crujir sus nudillos. El sonido reverberó por todo el salón. Yori gimió.

—Ésta es tu *koan*. Dos manos baten y hay un sonido. ¿Cuál es el sonido de una sola mano?

Yori no dijo nada durante un momento, agarrándose nerviosamente el quimono con las manos mientras arrugaba la frente tratando de concentrarse.

—¿Cuál es el sonido de una mano, Yori? —exigió Kazuki.

—Por favor. Por favor. Necesito silencio para pensar.

—Lo siento, pero tengo hambre y poca paciencia. ¡Respóndeme!

—Se refiere a... a la *koan* misma. Cuando dos manos baten... se ven como la búsqueda de la respuesta... Así que las manos mismas se convierten en la *koan*... Entonces se deduce que tú... como meditador... te conviertes en la *koan* que estás intentando comprender... Ése es el sonido de una mano.

—Excelente. El *sensei* Yamada aprobaría ese embrollo filosófico de respuesta. ¡Pero te equivocas! Éste es el sonido de una mano —dijo Kazuki, y alzó la mano y abofeteó con fuerza a Yori en la cara. Yori cayó al suelo, gimiendo de desazón.

—¡No! —gritó Jack, y, sin pensárselo dos veces, salió corriendo de las sombras y

se abalanzó contra Kazuki.

Hundió el hombro en la barriga de Kazuki y los dos rodaron por el suelo. Kazuki, sin aire, no pudo moverse. Jack lo golpeó con todas sus fuerzas en la boca.

—Esto es por Yori —dijo Jack—. ¡Y esto es por mí!

Akiko y Kiku llegaron corriendo al *butsuden* justo cuando Jack alzaba el puño por segunda vez.

—¡Jack! —gritó Akiko.

Jack alzó la mirada. Era la décima de segundo que necesitaba Kazuki. Lanzó el puño contra la barbilla de Jack, haciéndolo caer hacia atrás. Kazuki se puso en pie mientras Jack, aturdido, yacía en el suelo de piedra. Kazuki se alzó sobre él. El labio le sangraba.

—Mal movimiento, *gaijin* —escupió, levantando la pierna para golpear a Jack.

—¡No! —ordenó Akiko, lanzándose contra Kazuki en un intento por detenerlo. Pero Nobu la agarró por el pelo y la tiró bruscamente hacia atrás.

Jack, irritado por el ataque de Nobu a Akiko, rodó hacia Kazuki y golpeó con fuerza la pierna en la que se apoyaba.

Kazuki perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Los dos chicos forcejearon; cada uno intentaba dominar al otro.

Kazuki consiguió mantenerse encima de Jack y, tras atraparle el brazo izquierdo, se lo empezó a retorcer. Jack quedó inmediatamente paralizado de dolor. Trató de moverse, pero cada vez que lo hacía, Kazuki presionaba con más fuerza.

Yamato entró corriendo, seguido de cerca por Saburo.

—¡Yamato, ayuda a Jack! —gritó Akiko, que se debatía contra la tenaza de Nobu.

Nobu, temiendo que Yamato lo atacara también a él, soltó de inmediato a Akiko. Kiku corrió en su ayuda, pero Akiko no necesitaba ninguna. Le asestó a Nobu un fuerte codazo en el estómago y el chico se dobló de dolor.

—¿Por qué quieres ayudar a un *gaijin*, Yamato? —gritó Kazuki, sin aliento por la pelea—. Sobre todo a uno que ha usurpado el lugar de tu hermano. Tengo razón, es el hijo que ha adoptado Masamoto, ¿no?

Yamato vaciló, frenando su avance, y miró a Jack, que yacía en el suelo inmovilizado por Kazuki.

—¿Cómo pudiste dejar que eso sucediera, Yamato? Eres el legítimo heredero de tu padre. No un *gaijin*. ¡Qué desgracia!

Las palabras de Kazuki resonaron en las paredes del *butsuden*, repitiendo «¡Desgracia! ¡Desgracia! ¡Desgracia!» en los oídos de Yamato.

—Yo puedo poner fin a este deshonor —prosiguió Kazuki—. Puedo romperle el brazo de tal modo que ni siquiera Masamoto pueda repararlo. No conozco a muchos samuráis con un solo brazo, ¿y tú, Yamato?

Yamato sopesaba sus opciones. Por un lado, estaría encantado de que el *gaijin* se marchara, pero, por el otro, había la deuda de honor que le debía a Jack por haberle salvado la vida. El factor decisivo, sin embargo, no era ése, sino la ira de su padre.

—Masamoto no nos castigará —insistió Kazuki, como si le hubiera leído los pensamientos—. Nobu es mi testigo. Vio al *gaijin* golpearme primero. Tengo todo el derecho a defenderme.

Yamato retrocedió un paso.

—Eso es, Yamato, déjame librarte de este *gaijin*. Ha tenido que ser para ti como llevar clavada una espina en el costado.

Kazuki retorció un poco más la muñeca de Jack para recalcar su argumento. Jack gruñó, y el dolor surcó su brazo como una vara de hierro caliente. De repente, la presión desapareció. Akiko había golpeado con el pie la espalda de Kazuki usando un *maegeri*, la simple pero efectiva patada frontal que habían aprendido ese día en *taijutsu*. Kazuki cayó al suelo.

Se levantó y se volvió hacia Akiko.

Instintivamente, ella alzó la guardia para contrarrestar su ataque, pero Kazuki controló su golpe en el último momento.

—Esto es una tontería —dijo, dando un paso atrás y alzando las manos en gesto de paz—. Nos estamos peleando por un *gaijin*. Masamoto decretó que fuéramos leales a los samuráis de esta escuela. No lucharé contigo.

—Sin embargo, luchas con Jack y él también es un samurái —replicó Akiko.

—No, no lo es. Nunca lo será y lo sabe. Míralo.

Jack yacía en el suelo, frotándose el brazo, con el rostro magullado e hinchado por los golpes de Kazuki. Akiko miró a Jack, con los ojos llenos de lástima.

Jack no quería inspirar lástima a nadie. Estaba lastimado y avergonzado, pero no derrotado. Lo que quería era ser aceptado, pero tal vez eso era demasiado pedir. Se apartó de ella.

Kazuki inclinó la cabeza y se dirigió tan tranquilo hacia la puerta, seguido fielmente por Nobu, que todavía se sujetaba el estómago. Kazuki se limpió la sangre de los labios con el dorso de la mano, pero luego se volvió y los miró a todos.

—No quiero que ninguno de vosotros le cuente a los *sensei* lo que ha pasado esta noche.

—Si vuelves a tocar a Jack, se lo diré a Masamoto —amenazó Akiko.

—No, no lo harás. Si lo haces, nos expulsarán a todos de la escuela. Está prohibido luchar en el Salón de Buda.

—Jack es mi amigo y lo defenderé, no importa a qué precio.

Jack no pudo dar crédito a sus oídos. Akiko había expresado sus sentimientos en público, algo que los japoneses no hacían nunca. El significado de su declaración no escapó a Jack ni a ninguno de los demás presentes.

Akiko ayudó a Jack a ponerse en pie.

—¡No seas amante de *gaijins*, Akiko! No puedo prometer que vaya a contenerme la próxima vez que te interpongas en mi camino —advirtió Kazuki.

—Hazle daño y te denunciaré: la decisión es tuya.

Kazuki vaciló.

Jack comprendió que no podía permitirse tomar a la ligera la amenaza de Akiko. Ser expulsado de la *Niten Ichi Ryû* era una vergüenza permanente, una circunstancia enormemente inadecuada para un chico de sangre imperial.

—No deseo que caigas en desgracia, Akiko, así que te haré una promesa a cambio de olvidar esta noche. No volveré a pelear con el *gaijin* dentro de los muros de la *Niten Ichi Ryû*. ¿De acuerdo?

Akiko miró a Jack antes de asentir.

—¡*Gaijin!* —desdeñó Kazuki—. Tú y yo no hemos terminado. Nuestra guerra apenas acaba de empezar.

La fiesta Hanami

Una gloriosa mariposa con alas azules transparentes se posó en la flor blanca y rosada de un cerezo. Libó el dulce néctar de la flor, para nutrirse y hacerse más fuerte. Sus antenas se agitaron cuando cambió la brisa.

Una pesada barra de hierro apareció como de la nada para golpear la flor. La mariposa salió volando, escapando de la muerte sólo por una fracción de segundo. Un gigantesco demonio rojo surgió del suelo, agitando la barra como un loco, decidido a atrapar la mariposa cuando se posara en las flores.

La mariposa evitó sin esfuerzos los golpes una y otra vez. El sudor caía por la cara del demonio rojo y la frustración se reflejaba en su entrecejo. El demonio, hirviendo de furia, se revolvió una y otra vez contra la mariposa, hasta que se desplomó en la tierra yerma, derrotado por sus propios esfuerzos. La mariposa, con sus alas azules transparentes aún intactas, se marchó volando...

Jack abrió los ojos.

Una lánguida nube de incienso se abría paso hacia el techo de su diminuto dormitorio enroscándose sobre sí misma. El muñeco Daruma rojo estaba colocado en el estrecho alféizar de la ventana, junto al bonsái. El ojo solitario del muñeco dirigió a Jack una mirada inocua.

Jack respiró con dificultad, apartándose levemente de la claridad de la visión.

Durante sus meditaciones matutinas, Jack conseguía normalmente alcanzar la tercera visión, una mente pura. Eso le permitía pensar con claridad durante el resto del día, pero nunca había experimentado una visión como ésta antes. ¿Qué le había hecho ver un demonio y una mariposa? ¿Qué significaba, si es que significaba algo? Esto no se parecía a nada de lo que le habían enseñado. Tendría que hablar con el *sensei* Yamada.

Jack se puso en pie, se desperezó y cogió una jarrita de debajo de la ventana. Vertió un poco de agua sobre el bonsái. Lo había hecho cada mañana y cada noche, como le había indicado Uekiya. El viejo jardinero estaría satisfecho, pensó. Aún no había conseguido matar al arbolito.

Mientras atendía al bonsái, Jack advirtió los diminutos capullos rosas y blancos que emergían. Los mismos que había visto en su visión. Flores de *sakura*.

La floración significaba que ya era primavera.

Jack no podía creerlo. ¡Llevaba entrenándose en la *Niten Ichi Ryû* más de tres meses! Llevaba en Japón casi nueve meses. ¡No había puesto el pie en suelo inglés desde hacía casi tres años! Su vida apenas se parecía a lo que antaño había sido. Ya no era un niño que soñaba con ser piloto como su padre. ¡Era un muchacho que se entrenaba para convertirse en guerrero samurái!

Cada mañana se levantaba antes del alba para meditar durante lo que tardaba en consumirse media varita de incienso. Luego se unía a los demás para tomar el mismo monótono desayuno de arroz y unas cuantas verduras salteadas. ¡Qué no daría por unos buenos huevos fritos con beicon!

Luego se embarcaban en sus lecciones del día: dos largas sesiones, una por la mañana, la otra por la tarde. Algunos días era *kenjutsu* y *zen*, otros, *kyujutsu* y *taijutsu*. Después del entrenamiento, Jack se reunía con los otros estudiantes en el *Chô—no—ma*, donde cenaban ante la presencia de todos los *sensei*, que, sentados fila a la mesa principal, parecían esotéricos dioses guerreros contemplando a sus custodios.

Después de cenar, tenían que entrenar solos, practicar las habilidades que habían aprendido. «Aprende hoy y quizá podrás vivir mañana» era el mantra que les habían inculcado a todos.

Sin embargo, a pesar de la rutina y la vigorosa disciplina de esta vida, Jack tenía que admitir que nunca hasta entonces se había sentido tan en paz consigo mismo. La rutina era un consuelo. Jack ya no era una rueda libre girando sin propósito ni dirección. Estaba aprendiendo a defenderse, a convertirse en un guerrero samurái.

Ahora podía empuñar un *bokken* con potencia y precisión y había aprendido a dominar los tres primeros ataques, «los únicos que necesitaréis», según había dicho el *sensei* Hosokawa.

Ahora era capaz de disparar una flecha, aunque, a diferencia de Akiko, que se había dedicado al *kyujitsu* como si hubiera nacido con un arco en la mano, sólo había dado en el blanco un par de veces.

Ahora podía dar patadas, puñetazos, bloquear y lanzar. Ciertamente, sólo conocía las técnicas más básicas, pero ya no estaba indefenso. La próxima vez que se encontrara con Ojo de Dragón, no sería el niño indefenso que no había podido salvar a su padre. Sería el samurái *gaijin* que cumpliría su venganza.

Habían cambiado muchas cosas desde la pelea con Kazuki, en el Salón de Buda. Akiko, tras haber declarado abiertamente su amistad, era la única amiga verdadera de Jack. Yori se había convertido en un compañero constante, pero era tan reservado que Jack en realidad no lo conocía. Kiku se mostraba bastante agradable con él, aunque

Jack pensaba que su actitud respondía más a su deseo por complacer a Akiko que a una auténtica amistad. Saburo estaba en el límite. Era amigo de todos. Hablaba con cualquiera que le escuchase.

Yamato, sin embargo, se había distanciado completamente. Ahora se sentaba en la otra mesa, con Kazuki, Emi y Nobu. Todavía hablaba con Akiko y los demás, pero ignoraba descaradamente a Jack. A Jack le daba igual.

Kazuki había mantenido su palabra: había dejado a Jack en paz. Todavía le dirigía miradas intimidatorias y se burlaba de él, llamándolo «Gaijin Jack» junto con el resto de sus comparsas, pero no le había puesto un dedo encima. ¡Excepto durante los entrenos de *taijutsu*!

Eso era tierra de nadie.

En las sesiones de *kihon* y *randori*, el *sensei* Kyuzo a menudo hacía la vista gorda ante el uso excesivo de la fuerza por parte de Kazuki. En una ocasión, al practicar *ude-uke*, llaves por dentro del antebrazo, la potencia tras cada llave fue aumentando hasta que los dos muchachos acabaron golpeándose los brazos. Los cardenales tardaron en desaparecer más de una semana. Jack había intentado quejarse por la conducta de Kazuki, pero el *sensei* Kyuzo lo había hecho callar, gritándole:

—Es un buen entrenamiento para ti. Si no puedes soportar un poco de dolor, está claro que eres demasiado *gaijin* para ser samurái.

La voz de Akiko interrumpió sus pensamientos.

—Jack, ¿vas a venir?

Había aparecido en la puerta vestida con un quimono celeste decorado con mariposas. Jack parpadeó. ¿Sería ella la mariposa de su visión? Kiku asomó a su lado vestida con un quimono verde claro y una bolsa en la mano.

—¿Ir adonde? —preguntó Jack.

—¡*Hanami*! —canturreó ella, y se marchó seguida por Kiku.

—¿Qué es *hanami*? —le preguntó Jack siguiéndola por el pasillo.

—Una fiesta para ver flores —dijo Saburo, que había asomado la cabeza en la esquina. Yori esperaba en silencio al fondo.

—¿Una fiesta para ver flores? Parece absolutamente fascinante —dijo Jack, con entusiasmo forzado, pero dejó la jarra de agua y los siguió de todas formas. Al menos, pensó, sería un cambio con respecto a los entrenamientos.

—¡Esto sí que es un cambio! —dijo Jack, dejando escapar un suspiro de

satisfacción. Estaba tendido sobre la hierba, en las riberas del río Kamagowa, bajo la sombra de los *sakura*, que literalmente se caían por el peso de sus flores.

Akiko, Kiku, Yori y Saburo estaban sentados a su lado, disfrutando igualmente de la tranquilidad del momento. Era la primera vez que permitían a los estudiantes salir del complejo de la escuela, y estaban saboreando la libertad.

—¿Así que te gusta nuestra fiesta *hanami*? —preguntó Akiko.

—¡Bueno, si se trata de comer, beber y relajarte bajo los cerezos, Akiko, ésta es la mejor fiesta *hanami* en la que he estado! —respondió Jack.

—¡Es mucho más que eso, Jack! —reprendió Akiko con una sonrisa benevolente.

—¡Empiezas a parecer el *sensei* Yamada y una de sus *koan*! —replicó Jack de buen humor, y todos se rieron.

—En serio, el *hanami* es muy importante para nosotros —dijo Akiko—. La floración de los cerezos marca el inicio de la estación de plantar el arroz y usamos las flores para adivinar el éxito de la cosecha. A juzgar por lo abundantes que son las flores, éste será un buen año.

—Las flores también indican un comienzo, una nueva etapa en la vida —añadió Kiku—, así que hacemos ofrendas a los dioses que viven dentro de los árboles. ¿Ves a esos samuráis de allí?

—Sí —dijo Jack, observando a los tres samuráis que había tendidos en torno a un cerezo. Se iban pasando una jarra de cerámica enorme los unos a los otros y lo cierto es que ya estaban bastante ebrios.

—Han hecho la tradicional ofrenda de sake al *sakura* y ahora comparten la ofrenda.

—¿Qué es el sake? —preguntó Jack.

—¡Vino de arroz! —dijo Saburo, muy contento—. ¿Quieres probarlo?

—De acuerdo —respondió Jack, vacilante.

Saburo corrió hacia los samuráis borrachos y regresó rápidamente con una copa cuadrada rebosante de líquido claro. Le ofreció un poco a Jack.

Jack tomó un sorbo. El sake sabía dulce y acuoso, pero cuando lo tragó se fue volviendo más fuerte y potente, y acabó quemándole el fondo de la garganta. Jack tosió.

—¿Qué te parece? —dijo Saburo, ansioso.

—Bueno, no es tan fuerte como el grog que tomábamos a bordo del barco, pero si no te importa, seguiré tomando agua.

Saburo se encogió de hombros, indiferente, y se terminó el resto de la copa de un solo trago. Fue a devolverles la copa a los samuráis, pero regresó con otra copa llena. Esta vez se la ofreció a las chicas.

—Saburo, sabes que no se te permite tomar sake —lo reprendió Kiku.

Saburo la ignoró y se tomó felizmente todo el contenido.

Pasaron el resto del día relajándose bajo el árbol, y metiendo de vez en cuando los pies en las frías aguas del Kamogawa.

Cuando el sol empezó a ponerse, encendieron linternas de papel y las colgaron de las ramas de los *sakura*: flotaban como si fueran frutas brillantes sobre los caminos. Con el ocaso, llegó la hora de regresar a la *Niten Ichi Ryû*.

—Bueno, Jack —preguntó Akiko—. ¿Qué te parecen ahora las flores?

—Hermosas, pero con una vida breve —dijo Jack, repitiendo las palabras de Uekiya.

—¡No! ¡Fugaces como la belleza de una mujer! —farfulló Saburo, a quien el exceso de sake se le había subido a la cabeza. Sus piernas lo traicionaron y Kiku y Yori tuvieron que ayudarlo a levantarse.

—Sí, Jack. Como la vida —reconoció Akiko, ignorando la borrachera de Saburo—. Estás empezando a pensar como un japonés.

Caminaron por el sendero que avanzaba junto al río, donde las ramas de los *sakura* formaban un encantador emparrado de flores y lámparas. Jack y Akiko iban delante, mientras Kiku y Yori cargaban con el embriagado Saburo y avanzaban a paso lento y vacilante.

Bajo el suave brillo de las linternas, Akiko estaba más hermosa que nunca. Jack recordó el momento en que la había visto por primera vez, junto al templo, en la orilla, acompañada de su corcel blanco. Y había estado allí para él desde entonces: cuidándolo durante su fiebre, ayudándole a aprender el idioma, enseñándole sus costumbres, defendiéndolo de Kazuki. ¿Cómo podría pagárselo alguna vez?

Se dio la vuelta y empezó a hablar, pero las palabras se atascaron en su garganta y todo lo que pudo hacer fue mirarla.

Ella se detuvo, devolviéndole la mirada, sus ojos de ébano titilando en la penumbra.

—¡Eh, Gaijin Jack! —rugió una voz—. ¿Qué crees que estás haciendo?
Jack sintió que la sangre se le helaba en las venas.

La Taryu-Jici

El rostro de Kazuki lo miraba burlón.

—¿No me has oído, *gaijin*? Te he preguntado qué estás haciendo fuera de la escuela.

—Déjalo en paz, Kazuki. ¡Lo prometiste! —dijo Akiko.

—¡Oh, es la enamorada del *gaijin*! Sigue sin poder defenderse, ¿no? —repuso Kazuki en tono burlón—. ¿Necesitas a una chica para que luche por ti, *gaijin*? ¿Habéis oído, muchachos? ¡El *gaijin* tiene que tener a una chica como guardaespaldas!

Con una mueca de diversión, Kazuki miró por encima de su hombro a los cuatro muchachos que lo acompañaban. Nobu se partía de risa y su gran barriga se sacudía arriba y abajo. Dos chicos, a quienes Jack no reconoció, se reían también, pero el cuarto miembro de la banda de Kazuki parecía claramente incómodo, y de repente pareció considerar muy interesante su *tabi*. Era Yamato.

—Bueno, Akiko te dio una paliza, ¿no? —dijo Jack, y uno de los chicos se calló al instante.

—¡Cállate! Estaba de espaldas a ella —replicó Kazuki—. Además, yo me preocuparía más por tu bienestar que por el mío, *gaijin*. Tenemos una deuda que zanjar.

—¡No! ¡No te atrevas! —dijo Akiko—. Te lo advertí: se lo diré a Masamoto.

—¿Decirle qué? ¿Que hace tres meses tuvimos una pequeña discusión en el Salón de Buda? No lo creo. Es demasiado tarde para eso.

Dio un paso hacia Jack, desafiándolo a hacer un movimiento.

—Te olvidas, Akiko, que mi promesa sólo se extendía a los muros de la escuela. Fuera, es presa fácil. Aquí no nos gobierna Masamoto.

—Entonces vamos —retó Jack—. Terminemos de una vez.

Jack estaba harto de burlas, de susurros a su espalda, de malos tratos en las clases de *taijutsu*, de la constante intimidación y las amenazas. Era como vivir bajo una sombra permanente. No podría librarse de ello, ser él mismo, ganar aceptación, hasta que el asunto entre Kazuki y él quedara zanjado de una vez por todas.

—Yo que tú, *gaijin*, me lo pensaría dos veces antes de empezar una pelea que no puedes ganar —dijo Kazuki—. Creo que no conoces a mis primos. Este de aquí es Raiden. Su nombre significa Dios del Trueno.

Uno de los muchachos dio un paso adelante y saludó inclinando la cabeza. Cuando se irguió, Jack se sorprendió ante su tamaño. Raiden le sacaba más de una cabeza. Sus brazos eran gruesos y carnosos, y por piernas tenía troncos de árbol. También era inusitadamente velludo para ser japonés. Sus cejas, oscuras y tupidas, sobresalían de una frente pronunciada y un buen mechón del vello que cubría su pecho intentaba escapar del interior de su kimono.

Jack se habría sentido intimidado por el formidable aspecto del muchacho, si los ojos de Raiden no hubieran estado un poco demasiado juntos. Le hacían parecer un mono grande, pero algo más estúpido.

—Y éste es su hermano gemelo, Toru. Te aseguro que no querrás saber lo que significa su nombre.

El segundo muchacho saludó. Como era de esperar, parecía idéntico a su hermano, sólo que más estúpido, pensó Jack.

—Son de Hokkaido, pero no sabrás dónde está eso, ¿verdad, *gaijin*? —dijo Kazuki, pinchando de nuevo a Jack—. Deja que te enseñe. Es la isla norte de Japón y estos chicos pertenecen al clan Seto, los samuráis más duros e implacables que conocerás jamás. Por eso estudian en la escuela *Yagyū* aquí en Kioto. Es cierto que no es tan refinada y reputada como la *Niten Ichi Ryū*, pero es famosa por haber creado algunos de los guerreros más terribles. ¡La patrocina nada más y nada menos que el gran *daimyo* Kamakura Katsuro!

—Esto es sólo entre tú y yo, Kazuki —interrumpió Jack, harto de los intentos de Jack por aterrorizarlo—. Envía a casa a tus monitos.

Raiden y Toru rugieron ante el insulto, y se abalanzaron hacia Jack con la clara intención de arrancarle los miembros.

—¿Eh? ¿Qué está pasando aquí? —farfulló Saburo, librándose de Kiku y Yori y plantándose entre Jack y los dos gigantes—. Dejad en paz a mi amigo Jack... Estamos en la fiesta *ha... ha... hanami* y no habéis sido invitadoss.

Saburo se bamboleaba levemente como un muñeco Daruma. Entonces cayó hacia delante y su cabeza chocó contra el pecho de Raiden, quien lo apartó de un manotazo como si fuera una mosca.

—¡Auuu! —exclamó Saburo, retrocediendo, con la nariz ensangrentada—. ¡Gordinflón! ¡Eso ha dolido!

Kiku y Yori corrieron en su ayuda, pero Saburo se libró de ellos y se preparó para dar un golpe a su atacante. Raiden simplemente alzó su enorme puño y lo descargó contra la cara de Saburo.

—¡OH! ¡Búscate a alguien de tu propio tamaño! —dijo Jack, soltando un *yoko-geri*, una patada lateral, y golpeando con el talón las costillas de Raiden.

Raiden gruñó y se tambaleó hacia un lado: tras pasar de largo ante el sorprendido rostro de Saboru, su puño fue a clavarse en el tronco de un *sakura* cercano. Raiden aulló de dolor, y entonces se volvió y atacó a Jack con varios puñetazos salvajes.

Jack retrocedió apresuradamente para evitar que le alcanzara en la cabeza.

—¡Cuidado! —gritó Akiko.

Pero era demasiado tarde. Toru había aparecido por detrás y agarró a Jack con un abrazo de oso, sujetándole los brazos a los costados.

—¿Qué vas a hacer ahora, Gaijin Jack? —dijo burlonamente Kazuki, que se estaba divirtiendo de lo lindo. Tras él, Yamato retrocedió hacia las sombras en un intento por distanciarse de la pelea.

Toru apretó su tenaza y Jack se quedó sin respiración. Creyó que iba a desmayarse, pero la presión de Toru remitió un poco cuando el grandullón dejó escapar un gemido de dolor.

Akiko había descargado una *ushiro-geri*, una patada atrás con giro, la patada más poderosa del *taijutsu*. Había golpeado a Toru en el costado. Cualquier persona normal se habría desplomado ante un golpe tan directo, pero Toru tan sólo aflojó un poco su presa y miró con mala cara a Akiko.

Así que ella continuó con una *mawashi-geri*, la patada circular. Listo esta vez para el ataque, Toru giró y colocó a Jack directamente en su camino. Akiko trató desesperadamente de detener su ataque, pero perdió el equilibrio en el proceso. Toru atrapó la pierna de Akiko con un brazo, mientras sujetaba a Jack con el otro.

Cuando los tuvo a ambos bajo control, deslizó el brazo derecho por el pecho de Jack y atenazó su garganta. Entonces empezó a estrangularlo.

—¡Basta! —gritó Kiku, alarmada, mientras Yori observaba con ojos como platos—. ¡Yamato, ayúdalos!

Pero Yamato hizo oídos sordos a sus súplicas y se retiró aún más de la pelea. Mientras tanto, Kazuki y Nobu disfrutaban del espectáculo, animando a los dos hermanos y burlándose de Jack.

—¿No has aprendido nada, *gaijin*? Cualquier samurái de verdad podría librarse

de eso —se mofó Kazuki.

—¡Venga, Toru, pártelo en dos! —gritó Nobu.

Toru apretó aún con más fuerza la garganta de Jack, pero de pronto ésa se convirtió en la menor de las preocupaciones del muchacho inglés: Raiden se dirigía hacia él con ambos puños alzados.

Todavía sujeto por la tenaza de hierro de Toru, y comprendiendo que sólo tenía las piernas para defenderse, Jack clavó las manos en el brazo de Toru y tiró hacia abajo lo suficiente para poder respirar. Entonces, usando el brazo de Toru para apoyarse, se alzó del suelo, disparando simultáneamente una doble *mae-geri*, la patada frontal, con cada pierna. El movimiento fue totalmente inesperado y Raiden, que reaccionó una fracción de segundo demasiado tarde, recibió el golpe en la cara. La nariz empezó a sangrarle y el muchacho se llevó rápidamente las manos a la cara mientras retrocedía tambaleándose.

Saburo vio su oportunidad y extendió un pie, zancadilleando por detrás a Raiden, quien tropezó y chocó contra el *sakura*. El árbol se estremeció, y la fuerza del impacto desprendió una linterna de papel que cayó directamente sobre la cabeza de Toru.

Su débil armazón se hizo pedazos con el impacto y la vela del interior cayó sobre el pelo grasiento de Toru, que prendió al instante. Toru soltó de inmediato a Akiko y a Jack y empezó a dar saltitos como un oso bailarín. Se puso a agitar frenéticamente las manos y se golpeó la coronilla, tratando de apagar el fuego.

Saburo, Kiku y Yori soltaron una carcajada ante el baile de Toru, pero su alegría fue breve.

En medio del caos, Raiden había vuelto a ponerse en pie y, tras agarrar a Saburo por los pelos, empezó a golpearlo. Toru, con la cabeza humeando como una chimenea, se lanzó contra Akiko y Jack.

Se habían acabado las tonterías: los dos monos de Hokkaido estaban decididos a poner fin a la pelea con el siguiente golpe.

—¡YAME! —oyeron exclamar a alguien, y todos se detuvieron inmediatamente. La voz tenía una autoridad tan incuestionable que incluso un grupo de samuráis ebrios que pasaba se detuvo en su camino.

—En nombre de Buda, ¿qué está pasando? —exigió la voz.

De la oscuridad surgió Masamoto con el rostro encendido. Yamato, todavía en

retirada, palideció al instante e inclinó la cabeza avergonzado, mientras Kazuki y Nobu se arrodillaban suplicantes.

—¡Dejad a mis estudiantes en paz! —ordenó Masamoto mientras, con velocidad cegadora, su mano lanzaba un *nukite-uchi* contra el cuello de Raiden.

El canto de la mano de Masamoto golpeó un punto de presión situado en la nuca de Raiden, cuyas rodillas cedieron al instante. El grandullón se desplomó como una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas.

Saburo, frotándose la zona de la cabeza donde le faltaba un gran mechón de pelo, corrió junto a Kiku y Yori. Entonces todos hicieron una contrita reverencia ante Masamoto y mantuvieron la cabeza gacha.

—¡Masamoto! ¡Deja a mis estudiantes en paz! —ordenó una segunda voz tras Masamoto.

Un samurái vestido con un quimono azul, amarillo y dorado se acercaba por el sendero. Cuando estuvo más cerca, las linternas iluminaron su rostro. Jack lo reconoció al momento. Era Kamakura Katsuro, el *daimyo* que había visto en el interior del palanquín lacado, en el camino de Tokaido.

El hombre era un poco más bajo que Masamoto, pero lo observaba con desprecio. Kamakura tenía un rostro afilado y cruel, y un bigote puntiagudo disimulaba la tensión de su boca. Escrutó la escena con aire de arrogancia, examinando con gesto implacable a cada uno de los estudiantes de Masamoto, como si fueran alimañas que debían ser exterminadas. Kamakura desprendía una atmósfera de pomposidad y autocomplacencia. Jack pensó en el viejo mercader de té que había sido decapitado por no haberse inclinado a tiempo. Kamakura era claramente un hombre cruel que disfrutaba abusando de su situación de *daimyo*.

—Será mejor que controles a tus estudiantes o lo haré yo —replicó Masamoto con firmeza—. Me parece que tienes un problema de disciplina en tu escuela.

—Nosotros no tenemos ningún problema con la disciplina —respondió Kamakura, arrogante—, pero parece que tu escuela tiene un problema con su entrenamiento. Nunca he visto una técnica tan pobre.

—¡No había nada malo en su técnica! ¡Akiko ejecutó una sorprendente *ushiro-geri* y ya me gustaría ver a cualquiera de tus estudiantes ejecutar una *mae-geri* mientras lo están estrangulando!

—Masamoto, por favor. Somos viejos camaradas —dijo Kamakura en tono conciliador—. Este no es un asunto que haya que zanjarse en un parque público.

Hagámoslo según la tradición adecuada. Propongo una *Taryu-Jiai* entre nuestras dos escuelas.

—¿Una *Taryu-Jiai*? —repitió Masamoto, algo desprevenido.

—Esos tres —dijo Kamakura, señalando a Jack, Akiko y Saburo con un gesto despectivo— contra Raiden y Toru, junto con una samurái femenina adecuada que pueda competir con tu chica que da coces hacia atrás.

—¿Qué disciplinas propones? —preguntó Masamoto, pasando por alto el insulto dirigido a Akiko y empezando a acariciar la idea.

—*Kenjutsu, kyujutsu, y taijutsu.*

—De acuerdo —dijo Masamoto, sin la más mínima preocupación.

Jack, sin embargo, se sintió más que perturbado por la sugerencia de una *Taryu-Jiai*. No tenía ni idea de lo que era, pero Akiko había palidecido de pronto y a Saburo se le había pasado la borrachera al instante, así que eso de la *Taryu-Jiai* no parecía una perspectiva prometedora.

—¿Alguna preferencia para la celebración de esta pequeña competición? —preguntó Kamakura.

—¿Qué te parece el día antes del Festival Gion? —replicó Masamoto como quien no quiere la cosa.

—¡Pero para eso faltan aún tres lunas! —exclamó Kamakura desconcertado.

—A juzgar por la actuación de esta noche, tus estudiantes necesitarán entrenamiento extra. Queremos que esto sea una auténtica competición, ¿no? No un paseo —replicó Masamoto, mostrando una amplia sonrisa mientras inclinaba la cabeza—. Además, siempre me gusta celebrar mis victorias con un buen festival.

El secreto de Yamada

—¿Por qué no defendiste su honor? —tronó Masamoto.

La respuesta fue un susurro y prácticamente no pudo oírse.

—¡Te vi retirarte! Tenno nunca habría hecho algo así —continuó Masamoto, escupiendo ira como si fuera fuego—. ¿Por qué no ayudaste a Jack-kun? Corrígeme si me equivoco, pero le debes la vida. Te salvó. Demuestra que es más samurái de lo que tú lo has sido jamás.

Se oyeron gimoteos y una disculpa entre murmullos.

—¿Dónde está tu coraje, tu valor, tu honor? Eres tú quien debería combatir en la *Taryu-Jiai* para defender el nombre de mi escuela. ¡No Jack-kun!

La voz de Masamoto se quebró, y de pronto se oyó un golpe y el sonido de una taza de té al caer de una mesa.

—¡Has traído el deshonor a esta familia y a ti mismo! ¡Márchate! ¡Piensa en lo que significa ser un Masamoto, y vuelve cuando tengas una respuesta!

La *shoji* se abrió y Yamato salió con el rostro colorado y bañado por lágrimas de vergüenza. Evitó intercambiar una mirada con Jack, Akiko y Saburo, que estaban arrodillados fuera de la *Hô—Oh-No-Ma*, la Sala del Fénix. Era la sala de entrenamiento personal de Masamoto, donde sólo eran convocados los estudiantes lo suficientemente buenos para aprender la técnica de los «Dos Cielos».

—Yamato, lo siento... —empezó a decir Jack, deseoso de ayudarlo de algún modo.

Pero Yamato lo interrumpió con una furiosa mirada y se marchó sin mirar atrás.

—No es culpa tuya, Jack —dijo Akiko en voz baja.

—Sí que lo es. Si no hubiera venido aquí, él no estaría en esta...

—¡ENTRAD! —tronó la voz de Masamoto.

Todos se miraron entre sí, aterrorizados. Después de la pelea del *hanami*, Masamoto los había acompañado hasta la escuela y les había ordenado que se fueran directamente a la cama. Apenas habían dormido en toda la noche, pues Masamoto había exigido verlos a los tres al alba, excusando a Kiku y Yori como meros testigos. Akiko le había explicado nerviosamente a Jack que una convocatoria a la Sala del

Fénix antes de desayunar sólo significaba una cosa: iban a ser castigados. No sabían hasta qué punto.

—¡*Seiza!*—dijo Masamoto mientras entraban todos y se inclinaban tanto como podían.

Masamoto estaba sentado en un estrado, junto a una mesita lacada en negro. Una criada se afanaba en recoger el té que se había derramado, mientras otra le servía una nueva tetera de *sencha*.

Tras él, un fénix ardiente pintado en vividos colores sobre una pantalla de seda alzaba el pico hacia el cielo. Masamoto se rebullía en su asiento como un volcán a punto de estallar, con la cicatriz escarlata y brillante como lava fundida. Esperó en silencio hasta que las criadas se hubieron marchado. Jack, Akiko y Saburo temblaban con las cabezas pegadas al suelo.

—¡Erguíos!

Masamoto los examinó con atención, como si estuviera cotejando el castigo que pensaba aplicarles con su capacidad para soportarlo. Masamoto inspiró profundamente y Jack sintió que la boca se le secaba de miedo.

—Excelente —dijo, con una leve sonrisa que asomó en la parte de su rostro donde no había cicatrices—. Estoy muy impresionado por el modo en que os comportasteis anoche.

Todos se miraron entre sí, confundidos. ¿No pensaba castigarlos después de todo?

—Saburo, se te perdona tu estado no demasiado sobrio. Pero sólo porque te mostraste leal a tus compañeros samuráis y porque tu astuto enfrentamiento con ese tal Raiden me demostró que eres capaz de actuar como un guerrero incluso estando ebrio.

Saburo inclinó la cabeza profusamente, incapaz de contener su alivio por el perdón.

—Akiko, eres una auténtica dama de la *Niten Ichi Ryû*. Sólo los guerreros más valientes se enfrentan con osadía al peligro —dijo, henchido de orgullo—. El que atacó a Jack debía de tener dos veces tu tamaño, pero tú no vacilaste. Fue una lástima que no cayera ante tu *mawashi-geri*, pero no te preocupes, se despertará muy dolorido esta mañana, te lo aseguro.

Akiko inclinó la cabeza, dejando escapar un silencioso suspiro: también la había perdonado.

—Y en cuanto a ti, Jack —dijo Masamoto, y sorbió su taza de *sencha*.

Jack sabía que al ser la causa de la pelea, no escaparía tan a la ligera. Sin duda sufriría las consecuencias de la ira de Masamoto.

El momento del juicio se hacía esperar. Masamoto se tomaba su tiempo para saborear el té y el estómago de Jack acabó tensándose en un nudo de hierro.

—Sobrepasas mis expectativas continuamente —dijo por fin Masamoto—. Has desarrollado de modo considerable tus habilidades marciales. Eres leal con tus amigos. Y tienes el espíritu de un león. ¿Estás seguro de que no naciste samurái?

—No, Masamoto-sama —dijo Jack, sintiendo una oleada de alivio ante el indulto.

—¿Discúlpame, Masamoto-sama? —preguntó Akiko, inclinándose.

—¿Sí, Akiko?

—¿Nos estás diciendo que lo viste todo?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no impediste la pelea? —interrumpió Jack, sorprendido ante esta revelación.

—Parecía que os estaba yendo bastante bien —dijo Masamoto, tomando un sorbo de *sencha*—. Además, estaba interesado en ver cómo reaccionabais bajo presión. La medida definitiva de un samurái no es cómo se comporta en la comodidad de su *dojo*, sino cómo se comporta en los momentos de desafío y amenaza. He de decir que, aunque un poco desordenado, tu *mae-geri* mostró inventiva y demostró ser efectivo.

Jack, Akiko y Saburo se miraron sorprendidos. Masamoto había visto todo el episodio como una prueba de artes marciales, mientras que para ellos había sido cuestión de vida o muerte.

—Así pues, iremos a la *Taryu-Jiai*. Estoy seguro de que Akiko te ha contado lo que es una *Taryu-Jiai*.

Camino de la escuela, Akiko, alarmada por la idea, le había explicado a Jack con voz trémula: «Una *Taryu-Jiai* es una competición entre diferentes escuelas de artes marciales. Los participantes combaten en disciplinas seleccionadas para establecer qué escuela es la mejor, pero hay mucho más en juego que una simple competencia. Una *Taryu-Jiai* es un asunto de honor. La escuela ganadora será coronada como la mejor escuela de Kioto y a su fundador se le concederá el raro privilegio de tener una audiencia con el emperador. Para Masamoto, es impensable que perdamos.» Jack asintió a Masamoto, indicando que comprendía.

—Bien —dijo Masamoto, depositando en la mesa su taza de té—. Por tanto,

comprendes la importancia de tal acontecimiento y por qué debemos ganar.

—Pero ¿cómo podemos ganar? —estalló Saburo—. Como dices, nos doblan en tamaño y nos habrían matado si no...

—¡Basta! —dijo Masamoto, interrumpiendo el estallido de Saburo—. La derrota no es una opción, a menos que sea aceptada como una realidad en tu propia mente. No deseo oír murmurar de nuevo esa palabra. Además, cuanto mayor es el obstáculo, mayor es la gloria al superarlo.[\[7\]](#)

—*Hai*, Masamoto-sama —reconocieron los muchachos, vacilantes.

—Tenemos suerte de que hubiera conseguido tiempo suficiente para que perfeccionéis vuestras habilidades. Cierto, son más grandes que vosotros. Pero cuanto más grandes sean, más duro caerán y, con las técnicas adecuadas, eso es lo que ocurrirá.

Akiko había tenido razón, pensó Jack. La derrota era un concepto extraño para la mente de Masamoto. No esperaba menos de ellos.

—He dispuesto con vuestros *senseis* clases extraordinarias cada noche hasta la competición en julio. Se os requerirá que os entrenéis el doble de duro y el doble de tiempo que todos los demás.

—Pero... —protestó Saburo.

—¡Basta! Actuaréis como samuráis y venceréis.

Masamoto los despidió e, inclinando la cabeza, ellos abandonaron la sala.

En el exterior, Kazuki y Nobu esperaban de rodillas. Nobu parecía pálido de angustia y, por una vez, Kazuki no tuvo valor para burlarse de Jack. Estaba demasiado preocupado por su propia situación para reparar en él.

Jack, Akiko y Saburo se dirigieron en silencio a la *Chô—no-ma* para desayunar, demasiado aturdidos por la tarea que les esperaba para murmurar una sola palabra.

Durante todo el día, Jack, Akiko y Saburo fueron acosados por los otros estudiantes, que querían saber si era cierto que lucharían en una *Taryu-Jiai* por el honor de la escuela. El rumor se había extendido rápidamente y ahora que estaba confirmado, todos querían ser sus amigos, convencidos de que quizá podrían elevar su estatus por asociación.

Jack fue de pronto aceptado como compañero samurái. Ya no volvieron a llamarlo Gaijin Jack, ni susurraban a sus espaldas cuando lo veían pasar. Todos se enteraron de que había luchado con valentía contra los gemelos Seto de Hokkaido y

querían ser parte de tan valerosa acción.

Esa noche, en la cena, la lucha del *hanami* se había convertido en una leyenda. Los gemelos del clan Seto eran gigantes de dos metros de altura y llevaban garrotes. Akiko había volado por los aires, ejecutando patadas en tijera, patadas de media luna y patadas de hacha en todas las direcciones. Jack era ahora el samurái que podía luchar sin necesidad de recuperar el aliento. Y Saburo se había convertido en el guerrero borracho que había derrotado a Raiden, el Dios del Trueno, con los ojos cerrados.

Jack sospechaba que muchas de esas exageraciones tenían su origen en el locuaz Saburo, que, satisfecho de la atención que recibía, nunca se cansaba de contar la historia. Estaba permitiendo claramente que sus bravatas actuaran en su favor. Akiko y Jack, sin embargo, se mostraron más cautos en esta materia, ansiosos por lo que les aguardaba en los meses por venir.

Después de cenar, se dirigieron al Salón de Buda, donde el *sensei* Yamada iba a impartirles la primera lección preparatoria para la *Taryu-Jiai*. Cuando entraban en el patio, vieron venir de frente a Kazuki y Nobu. Se cruzaron en su camino, pero Kazuki y Nobu los ignoraron decididamente.

—¿Adónde van? —preguntó Jack, sorprendido de que Kazuki no escupiera su habitual «Gaijin Jack».

—Al *butokuden* —respondió Akiko.

—¿Qué? ¿También van a entrenarse?

—¡No! —rio Saburo—. ¿No te has enterado? Masamoto los ha castigado por deshonorar la escuela. Les ha ordenado que pulan el salón entero, del suelo al techo.

—¿De verdad? ¡Eso les va a llevar días! —dijo Jack, incapaz de contener una sonrisa de alegría.

—Pero no tantos como limpiar todos los ladrillos de este patio —dijo Saburo con igual alegría—. Y luego tienen que quitar las piedrecitas del jardín Zen del Sur, pero sólo pueden usar sus *hashi*. ¡Tardarán semanas!

Eso mantendría a Kazuki apartado de su camino, pensó Jack con alegría. Teniendo en cuenta todo lo que se le venía encima, lo último que necesitaba era que Kazuki se pasara el día acosándolo.

Subieron las escaleras y entraron en el Salón de Buda. El *sensei* Yamada ya estaba sentado en los cojines de su estrado, rodeado de velas.

—Pasad. Pasad. ¡*Seiza!* —dijo Yamada. Su voz resonó en la enorme extensión del salón.

Jack, Akiko y Saburo se sentaron en los tres cojines que había situados a los pies del *sensei*.

—¿Así que vosotros sois los tres poderosos guerreros? —dijo Yamada retóricamente observándolos con picardía—. ¿Y mi honor es preparar vuestras mentes para la gran batalla? Humm.

El *sensei* Yamada encendió otra varita de incienso, una mezcla de cedro y resina roja que llamaba Sangre de Dragón. La extraían de palmeras *rattan*, y tenía un denso aroma a madera. Era tan potente que Jack se sintió mareado.

El *sensei* Yamada entornó los ojos y canturreó levemente para sí, sumiéndose en otro de sus trances. Todos estaban ya familiarizados con las clases del *sensei* y Jack, Akiko y Saburo se dedicaron cada uno a sus propias meditaciones.

—¿De qué tienes miedo, Jack? —preguntó el *sensei* Yamada después de varios minutos, sin romper su trance.

—Umm —murmuró Jack. La inesperada pregunta había interrumpido su meditación justo cuando se internaba en la quinta visión, la sabiduría natural, el estadio donde las cosas pueden verse a su verdadera luz.

—Vamos. Vamos. Dime exactamente lo que ves. ¿De qué tienes miedo?

La voz del *sensei* resonó en la cabeza de Jack. El incienso amplificaba sus sentidos, y del removido lodo de su mente se fueron materializando imágenes, flotaron rostros y aparecieron pensamientos.

—De ahogarme... Siempre he tenido miedo de ahogarme

—De ser arrastrado al fondo del océano —dijo Jack, vacilando como si expulsara sus palabras en un mal sueño.

—Bien. Bien. ¿Qué más ves?

—A mi madre... Tengo miedo... Me deja... Se muere... Sola —gimió Jack mientras se agitaba un poco en su trance—. Ginsel... Veo a Ginsel... Hay un cuchillo en su espalda...

Entonces, en la oscuridad de la mente de Jack, una bruma verde se condensó en un ojo único.

—Un ojo verde... Ahora veo un ojo verde... como el de un dragón. *El ojo de Dokugan Ryu*... Flotando sobre mi padre... No puedo ayudarlo... Se está muriendo —gimió Jack, abriendo de pronto los ojos. Lágrimas calientes le corrían por la cara—. La muerte... ¡Tengo miedo de la muerte!

—La muerte es más universal que la vida —dijo Yamada. Su voz cálida

acariciaba los oídos del muchacho—. Todo el mundo muere, pero no todo el mundo vive. Tu madre. Ginsel. Tu padre. Déjalos ir, Jack.

—Yo... No comprendo —tartamudeó Jack, abrumado por la magnitud de las palabras del *sensei* Yamada. Intentó reprimir sus lágrimas de angustia: no quería que los demás creyeran que era débil.

—La muerte no es el mayor miedo que debes tener. Tu mayor miedo es correr el riesgo de estar verdaderamente vivo. Así es como se vive, Jack, incluso en la muerte —explicó Yamada, con los ojos rebosantes de sabiduría—. Eso es lo más importante. Masamoto-sama me contó que tu padre vivió y murió protegiéndote. No hay otra causa más digna. No tienes que temer por él, pues vivió y todavía vive en ti.

Mientras las palabras del *sensei* reverberaban en la cabeza de Jack, un imparable flujo de lágrimas corrió por sus mejillas. Meses de soledad, dolor, sufrimiento, tristeza brotaron de él como un río que desborda sus riberas.

Había dejado de importarle lo que Akiko y Saburo pudieran pensar de él.

Poco a poco, los sollozos fueron remitiendo.

Jack se secó las lágrimas y descubrió que se sentía más ligero, más tranquilo y más cómodo, como si le hubieran quitado de encima un peso invisible y lo hubieran envuelto en una gran manta de paz.

Akiko y Saburo, a quienes el sufrimiento de Jack había sacado de sus meditaciones, lo observaron con compasión. El *sensei* Yamada se inclinó hacia delante con una expresión de triunfo sereno en los ojos y les dijo:

—No sé cómo derrotar a otros, sólo sé cómo ganarme a mí mismo —les susurró, atrayéndolos hacia él con sus palabras—. Los oponentes más reales y peligrosos a los que nos enfrentamos en la vida son el miedo, la ira, la confusión, la duda y la desesperación. Si vencemos a esos enemigos que pueden atacarnos desde dentro, podremos conseguir una verdadera victoria sobre cualquier ataque exterior.

El *sensei* Yamada los miró uno a uno, asegurándose de que habían entendido lo que quería decir.

—Conquistad vuestros miedos interiores y podréis conquistar el mundo. Ésa es vuestra lección para hoy.

El *sensei* inclinó ligeramente la cabeza y los despidió. Akiko y Saburo le devolvieron el saludo y se encaminaron hacia la puerta. Jack, en cambio, permaneció allí sentado.

—Tengo que preguntarle una cosa al *sensei* Yamada —dijo, en respuesta a sus miradas de preocupación—. Me reuniré con vosotros dentro de un momento.

—Te esperaremos en la escalinata —dijo Akiko, y se marchó con Saburo.

—Sí, Jack —reconoció el *sensei* Yamada—. ¿Hay algo que te preocupe?

—Más o menos. Ayer por la mañana, tuve una...

—¿Visión?

—Sí. ¿Cómo lo sabía?

—Suele suceder a esa hora. La mente, una vez liberada, es más potente de lo que puedes imaginar. Cuéntame. ¿Qué viste?

Jack describió su sueño del demonio rojo atacando furiosamente a la mariposa.

—Hay muchas maneras de interpretar ese tipo de revelaciones —dijo el *sensei*, después de reflexionar un momento—. Su verdadero significado quedará oculto bajo las muchas capas de tu mente, y sólo tú podrás descubrirlas todas. Tienes que encontrar la clave que abra el secreto.

Jack se sintió profundamente decepcionado. Había esperado que el viejo monje pudiera ayudarle con la respuesta, pero el *sensei* Yamada se mostraba tan obtuso como siempre. ¿Cómo podía una clave abrir su mente?

—Tal vez la clave sea la *chô—geri*... —murmuró Yamada, más para sí que para Jack.

—¿La *chô—geri*? —instó Jack, de repente lleno de esperanza.

—Sí, la *chô—geri*. A veces el camino para comprender la mente pasa a través del cuerpo. Tu visión contenía una mariposa. Sus movimientos eludieron al demonio. Tal vez la *chô—geri* te ilumine.

—¿Y dónde la encuentro?

—No es cuestión de «dónde», Jack. Es cuestión de «cómo». La *chô—geri* es una antigua técnica china de artes marciales perdida en el tiempo. Se llama «la patada de la mariposa» porque es una patada voladora donde todos los miembros se extienden en una postura similar a la de las alas de una mariposa en vuelo. Es una maniobra altamente avanzada que se abre paso a través de cualquier ataque. Dicen que no hay defensa contra la *chô—geri*.

—¿Entonces qué sentido tiene hablarme de la clave, si nadie la conoce? —dijo Jack, frustrado con los continuos enigmas del *sensei*.

—No he dicho nadie —respondió éste, y luego estudió a Jack durante largo rato. Jack se sintió enormemente incómodo, como si el *sensei* estuviera de algún modo asomándose a su alma.

—Podría enseñártela —dijo por fin—, pero puede que esté muy por encima de tus habilidades.

—¿Tú? Pero... —tartamudeó Jack, algo perplejo—. Perdona mi falta de respeto, *sensei*, pero ¿no eres demasiado viejo para las artes marciales?

—Oh, la ceguera de la juventud —dijo Yamada, poniéndose en pie con ayuda de su bastón.

Jack estaba a punto de pedirle profusamente disculpas cuando, sin advertencia, el *sensei* soltó el bastón y saltó al aire.

El torso del anciano se revolvió, sus brazos se abrieron en arco y ambas piernas se dispararon, pasando por encima de la cabeza de Jack. El *sensei* Yamada giró en el aire y aterrizó de nuevo en su estrado.

—¿Cómo demonios has hecho eso? ¿Cómo has podido? —tartamudeó Jack, anonadado ante la incomprensible agilidad del anciano.

—Nunca hay que juzgar a una espada por su *saya*. Soy monje, Jack. Pero ¿qué soy? —dijo crípticamente, antes de apagar las velas y fundirse en la oscuridad acompañado del eco del golpeteo de su bastón en el gran salón.

Las columnas de incienso restante trazaron en el aire espirales fantasmales y el *sensei* desapareció.

Jack salió del Salón de Buda aturdido, a la vez anonadado y perplejo: el anciano monje había volado por el aire con la gracia de una mariposa, y luego se había marchado dejándole un acertijo.

Encontró a Akiko y Saburo sentados en los escalones y se desplomó junto a ellos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Akiko, preocupada por que la lección hubiera afectado demasiado a Jack.

—Sí, estoy bien. Pero no vais a creer lo que acabo de ver —respondió Jack, y les comunicó a sus dos amigos las sorprendentes habilidades del *sensei* Yamada.

—¡En nombre de Buda, Jack! Incluso yo puedo resolver eso —dijo Saburo, anonadado—. ¡Es un *shoei*!

—¿*Shoei*? ¡Pero si yo creía que Nobunaga había matado a todos los monjes guerreros!

—Está claro que no a todos —dijo Saburo, mirando asombrado hacia el Salón de Buda—. ¡Te apuesto a que el *sensei* Yamada puede matar a un hombre usando sólo su *ki*!

—Ahí viene Kiku —dijo Jack, al ver a la muchachita salir de la Sala de los

Leones y cruzar el patio corriendo hacia ellos.

—*Sumimasen* —dijo Kiku, sin aliento, mientras subía corriendo los escalones de piedra.

—¿Qué pasa? —preguntó Akiko asustada por el tono exaltado de la voz de Kiku.

—¡Yamato se ha escapado!

El cambio

—¡Jack-kun! ¡Jack-kun! ¡Jack-kun!

Jack parpadeó ante la brillante luz del sol de verano. Iba a ser otro día caluroso, pensó, mientras dejaba atrás la fresca sombra de la Sala de los Leones para salir al tórrido patio arropado por los aplausos de los estudiantes allí congregados.

Los últimos tres meses habían supuesto para Jack, Akiko y Saburo un calendario agotador de entrenamientos implacables. La ausencia de Yamato, al principio muy sentida por todos, prácticamente había sido olvidada con la intensidad de los entrenamientos. Jack había perdido la cuenta del número de «cortes» que había practicado con su *bokken* para mejorar su *kenjutsu* y la cantidad de flechas que había perdido o roto en el *kyujutsu*, y no había ni una sola parte de su cuerpo que no hubiera sido lastimada durante el *taijutsu*.

Jack había tenido además que encajar en su apretado día sesiones clandestinas de entrenamiento con el *sensei* Yamada con la tenue esperanza de aprender la *chó-geri* y descubrir el significado de su visión. Pero los entresijos de la compleja técnica seguían eludiéndole. Había hecho todo lo que le había indicado el *sensei* Yamada, pero simplemente no era lo bastante bueno. Al paso que iba, tardaría años en dominar la técnica.

—Nunca conseguiré hacer esto —había dicho desesperado tras caer de espaldas por enésima vez, a apenas una semana de la *Taryu-Jiai*.

—Lo que tú creas será, Jack-kun —respondió sin rodeos el *sensei* Yamada—. No es la técnica lo que tienes que dominar, sino a ti mismo.

Ese fue todo el ánimo que ofreció. Jack se quedó más frustrado que nunca. ¿Acaso no podía ver el viejo monje que la técnica estaba más allá de sus capacidades? Sin embargo, el *sensei* Yamada le exigía la práctica diaria de la *chô-geri*, hasta que todo el cuerpo le dolía por el esfuerzo.

Allí, de pie en el caluroso patio, rodeado de un montón de estudiantes que se desgañitaban para darle ánimos, Jack esperaba que todo el dolor y el esfuerzo de las últimas semanas merecieran la pena. Pero no tenía sentido preocuparse por esas cosas ahora. Era demasiado tarde.

El día de la *Taryu-Jiai* había llegado.

—¡Jack-kun! ¡Jack-kun! ¡Jack-kun!

El cántico llenó sus oídos mientras cruzaba el patio camino del *Nanzen-niwa*, el jardín Zen del Sur. Akiko y Saburo estaban ya allí, esperándole junto a uno de los grandes pilares de piedra. Masamoto y Kamakura estaban sentados bajo un dosel en el extremo norte del jardín. A cada lado los flanqueaban los *sensei* de sus escuelas, todos ellos vestidos con quimonos ceremoniales. Los estudiantes estaban situados a ambos lados del jardín, en filas ordenadas y disciplinadas: los de la *Niten Ichi Ryû* ocupaban el lado este, los de la *Yagyû Ryû*, el lado oeste.

El corazón de Jack golpeteó en su pecho.

—Samuráis de la *Niten Ichi Ryû*. ¡Os saludamos! —gritó un funcionario calvo vestido con un quimono blanco.

La multitud aplaudió con fervor y Jack, Akiko y Saburo se agruparon instintivamente como para protegerse.

Mientras los aplausos remitían, Masamoto y Kamakura conversaban amablemente, pero su cortesía exterior no lograba ocultar la animosidad que subyacía entre los dos samuráis. Masamoto tenía un aspecto especialmente sombrío. La evasión de su hijo lo había envejecido más que cualquiera de sus cicatrices. La vergüenza de la deserción de su hijo era una herida que no se curaría jamás.

—Samuráis de la *Yagyû Ryû*. ¡Os saludamos!

Los estudiantes del lado oeste del jardín aplaudieron y dejaron escapar su grito de batalla:

—¡Yagyû! ¡Yagyû! ¡Yagyû!

La monstruosa silueta de Raiden entró en el jardín y ocupó su sitio junto al pilar de piedra situado frente a ellos. Jack había olvidado lo grande que era. Raiden podía haber parecido un simio enorme en la *hanami* de abril, pero ahora le parecía un toro, brutal y terrible. La *Taryu-Jiai* no iba a ser una competición. Sería una masacre.

Tras él emergió la esbelta figura de una chica de pelo negro. Se movía de forma rápida y calculada, como si cada paso fuera parte de una *kata*. Sus ojos eran afilados diamantes oscuros y su boca de labios finos era un tajo rojo que cruzaba su cara maquillada de polvo blanco. Era atractiva de un modo letal, pensó Jack, una víbora dispuesta a atacar. Entonces la chica ofreció una sonrisa, descubriendo sus dientes.

Los tenía pintados completamente de negro.

Jack apenas se había recuperado de la sorpresa cuando entró el último guerrero de

Yagyū. Toda la *Niten Ichi Ryūde*jó escapar un grito de asombro: no era Tora.

Era Yamato.

Cuando Masamoto reconoció al último participante, se puso en pie de un salto, con los ojos hinchados de ira. Se volvió hacia Kamakura, ciego de ira. Kamakura permaneció sentado, sin moverse, saboreando el momento. El gran Masamoto había sido sacado de quicio.

—Esto no es lo que acordamos. ¿Dónde está el otro samurái? —dijo Masamoto, apenas capaz de controlarse.

—¿Se me olvidó decírtelo? Lo siento. Desgraciadamente, lo convocó su padre y tuvimos que sustituirlo por uno de mis otros estudiantes —respondió Kakamura, paladeando deliberadamente sus últimas palabras.

—¿Tu estudiante? Esto es inaceptable.

—Me temo que las reglas de la *Taryū-Jizi* explican claramente que la competición es entre las dos escuelas, no entre estudiantes individuales. Tengo completa libertad para cambiar a mis guerreros en cualquier momento antes de la prueba. ¿No es así, Takeda-san? —le preguntó Kamakura al juez.

—*Hai*, Kamakura-sama, es correcto —respondió el hombre, evitando deliberadamente la mirada de Masamoto.

—Así pues, a menos que desees interrumpir la *Taryū-Jiai*...

—¡No! Continuaremos.

Masamoto se sentó, hirviendo como una tetera.

—Soy Takeda Masato —dijo el hombre calvo—. Soy el juez independiente de esta *Taryū-Jiai*, nombrado por la Corte Imperial. Arbitraré todos los encuentros. Mi decisión es definitiva e irrefutable. La primera ronda será *kyūjutsu*. ¡Samuráis, preparaos!

La multitud prorrumpió en una salva de aplausos mientras se colocaban los blancos para el tiro con arco.

—¿Qué está haciendo Yamato en su bando? —preguntó Jack mientras esperaban en torno a su pilar—. ¿Cómo puede luchar contra nosotros?

—Ya oíste las palabras de Masamoto —dijo Akiko—. Masamoto lo repudió después del *hanami*. Se escapó porque había pasado demasiada vergüenza. No podía soportarlo.

—Pero ¿por qué unirse a la escuela *Yagyū*?

—Creo que es obvio, Jack. Quiere que su padre pase también vergüenza.

—¡Basta! —interrumpió la *sensei* Yosa, que se había acercado para poner fin a su discusión—. Debéis concentraros en la competición. No permitáis que os distraigan esas prácticas innobles. Recordad lo que os enseñé: necesitáis absoluta concentración. El equilibrio es la piedra angular del *kyujitsu*. El espíritu, el arco y el cuerpo son una sola cosa.

La *sensei* Yosa había estado insistiendo en esos tres principios cada uno de los días de los últimos tres meses. Habían pasado literalmente el primer mes aprendiendo a colocarse y a empuñar el arco de manera correcta. Sólo entonces pasó a enseñarles cómo disparar una flecha. Akiko fue la primera en dominar adecuadamente la técnica, pero Saburo y Jack todavía tenían dificultad para alcanzar el blanco con cierto grado de consistencia.

En las últimas semanas, la *sensei* Yosa les hizo disparar hasta que les sangraron los dedos. Una vez, incluso se acercó a Akiko y le hizo cosquillas en la oreja con la pluma de una flecha. Akiko se quedó tan sorprendida que falló el blanco por completo y casi alcanzó a un pájaro que había instalado su nido en el pino cercano. Todo lo que la *sensei* Yosa dijo fue:

—No puedes distraerte tan fácilmente. Concentración absoluta, ¿recuerdas?

En la siguiente lección, le gritó a Saburo al oído y su flecha voló hacia el cielo.

—¡Concentración! —repitió la *sensei* Yosa.

—Comencemos. Primera ronda. Blancos a cien *shaku* —dijo el juez.

—¡Cien *shaku*! —exclamó Saburo, mientras recogía su arco y sus flechas—. ¡Apenas puedo darle a cincuenta!

—La escuela que anote más puntos con seis flechas será considerada la vencedora de esta prueba —continuó el juez—. Un punto por alcanzar el blanco. Dos puntos por el centro. *Yagyū* comenzará primero.

La chica de los dientes negros se situó en su marca. La multitud guardó silencio. Ella colocó la primera flecha y, de manera fría y despegada, la hizo volar.

Dio en el centro de la diana y la escuela *Yagyū* aplaudió. Sin esperar ni un instante, la chica colocó su segunda flecha y también alcanzó el anillo blanco interior, apenas a una flecha de distancia del centro. Hizo una mueca de frustración.

—Tres puntos, *Yagyū*.

Saburo se colocó en posición. Incluso desde donde estaba, Jack pudo ver que las

manos le temblaban. Apenas podía encajar su flecha.

El primer tiro de Saburo salió tan desviado que casi alcanzó a un estudiante del público. Una oleada de risas recorrió la escuela *Yagyû*.

El segundo tiro de Saburo no fue mejor, y se quedó a un metro de distancia.

—Cero, *Niten Ichi Ryû*.

—No te preocupes, Saburo —dijo Jack al ver la expresión mortificada de su amigo—. Estoy seguro de que el chico mono no lo hará mucho mejor.

Por fortuna, Jack tuvo razón. Raiden ni siquiera podía empuñar el arco correctamente. Ambos tiros pasaron de largo sin rozar siquiera el blanco.

—Cero, *Yagyû*.

Jack fue el siguiente. Comprobó dos veces su postura, intentó ralentizar su respiración y ejecutó meticulosamente cada movimiento. Soltó su primera flecha y alcanzó el blanco en su anillo exterior. Estalló un gran aplauso.

Jack trató de mantener su concentración mientras esperaba a que el ruido de la multitud cesara. Se impuso un silencio respetuoso.

Jack apuntó y disparó.

Falló.

Hubo un gemido en el sector de la *Niten Ichi Ryû* y el otro sector inició una gran celebración. El juez alzó las manos, exigiendo silencio.

—Un punto, *Niten Ichi Ryû*.

—Lo siento —dijo Jack, regresando a su columna.

—No. Ha estado bien. Todavía tenemos una oportunidad —dijo Akiko, con un ligero temblor en la voz. ¡La oportunidad era ella!

Yamato se colocó en la marca. Su técnica básica era buena, y su primera flecha alcanzó el blanco con certeza. La escuela *Yagyû* sintió la victoria y empezó a gritar. Sin embargo, Yamato fue demasiado osado con la segunda flecha: tensó el arco con tanta fuerza que la flecha pasó de largo y, para gran alivio de Jack, Saburo y Akiko, fue a clavarse en el viejo pino situado al fondo del jardín.

La competición no había terminado.

—Un punto, *Yagyû*.

Yamato ignoró abiertamente a Jack y los otros mientras se dirigía a su asiento. No había duda de que estaba insatisfecho con su actuación.

Akiko avanzó hacia la línea de tiro.

—¡Tiene que conseguir dos dianas! —susurró Saburo, desesperado—. ¿Cuándo ha logrado alguna vez eso?

—¿Hoy? —dijo Jack, esperanzado, viendo cómo Akiko tomaba aire lentamente para calmar los nervios.

Jack había visto a Akiko alcanzar el centro una vez a esta distancia, pero fue la única vez durante todo su periodo de entrenamiento. ¿Podría conseguirlo dos veces seguidas cuando más importaba?

Mientras Akiko se preparaba para disparar, los ruidos de la multitud se redujeron a un leve murmullo, como el sonido del océano. Con un fluido movimiento, Akiko lanzó su primera flecha. Voló recta y segura, golpeando el blanco en el mismo centro. Los vítores del sector de la *Niten Ichi Ryû* brotaron como una ola al romper.

—¡Vamos, Akiko! —gritó Jack, incapaz de contenerse.

El juez pidió silencio y los aplausos se apagaron.

Akiko, todavía en el calor del momento, se preparó para su segundo y último tiro. Si lo conseguía, la *Niten Ichi Ryû* ganaría la primera ronda.

Sus manos empezaron a temblar incontrolablemente bajo la presión. Los ojos de toda la multitud estaban clavados en ella. Jack pudo verla luchar para controlar sus nervios: su respiración fue tranquilizándose gradualmente y sus manos se reafirmaron. Alzó el arco por encima de su cabeza y tensó la cuerda.

—¡AMANTE DE GAIJINS! —gritaron desde el sector de la escuela *Yagyû*.

El grito quebró el silencio. Durante un brevísimo instante, Akiko pareció aturdida, luchando por controlar el delicado equilibrio entre su mente y su cuerpo mientras el insulto resonaba dentro de su cabeza.

Jack ardió por dentro, sabiendo que Akiko tenía que mantener el flujo de su tiro; de lo contrario, fallaría.

Ella disparó la flecha un instante demasiado pronto.

La flecha giró torpemente. Sin embargo, alcanzó la diana. Pero ¿había dado en el centro?

Toda la multitud contuvo la respiración. El juez corrió a examinar la flecha, cuya punta había ido a clavarse en el borde del centro.

—¡Ha dado en el centro! Cuatro puntos para *Niten Ichi Ryû* —anunció el oficial, satisfecho con la marca de la flecha.

Jack y Saburo dieron un puñetazo al aire. ¡Akiko lo había conseguido!
Akiko inclinó triunfal la cabeza mientras el juez exclamaba:
—¡Primera ronda para *Niten Ichi Ryû*!

El Demonio y la mariposa

Ni siquiera era mediodía, pero en el *butokuden* hacía ya un calor sofocante. Los estudiantes de ambas escuelas flanqueaban el perímetro del salón, desplegados como una nube de mariposas, mientras la demás gente se asomaba por las rendijas de las persianas.

Masamoto fue a buscar a Jack, Akiko y Saburo y los encontró preparándose para la siguiente ronda. Felicitó a Akiko por su sobresaliente actuación en el *kyujitsu* y les ofreció a cada uno palabras de ánimo ante el inminente combate de *taijutsu*.

—Recordad la segunda virtud del *bushido* —dijo con entusiasmo mientras se marchaba para ocupar su sitio en el *butokuden*—. ¡Valor!

Jack dirigió a Saburo una mirada de desesperación y se encogió de hombros mientras se cambiaba de ropa y ataba firmemente un *obi* en torno a su *gi* azul de lucha. Cuando todos estuvieron preparados, Jack, Akiko y Saburo entraron en el *butokuden* y formaron una fila delante del estrado ceremonial.

Masamoto y Kamakura esperaban al fondo del salón, como dos emperadores que aguardaran a que sus gladiadores lucharan. Kamakura se mostraba menos exultante que al principio, mientras que Masamoto exudaba un aire de tranquila confianza tras la primera victoria de su escuela.

—¡Segunda ronda, *taijutsu*! —anunció el juez de la Corte Imperial, y luego, tras mirar a Raiden, añadió—: esto no es una lucha a muerte. Se concederá la victoria por puntos, rendición o fuera de combate solamente.

Raiden se encogió de hombros, despectivo, indicando claramente que no tenía ninguna intención de seguir las reglas.

—Durante cada encuentro, se concederán puntos por la ejecución de la técnica. El *ippon* es un punto completo por demostrar una técnica perfecta. El *waza-ari* es medio punto por una técnica casi perfecta: dos *waza-ari* igualan un *ippon* ganador. Se conceden *yoku* y *koka* por técnicas menores y sólo contarán si, una vez agotado el tiempo, no hay ningún ganador claro. La escuela con más puntos ganará esta ronda.

La multitud vitoreó como una carnada de leones, y sus gritos reverberaron por todo el *butokuden*.

—Primer combate. Akiko contra Moriko. ¡Alineaos!

El rostro de Akiko perdió gran parte de su color al oír mencionar su nombre.

—Lo harás bien —animó Jack—. Recuerda lo que dice siempre el *sensei* Kyuzo: «La victoria de mañana es la práctica de hoy.» Bueno, hemos practicado lo suficiente para vencer.

Y era cierto. El diminuto *sensei* Kyuzo había sido el más exigente de todos los *sensei*. Era casi como si el hombre hubiera lamentado tener que enseñarles y por eso los había castigado con entrenamiento extra. Habían repasado vigorosamente una técnica tras otra. Habían ensayado lo básico y nada más.

—¿Y las otras técnicas, como la *ren-geri*, las patadas múltiples? —se quejó Saburo un día, y luego tuvo que hacer cincuenta flexiones por su insolencia.

—Todo lo que necesitáis es el *kihon waza* —explicó el *sensei* Kyuzo—. Las patadas múltiples son demasiado abiertas para contrarrestarlas. Un buen bloqueo o un puñetazo son mucho más efectivos. Ya os digo: las técnicas básicas son para la batalla.

Y eso era exactamente lo que iba a ser ese combate: una batalla. La chica de *Yagyū*, Moriko, siseó y mostró sus dientes negros mientras se encaraba a Akiko para su encuentro.

—¡*Rei!* —dijo el juez, y las muchachas inclinaron la cabeza ante Masamoto y Kamakura y luego una ante la otra. Se encendió una varita de incienso en un cuenco de latón y el juez exclamó—: ¡*Hajime!*

De inmediato, Moriko se lanzó contra Akiko disparando una patada frontal, y luego una patada en redondo y después una patada hacia atrás. Akiko se retiró a la defensiva, intentando contrarrestar el chaparrón de ataques. Consiguió desviar la patada frontal, esquivó apenas la circular, pero la patada hacia atrás la alcanzó en la cadera. Cayó al suelo. Moriko dio un salto hacia delante para terminar con una *fumi-komi*, la patada con pisotón.

—¡*YAME!* —exclamó el oficial, deteniendo el sañudo ataque de Moriko—. ¡*Waza-ari* para Moriko!

La escuela *Yagyū* aplaudió. Jack estaba pálido. Odiaba ver pelear a Akiko. Quiso correr y defenderla, como ella lo había defendido.

—¡*Rei!* —dijo el juez, y las chicas saludaron—. ¡*Hajime!*

Moriko atacó de nuevo a Akiko, pero esta vez Akiko estaba preparada. Se hizo a un lado, atrapó la pierna de Moriko con un brazo y la golpeó en el pecho con un golpe de canto, barriendo la pierna en la que se apoyaba Moriko al mismo tiempo. Un bloqueo y una respuesta simple, pero efectivos. La perfecta técnica de Akiko, sin

embargo, pareció de lo más burdo cuando Moriko agarró a Akiko al caer.

—¡YAME! —exclamó el juez, deteniendo el forcejeo—. ¡*Waza-ari* para Akiko!

Esta vez los estudiantes de la *Niten Ichi Ryûse* volvieron locos. Las dos muchachas estaban empatadas.

—¡*Rei!* —dijo el juez, y las chicas saludaron—. ¡*Hajime!*

Esta vez, Moriko mantuvo su distancia.

Caminaron en círculo; Moriko siseaba como un gato negro, mientras Akiko conservaba la calma. Cada una fingió acercarse a la otra, hasta que Moriko agarró rápidamente el brazo izquierdo de Akiko. Akiko contraatacó, pero entonces las dos forcejearon, cada una intentando conseguir ventaja para hacer una llave. Akiko fue la primera y rotó su cuerpo para una *o-goshi*, una llave de cadera. Moriko se agachó, bajando su centro de gravedad e impidiendo la acción de Akiko. Desde atrás, tiró con saña del pelo de Akiko.

Jack fue uno de los pocos en verlo. Tirar del pelo estaba prohibido, y Moriko ocultó su movimiento ilegal con su cuerpo, manteniéndose pegada a Akiko, que estaba atrapada. Moriko entonces barrió con la pierna desde atrás, sin dejar de tirarle del pelo.

—¡YAME! ¡*Waza-ari* para Moriko! —dijo el juez, que no había visto la infracción de Moriko—. ¡Primer combate para *Yagyû Ryû!*

—¡No puedo creerlo! —dijo Jack, airado, mientras Akiko se sentaba a su lado—. ¿Cómo no ha visto eso el árbitro?

—No te preocupes por mi combate. Ya ha terminado —dijo Akiko con el rostro acalorado por los esfuerzos de la pelea—. Concéntrate en el tuyo. Tienes que vencer.

—Segundo combate. Raiden contra Jack. ¡*Shugo!*

El corazón de Jack se detuvo un segundo. Le tocaba enfrentarse a Raiden.

—Buena suerte, Jack —susurró Yori, que estaba de rodillas tras ellos con el resto de su clase.

—Sí, buena suerte, Jack —dijo Emi cálidamente.

Estaba coqueteando, pensó Akiko, dirigiéndole a Emi una mirada de desconfianza.

—Gracias —respondió Jack, consiguiendo de algún modo devolverles una sonrisa. «Bueno, es un principio», pensó. Emi se fijaba en él.

Entonces vio a Kazuki mirándolo desde el fondo de la fila y sus amistosos

sentimientos se evaporaron. Kazuki se pasó un dedo por la garganta.

Su antiguo enemigo estaba resentido desde el *hanami*, pues Jack ya no era el *gaijin* de la escuela, sino el héroe. Y Kazuki había sido ignorado. Ahora saboreaba la inminente derrota de Jack. Era imposible que pudiera vencer y Kazuki sabía que a nadie le gustan los perdedores.

Jack se dirigió al centro del *butokuden*. El calor afectó inmediatamente a sus fuerzas. No soplaban ni una brizna de aire fresco y los intensos rayos de sol calentaban el suelo de madera.

El salón de repente le pareció a Jack más grande que nunca, y se sintió diminuto como una hormiga frente al gigantesco Raiden. Éste sonrió y ladeó la cabeza, aflojando las articulaciones de su cuello con un crujido terrible.

Jack iba a ser despedazado miembro a miembro.

Miró a sus amigos. Sus rostros reflejaban el miedo como un espejo.

Entonces vio al *sensei* Yamada, el *sensei* Kyuzo, y el *sensei* Hosokawa en el perímetro. El *sensei* Yamada inclinó ligeramente la cabeza, luego indicó con la mano abierta la diferencia de tamaño entre el *sensei* Kyuzo y el *sensei* Hosokawa. Jack comprendió inmediatamente: el tamaño nunca había sido un problema para el *sensei* Kyuzo a la hora de luchar. Y tampoco lo sería para él.

—¡*Rei!* —dijo el juez.

Jack y Raiden saludaron primero a Masamoto y Kamakura, y luego se saludaron fríamente el uno al otro. El juez esperó que encendieran otra barra de incienso y a continuación gritó:

—¡*Hajime!*

Jack se había decidido por una estrategia de todo o nada y, cuando Raiden se abalanzó hacia él, lo golpeó con una patada frontal, y luego una circular. Pero Raiden simplemente desvió sus patadas de un manotazo antes de lanzarle un golpe con el antebrazo. Jack salió volando y acabó tendido en el suelo.

—¡*YAME!* —exclamó el juez—. ¡Kokapara Raiden!

Jack se puso en pie tambaleándose, sacudido, pero ileso. Akiko y Saburo le dirigieron miradas de ánimo, pero su apoyo quedó minado por el rostro sonriente de Kazuki y el gesto de Nobu, que hacía la pantomima de colgarse de una horca.

—¡*Hajime!*

Cuando Jack aún se estaba preparando, Raiden pisoteó su pierna adelantada. Jack

dejó escapar un alarido y trató de retroceder, pero tenía el pie atrapado. Raiden lanzó un gran gancho de izquierda. Jack lo esquivó y sintió como le pasaba por encima de la cabeza. Pero, al levantarse, Raiden lanzó su puño derecho contra su cara.

Jack lo bloqueó con un sólido *age-uke*, bloqueo hacia arriba, pero supo que le quedaba poco tiempo si no se liberaba pronto.

Jack cayó de rodillas y, con todo su peso, golpeó el interior del muslo de Raiden, apuntando directamente al centro nervioso que le había enseñado el *sensei* Kyuzo. Raiden aulló de dolor y soltó el pie de Jack, pero al retroceder, tambaleándose, consiguió alcanzar a Jack con un torpe pero brutal revés en la cara.

Jack salió volando por segunda vez.

—¡YAME! —exclamó el juez—. ¡*Koka* para Raiden!

—Vamos, Jack. Puedes derrotarlo —exclamó Akiko para animarlo, pero los gemidos del resto de la *Niten Ichi Ryû* eran una evaluación más sincera de sus posibilidades.

En el tercer ataque, Jack duró un poco más, hasta que el antebrazo de Raiden le cruzó la cara...

Jack se desplomó.

—¡YAME! —exclamó el juez—. ¡*Kokapara* Raiden!

Esta vez Jack se quedó en el suelo y el juez empezó a contar.

—Uno... dos...

El golpe del «cordel» de Raiden le había dejado sin sentido y permaneció allí tirado, deseando que todo terminara. La cabeza le resonaba de dolor, los vítores eran una oleada de sonido en sus oídos, y la idea de rendirse era ahora más incitadora que nunca. No tenía ninguna posibilidad en ese combate. Su única esperanza era terminar vivo y en una sola pieza.

—Tres...

Entonces oyó una voz por encima del murmullo de la multitud.

—¡Siete veces abajo, ocho veces arriba!

Jack sacudió la cabeza, tratando de despejarla. La sala volvió a aclararse y la voz ganó claridad.

—Cuatro...

—¡Siete veces abajo, ocho veces arriba!

Era Yori. Le estaba gritando a Jack.

—¡Siete veces abajo, ocho veces arriba!

—Cinco...

Yori le estaba diciendo a Jack que no se rindiera. Todo lo aprendido se fundió de repente en una sola cosa: Jack no podía aceptar la derrota.

—Seis...

Tenía que conquistar sus propias dudas y miedos. Las palabras del *sensei* Yamada resonaron en su cabeza.

—Para que te pisen, tienes que estar en el suelo.

—Siete...

—¡Siete veces abajo, ocho veces arriba!

Ahora oyó a Saburo y Akiko que se habían unido al cántico de Yori, junto con varios estudiantes más.

—Ocho...

Raiden no lo derrotaría sin luchar.

—Nueve...

Jack se obligó a ponerse en pie. La multitud rugió, ansiosa por ver al *gaijin* volar de nuevo. La cuenta se detuvo y Jack ocupó tambaleante su posición.

—¡*Hajime!* —dijo el juez, sin dar a Jack más oportunidades para recuperarse.

Raiden se abalanzó hacia delante.

Jack bloqueó su primer ataque.

Raiden pasó de largo, se dio la vuelta y volvió a atacar. Jack consiguió alcanzar con un golpe el costado de Raiden, pero éste le asestó en el pecho un terrible puñetazo y Jack salió despedido hacia atrás y aterrizó pesadamente cerca de Akiko.

—¡YAME! —exclamó el juez—. ¡Kokapara Raiden!

Akiko parecía inquieta, pero Jack se levantó y lo intentó de nuevo.

—¡YAME! —exclamó el oficial, cuando Jack volvió a caer al suelo como un muñeco de trapo—. ¡Kokapara Raiden!

Raiden se aprovechó del débil estado de Jack y ejecutó una *ura mawashi-geri*, una patada de gancho, que lastimó a Jack en las costillas.

—¡YAME! —exclamó el juez, con creciente preocupación en la voz—. ¡*Yuko*

para Raiden!

Jack se alegró de que el suelo fuera blando, aunque el impacto al aterrizar le dolió de todos modos. Se obligó a levantarse, tambaleándose como el muñeco Daruma. Jack empezó ahora a apreciar todas y cada una de las veces en que el *sensei* Kyuzo le había hecho *uke*. Akiko tenía razón, la experiencia lo había endurecido contra este tipo de palizas constantes.

—Queda media varita de incienso —anunció el juez—. ¡*Hajime!*

Raiden respiraba entrecortadamente por la longitud del combate. Quedaba claro que estaba acostumbrado a que sus oponentes se rindieran después de una sola ronda. Su rostro había adquirido un color rojo brillante y sudaba como un cerdo.

Jack advirtió también que se movía más despacio y consiguió bloquear con facilidad un *mawashi-zuki* de Raiden, un puñetazo circular. Entonces la comprensión lo alcanzó con un destello cegador. Raiden, sudoroso, colorado y cansado no era un cerdo. ¡Era un demonio, el demonio de la visión de Jack!

Demasiado cansado para intentar siquiera una técnica adecuada, Raiden agarró a Jack y, por pura fuerza bruta, lo arrojó al otro lado del *aojo*. Jack resbaló de espaldas por el suelo, y fue a detenerse a los pies del *sensei* Yamada.

—¡YAME! —exclamó el juez—. ¡Kokapara Raiden!

La escuela *Yagyū* se volvió loca. En menos de una varita de tiempo, el combate sería suyo. Era imposible que Jack venciera.

Jack miró al *sensei* Yamada, que se inclinó expectante sobre él, como si rezara.

—¡*Sensei!* ¡Raiden es el demonio de mi visión! —murmuró Jack—. ¿Qué significa?

El *sensei* Yamada simplemente abrió y cerró las manos como las alas de una mariposa. El mensaje estaba claro: Jack tenía que ser la mariposa.

Jack se incorporó y alisó su *gi* azul de combate. ¡Azul! Jack se rio ante lo clara que había sido su visión. No podía derrotar a Raiden por la fuerza, pero sí con habilidad y resistencia.

Jack cambió de táctica. Raiden tenía claramente mala técnica, y confiaba tan sólo en que su tamaño y su peso hicieran el trabajo por él. Si Jack era rápido y ágil como una mariposa, podría evitar los golpes. Evitarlos lo suficiente para que Raiden se agotara, igual que el demonio de su visión. Jack tan sólo esperaba tener tiempo suficiente para cansar al «demonio».

—¡*Hajime!* —anunció el juez.

La pelea continuó.

Sin embargo, mantenerse fuera del alcance de Raiden era más fácil de pensar que de hacer. Jack no podía correr simplemente alrededor del *dojo*. Tenía que mantenerse lo bastante cerca para que Raiden lo atacara, para obligarlo a agotarse, sin lanzarle, sin embargo, ningún golpe.

Jack alargó el combate, pasando de un punto a otro. Esquivó a su contrincante, se contorsionó y se zambulló, mientras el calor del sol del mediodía ya cercano cocía el *butokuden* y lo convertía en un horno.

Raiden se agitaba lleno de frustración, con movimientos cada vez más torpes, mientras Jack esquivaba un golpe tras otro. El sudor corría por la frente del muchacho y se le metía en los ojos, dificultando su visión. Al levantar la mano para secárselo, bajó ligeramente la guardia.

Ésta era la oportunidad que había estado esperando Jack.

Sabía que era imposible que una simple patada o un puñetazo pudieran derribar a Raiden. Necesitaría dejar atrás los brazos de simio de su oponente antes de poder descargar un golpe efectivo. Sólo le quedaba una opción, la *cho-geri*, la patada de mariposa. «Lo que tú creas será», le había dicho el *sensei* Yantada, y en ese momento Jack creyó que podía hacerlo.

Sin pensarlo, Jack se lanzó al aire. Una sesión de entrenamiento convergió en un solo momento.

Mientras se retorció en el aire, haciendo girar los brazos como las alas de una mariposa para no perder el control, lanzó la pierna derecha, sin dejar de girar, y rebasó la debilitada guardia de Raiden, mientras su pierna izquierda golpeaba la mandíbula de su contrincante. La *cho-geri* salió bien y Raiden se desplomó bajo su fuerza.

Todo el *butokuden* quedó sumido en un silencio sepulcral.

Jack aterrizó limpiamente junto al cuerpo caído de su oponente justo cuando los últimos restos de ceniza caían al plato.

—¡YAME! —exclamó el sorprendido juez—. ¡Ippon para Jack!

Contra todo pronóstico, Jack había conseguido ejecutar la *cho-geri*. No podía creerlo.

La *Niten Ichi Ryû* estalló en aplausos y Jack se dirigió tambaleándose a su esquina, dejando a Raiden caído en el suelo.

—¡Ha sido sorprendente! —exclamó Saburo, que había corrido a animarlo,

entusiasmado.

—¿Dónde aprendiste a lanzar una patada así? —dijo una voz entre la multitud.

—¿Cómo se llama? —preguntó otro—. ¿El *gaijin* volador?

Todos los estudiantes rodearon a Jack, deseosos de aprender su patada del *gaijin* volador.

Todavía aturdido por la victoria, Jack se arrodilló mientras todos se congregaban en torno al nuevo héroe.

El juez pedía desesperadamente silencio y poco a poco el griterío de la multitud se redujo a un murmullo entusiasmado.

Cuando todo el mundo volvió a ocupar su puesto, Jack pudo ver al *sensei* Yamada, con una enigmática sonrisa en los labios, conversando educadamente con el *sensei* Kyuzo, quien al parecer pedía una explicación del talento hasta ahora oculto de Jack para las patadas.

—Ahora, combate final. Saburo contra Yamato. ¡Alineaos! —anunció el juez, y todos los ojos se posaron sobre los dos competidores restantes.

Las dos escuelas estaban empatadas, de modo que el combate final era crucial.

Si Saburo derrotaba a Yamato, la *Niten Ichi Ryû* sería la vencedora del día. Saburo era un luchador competente y tenía muchas posibilidades de vencer. Yamato, sin embargo, se había convertido en un factor desconocido.

Yamato se enfrentó a Saburo.

Saburo le dirigió una sonrisa amable, pero Yamato permaneció impassible, con una expresión cerrada en los ojos, como si no reconociera a su antiguo amigo.

—¡*Reí!* —exclamó el juez. Los dos saludaron y, una vez encendido el incienso, agregó—. ¡*Hajime!*

Yamato no se movió.

Saburo vaciló un momento y luego lanzó una limpia patada frontal seguida de un sólido puñetazo del revés.

Yamato esquivó limpiamente la patada y bloqueó el puñetazo de Saburo con el antebrazo. Luego, con un movimiento como el rayo, giró sobre Saburo y lo atacó con un devastador *seoi-nage*, un empujón con el hombro. Saburo surcó el aire y aterrizó con fuerza en el suelo de madera del *butokuden*.

—¡*Ippon!*—gritó el juez entre vítores exultantes—. ¡La segunda ronda es para la

Yagyū Ryū!

El incienso apenas había empezado a humear y el combate ya había terminado.

La Espada de Jade

Jack miró a los ojos de Yamato, buscando su primer movimiento.

—La mayoría de las batallas se ganan antes de desenvainar la espada —le había dicho el *sensei* Hosokawa durante una de sus sesiones de *kenjutsu*—. Derrota la mente de tu enemigo, y derrotarás su espada.

Akiko había ganado su competición de *bokken* contra Moriko, consiguiendo una dulce venganza con una victoria por tres a cero. Las sucias tácticas de Moriko en *taijutsu* habían airado a Akiko y había combatido sin piedad. Saburo, por otro lado, después de haber perdido la confianza tras su lucha con Yamato, fue derrotado por Raiden dos a uno. La *Taryu-Jiai* estaba ahora en equilibrio, cualquiera de las dos escuelas podía vencer.

Todo se reducía a Jack y Yamato.

Jack seguía sin poder creer que Yamato estuviera luchando contra la escuela de su propio padre, pero la expresión oscura y ominosa de sus ojos dejaba claro que su lucha era con Jack. Y sólo con Jack.

—¿Al mejor de tres? —se burló Jack, lanzando su propio viejo guante.

Jack sabía cómo luchaba y pensaba Yamato. Él le había enseñado, había practicado con él, y Yamato lo había derrotado. Esta vez, Jack juró que sería él quien vencería.

Yamato hizo una mueca de desdén y, sin dignarse responder, colocó su *kissaki* en línea con la de Jack.

—¡*Hajime!* —anunció el juez.

Yamato golpeó con la velocidad de una cobra. Su *bokken* se abrió paso hacia Jack y se abalanzó contra su cabeza.

Jack esquivó el golpe, barriendo con su propio *bokken* sobre la garganta de Yamato, quien contraatacó rápidamente y bloqueó su intento. Jack presionó inmediatamente con otro ataque, pero Yamato lo vio venir y bajó su propia arma sobre el brazo armado de Jack.

—¡YAME! —exclamó el oficial mientras la multitud aplaudía—. ¡Punto para *Yagyū!*

—Te he visto pensar antes de que hicieras el movimiento —rio Yamato—. No has

cambiado, Jack.

—Pero tú sí. Has perdido tu honor.

Yamato se irritó por el insulto y lanzó un ataque incluso antes de que el juez diera inicio a la siguiente ronda. Era exactamente la reacción que Jack esperaba. Yamato seguía sin poder controlar su temperamento y, cuando lo desequilibraban sus emociones, cometía errores fundamentales de juicio.

Los golpes de Yamato arreciaron sobre Jack y entonces... Yamato cometió su primer error: se había acercado demasiado y, al prepararse para dar un revés, Jack lo esquivó y le golpeó con fuerza en el vientre.

—¡YAME! —exclamó el oficial mientras Yamato caía al suelo y la multitud prorrumpía en aplausos y vítores—. ¡Punto para *Niten Ichi Ryû!*

Empate.

El siguiente movimiento decidiría la *Taryu-Jiai*. Nadie se atrevía a respirar. En el *butokuden* se impuso de pronto un grave silencio. Masamoto y Kamakura estaban inmóviles, petrificados por la expectación, como dioses de piedra en sus tronos.

Durante un breve momento, el tiempo pareció detenerse y Jack y Yamato se enzarzaron en una batalla invisible, cada uno viendo en su mente los movimientos del otro. Se movieron con lentos pasos sincronizados, reflejando las poses del otro, alzando sus espadas al unísono y nivelando sus *kissaki*.

—¡*Hajime!* —anunció el oficial.

Los *bokken* entrechocaron. Casi como si estuvieran bailando, acariciaron el suelo con los pies, detuvieron los golpes del otro, giraron sobre sus talones y prepararon sus armas de nuevo.

Las espadas entrechocaron, y cada *bokken* alcanzó simultáneamente el cuello del otro.

—¡Empate! —gritó asombrado el juez.

Sus ojos continuaron la lucha. Seguían siendo los mismos niños que habían combatido en el puentecito de la casa de Hiroko, en Toba, pero ninguno de los dos podía negar que ambos tenían ahora las mismas habilidades.

La confusión reinó entre los estudiantes. ¿Podía haber un empate en una *Taryu-Jiai*? ¡Claro que no! ¿Cómo se decidiría entonces el ganador definitivo? El juez pidió calma.

Jack y Yamato sólo se retiraron cuando el juez se interpuso entre ellos. El juez corrió entonces hacia Masamoto y Kamakura y empezó a conversar en tono grave y

susurrante.

Toda la multitud aguzó el oído, esperando captar alguna palabra de lo que se decía.

Después de varios minutos de acalorada discusión, Masamoto y Kamakura volvieron a acomodarse en sus asientos y el juez regresó al centro del *dojo*.

—¡Samuráis de la *Niten Ichi Ryû!* ¡Samuráis de la *Yagyû Ryû!* —anunció con gran pompa y ceremonia—. Por el poder que me confiere la Corte Imperial, invoco el Rito de la Espada de Jade.

La multitud estalló en un clamor y el juez casi perdió la voz desgañotándose para recuperar el control.

—Como consideró el emperador Kammu, el padre de Kioto, el Rito de la Espada de Jade puede invocarse cuando se produce un empate en la *Taryu-Jiai*. Se ha acordado que el samurái que recupere la Espada de Jade de la Cascada del Sonido de las Plumas y la presente al fundador de su escuela será considerado el campeón. Comenzaremos el rito dentro de dos varitas de tiempo ante el Salón de Buda.

La multitud se dejó llevar por el entusiasmo enfervorizado.

El rito no se había invocado desde hacía más de cien años. No había habido necesidad. Nadie recordaba que dos escuelas hubieran empatado hasta entonces.

La Cascada del Sonido de Plumas

El incienso emitió una última vaharada de humo antes de morir.

—¡*Hajime!* —exclamó el juez calvo.

Jack corrió hacia la puerta, con Yamato pegado a su costado.

Los aplausos se intensificaron cuando salieron del Salón de Buda y bajaron corriendo de dos en dos los escalones de piedra. La multitud, que se había congregado en el patio, se dividió como una inmensa ola humana mientras Jack y Yamato se dirigían a la puerta principal.

Fuera de la *Niten Ichi Ryû*, Jack y Yamato siguieron la calle a la izquierda y la multitud los siguió, animándolos.

Unos cuantos estudiantes trataron de seguir su ritmo, pero pronto Jack y Yamato los dejaron atrás.

Al final de la calle, Yamato se adelantó un poco y de pronto tomó un atajo por un callejón. Jack le siguió pisándole los talones mientras el sonido de la multitud se apagaba tras ellos. No quería perder a Yamato. No es que le preocupara despistarse en las calles. Akiko le había dicho cómo llegar a la Cascada del Sonido de las Plumas. Jack no quería perder terreno tan pronto.

En la carrera por comenzar el Rito de la Espada de Jade, Akiko y Saburo habían llevado a Jack a la Sala de los Leones en un frenético intento de prepararlo. Mientras Jack se ponía un kimono nuevo y engullía febrilmente agua y comida, Akiko le contó la historia de la Espada de Jade.

—La Espada de Jade perteneció al mismísimo emperador Kammu, el padre fundador de Kioto. Se dice que el samurái que empuñe la Espada de Jade nunca podrá ser derrotado. El emperador Kammu ordenó por tanto que nunca saliera de Kioto para que esta ciudad estuviera siempre protegida. Ofreció la espada al sacerdote budista Enchin para que la guardara, y éste la colocó en lo alto de la Cascada del Sonido de las Plumas para que dominara Kioto y protegiera la fuente del río Kizu.

—Entonces ¿dónde está esa cascada? —preguntó Jack entre bocados de arroz.

—Está detrás del templo *Kiyomizudera*, en las montañas. Se llega allí siguiendo el sendero empinado que parte del puente principal.

—¿Te refieres al puente por el que entramos en Kioto?

—Sí. El sendero quedará a tu izquierda. Serpentea entre las montañas y te llevará directamente a la *Niomon*, la Puerta de los Reyes Deva. Es la entrada principal al templo. No puedes perderte —dijo ella enfáticamente mientras ataba el *obi* de Jack alrededor de su cintura.

—Es un camino de peregrinos y está claramente indicado. Una vez dentro del complejo, ve directamente hacia la *Sanju-no-to*, una pagoda de tres pisos del mismo color del *torii* de Toba. Luego corta camino por el Templo del Dragón y la puerta central hasta la *Hondo*, la sala principal. Al otro lado encontrarás el *butai*, el escenario de baile de los monjes, y a tu izquierda quedará la Cascada del Sonido de las Plumas y el altar de la Espada de Jade.

—Eso no parece muy difícil.

—No te dejes engañar, Jack. Enchin colocó allí la espada por un motivo. La cascada es enormemente peligrosa. Las rocas están mojadas y son muy resbaladizas, y la ascensión es enormemente empinada. Muchos samuráis han caído en su pretensión de tocar la espada, y sólo unos pocos han logrado ponerle las manos encima.

Entonces, antes de que Jack pudiera hacer más preguntas, lo llevaron corriendo al Salón de Buda para comenzar: llevaba el peso del honor de la *Niten Ichi Ryû* sobre sus hombros.

—¡A ver si os fijáis por dónde vais! —gritó un airado mercader mientras Yamato y Jack pasaban corriendo junto al puesto del hombre, derribando su fruta al suelo.

Se abrieron paso entre el puñado de sorprendidos compradores y pronto llegaron a las afueras de la ciudad. Jack se sintió aliviado por escapar del sofocante calor. Yamato llegó primero al puente y lo cruzó antes de dirigirse hacia la izquierda y tomar el camino de los peregrinos. A lo lejos, Jack vio la *Sanju-no-to*, la pagoda de tres plantas, alzándose sobre los árboles.

Akiko tenía razón: era imposible perderse. Un continuo fluir de peregrinos se dirigía al templo. Había vendedores a ambos lados del polvoriento camino y ofrecían talismanes, incienso y pequeños papelitos de la fortuna, mientras que los mercaderes más reputados vendían agua, *sencha* y tallarines a la multitud de viajeros agotados y hambrientos. Jack serpenteó entre ellos, tratando de alcanzar a Yamato.

—¡Más prisa, menos velocidad! —gritó uno de los vendedores, agitando un papel de la fortuna ante la cara de Jack cuando pasó corriendo.

Jack continuó, apretando más el paso.

Yamato ya había entrado en el bosque que marcaba la zona inferior de la montaña. El camino se abría paso pendiente arriba, desapareciendo y volviendo a aparecer entre el puñado de árboles. Jack agradeció su fresca sombra cuando penetró también en el bosque. El corazón le martilleaba en el pecho, pero continuó corriendo, esforzándose por alcanzar a Yamato. La ruta se fue empinando cada vez más y, tras doblar una curva, Jack se dio cuenta de que Yamato empezaba a reducir el ritmo.

Jack, convencido de que podría adelantarle en la siguiente recta, aceleró, pero al rodear la esquina chocó de frente con una gran barriga blanda. Rebotó y cayó sin más ceremonias sobre el suelo de piedra.

—¡Eh! Menuda prisa llevas, hijo mío —dijo un orondo monje de túnica azafrán, frotándose tiernamente su generoso estómago.

—Lo siento, pero tengo prisa por... Un asunto de honor...

Jack inclinó la cabeza en una rápida disculpa y corrió detrás de Yamato.

—Oh, los jóvenes de hoy, tan ansiosos de iluminación... ¡Buda esperará! —gritó el monje amistosamente mientras Jack se perdía en la distancia.

No vio a Yamato cuando dobló la última curva y pasó bajo la *Nio-mon*, la Puerta de los Reyes Deva. Jack, sin mirar apenas los dos grandes leones que protegían la entrada contra el mal, subió corriendo los escalones de piedra, dejó atrás a los sobresaltados peregrinos y atravesó una segunda puerta que conducía a la *Sanju-noto*. La pagoda de tres pisos estaba pintada de un rojo violento y destacaba claramente contra el marrón oscuro de los demás edificios.

Jack no vio a Yamato por ninguna parte y corrió hacia la *Hondo*, la Sala Principal, un inmenso edificio que dominaba el complejo del templo.

Atravesó un pequeño altar, en cuyo techo había un vivido dibujo de un dragón verde, pasó otra puerta protegida por leones, y entró en el santuario exterior de la *Hondo*. Tras abrirse paso entre los numerosos peregrinos postrados en oración, se dirigió al santuario interior.

Dentro, sólo había unos cuantos monjes de aspecto sorprendido que observaron al acalorado, sudoroso y jadeante *gaijin* con sereno interés. El interior del santuario era oscuro y fresco, y, a diferencia de otros templos, estaba adornado con imágenes doradas del Buda. Jack, sin embargo, sólo tuvo tiempo de echarles un vistazo rápido y se apresuró a buscar una salida.

—¿La Cascada del Sonido de las Plumas? —preguntó desesperado.

Un monje delgado y bronceado, sentado en posición de semiloto, señaló una puerta a su derecha. Jack inclinó brevemente la cabeza para mostrar su

agradecimiento, atravesó la puerta y salió una vez más a la brillante luz del sol.

Se encontró en una gran plataforma de madera, el *butai*, que se asomaba unos diez metros a un profundo barranco repleto de vegetación y árboles. El sonido del agua atronaba sus oídos y, a través de una fina bruma de agua, Jack vio todo Kioto desplegado en el lejano suelo del valle. La ciudad titilaba con toda su gloria como un espejismo, y un leve arco iris se elevaba en su corazón, sobre el Palacio Imperial.

A la izquierda de Jack, la Cascada del Sonido de las Plumas caía por un acantilado pelado hasta estrellarse en una gran cuenca de roca, a unos quince metros de distancia. El agua se rebullía en una confusión de remolinos y espuma antes de remansarse y seguir deslizándose por el barranco hacia el valle de Kioto.

Jack alzó la cabeza y vio que Yamato ya estaba escalando por la cara rocosa, dirigiéndose al pequeño altar de piedra que había en el borde de la cascada.

Jack calculó que la cascada tenía la altura de la cofa del *Alexandria*. Yamato estaba un poco más arriba del *butai*, pero no había duda de que la ascensión no le resultaba fácil: incluso desde donde estaba, Jack veía que las piernas le temblaban, y que sus manos buscaban a tientas el siguiente asidero.

Tras pasar la barandilla del *butai*, Jack divisó un estrecho saliente desde donde empezar la ascensión. Había un salto de dos metros desde la seguridad del *butai* al acantilado. Bajo él, el agua embalsada proporcionaba su única red de seguridad. Jack tomó aire, y se lanzó hacia la cara de roca.

Aterrizó limpiamente en el saliente, pero perdió pie de inmediato en su resbaladiza superficie. Resbaló sin control por la cara del acantilado. Sus días como gaviero acudieron ahora en su ayuda y sus manos buscaron asidero por instinto, apoyándose en la superficie de roca y frenando su caída.

Jack controló la respiración y se calmó. Debería tener mucho más cuidado si quería sobrevivir a esa escalada.

Al alzar la mirada, vio que Yamato había hecho pocos progresos, así que comenzó su ascenso con renovado vigor. Todavía era posible alcanzar antes que él la Espada de Jade.

Una vez acostumbrado a la resbaladiza superficie del acantilado, empezó a aumentar el ritmo. Jack descubrió que escalar rocas no era muy diferente a escalar las jarcias del *Alexandria*, y como no le tenía miedo a las alturas, pronto alcanzó a Yamato.

—¿Estás bien? —preguntó Jack, ligeramente preocupado, mientras lo adelantaba.

Yamato no dijo nada. Se limitó a mirar Jack, con la tez pálida y los ojos petrificados de miedo.

—¿Necesitas mi ayuda? —dijo Jack, recordando el terror paralizante que había experimentado la primera vez que subió a las jarcias.

—¡No necesito ayuda de ningún *gaijin!* Con una vez ya tuve bastante —siseó Yamato con la voz quebrada por el miedo, mientras se aferraba tenazmente a la roca.

—Bien. Entonces cáete —replicó Jack, y siguió adelante.

Jack llegó al borde de la cascada sin más dificultad y, tras dirigirle una última mirada a Yamato, que seguía aferrado a la roca como una lapa, avanzó por varias grandes piedras redondas hasta alcanzar el pequeño altar levantado en medio de la cascada.

Entró y encontró la Espada de Jade dentro de un hueco, a la sombra.

La espada reposaba sobre una peana de color rubí y brillaba en la penumbra. Era una catana ceremonial, y su *saya* era una vaina de madera negra lacada en la que había grabado un dragón dorado. Un gran jade engarfiado en la madera era el ojo del dragón. A Jack se le heló la sangre en las venas. *Dokugan Ryu*. Ojo de Dragón.

Jack trató de agarrar la pesada espada con fuerza y la alzó del bastidor. Asió la empuñadura de cuero, sintiendo la textura de la piel de raya blanca, y desenvainó una brillante hoja de acero pulido tan afilada que dañaba la vista con sólo mirarla. La leve sombra de un segundo dragón había sido grabada en la superficie de metal y Jack rápidamente volvió a envainar la brillante hoja.

Guardó la Espada de Jade en su *obi*, atando cuidadosamente la *saya*, y salió del altar.

Al mirar hacia abajo, Jack vio que Yamato no se había movido todavía.

Descendió rápidamente y se puso a su altura una vez más. Yamato ni siquiera lo miró. Estaba agarrado a la pared y el cuerpo le temblaba como una hoja en la tormenta.

—Escucha, te has quedado paralizado —dijo Jack, tratando de llamar su atención.

Había visto esa misma reacción en muchos de los marineros a bordo del *Alexandria*. La mente se trababa por el miedo y el cuerpo se negaba a moverse. Una mareante sensación de vértigo se apoderaba del marinero, que acababa por soltarse y caer al océano, o, peor aún, a cubierta.

Jack, consciente de que a Yamato le quedaban pocas fuerzas, comprendió que

tenía que hacerlo bajar enseguida.

—Déjame ayudarte. Saca el pie derecho...

—No puedo... —dijo Yamato con voz débil.

—Sí, sí puedes. Saca el pie y colócalo en ese pequeño saliente que tienes debajo.

—No, no puedo... Está demasiado lejos...

—No, no lo está. Confía en mí, puedes hacerlo.

—Además, ¿a ti qué te importa? ¡Me has robado a mi padre! —dijo Yamato dejando que su furia se abriera paso a través de su parálisis.

—¿Robarte a tu padre? —dijo Jack, perplejo.

—¡Sí, tú! Antes de que vinieras, todo iba bien. Mi padre finalmente empezaba a aceptarme. Ya no estaba a la sombra de Tenno. Luego me lo robaste...

—Yo no te robé a tu padre. ¡Él me adoptó! No es que yo tuviera ninguna opción.

—Sí que la tenías. ¡Podrías haber muerto con el resto de tu tripulación! —dijo Yamato, dando rienda suelta a su odio.

—¡Bueno, aquel ninja te habría matado si no hubiera sido por mí! —replicó Jack.

—De eso exactamente estoy hablando. Podría haber tenido una muerte honorable, como mi hermano. ¡Pero fuiste y me salvaste! ¡Quedé avergonzado por tu causa!

—¡Los japoneses y vuestro dichoso sentido del orgullo! —gritó Jack, lleno de frustración—. ¿Qué tontería es eso de la vergüenza? ¡Te salvé la vida! Éramos... amigos. Si yo hubiera querido a Masamoto por padre, te habría dejado morir entonces. No quiero a tu padre. ¡Quiero al mío, pero está muerto!

—¡Bueno, tal vez yo debería estar muerto también! —dijo Yamato ominosamente, mirando las rocas sumergidas que había abajo—. Tú tienes la espada. La gloria es toda tuya. Mi padre nunca me reconocerá ahora. Le he traicionado. ¡Quieras o no que Masamoto sea tu padre, es tuyo! Dicho esto, Yamato saltó.

La disculpa

—¡No! —gritó Jack, tratando de agarrarlo, pero Yamato desapareció en la blanca cortina de la cascada.

Jack bajó por la superficie de roca y saltó de vuelta al *butai*. Se abrió paso a empujones entre varios peregrinos que se habían congregado en la tarima de madera, intrigados por lo que pasaba.

—¿Puede verlo alguien? —preguntó Jack, asomándose por encima de la barandilla y mirando las aguas revueltas de abajo.

—No. Cayó bajo la cascada. No ha salido todavía —dijo uno de los peregrinos, mirando a Jack con recelo.

—Probablemente se habrá golpeado en las rocas —dijo otro.

Varias personas más salieron de la *Hondo* y se acercaron corriendo a mirar.

—¡Espera, allí está! —gritó un peregrino, señalando el estanque rocoso.

Yamato salió un instante a la superficie, jadeando en busca de agua, e inmediatamente quedó atrapado por la corriente y volvió a hundirse.

—¡Eh, ese muchacho tiene nuestra Espada de Jade! —gritó uno de los monjes que salían del santuario interior de la *Hondo*—. Detenedlo.

Jack se asomó al borde del precipicio. Calculó que el *butai* debía de estar a la misma altura que el peñol de la verga del *Alexandria*, unos quince metros, pero había visto caer a marineros al océano desde alturas superiores y sobrevivir. ¿Podría lograrlo?

—¡Que alguien lo detenga! ¡Tiene la espada! —instó el monje.

Sin pensárselo más, Jack saltó desde el *butai*.

El aire pasó silbando y, durante un breve instante, Jack se sintió ingrátido, casi en paz. Vio fugazmente Kioto a través de los árboles y se zambulló en las aguas heladas.

El impacto lo dejó sin respiración y tragó grandes cantidades de agua. Debatiéndose contra el peso de la espada, llegó a la superficie y tuvo que vomitar varias veces antes de recuperar la compostura.

Buscó frenéticamente a Yamato, pero no lo vio por ninguna parte. Tomó aire y

luego se zambulló bajo las aguas.

Nadó hacia la cascada, pero siguió sin encontrar rastro de Yamato. Las rocas asomaban en las aguas revueltas y los remolinos tiraban de Jack, amenazando con llevárselo al fondo para siempre.

Sus pulmones llegaron rápidamente al punto de ruptura y cuando estaba a punto de volver a la superficie, algo suave rozó contra su mano. Lo agarró a ciegas, atrayendo el objeto hacia él. Pasó el brazo alrededor del peso muerto de un cuerpo y se impulsó hacia arriba con ambas piernas.

Jack y Yamato llegaron juntos a la superficie, pero la corriente los arrastró hacia el borde de la cascada y cayeron al río por el barranco.

Jack oyó a la gente gritando mientras trataba de mantenerse a sí mismo, a Yamato y a la espada a flote en los rápidos. El agua seguía cayendo por el barranco, arrastrando implacablemente a Jack y Yamato consigo. Jack notó que le faltaban las fuerzas mientras nadaba desesperadamente hacia la orilla.

Estaban ya muy lejos de la *Hondo*, y la pagoda desapareció de su vista cuando doblaron un recodo del río. Afortunadamente, las aguas se calmaron y Jack consiguió llegar a la orilla. Con sus últimas fuerzas, arrastró a tierra la flácida forma de Yamato.

Se desplomó a su lado y permaneció tendido un momento, boqueando como un pez al calor del sol. Al recuperarse, Jack se preguntó si había llegado demasiado tarde para salvar a Yamato, pero entonces lo oyó toser, escupir y despertar.

—Déjame morir —gimió, apartándose el pelo mojado de los ojos.

—No si puedo salvarte —jadeó Jack.

—¿Por qué? Nunca he sido amable contigo.

—Se supone que somos hermanos. Al menos eso es lo que ordenó tu padre, ¿no?
—dijo Jack, con una sonrisa sardónica—. Además, me enseñaste a usar el *bokken*.

—¿Y qué?

—Gracias a ti, me di cuenta de que no era un *gaijin* indefenso —dijo Jack dejando que ese calificativo ofensivo flotara en el aire entre los dos.

Yamato lo miró con expresión perpleja.

—¿Cuándo has estado tú indefenso?

—Cuando mi padre murió, no pude salvarlo —reconoció Jack—. Ojo de Dragón se me rio en la cara cuando intenté atacarlo. Tú me enseñaste un modo. Me diste un motivo para vivir y por eso te estoy agradecido.

—No te comprendo, *gai*... Jack —empezó a decir Yamato, sentándose y llevándose las manos a la cabeza—. Te ignoré, te desprecié y te golpeé y, sin embargo, cuando ese ninja se dispuso a matarme, tú atacaste sin vacilación. Con honor y valor. Hiciste lo que yo no podría haber hecho. Actuaste como un hermano. Un samurái.

—Tú habrías hecho lo mismo.

—No... Yo no —dijo Yamato, deglutiendo con dificultad, como si sus palabras se hubieran convertido en piedras en su garganta—. Esa noche te debí la vida, y, sin embargo, cuando más me necesitabas, te fallé. Vi a Kazuki golpearte, pero tuve demasiado miedo para hacer nada. Supe que era mejor luchador que yo. Él lo supo también. No tuve valor para enfrentarme a él...

Yamato se volvió, pero Jack lo vio pasarse el dorso de la mano por los ojos, y estremecerse cada vez que hablaba.

—Luego, con los gemelos Seto... Una vez más, me sentí demasiado asustado para ayudarte. No quise que me consideraran un amante de *gaijins*. Y después de esa noche, me sentí demasiado avergonzado para ser tu amigo. No merecías el trato que te di. Ése es el verdadero motivo. Lo siento mucho.

Jack se inclinó hacia delante, confundido.

—No comprendo. ¿De qué te disculpas?

—Me mostraste mi verdadero yo, Jack, y no me gustó lo que vi. Mi padre tenía razón. No soy digno de ser un samurái, mucho menos un Masamoto. Eres más hijo suyo de lo que yo podré serlo jamás. No me robaste a mi padre. Lo perdí yo mismo.

—No seas idiota, Yamato. No lo has perdido. No está muerto, como el mío —recalcó Jack—. Masamoto puede estar furioso, pero no tiene ningún motivo para sentirse avergonzado de ti. Y aún menos después de como has combatido hoy. Y si es una cuestión de orgullo entre tú y yo, olvídalos. Kazuki no merece la pena. ¡Es un cerdo vanidoso con cara de culo de león!

Jack le sonrió a Yamato y Yamato le devolvió débilmente la sonrisa.

—Además, ahora te has disculpado ante mí. ¿Significa eso que has recuperado tu honor?

—Supongo, pero...

—Nada de peros, Yamato. ¡Yo me disculpo ante Akiko todos los días por una torpeza u otra! Ella me ha enseñado todo lo que hay que saber sobre el perdón japonés. Ella me perdona siempre, y yo te perdono a ti ahora. ¿Amigos? —dijo Jack, ofreciendo su mano.

—Gracias, Jack —dijo Yamato, estrechando incómodo la mano de Jack al estilo inglés—. Pero sigo sin comprender por qué me perdonas.

—Yamato, tienes todo el derecho a no apreciarme. Yo odié a Jessica en cuanto nació por haberme robado la atención de mi padre. ¡Y es mi hermana pequeña! ¡No quiero ni pensar cómo habría sido si mi padre hubiera adoptado a un chico francés! —exclamó Jack, haciendo una mueca de repugnancia—. Por eso no te reprocho que me trataras como lo hiciste. Pero no es a mí a quien hay que echar la culpa. Es Dokugan Ryu. ¡Si no hubiera matado a Tenno y a mi padre, no estaríamos ahora aquí sentados, medio ahogados, con una espada robada en nuestras manos!

La situación era tan absurda que los dos muchachos se echaron a reír. La tensión que los había separado se evaporó, como si la Cascada del Sonido de las Plumas se hubiera llevado el conflicto no expresado río abajo.

En cuanto sus risas cesaron, los dos se quedaron sentados en silencio, lanzando piedrecitas al río, sin saber qué decir o hacer a continuación.

—Será mejor que regresemos —dijo Yamato al cabo de un rato—. El sol se pondrá pronto y la *Niten Ichi Ryû* tiene que saber que ha ganado.

—Deberías llevarla tú —dijo Jack, desatando la Espada de Jade de su *obi* y tendiéndosela a Yamato.

—¿Por qué yo? La has conseguido tú.

—Sí, pero tu padre no tiene por qué saberlo, ¿no?

Permanecer en el camino

Jack y Yamato entraron juntos en el Salón de Buda.

La escuela *Yagyū* se volvió loca cuando vieron que su campeón traía la Espada de Jade. Kamakura se hinchó de orgullo y se preparó para aceptar la espada y la victoria.

Masamoto estaba sentado en el estrado junto a él, con las piernas cruzadas y una expresión hierática de seriedad y distanciamiento en el rostro. Cuando Yamato entró en el Salón de Buda con la espada, Masamoto pareció convertirse en una versión de cartón piedra de sí mismo, en una cáscara sin vida.

Los aplausos fueron reduciéndose a un murmullo de respeto cuando Jack y Yamato se acercaron al estrado e inclinaron la cabeza.

Akiko y Saburo estaban arrodillados en la parte derecha, Raiden y Moriko, en la izquierda. Akiko sonrió con tristeza, contenta al ver a Jack de una sola pieza, pero inquieta por su derrota. Yamato dio un paso adelante, con la Espada de Jade en una mano. Kamakura se preparó para recibir la ofrenda.

Jack necesitó mucha persuasión para convencer a Yamato de que llevara la espada, pero al final el muchacho accedió. Jack creía que era la mejor manera de que se reconciliara con su padre. A Jack no le interesaba el honor de ganar la *Taryū-Jiai*. Masamoto le había demostrado gran amabilidad al aceptarlo en su familia. Jack, por tanto, no debería ser el motivo para separarla.

Yamato se inclinó una vez más y, tras apoyarse en una rodilla, alzó la Espada de Jade con ambas manos por encima de su cabeza. Kamakura extendió las manos formalmente para aceptar la ofrenda y sellar su victoria en la *Taryū-Jiai*, pero antes de poder ponerle las manos encima, Yamato se volvió y le presentó la espada a su padre.

—Padre, te pido perdón y te ofrezco lo que es el justo triunfo de la *Niten Ichi Ryū*. No he sido yo quien ha recuperado la espada. Ha sido Jack.

Un momento de perplejidad se apoderó de la sala.

Jack se quedó boquiabierto. Esto no era lo que habían acordado. Sí, iba a darle la espada a Masamoto, pero no iba a decir que era Jack quien la había conseguido. Ese tenía que ser el momento de gloria de Yamato. La prueba que Masamoto necesitaba para darse cuenta de que Yamato era lo bastante bueno para ser un guerrero samurái, para ser un Masamoto.

Akiko miró con ojos asombrados a Yamato y luego a Jack, que sacudía la cabeza en silenciosa disputa.

Masamoto dirigió a Yamato una mirada dubitativa.

—¿Es esto la verdad?

—Sí, padre. Pero Jack insistió en que fuera yo quien te entregara la espada.

Ignorando las protestas de Jack, Masamoto asintió una vez, zanjando el tema. Se levantó y cogió la espada de las manos extendidas de Yamato.

—¡La *Niten Ichi Ryû* es la campeona de la *Taryu-Jiai*! —anunció el juez de la Corte Imperial, igualmente sorprendido.

Todo el Salón de Buda prorrumpió en una cacofonía de vítores y protestas. Raiden dio frustrado un pisotón en el suelo mientras Moriko mostraba sus dientes negros, siseando su disgusto a Akiko. El rostro de Kamakura se volvió rojo de furia y su garganta tembló como si estuviera tratando de tragarse un sapo gigantesco.

—¡Esto es un escándalo! —exclamó Kamakura, empujando al juez al suelo—. ¡Un escándalo!

Kamakura saludó cortante a Masamoto y salió rápidamente de la sala, seguido de sus samuráis. El juez recuperó la compostura y luego exigió silencio. Cuando el ruido finalmente se aplacó, dio la palabra a Masamoto.

—¡Estudiantes de la *Niten Ichi Ryû*! —empezó a decir ceremoniosamente Masamoto, blandiendo la Espada de Jade y alzándola en un saludo heroico—. ¡Hoy hemos sido testigos de lo que significa ser un samurái de esta escuela!

Hubo una explosión de aplausos. Masamoto alzó la otra mano pidiendo silencio, se bajó del estrado y se dirigió a Jack.

—Al principio de vuestro año, os dije que tenéis que conquistar el yo, soportar las fatigas de la práctica, y forjar una mente intrépida. Este muchacho, Jack-kun, es prueba de eso. Hoy, ha luchado con valor y entrega. ¡Ha derrotado al enemigo y ha ganado el honor para esta escuela!

Hubo otra explosión de aplausos, aún más fuerte que la anterior.

—Pero el *bushido* no trata sólo de valor y disciplina. Ni su propósito es el combate y la guerra. Aunque puedan ser paradas necesarias en vuestro viaje, no son vuestro destino. La verdadera esencia del *bushido* es la integridad, la benevolencia y la lealtad.

Masamoto se volvió hacia Yamato y apoyó una mano en el hombro de su hijo.

—Yamato ha demostrado esta misma esencia. Admitir la verdad en presencia de

tanta gente requiere un gran valor. Tal vez más valor que recuperar la Espada de Jade.

Masamoto alzó la brillante espada y la escuela aplaudió una vez más.

—Yamato, has respondido a mi pregunta —continuó Masamoto, y miró a su hijo con un entusiasmo que Jack no había observado hasta entonces—. Te pedí que me dijeras qué significa ser un Masamoto. Lo que acabas de hacer es exactamente de lo que trata el espíritu Masamoto. Has honrado y respetado a Jack, tu compañero samurái. Has mostrado integridad. Eres verdaderamente un Masamoto. Acepto tu disculpa cien veces y te imploro que regreses a la *Niten Ichi Ryû*.

Masamoto se apoyó en una rodilla para estar al nivel de Yamato.

Jack no podía dar crédito a lo que veía, y, a juzgar por la expresión sorprendida de su rostro, tampoco podía Akiko. A pesar de todo lo que había ocurrido, Masamoto estaba aceptando formal y públicamente a Yamato. Todos los estudiantes fueron conscientes de ello, e inclinaron la cabeza ante Yamato y Masamoto guardando un respetuoso silencio. A continuación, padre e hijo se inclinaron la cabeza el uno al otro.

—El *bushido* es un viaje que no hay que tomar a la ligera —declaró Masamoto, poniéndose en pie—. Os dije que el camino del guerrero dura toda la vida y la maestría se consigue simplemente permaneciendo en el camino. Estudiantes de la *Niten Ichi Ryû*... ¡permaneced en el camino!

El Salón de Buda tronó con fervientes aplausos.

Gion Matsuri

El niño ataviado con la inmaculada túnica blanca y el sombrero negro de los sacerdotes Shinto alzó la corta espada *wakizashi* por encima de su cabeza y la descargó con todas sus fuerzas.

De un solo golpe, cortó la cuerda y comenzó el festival del *Gion Matsuri*.

—¡Es sorprendente! ¡Nunca había visto nada igual! —exclamó Jack, entusiasmado, mientras veía pasar la procesión de carrozas.

Las carrozas eran inmensas estructuras de madera adornadas con tapices y columnas de linternas bulbosas que parecían velas alzándose al cielo. Algunas de las carrozas avanzaban por las calles a hombros de la gente, pero las mayores, grandes como barcas fluviales y en las que se sentaban las *geishas* de rostro blanco, disponían de ruedas de madera.

Cuando la primera de las carrozas más grandes se acercó a una esquina, todos los hombres que la empujaban empezaron a cantar con fuerza:

—¡Yoi! ¡Yoi! ¡Yoi to sei!

El ritmo lo marcaban grandes tambores *taiko* instalados en el piso superior de la carroza. Toda la estructura empezó a girar y poco a poco fue desapareciendo tras la esquina como si fuera un enorme dragón enjaulado.

—¿Qué se celebra en este festival? —preguntó Jack desgañitándose para que lo oyeran a pesar del ruido de la celebración.

—Es una purificación ritual —respondió Akiko, que estaba a su lado, vestida con un ligero kimono de verano de color aguamarina decorado con crisantemos de brillantes colores—. Kioto sufrió una horrible plaga hace setecientos años y el *Matsuri* impide que regrese.

—Nosotros sufrimos también una plaga en Inglaterra —dijo Jack—. La llamaron la Peste Negra.

La multitud que los rodeaba empujó hacia delante para no perderse las carrozas que pasaban. Emi, acompañada de dos amigas, se unió a Jack, Akiko y Yamato.

—¿Cómo está hoy nuestro victorioso samurái? —dijo Emi acalorada agitando un abanico de papel rojo mientras se situaba entre Jack y Akiko. Akiko frunció el ceño

molesta por la intrusión.

—¡Muy bien, gracias! —dijo Jack—. Es un festival maravilloso...

—¡Vamos! —instó Yamato, al ver la reacción de Akiko. Agarró a Jack por el brazo y añadió—: Conozco un sitio mejor.

—Lo siento, tengo que irme. Quizá nos veremos más tarde —dijo Jack despidiéndose de la desencantada Emi con la mano mientras Yamato y Akiko lo arrastraban hacia el fondo de la multitud.

Allí se encontraron con Saburo, Yori y Kiku.

—¡Hola, Jack! —exclamó Saburo—. ¡Ten, prueba esto! —le dijo colocándole en la mano un pastelito en forma de pez.

—¿Qué es esto? —preguntó Jack, mirando con recelo el pastel.

—Es *taiyaki*... —dijo Saburo, metiéndose uno en la boca.

—Más tarde. Tenemos toda la tarde para comer —interrumpió Yamato—. Tenemos que adelantarnos a la procesión, o no podremos verla toda. ¡Seguidme!

Yamato los condujo a una calle trasera y, después de abrirse paso por un laberinto de estrechos callejones desiertos, salieron por fin a la avenida principal, justo delante del Palacio Imperial.

Centenares de personas se habían congregado ya allí y la calle estaba repleta de puestos donde se vendían extraños dulces, bocados de pollo a la plancha, *sencha* y una amplia gama de artículos festivos, desde abanicos de papel de brillantes colores a burdas máscaras de cartón piedra, todo preparado para las celebraciones nocturnas.

—¿Qué te he dicho, Jack? Desde aquí podremos ver la procesión entera —dijo Yamato con orgullo, abriéndose paso hacia la primera fila.

Yamato, tras la reconciliación con su padre y la victoria de la escuela en la *Taryu-Jiai* el día anterior, se había convertido en una persona distinta. La nube negra que había flotado hasta entonces sobre su cabeza había desaparecido, y ya no actuaba de manera distante y despegada cuando estaba con Jack. Ahora se relacionaba abiertamente con él y dedicaba una mirada desafiante a todo aquel que hablaba de Jack como del *gaijin*.

No es que lo hiciera mucha gente. Jack y Yamato eran los héroes de la escuela, junto con Akiko y Saburo. Sólo Kazuki y sus amigos mantenían una actitud desafiante y hostil hacia Jack, pero se habían visto obligados a no llamar la atención, porque todo el mundo estaba celebrando la victoria de la escuela sobre la *Yagyū Ryū*.

—¡Mirad! —dijo Kiku—. ¡Allí está Masamoto!

—¿Adónde va? —preguntó Jack.

—¡A ver al emperador, naturalmente! —dijo Kiku con tono reverente—. Nuestro Dios Viviente.

—Puede que tú hayas ganado la *Taryu-Jiai* —explicó Akiko—, pero como fundador de la *Niten Ichi Ryû* él tiene el honor de ver al emperador.

Masamoto, flanqueado por los *sensei* Yamada, Kyuzo, Hosokawa y Yosa, todos vestidos de gala, entró por la inmensa puerta del Palacio Imperial y desapareció tras las altas murallas de color tierra.

Jack se preguntó cómo sería conocer a un «Dios Viviente».

Pasaron el resto de la tarde viendo el desfile de carrozas, *geishas* y músicos, y presentaron a Jack una extraña variedad de comidas japonesas. Saburo parecía disfrutar experimentando con los gustos de Jack, obligándolo a comer a la fuerza con distintos grados de éxito. A Jack le gustó el *takoyaki*, una bola de harina, jengibre y pulpo frito, pero el *obanyaki*, un grueso pastel redondo relleno de natillas, le pareció demasiado dulce. Mientras seguían deambulando por las calles, Saburo insistía en ofrecerle a Jack una especie de tortas fritas.

—Se llaman *okonomiyaki*. Significa «cocina lo que quieras, cuando quieras» —le explicó Akiko, con expresión de asco en el rostro, mientras Jack engullía su cuarta torta—, pero yo no me fiaría. ¡Nunca se sabe qué le ponen esos vendedores!

—Rápido, por aquí —gritó Yamato, dirigiéndolos a un puesto situado en una esquina—. ¡Este puesto vende algunas de las mejores máscaras que he visto!

—Toma, Jack, ésta te viene bien —dijo Saburo, tendiéndole una máscara con el rostro de un horrible demonio rojo con cuatro ojos y dientes dorados—. ¡Debería mejorar tu aspecto!

—¡Bueno, será mejor que tú te quedes ésta, teniendo en cuenta que luchas como una de ellas! —respondió Jack, pasándole la máscara arrugada y medio hundida de una vieja.

—¡Ja, ja! —replicó Saburo, sin verle la gracia. Pero la aceptó de todas formas—. ¿Y qué tal ésta para ti, Yamato?

—Sí, ¿por qué no? Tiene espíritu —dijo Yamato, examinando la máscara dorada de un loco con pelos negros de punta.

—¿Cuál vas a coger tú, Akiko? —preguntó Jack.

—Estaba pensando en ésa —dijo ella, señalando una máscara de mariposa roja y dorada.

—Sí, estarías preciosa con ésa... —empezó a decir Jack, pero se interrumpió al ver que Saburo y Kiku expresaban sorpresa ante ese afectuoso cumplido inesperado —. Bueno... Sería mejor que esa... máscara de león de ahí —terminó Jack torpemente, señalando con la mano.

—Gracias, Jack —dijo ella, sonriendo amablemente, y se volvió hacia el mercader.

Jack se alegró de que Akiko le estuviera dando la espalda: así no vio el rubor que le quemaba las mejillas. Yamato, sin embargo, sí lo vio y se quedó mirando a Jack significativamente.

Poco después, el sol se puso y todas las linternas de las carrozas de la procesión se encendieron, transformando Kioto en un mágico paraíso nocturno. Las linternas flotaban por las calles como enormes formaciones de nubes iluminadas desde el interior por soles diminutos. Todo el mundo se puso su máscara y la música y la alegría llenaron las calles de vida.

Muchas de las carrozas se detuvieron y los hombres sacaron grandes botellas de *sake* y empezaron a beber. No pasó mucho tiempo antes de que el jolgorio invadiera las calles.

Mientras Jack, Akiko, Yamato y los demás se dirigían a la avenida principal para ver los fuegos artificiales, un grupo de samuráis borrachos se cruzó con ellos y Jack se vio obligado a apartarse de su camino.

Chocó con un hombre vestido de negro que llevaba una máscara de diablo de color ébano con dos afilados cuernos rojos y una pequeña calavera grabada en la frente.

—¡Apártate de mi camino! —siseó el demonio negro.

Jack lo miró desde detrás de su máscara de demonio rojo y se quedó petrificado.

El demonio negro, irritado, lo apartó de un empujón y continuó su camino calle abajo hasta que desapareció por un estrecho callejón.

—¿Estás bien? —preguntó Yamato, corriendo hacia Jack.

—Creo... ¡Creo que acabo de ver a Ojo de Dragón!

Dokugan Ryu

—Debes de haberte confundido. Dokugan Ryu nunca se atrevería a mostrarse en un festival. Tal vez te has equivocado —dijo Yamato mientras corrían por el callejón tras el demonio negro.

—Lo he visto claramente a través de la máscara —dijo Jack—. ¡Sólo tenía un ojo y era verde! ¿Cuántos japoneses conoces que tengan un solo ojo verde?

—Uno —admitió Yamato.

—Exactamente. Sólo espero que no me haya reconocido —dijo Jack quitándose la máscara mientras echaba a correr—. ¿Adónde conduce este callejón?

Antes de que Yamato tuviera tiempo de responder, doblaron una esquina y se encontraron frente al Castillo Nijo. Habían desembocado en una de sus entradas laterales: una estrecha tabla de madera que cruzaba un pozo conducía a una pequeña puerta.

—¿Creéis que ha entrado en el castillo? —preguntó Jack—. Creía que ahí es donde vive el padre de Emi. ¿No se supone que Takatomi es el *daimyo* de Kioto? ¿No debería tener guardias en todas las entradas?

—Sí, pero es *Gion Matsuri* —dijo Yori—. Estará en el festival, igual que la mayoría de sus guardias.

—¡Pues claro! ¿Qué mejor momento para que un ninja entre en un castillo?

—Pero ¿por qué querría entrar en el Castillo Nijo? —preguntó Kiku.

—Quién sabe —dijo Jack, encogiéndose de hombros—, pero seguro que no será para ver los fuegos artificiales. ¡Vamos! Veamos qué pretende y detengámoslo.

—¡Pero es un ninja! —exclamó Saburo.

—¡Y nosotros somos samuráis!

Jack corrió hasta la tabla que conducía al otro lado del foso. Tras unos momentos de vacilación, los demás se unieron a él y todos cruzaron con cautela el estrecho puente hasta la puerta.

—¿Estará abierta? —preguntó Akiko—. ¿Y si ha escalado por la muralla?

—Sólo hay un modo de averiguarlo —dijo Jack, y empujó la pesada puerta de

madera.

Se abrió sin ninguna resistencia.

Jack se asomó a la negra oscuridad. No vio nada. Tomó aire y, preparándose para una emboscada, entró rápidamente.

Antes de haber dado dos pasos, resbaló y se cayó de bruces en el duro suelo de piedra.

—Jack, ¿estás bien? —preguntó Akiko, alarmada por su grito de dolor.

—Sí, sí, estoy bien —susurró Jack—. Podéis entrar. He tropezado con el guardia, eso es todo. Está muerto.

Los demás lo encontraron arrodillado junto al cadáver de un samurái.

—Hay otro detrás de la puerta —dijo Jack.

Kiku dejó escapar un grito sofocado cuando vio el cadáver decapitado del segundo samurái.

—Parece que lo han matado con su propia espada —dijo Yamato, mientras Akiko atraía a Kiku hacia sí.

—Kiku, vuelve y avisa a los demás —le ordenó Akiko con un susurro—. Luego dale la alarma a Masamoto y dile lo que está pasando.

La chica asintió sin decir palabra y, sorteando al samurái decapitado, salió por la puerta y corrió hacia el Palacio Imperial.

—¿Y ahora qué? —dijo Yamato.

—¡Tenemos que encontrarlo y detenerlo! —dijo Jack con amenazadora determinación.

Empezó a escrutar el patio en busca de algún movimiento.

—O encontrar a un guardia que siga vivo y que pueda dar la alarma —añadió Akiko, preocupada por las intenciones de Jack.

—Demasiado tarde para eso —dijo Jack, señalando una sombra negra apenas visible junto a las almenas—. ¡Allí está! Junto a la muralla, al otro lado del patio.

Jack echó un vistazo a su alrededor y localizó la catana del samurái decapitado. Tras recoger del suelo la espada ensangrentada, corrió por el borde del patio en dirección a Ojo de Dragón, dejando atrás a Yamato y Akiko.

—¡Es una locura! —dijo Akiko—. Va a conseguir que lo maten.

—No si yo puedo evitarlo —dijo Yamato buscando en la oscuridad la espada del

otro samurái.

—¡Pero ninguno de vosotros dos ha usado nunca una espada de verdad!

—No importa. Mi padre dice que una vez dominado el *bokken*, la catana es relativamente fácil. Ah, ya la he encontrado —dijo Yamato, al descubrir la segunda espada tras la caseta de los guardias—. ¡Vamos! Jack ya ha llegado al otro lado.

—¡Perfecto! Y yo tengo que quedarme con la espada corta, ¿no? —murmuró Akiko, y, después de desenvainar la *wakizashi* del cadáver de samurái más cercano, echó a correr detrás de Yamato.

Jack estaba ya al abrigo de la muralla del castillo y podía ver a Ojo de Dragón acechando en las sombras para evitar ser descubierto. Se dirigía a los cinco edificios que formaban el complejo central del castillo. Jack supuso, por su estilo altamente decorativo, que integraban el palacio de Takatomi.

Ojo de Dragón, muy ocupado mirando hacia delante, no había advertido aún la presencia de Jack.

Ésta era la oportunidad de Jack.

Sopesó la catana en sus manos, y la sujetó con fuerza. La espada era mucho más pesada que su *bokken*, así que debía prestar especial atención a mantener la *kissaki* a la altura adecuada para evitar quedar expuesto.

Jack se acercó más; Ojo de Dragón seguía ajeno a su avance.

Cuando Jack estaba sólo a diez pasos del ninja, toda la ira y el dolor que había sentido a raíz de la muerte de su padre estallaron en su interior.

¡Había llegado momento! ¡Dokugan Ryu pagaría por fin la muerte de su padre!

Pero Jack vaciló.

No podía hacerlo.

—Nunca vaciles —susurró Dokugan Ryu, todavía de espaldas.

Ojo de Dragón giró sobre sus talones y un *shuriken* plateado destelló en la oscuridad.

—¡Cuidado! —gritó Yamato, plantándose de un salto delante de Jack.

El *shuriken* alcanzó a Yamato y se clavó en su pecho. El muchacho se desplomó en el suelo, dejando un charco de sangre en el patio de piedra.

De pronto Jack lo vio todo rojo: hirviendo de furia, gritando con toda la fuerza de

sus pulmones, se abalanzó contra Ojo de Dragón con la espada alzada, y la descargó con todas sus fuerzas contra su enemigo jurado.

Ojo de Dragón desenvainó su *ninjatô* de la *saya* que llevaba a la espalda, esquivando al mismo tiempo la hoja de Jack. Entonces contraatacó, tratando de clavar su espada en el torso de Jack.

Jack previó el movimiento y lo bloqueó. Inmediatamente, avanzó atacando, lanzando un golpe contra la cara de Ojo de Dragón. Pero el ninja lo esquivó, dando una voltereta hacia atrás para esquivar la hoja. Mientras volaba por el aire, Ojo de Dragón lanzó una patada y alcanzó las manos de Jack, que perdió la catana. Ojo de Dragón aterrizó cuando la espada de Jack chocaba contra el suelo. Jack estaba ahora desarmado e indefenso.

—¡Vaya, has progresado, joven samurái, para ser un *gaijin!* —dijo con genuina admiración—. Un día, puede que merezca la pena luchar contigo. ¡Pero hoy no eres mi misión, así que márchate a casa como un niño bueno!

—No tengo casa. Mataste a mi padre, ¿recuerdas? —dijo Jack, furioso—. ¿Mi padre también fue una misión?

—Tu padre no fue nada. ¡El cuaderno de ruta era mi misión!

Jack miró asombrado al ninja.

—¿Quién ordena estas misiones?

—No cederás, ¿verdad? —siseó Ojo de Dragón, irritado—. ¡A ver cómo vives sin el brazo derecho!

Ojo de Dragón alzó su *ninjatô* y descargó un golpe con la intención de cortarle a Jack el brazo derecho.

Surgida de la noche como estrella fugaz, la *wakizashi* de Akiko voló girando por los aires hacia Dokugan Ryu. En el último segundo, el ninja giró por instinto. El golpe de su espada no alcanzó el hombro de Jack por milímetros. La *wakizashi* se clavó en su costado y, aunque la hoja caló hondo, Ojo de Dragón apenas emitió ningún sonido. Se tambaleó levemente y miró el arma.

—¿De quién has aprendido eso? ¿De Masamoto? —escupió disgustado mientras Akiko se situaba junto a Jack.

El ninja los miró desafiante a ambos mientras extraía con cuidado la hoja ensangrentada de su costado. Hizo girar la espada corta en su mano y, cuando estaba a punto de arrojarla contra la indefensa Akiko, la puerta principal se abrió de golpe y Masamoto y sus samuráis entraron corriendo en el patio, portando antorchas encendidas.

—¡Desplegaos! —ordenó Masamoto—. ¡Encontradlos, y matad al ninja!

—¡Volveremos a vernos, *gaijin!* —siseó Ojo de Dragón—. ¡No creas que me he olvidado del cuaderno de ruta!

El ninja soltó la *wakizashi* y escaló la muralla del castillo como una malévolaraña de cuatro patas, hasta desaparecer en la oscuridad.

En la distancia, los fuegos artificiales estallaron y brillantes chispas de colores se apoderaron del cielo nocturno.

Kendo: el Camino de la Espada

—Creemos que la misión de Dokugan Ryu era envenenar al *daimyo* Takatomi —explicó Masamoto la noche siguiente en la *Hô—Oh-No-Ma*, la Sala del Fénix.

Estaba sentado en su estrado, enmarcado por el magnífico fénix en llamas. Los *sensei* Kyuzo y Yosa se habían sentado a su izquierda, y los *sensei* Hosokawa y Yamada, a su derecha.

Jack estaba arrodillado en el suelo entre Akiko y Yamato. Yamato había tenido muchísima suerte. El *shuriken* no estaba envenenado y aunque había sufrido una profunda herida en el pecho, no había sido fatal.

—Pero ¿quién lo ha enviado? —preguntó Jack.

Masamoto bebió un sorbo de *sencha* de su taza y luego se la quedó mirando, pensativo.

—Eso no lo sabemos. Puede que sea un signo de cosas por venir —respondió gravemente—. Pero el *daimyo* Takatomi ha reforzado su guardia personal y ha ordenado que se tomen nuevas medidas de seguridad en su castillo. Nos manda sus disculpas por no estar aquí esta noche. Lo han requerido en Edo. Pero agradece vuestros esfuerzos por detener al ninja. Quería que os entregara esto como muestra de su estima.

Una criada entró en la sala con tres cajas y las fue colocando una a una delante de los jóvenes samuráis. Jack examinó la suya. Era una cajita rectangular de madera lacada ricamente decorada con hojas en oro y plata. Jack distinguió un árbol *sakura* hermosamente grabado, cuyas delicadas flores estaban perfiladas en marfil. Sujeto a la caja con un cordón de cáñamo había un pequeño pasador de marfil con forma de cabeza de león. Jack miró intrigado a los demás.

También ellos habían recibido regalos similares, pero el diseño de sus cajas y los pasadores eran diferentes: el de Yamato tenía forma de mono y el de Akiko, de un águila en miniatura.

—Se llaman *inro*, Jack —explicó Masamoto, al ver la expresión de asombro del muchacho—. Se usan para llevar cosas, como medicinas, dinero, plumas y tinta. Esa cabeza de león de marfil se llama *netsuke*. La pasas por tu *obi* y aseguras el *inro*.

Jack cogió el hermosamente tallado *inro* y el *netsuke* de marfil. Siempre se había preguntado cómo se las arreglaban los japoneses para funcionar sin bolsillos en el

quimono. El *inro* consistía en un puñado de diminutas bolsas que encajaban exactamente unas sobre otras. Jack pasó la cabeza de león del *netsuke* por su *obi* y aseguró el *inro* a su cinturón.

—Takatomi-sama también ha extendido indefinidamente su contribución económica a la *Niten Ichi Ryû*—continuó Masamoto—, y ha concedido a la escuela una nueva sala de entrenamiento. Se llamará *Taka-no-ma*, la Sala del Halcón. Por eso, estoy en deuda con vosotros. Una vez más habéis traído gran honor a esta escuela. En reconocimiento a vuestro servicio, deseo haceros estos regalos.

Entraron en la sala tres criadas, cada una cargada con una gran caja lacada. Una vez hubieron depositado las tres cajas en el estrado, Masamoto prosiguió.

—Yamato, has demostrado ser un auténtico Masamoto. Esta vez con tu propia sangre. Estoy orgulloso de llamarte hijo mío. Como signo de respeto, por favor, adelántate y acepta este *daishô*.

Yamato se arrodilló ante Masamoto y, a pesar de que su herida le impedía expresar todo el respeto que deseaba, se inclinó tanto como pudo. Masamoto abrió la primera caja y extrajo su contenido.

—Tal vez reconozcas este *daishô*, Yamato. Eran de Tenno. Ya es hora de que las lleves: has demostrado ser digno más allá de toda duda.

Con las dos manos extendidas, sonriendo a pesar del dolor, Yamato aceptó la catana y la espada *wakizashi*. Las dos armas juntas componían el *daishô*, y eran un símbolo del poder social y el honor personal de un samurái. Era un inmenso privilegio recibir un *daishô*.

Yamato se quedó unos instantes contemplando las espadas, cuyas magníficas *sayas* lacadas en negro daban una idea de las brillantes hojas que albergaban. Volvió a ocupar su sitio junto a Jack y Akiko. Jack advirtió que los ojos de Yamato brillaban llenos de orgullo.

—Akiko, por favor, arrodíllate delante de la *sensei* Yosa. Pues es ella quien desea ofrecerte tu regalo.

Akiko se levantó e hizo una profunda reverencia ante la *sensei* Yosa.

—Akiko, tienes el ojo de un halcón y la gracia de un águila —dijo la *sensei*, acercando su caja y sacando con ternura varios artículos de su interior—. Mereces llevar mi arco y mis flechas. Por favor, acéptalos como reconocimiento de tus grandes habilidades como *kyudoka*.

Akiko se quedó casi demasiado sorprendida para mostrarle a la *sensei* su respeto.

Cogió el alto arco de bambú de la *sensei* Yosa y el carcaj de flechas de pluma de halcón con manos temblorosas.

—Mi arco tiene mucho que enseñarte, Akiko. Como sabes, un arco contiene en su interior parte del espíritu de la persona que lo forjó. Mi arco es ahora tuyo y espero que te proteja como me ha protegido a mí.

—*Arigatôgozaimashita, sensei* —susurró Akiko, sosteniendo el arco y las flechas con total reverencia y regresando a su sitio.

—Por último, llegamos a ti, Jack —dijo Masamoto con magnanimidad—. ¿Quién habría pensado que el despojo medio ahogado de un muchacho *gaijin* llegaría a tanto? Tu padre, si hubiera sobrevivido, estaría orgulloso de ti este día.

Los ojos de Jack se llenaron de lágrimas de repente. La inesperada referencia a su padre fue casi insoportable y tuvo que morderse los labios para no llorar.

—Has salvado la vida de Yamato —continuó Masamoto—. Dos veces, si no me equivoco. Has aprendido nuestro idioma y nuestras costumbres. Y has desbaratado los intentos de asesinato de Dokugan Ryu, no una, sino tres veces. Si mi *daimyo* tuviera un ejército de muchachos ingleses como tú, conquistaría cualquier tierra en un abrir y cerrar de ojos. Acércate.

Jack se arrodilló respetuosamente delante de Masamoto.

Todos los *sensei* respondieron al saludo de Jack. El *sensei* Hosokawa y la *sensei* Yosa le dirigieron serios pero aprobatorios gestos con la cabeza. El *sensei* Kyuzo ofreció su típico saludo frío y reservado, pero el *sensei* Yamada le sonrió cálidamente.

—Todavía tienes mucho que aprender, Jack —continuó Masamoto, súbitamente serio—. No eres más que una pequeña flor. Sólo has puesto los cimientos. Has dado tu primer paso. Aún tienes un largo viaje por recorrer en el Camino del Guerrero, pero, como dije al principio, estamos aquí para ayudarte a hacer ese viaje. Por tanto, te ofrezco mis primeras espadas.

A juzgar por la expresión de asombro de los rostros de los *sensei* y la manera en que tanto Akiko como Yamato contenían el aliento, no había duda de que se trataba de un honor considerable y sin precedentes. Masamoto abrió la última caja lacada que había ante él y alzó dos formidables espadas.

A diferencia de la Espada de Jade, las *daishô* de Masamoto no estaban demasiado decoradas. Las *sayas* eran vainas lacadas en negro, y su único adorno era un grabado de un pequeño fénix dorado cerca de la empuñadura. No era una obra de arte ni una espada de exhibición. Era un arma para la guerra.

—Jack, la espada es el alma del samurái —dijo Masamoto con gravedad, y dedicándole una mirada severa, le entregó a Jack el *daishô*—. La posesión de un arma semejante conlleva una gran responsabilidad —instruyó Masamoto, sin soltar las espadas, que ahora Jack y él sostenían al mismo tiempo—. No puedes perderla. Nunca debe caer en manos de tu enemigo. Y debes cumplir siempre los principios del *bushido*. Valor. Disciplina. Honor. Respeto. Lealtad. Integridad. Benevolencia. Este último principio los sustenta a todos. ¿Comprendes?

—*Hai*, Masamoto-sama. *Arigatôgozaimashita* —respondió Jack, con completa sinceridad.

Jack recogió las espadas e inmediatamente sintió que sus manos se hundían bajo el peso de su responsabilidad. Hizo una profunda reverencia y regresó a su sitio entre Akiko y Yamato.

—Ahora que hemos terminado, he de pedirlos que os marchéis. Deseo pasar algún tiempo con mi hijo. Tenemos mucho de qué hablar —dijo Masamoto, y una sonrisa iluminó la parte intacta de su rostro.

Todos inclinaron la cabeza y se marcharon respetuosamente de la Sala del Fénix.

Jack y Akiko dieron un paseo por el jardín Zen del Sur mientras esperaban a Yamato. Se detuvieron entre dos columnas de piedra y contemplaron en silencio el cielo nocturno. La luna estaba brillante e hinchada, apenas a dos días de volverse luna llena, y las estrellas brillaban claras en el cielo.

—¿Ves esa estrella, la más brillante? Es Espiga —dijo Jack tras unos instantes.

—¿Cuál? —preguntó Akiko—. Todas me parecen iguales.

—Empieza a partir del extremo de la Osa Mayor, la constelación que está encima de nosotros, luego sigue el arco hasta Arcturus y llegarás a Espiga —dijo Jack, guiando los ojos de Akiko con la punta del dedo—. La que está a la izquierda es la que llamamos Regula, y la que está al lado, Bellatrix. La que tintinea allí es Júpiter, pero eso no es una estrella, sino un planeta.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Akiko, volviendo hacia él sus ojos chispeantes.

—Mi padre me lo enseñó. Decía que si alguna vez quería ser piloto como él, tendría que saber navegar guiándome por las estrellas.

—¿Y sabes?

—Sí. Lo suficiente para guiar un barco de regreso a puerto —dijo Jack, y añadió con tristeza—: pero probablemente no lo suficiente para regresar a casa. El hemisferio sur es muy distinto a éste y tendría que navegar los océanos meridionales

para llegar a Inglaterra.

—¿Todavía quieres volver a casa?

Jack miró a Akiko. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos negros, y Jack sintió de pronto que pequeños escalofríos le recorrían la espalda como estrellas fugaces.

Sí, todavía quería volver a casa. Añoraba los verdes prados de Inglaterra en primavera, y el calor de la chimenea de su casa en invierno, junto a la que su padre les contaba largas historias de viajes intrépidos. Anhelaba el caos de Londres y el ruido de los vendedores ambulantes, el ganado y el golpeteo de los herreros. Su estómago echaba de menos la carne, los pasteles y el pan con mantequilla, y su cerebro, hablar inglés con alguien. Pero sobre todo añoraba a su familia. Jess era todo lo que tenía ahora. Tenía que encontrarla. Asegurarse de que estaba bien.

Sin embargo, por primera vez, allí, de pie junto a Akiko bajo las estrellas, Jack sintió que podía encajar en Japón.

«Estés donde estés, son tus amigos los que conforman tu mundo.» Se lo había dicho su madre cuando se mudaron de Rotterdam a Limehouse debido al trabajo de su padre. Entonces sólo tenía siete años y lamentó tener que mudarse, pero ahora comprendía lo que ella quería decir. Aquí en Japón, Jack había encontrado amigos. Amigos de verdad. Saburo, Yori, Kiku, Yamato y, sobre todo, Akiko.

—¡Akiko! —dijo una voz.

Era la *sensei* Yosa.

—¿Puedo requerir un instante de tu tiempo? Necesito explicarte las peculiaridades de tu arco.

—*Hai, sensei* —respondió Akiko. Pero antes de irse se volvió hacia Jack y le dijo —: Sé que echas de menos tu hogar en Inglaterra, Jack, pero Japón es también tu hogar, espero.

Entonces, con una sonrisa cálida y amable, inclinó la cabeza y se marchó, desapareciendo en el jardín.

Jack contempló el cielo nocturno, y siguió nombrando mentalmente cada estrella. Apoyó la mano en sus nuevas espadas, acariciando ausente la empuñadura.

Por impulso, desenvainó la catana y la alzó a la luz para admirar la graciosa curva de su hoja. La hizo girar en el aire, sopesándola, buscando su punto de equilibrio. Era demasiado pronto para que se convirtiera en una extensión de su brazo, como lo era su *bokken* de madera, mucho más liviano, pero se sentía lo bastante seguro para

intentar unas cuantas fintas.

Cortó la luna por la mitad, salvó a Bellatrix y desvió una estrella fugaz. Tras girar sobre sí mismo, alzó su *kissaki*, preparado para otro ataque, y allí estaba Dokugan Ryu. De pie en la oscuridad. Inmóvil. Esperando para atacar.

—Nunca vaciles.

Esta vez Jack no lo hizo. Alzó la espada por encima de su cabeza y corrió hacia Ojo de Dragón para descargar el golpe de gracia.

—¡Jack!

Dokugan Ryu se convirtió en piedra y Jack se dio media vuelta. Era el *sensei* Yamada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, apoyado en su bastón en la oscuridad, con una expresión interrogante en los ojos.

—Estaba... —empezó a decir Jack, y miró la piedra erecta que había imaginado que era Ojo de Dragón—, practicando mi *kata*.

—¿Con una piedra?

—No, en realidad no —respondió Jack, abatido—. Imaginaba que era Dokugan Ryu. Estaba a punto de matarlo. Para vengarme.

—La venganza es una derrota en sí misma. Te reconcomerá hasta que no quede nada de ti —observó el *sensei* Yamada, diciendo la verdad como si fuera tan obvia como la luna.

—¡Pero él mató a mi padre!

—Sí. E indudablemente pagará por ese pecado, si no en esta vida, sin duda en la siguiente. Pero no creas ni por un momento que poseer esa espada te hace todopoderoso. No debes olvidar nunca tu *bushido*. ¡La rectitud, la habilidad para juzgar lo que está bien y lo que está mal es la clave para ser un samurái!

Cogió a Jack por el brazo y lentamente lo condujo por el camino hacia el fondo del jardín, hacia el viejo pino cuyo tronco se apoyaba pesadamente en su muleta de madera.

—La benevolencia, tu compasión por los demás, lo sustenta todo. No hay lugar para la furia o la ira en el Camino. En el verdadero *budo*, no hay enemigos. El verdadero *budo* es una función del amor. La tendencia absoluta a hacer el bien. Debes comprender que el Camino del Guerrero no es destruir y matar, sino crear vida.[\[8 \]](#) Protegerla.

Se detuvo junto al viejo pino y miró a Jack.

—Jack, como dijo Masamoto-sama, apenas has empezado a aprender el Camino del Guerrero, pero también debes comprender el Camino de la Espada. *Kendo*.

El *sensei* Yamada sonrió enigmáticamente y sus agudos ojos chispearon como estrellas en miniatura. Luego desapareció tras un velo de oscuridad, más allá del árbol, dejando a Jack solo bajo el cielo japonés.

Cuando Jack alzó la mirada, una estrella fugaz cruzó el cielo.

El pequeño meteorito destelló al morir, y el camino que había ido quemando en el cielo se difuminó como las ascuas de una hoguera.

En ese instante Jack fue alcanzado por un momento de *satori*, una iluminación tan brillante como el mismo cielo. También el destino de su viaje era desconocido y su sino, incierto. Pero había fijado su rumbo y no había vuelta atrás.

Había elegido... el Camino del Guerrero.

Agradecimientos

Debo dar especialmente las gracias a las siguientes personas, que han sido capitales en la creación de *El joven samurái*: a Charlie Viney, mi agente, por sus palabras de ánimo ante la idea de *El joven samurái* y su compromiso continuado hasta hacer de mi primera novela una realidad; a Sarah Hughes, mi editora en Puffin, por tener un ojo implacable y las habilidades dignas de un samurái a la hora de convertir mi manuscrito en un libro veterano; a Pippa Le Quesne por su experta guía, así como por sus incisivas sugerencias mientras corregía los borradores iniciales; a Tessa Girvan de ILA por enfrentarse al mundo; a la Sasakawa Foundation y la Sociedad de Autores por concederme el Premio Sasakawa 2007 de Gran Bretaña y permitirme viajar a Japón para llevar a cabo la investigación esencial para este libro; al *sensei* Akemi Solloway por organizar ese maravilloso y supremamente informativo viaje cultural a Japón, *arigatô gozaimashita*; a Steve Cowley y todos los *sensei* de su Academia de Artes Marciales por ayudarme a conseguir mi cinturón negro en *taijutsu*; a Hiroko Takagi por su traducción al japonés; a Katherine Hemingway por sus reflexiones japonesas; a Matt Bould por su atención al detalle; a mis padres por su continuo apoyo y confianza; ¡y a mi esposa, Sarah, por ser mi primera lectora!

Glosario japonés

abunai: peligro

arigatô(gozaimasu): (muchas) gracias

bokken: espada de madera

bushido: el Camino del Guerrero

butokuden: salón de las virtudes de la guerra

butsuden: Salón de Buda

catana: espada larga

Chô—no-ma: Sala de las Mariposas

daimyo: señor feudal

futon: cama japonesa: colchón fino colocado directamente sobre el tatami, y plegado durante el día

gaijin: extranjero (término peyorativo)

gomennasai: lo siento

hai: sí

hajime: comenzar

hashi: palillos

Hô—Oh-No-Ma: Sala del Fénix

ikinasai: vamos

iye: no

kami: espíritu

kata: una serie de movimientos prescritos en las artes marciales

kenjutsu: el Arte de la Espada

kiai: literalmente «espíritu concentrado». Se usa en las artes marciales como grito para enfocar la energía cuando se ejecuta una técnica

kihon waza: técnicas básicas

kissaki: punta de la espada

konnichiwa: buenos días

kyujutsu: el Arte del Arco
matsuri: festival
ninjatô: espada ninja
niwa: jardín
ofuro: baño
ohayôgozaimasu: buenos días por la mañana
randori: entrenamiento libre
rei: llamada para inclinarse en el saludo
sake: vino de arroz
satori: iluminación
saya: vaina
sayonara: adiós
seiza: sentarse/arrodillarse
sencha: té verde
sensei: maestro
shinobi shozoko: la ropa del ninja
Shishi-no-ma: Sala de los Leones
shoji: puerta deslizante japonesa
shuriken: estrella de metal arrojada
sohei: monjes guerreros
sumimasen: discúlpame; mis disculpas
tabi: calcetines japoneses de dedo hendido
taijutsu: el Arte del Cuerpo (combate mano a mano)
Taka-no-ma: Sala del Halcón
tantô: cuchillo
tatami: suelo (tapiz acolchado que cubre el suelo)
torii: puerta
tsuba: guardia de la empuñadura
uchi: golpe

wakarimasen: no comprendo

wakizashi: espada corta

wako: piratas japoneses

yame: ¡alto!

zabuton: cojín

zazen: meditación

Los nombres japoneses normalmente se forman primero con el nombre de la familia (el apellido), y después con el nombre propio, al contrario de lo que sucede en el mundo occidental, donde el nombre aparece siempre antes que el apellido. En el Japón feudal, los nombres reflejaban el estatus social y las creencias espirituales de una persona. Además, para dirigirse a alguien, se añadía *san* al apellido de esa persona (o al nombre propio en situaciones menos formales) como signo de cortesía. En Japón, la palabra *sensei* se emplea después del nombre de los profesores o maestros. A los chicos y las chicas se les menciona usando *kun* y *chan*, respectivamente.

Notas

Las siguientes citas aparecen en *El joven samurái: El Camino del Guerrero* (con el enlace de retorno entre corchetes), y sus fuentes se indican a continuación:

[1] «El camino del guerrero dura toda la vida. Sin embargo, su maestría suele conseguirse simplemente permaneciendo en el camino.» Richard Strozzi Heckler (*strozziinstitute.com*). (Con permiso del autor.)

[2] «De cada brote diminuto crece un árbol de muchas ramas. Todo templo comienza con la colocación de la primera piedra. Todo viaje comienza con sólo un paso.» Lao Tzu, filósofo y fundador del taoísmo.

[3] «Es bueno tener un final hacia el que viajar, pero al final es el viaje lo que cuenta.» Extracto de *La mano izquierda de la oscuridad*, de Ursula K. Le Guin. (Con permiso de la agente de la autora.)

[4] «Con el tiempo, cualquiera puede dominar lo físico. Con conocimiento, cualquiera puede ser sabio. Sólo los más dedicados guerreros pueden conseguir dominar el auténtico *bushido*.» Tien T'ai, secta budista.

[5] «Para que te pisen, tienes que estar en el suelo.» Brian Weir. (Fuente original desconocida; no hay pruebas de publicación.)

[6] «El valor no es la ausencia del miedo, sino más bien el juicio de que otra cosa es más importante que el miedo.» Extracto de «No Peaceful Warriors!», *Gnosis: A Journal of the Western Inner Traditions*, 1991, Ambrose Hollingworth Redmoon (nacido James Neil Hollinigworth).

[7] «Cuanto mayor es el obstáculo, mayor es la gloria de superarlo.» Moliere, actor y dramaturgo francés.

[8] «En el verdadero *budo*, no hay enemigos. El verdadero *budo* es una función del amor. La tendencia absoluta a hacer el bien. El Camino del Guerrero no es destruir y matar, sino crear vida.» Morihei Ueshiba, fundador del Aikido. (De *Budo Secrets*, de John Stevens, © 2001, John Stevens.)